

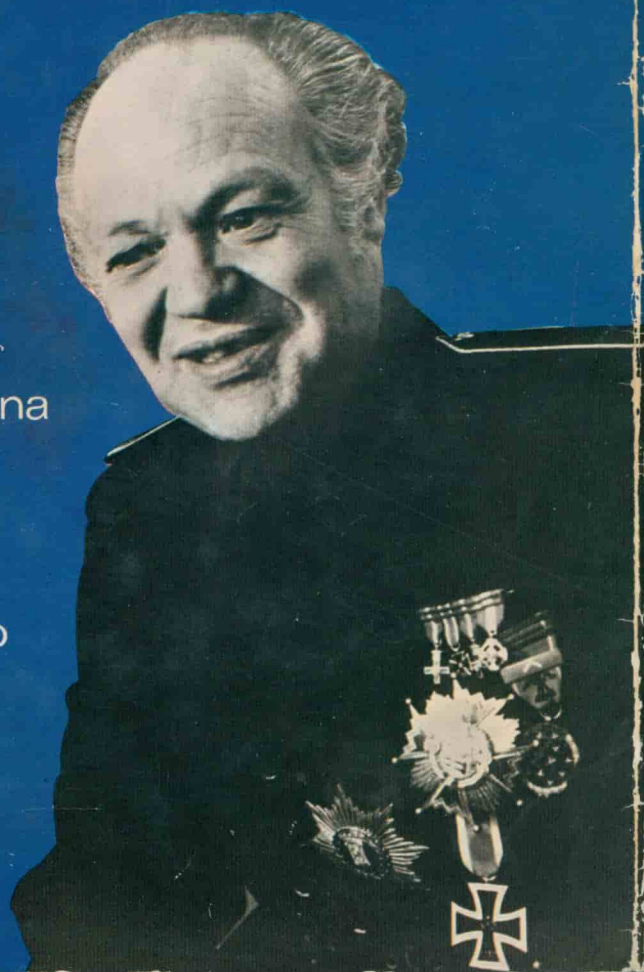
ANGEL ALCAZAR DE VELASCO

MEMORIAS DE UN AGENTE SECRETO

IMPRESIONANTES
VIVENCIAS DE
UN HOMBRE CUYA
LARGA HISTORIA
ESTA IMPREGNADA
DE ESPIONAJE

«La CIA y la KGB son una
misma cosa. Yo suelo
distinguirlos
por el estilo cuando
hacen algo.

Pero es el mismo dedo
el que lo mueve todo:
el Gran Kaal judío,
el Gobierno Universal.»



Edición ilustrada

ANGEL
ALCAZAR
DE
VELASCO

Nacido en Mondéjar (Guadalajara) en 1909, tabernero a los nueve años en Madrid y novillero por afición, Alcázar de Velasco se licenció en Filosofía y Letras, en Salamanca, en 1932. Posteriormente participó en la fundación de Falange en Madrid, cumplió una misión especial en Oviedo durante la Revolución de Octubre y, más tarde, José Antonio lo nombró Consejero Nacional de Prensa y Propaganda. Alcázar de Velasco se define como un nacionalsocialista puro, hombre de primera hora de la Falange. Fue condenado a muerte por conspirar contra el decreto de reunificación falangista. Se le conmutó la pena de muerte por la de reclusión perpetua, pero sólo cumplió dos años de prisión porque altos mandos del Estado franquista lograron para él el indulto por los méritos contraídos al reprimir él solo, armado con una escopeta, una rebelión de «rojos» en el penal de San Cristóbal, donde permanecía encerrado. Antes de estallar la Segunda Guerra Mundial aprendió las técnicas del espionaje en Alemania. Tras una larga dedicación a la profesión de espía, la abandonó oficialmente en 1970.

MEMORIAS DE UN AGENTE SECRETO



PLAZA & JANÉS

MEMORIAS DE UN AGENTE SECRETO

Angel Alcázar de Velasco

He aquí las impresionantes vivencias de un hombre cuya larga historia está impregnada de espionaje. Durante dos años fue el jefe directo de la organización «To» (en japonés, «puerta»), red de agentes secretos españoles que trabajaron en favor de la causa nipona durante la Segunda Guerra Mundial en territorio norteamericano.

Vivió hasta el final los últimos días de Hitler en el búnker berlinés, el traslado del delfín de Hitler, Martin Bormann, a la Patagonia argentina, el asesinato del marroquí Ben Barka...

La vida de Alcázar de Velasco, que, a sus setenta años, se confiesa aún partidario de la aventura, se mueve al compás de la historia de España y de Europa en la turbulenta época de los años treinta-cuarenta.

Su espíritu aventurero lo impulsó a seguir en el espionaje español después de la Segunda Guerra Mundial. Hacia el año cuarenta y tres,

(Continúa en la 2.^a solapa)

presionado por los aliados —que lo amenazan—, sigue fiel a sus amigos nazis, aun cuando ya supiera, desde hacía tiempo, que la guerra estaba perdida.

Pese a ello, no vaciló en colaborar a la vez con la CIA, cuyos miembros acudían a él para ser asesorados mientras trabajaba para los servicios especiales del Alto Estado Mayor del Ejército Español.

Las ideas de Alcázar de Velasco sobre el poder y el papel que desempeñan los servicios secretos —a los que dedicó unos cuarenta años—, lo llevan a declarar, sin ambages ni rodeos: «La CIA y la KGB son una misma cosa. Yo suelo distinguirlos por el estilo cuando hacen algo. Pero es el mismo dedo el que lo mueve todo: el Gran Kaal judío, el Gobierno Universal.»

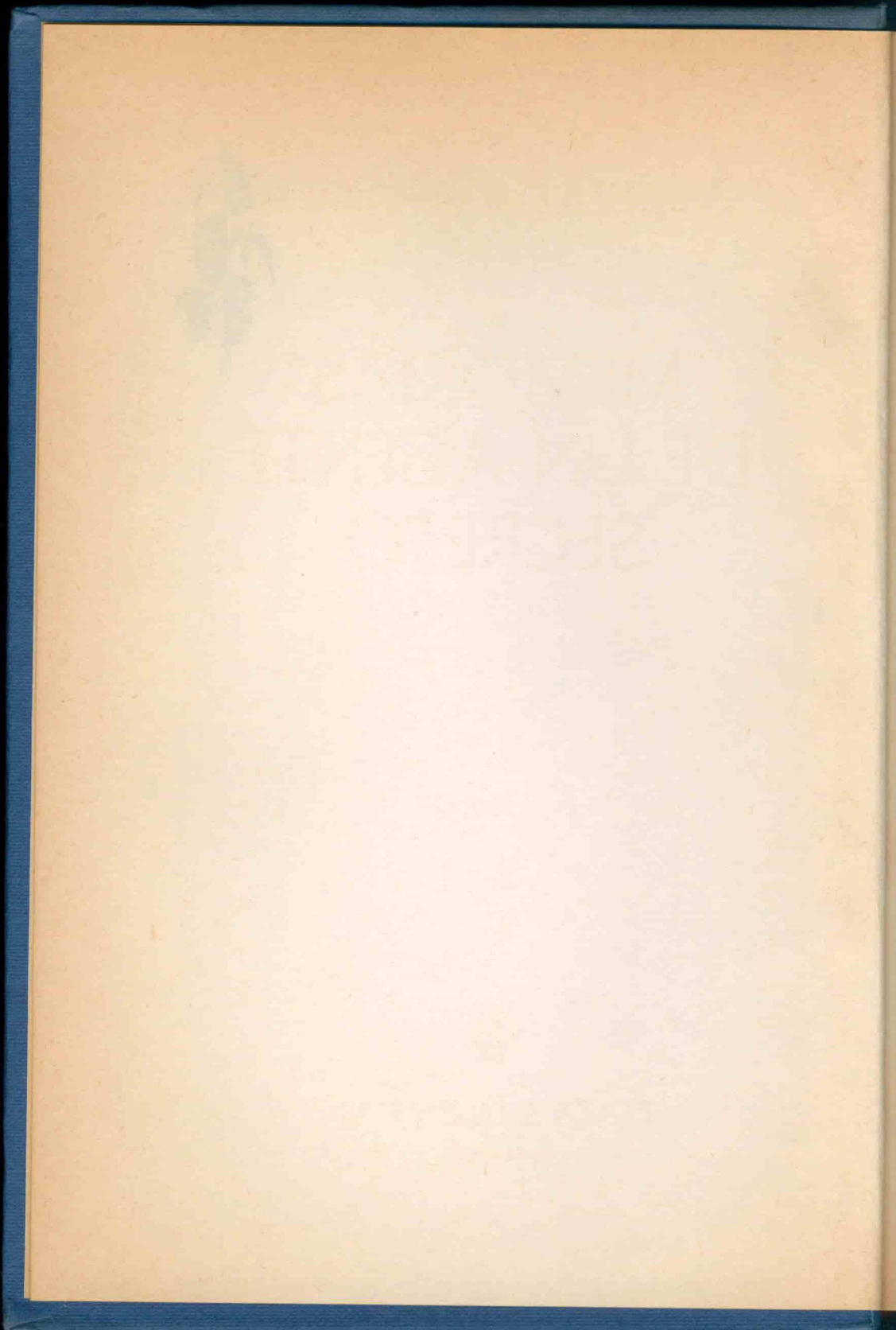
Apasionadamente denigrada o aplaudida, la figura de Alcázar de Velasco no puede ser abordada con indiferencia. Éste es su gran mérito, como el de todo hombre que deja huella y que, pese a todo lo que se haga en contra, no puede dejarse en la penumbra ni pasar inadvertido.

«Memorias de un agente secreto» es una de esas obras que causan fuerte impacto y levantan polvareda, tanto por los nombres que da como por los hechos que refiere.

ANGEL
ALCAZAR
DE
VELASCO

MEMORIAS DE
UN AGENTE SECRETO

PLAZA & JAMES



Angel Alcázar de Velasco

MEMORIAS DE UN AGENTE SECRETO



PLAZA & JANES, S. A.
Editores

MEMORIAS DE UN AGENTE SECRETO

Primera edición: Marzo, 1979

© 1979, Angel Alcázar de Velasco
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-33150-1 — Depósito Legal: B. 10.385 - 1979

Si nunca he dedicado un libro a mi esposa, digo a mi mujer —la voz «esposa» significa atadura—, es porque ninguna de mis anteriores obras tenía la dimensión del todo de mí como tiene este Relato de una lengua calva.

En este libro, en el que digo, sin pelos en la lengua, cómo soy —no cuánto soy, que en cien tomos no podría hacerlo— entre quienes fueron ese todo humano de la guerra y de la paz. A ella se lo dedico, y que quede bien claro que todo lo demás es lo otro.

INTRODUCCIÓN

No es una voz aislada la que está pidiendo que la Historia no debe quedar, no se debe dejar a merced de quienes consideran histórico una manera de vivir en ellos y con sus derredores, remedando interpretaciones, que es lo que entienden por Historia. Historia que ellos supieron vivir sin atreverse a dar por vivencia histórica lo que los tiempos fueron quizá contra su deseo y voluntad.

Pero la Historia ni es eso ni debe serlo. Si una máscara nos muestra con docente cabalidad la cultura, la obra científica de una civilización, no por arcaica menos avanzada que la nuestra, la historia contemporánea es la máscara de una transición entre la cultura que acaba y la etérea encomienda de la que estamos comenzando a ser portadores. Sin ser astros, parte de los astros somos y sin ser dioses todo un dios llevamos cada uno hacia la conjugación estelar y espiritual.

Quizás haya que ir más lejos. Quizá buscando autenticidad, la sapiencia del entronque entre lo relativo y el fundamento de lo real, nos obligue a la creencia de que todos los «mañana» comenzaron en el instante en el que a un ser de nuestra especie —o de otra especie transmutada en la actual— le llegó el etéreo barrunto de que lo absurdo es ciencia pura de lo que no entendemos porque todavía no estamos en la vieira de las ocurrencias conducente a la veracidad de los acontecimientos incluso sin acontecer, incluso en el sentido de las imágenes impalpables.

Si no nos equivocamos fue entonces cuando, sin ninguna predisposición en la hipótesis aludida, comenzó el tiempo para, tras milenios de búsqueda, llegar al hallazgo del instante en el que dos y dos dejaron de ser cuatro en la medida elemental de las

sumas oficiales. Esta llegada a la meta del laberinto superracional dará a nuestra mentalidad la facultad de la percepción real sobre el tiempo, y apareciendo el novísimo ser ajeno y distante al que pertenecemos, otro cuerpo, otra historia, otra realidad y, sobre todo, otra gracia en la manera de saber, gustar y alcanzar lo inalcanzable.

Por el contrario, a nuestra conciencia de topar mañanas —y no sólo en cuanto a la presentación estereotipada de lo que a lo histórico atañe— como si todas las conciencias hubiesen convenido en que lo real es la encarnación de la circunstancia vista y palpada por la muchedumbre dada a la vegetación sin estorbos, el cronista o relator actual se limita a la reseña de esto por lo que la historia a la que nos atenemos asistiendo y con la que alegremente nos traspeamos asomándonos al futuro desde el borde del último eslabón en el que comienza la cadena infinitesimal en lo etéreo.

Esta actual manera de historificar intentando preservar los intereses de la protagonización y los protagonistas —intereses sin excepción envueltos en el celofán de la mentira— es el fraude con el que se escamotea lo histórico de la Historia. Se nos da a conocer la lucubración de lo relativo preparado para la controversia a modo de permanencia. Nada requiere saber de lo que llamamos casual y lo cósmico o la conciencia del genio etéreo. Porque si la casualidad existe y admitimos esa existencia, y lo casual es obra del caso, ¿quién mueve el caso? ¿Desde dónde? Y en la trayectoria del movimiento, ¿qué otros factores intervienen y qué resultados tuvieron? Nadie que ignore la contestación a estas preguntas puede llamarse historiador u honradamente dejar que se lo llamen.

El desentendernos de las contestaciones precisas para estas preguntas, ¿es incapacidad mental para resolver lo que una inteligencia clara ve en toda su magnitud, por muy dimensa que sea o se presente? ¿O es simplemente pereza de la estructura étnica o a la pereza debe añadirse atrofia en el desarrollo neurónico?

Nos quedan más preguntas que hacer a tenor de lo que dice Pauwels en su magistral empresa para el hallazgo de los mundos y los seres perdidos. Mundo y hombres en los que nosotros creemos.

¿Estamos ante el último tranco dado por la inteligencia comprendida en el homo sapiens? ¿Estamos pasando de aquella inteligencia mengua y notoriamente indefinida hacia el estado de inteligencia plena en multiplicidad de expansiones? Y siendo esto así, ¿en dónde radica la necesidad del discurso sobre estotra interrogación en la que nos interesamos por el estado de lo que no

está en la mentalidad que no puede ni debe despertarse en las aulas didácticas, sino que debe ser fruto del encuentro a lo que llamamos torpemente casualidad? ¿Fue voluntad del hombre lo que sus mentes hurdieron en el cuanto del acontecer desde que el hombre inició el ascenso a las ambiciones: a la filosofía comunitaria de la edílica sociedad con proyección al concierto de las fratrias y por lo que se llegó a la guerra, a la primera guerra y como primera consecuencia bélica con el cadáver por testigo de la humana, natural decisión? ¿Fue obra del hombre la participación perpetua en la guerra que la Humanidad ha librado en la incongruencia de la muerte continua, o fue el cumplimiento de una comunicación astral percibida en la subconciencia de las facultades ignoradas? Algo nos está diciendo que fue lo último y no lo primero porque ni es nuevo el que el ritmo de los equinoccios y los solsticios transtruequen los pensamientos y las ideas de los hombres ni, como dice Marcel Moreau, después de decirlo todo, el que meditó sobre la misma disciplina, las estrellas son las que impusieron las civilizaciones para que por el enriquecimiento del cúmulo saber extrayendo lo noble de cada una llegáramos a la técnica actual por la que podemos alcanzar y andar por las estrellas.

Sabemos con certeza inequívoca que en el Egipto Imperial de la XVIII dinastía, cuando el sacerdocio abarcaba todos los secretos del poder con rango de divinidad astral, un miembro ungido de sacralidad emanante del destino sideral, percibió la llamada de lo realmente divino escuchando la queja de lo arbitrario en el uso que del poder se hacía. Fue aquel faraón Amenhotep IV quien se dio a lo que hasta entonces parecía imposible en la conciencia del casi eterno poder absoluto. La realización de la más grande de las revoluciones que ser humano haya emprendido y realizado jamás. Revolución tan justa como necesaria frente a los privilegios sacerdotales que daban a las «castas sagradas» de los escribas un poder sobre los demás, incluso el Ejército, realmente inhumano. Nada menos que en el más consciente de los magníficos Amenhotep, al proclamar la indignidad de Tebas se produjo el fenómeno de la revolución contra la desdicha de la esclavitud irredenta.

Precisamente porque la Historia se viene escribiendo desde la mentalidad en la que la cuestión acaba y no descubriendo el origen, los milenios con su secuela de siglos siguen transcurriendo sin que se nos haya aclarado desde dónde el brazo motor de aquel tan ingente movimiento partió y si en realidad, lo acontecido entonces fue obra de idea humana o se produjo a impulso de un mandato astral y como lección de lo que sin poder el hombre puede cuando en miembro de la deidad se convierte mediante la voluntad del pensamiento. Cuando la inteligencia se desprecia

del letargo y topa con la fuente natural que la produce a millones y millones de kilómetros para los ojos comunes, los de la cara y a una braza del tercer ojo con el que alcanzamos el ombligo de nuestro ser en lo remoto.

Por nuestra parte abrigamos la creencia de que con el pretexto de la liberación del esclavo egipcio, se dio el primer paso hacia el derrumbe del Imperio que con la sacralidad se entendía toda una estirpe dinástica, y que aquello con lo que Amenhotep IV se manifestó, fue el comienzo de la marcha impulsora en la conciencia del hombre hacia el salto y el asalto a la tumba de los que no habían muerto, de los que irían muriendo cuatro mil años después y desde donde se comenzó a levantar la otra historia, la de los trancos cortos, la historia de la Grecia pensadora de paso y como paso al recorrido imperial de Roma. Historias ambas con su estela transitiva bimilenaria, conducente a la neocivilización occidental en la que hemos vivido hurgando los rescoldos de sabidurías caducas y desde donde el hombre, incontenible, se aproxima a la maternidad científica en la que será hijo de la diferencia, diferencia ya en acción y a la entrada de otra civilización.

Como de la revolución que Amenhotep IV realizó en Egipto, y por ella pereció, de Sarajevo sabemos que Gavrilo Prinkip asesinó al archiduque de Austria, el 18 de junio de 1914 y que por este magnicidio se desencadenó la Primera Guerra Mundial. Demasiado preciso para que lo realmente histórico tenga plena fe en que lo cierto empiece y acabe en la verdad de la que se sirve el vulgo sea o no pueblo. Porque, aun estando históricamente claro que el asesinato del notable austríaco y el de la condesa Soffa Chotek, su esposa, fue una de las piezas de la Gran Guerra, ¿no gravitó sobre el espíritu de los hombres decisorios la misteriosa circunferencia zodiacal en su cósmica rotación ordenando la guerra como transición para llegar a la mutación de lo que por civilización entendemos, tras el paso de una secuencia belicista en la que se suceden las guerras en el terror de las explosiones y los muertos con sus diarios partes oficiales no por contradictorios en el sentido operatorio, diferentes en lo que a la sevicia atañe prevalente sobre la piedad? Y hasta guerras del ruido y de las nueces, la actual en el mundo entero —hasta en aquellos lugares de la tierra en los que al hombre le es difícil la vida—, guerra sin frentes a los que nadie reconoce como tal belicidad, colaborando en ella incluso autoatacándose, autocontendiéndose a sí mismos mientras se niegan a la participación militar del viejo estilo soldadesco, como si el matar con un arma contundente fuese más matar que el despliegue publicitario de una droga, una manera de vestir o no vestir; el sol también es un arma, y en suma lo es asimismo cualquier inquirir producto de la síntesis.

¿Podríamos entrar en una nueva civilización sin el estudio de la etiología desde todos los ángulos de la manifestación biológica? No es posible, no debe serlo. Son muchas las civilizaciones habidas a merced de lo que la ignorancia ha discurrido sin que ninguna haya trasladado los predios de lo natural sin enmienda. Hemos llegado a lo que debe ser. Al comienzo del qué mentalidades son dignas de procreación y participación del futuro. Se precisa la guerra que elija sus víctimas. Y para guerra de tan escrupulosa selección, deben emplearse armas nuevas, armas amigas. Cuando el modista lanzó la moda del bronceado, comenzó una selección de los seres auténticamente racionales, los que deben sobrevivir a los tres lustros a devenir portadores de otra conciencia para, a su vez, respirar otra atmósfera, la déspota, lo que por otra parte ya ha comenzado. La llamada moda es una —entre muchas— manera de despotizar, es lo mismo que jalar la maroma que arrastra la pesada carga, contando con la moda —no ordenada— de las botas y zapatos altos, de suela inflexible, se ha logrado lastimar las columnas vertebrales de quienes los han usado y aún usan. El número de ejemplares vendidos de esas botas en el mundo pasa de los quinientos mil millones, que dan un promedio de tres radiografías anuales, mil quinientos millones de placas. Fármacos y visitas a especialistas son las neocadenas de la esclavitud.

La Historia desde el más allá de donde la estamos haciendo.

Consideramos historiador a todo el que escribe para ser leído y ante éstos el más fecundo de cuantos historia hacen no es el que más escribe, sino el que más historia encuentra al paso de su resumir futuro como presente del pasado. He aquí por lo que nos preocupa Spengler como historiador, pues escribe la Historia de otra manera, o nos lo parece. Spengler no se detiene en minucias al estudiar lo que nos presenta como «Decadencia de Occidente», hasta no encontrarse con el fantasma de la decadencia —Occidente nace en la decadencia del crecimiento que lo lleva a la expansión y en ésta se diluye como cualquier envejecimiento natural— y al encontrarla, al toparla en el itinerario de sus experiencias, la relata con indecisa afirmación sin aportar creatividad alguna como sustitución al ocaso irremediable tras haber establecido la especialización de los grupos humanos. Desde el pasado y presente, su presente en el que es parte, Spengler se atiene al futuro abundando en la lógica de una civilización discorde cuyo principio y basamento es la lógica en la que cree en parte y en parte dubita. Es otra conciencia de la desesperación. Spengler se

desespera ante lo que ve y palpa y al no cundir en decisión mutativa, en transformación, él mismo es decadencia, bruma en el ocaso de las claridades comenzando la transición sale, en directísima transformación, él mismo es decadencia, bruma en el ocaso de las claridades con las que la tiniebla se viste. Al explicar el encuentro —su encuentro con Occidente— de su Occidente desentraña el futuro como matriz del complejo en el que la mutación todavía fetal, es realidad insospechada. Realidad que por llegar tras él, la considera acontecimiento en abstracto por lo que al tratar el achaque étnico en la química de la que la Humanidad se compone, se queda en la mera especulación sin arriesgar la responsabilidad de una compenetración concienzuda hacia la idealización de la ciencia redentora que nos libre de lo fortuito y sus consecuencias quizá por ignorar el sabio alemán o no detectar que la energía fototénica solar es vía de comunicación ideática en el hombre y éste, desde su remota ancestralidad, un receptor de ideas astrales posiblemente no sólo procedentes de un hontanar concreto, sino ideas emanadas en diferentes galaxias.

Cuando Spengler, buceando en los raros fondos de la europeización desmembrada, encuentra la diferencia del entendimiento en la gradación pigmentativa de la piel, aún no había nacido Seat Cohen y no pudo sospechar la concepción mutativa de la especie en la que participa por igual el ruido, el agua, el aire, las convulsiones geológicas —éstas, las operaciones sísmicas y meteorológicas todavía como armas locales para la presión política o económica en los Gobiernos «desobedientes»— la meteorología; las acelgas, espinacas y la carne de todo animal doméstico: verduras y carnes transmisoras de la química con la que se nutrieron y esto amén de la psicosis en brusca alteración permanente hacia la otra manera de ser en la que uno deberá entenderse de otra manera.

Este es el principio de la mutación y en lo que se asienta la selección de los seres para el alcance de la inteligencia plena. Las pestes, en su tiempo, seleccionaban al organismo fuerte; pero no todo organismo fuerte era asimismo el de mentalidad más despierta ni el más apto para inteligir la lectura del tiempo y su ciencia.

La selección humana de Seat Cohen, a diferencia de la selección hecha por la Naturaleza a través de la vida no es una selección antropológica meramente dicha. Cohen se limita a la inteligencia y es de ésta y lo que la inteligencia apareja, de la que deberemos escribir, con la que debemos hacer historia, la de la otra manera, porque ante una serie de circunstancias paralelas, ante un mundo que comienza no sólo a ser «el otro», sino a retorcer las maneras con las que debe comparecer ante sí mismo, ¿debemos seguir consagrándonos a la escena contemplativa del telón de boca, o de-

bemos centrar el interés meditativo y el estudio en el clavo con el que el paisaje pintado en la bambalina para fondo de la escena es también pura imagen de una ecología ajena a la verdad? Como el tonto del pueblo, la historia contemporánea es nada más que la parte boba del todo representado en la conclusión de lo que el hombre no es.

Hasta hoy, de la Historia ha estado ausente lo esotérico, lo bien asentado en el reverso de la cara de la impronta con la que lo histórico se proyecta. Por el contrario, se ha dado lo precario en su función como mentalidad a la que se ajustaba el futuro. Mentalidad sin anchura ni hondura. Lo propio en la mentalidad sin espacio.

La historia oficial de cualquier país o institución es justamente la otra, la omitida; la que, por real, pareció inconfesable a quienes la protagonizaron o a los propios historiadores interesados en la creación de «verdades» menos onerosas al prestigio del que los países o instituciones «gozan» entre las gentes, sencillas o no, prósperas asimismo en apariencia.

Pero la historia amanerada se nos antoja fábula de los hombres y no de los tiempos. Ésta es la Historia dada por buena al escolar o al sabio. ¿Es necesario para culminar en la civilización que vislumbramos y para lo que es ineludible deshacerse de la rémora torpe que los milenios nos han sobrecargado? Rotundamente sí, es necesario la pérdida de ese lastre en aras de la superación en la especie. Pero esta necesidad impone una interrogación terriblemente antihumana. ¿Es lícito deshacerse de ello? Nos deja desolados la autoafirmación de la respuesta por llevarnos a la creencia de que el hombre ha llegado a no ser otra cosa que insignificante trebejo del que en la operación hombre dispone para llegar al «hombre-ciencia» de la mediata generación, al en ciernes todavía.

Mal hará quien tomando el rábano por las hojas, piense que estoy lamentando con amargura el que la conclusión del objetivo de la inteligencia humana —quizá nato e indeciblemente vivo en la ignorancia del ser primigenio— sea o vaya a ser así. No es este lugar el destinado por mí para lamentar o celebrar quimeras. Me limito a la señalización de lo que desde el mirador del vivir en la angustia del neohallazgo descubridor estamos viendo con claridad más que nítida. La Biología tiene sus leyes y ésta de las mutaciones en las especies es la principal en el progreso de la muerte con el que la vida se fortifica, porque al cambiar la química biológica, cambia la secuela hereditaria, y al permutarse el viejo orden vital por el nuevo, aparece el trueque incluso hasta de las glándulas por el simple hecho del abandono de las consuetudinarias funciones orgánicas.

Si, debido a la «tozudez» de Severo Ochoa y Kongerg, estamos en los umbrales del dominio de las leyes genéticas partiendo de la biología molecular, ¿cómo vamos a dudar de que la mediata descendencia encarnará seres idealizados no sólo en cuanto a estatura y aspecto físico, sino en lo que moral, espiritual y general comportamiento atañe? ¿Cómo no vamos a creer en nuestra posibilidad de controlar en ellos cualquier destemplanza aberrativa antes de llegar al nuevo estado necesario a la entrada de la Era contrapuesta a la que todavía estamos? Esa en la que las emociones se han antepuesto a la guerra actual, la selectiva no es otra cosa que la búsqueda del anticuerpo a quien se presta al deterioro de la futura naturaleza. El color epidérmico, el estúpido cambio de la belleza natural por la rugosidad elefantiasica que el sol y los mejunges cosméticos proporciona, no servirá de nada en la futura humanidad perfecta. En la venidera sociedad se descarta sin contemplaciones la participación del ser que ya, y ahora mismo se está desapientizando o estatificando en la ignata sapiencia de una vegetación rigurosamente ecológica con su muerte desprendida de la selección psicoquímica que estamos viviendo. Guerra que, salvo en casos imprevistos, no aparece el muerto nada más que como «cadáver clínico» y esto tras el rendimiento del consumo por el que a la muerte llega.

¿No es hora, como pide Pauwels, de reflejar lo carismático del momento para no reincidir en la exposición de la causa desechando su pronunciamiento?

No es la nuestra una pregunta más o menos dada al abuso de la confusión, sino una manera de contestarle al tiempo lo que el tiempo se pregunta en el umbral de lo que el tiempo ha traído sin haberlo notado los seres. No obstante, estamos en la primera posta del camino hacia las otras maneras de las que se valdrá el hombre inteligente acabado de aparecer. El hombre sin la tacha de lo falso como real.

No se nos escapa que quizá no sea sólo la Historia lo que debe explicarse con diferencia en el estilo a como la costumbre había culminado en ley. Ley opuesta a la interpretación de lo visto desde el balcón de la sugerencia y aún más puesta al estudio y presentación de los aspectos evidentes con la matriz —y el espíritu— en lo paraconsustancial. La «sabiduría» oficial, la de las Universidades retóricas, de profesores retóricos, de lecciones musicales, lecciones para el oído, sólo llega a la menguada «sabiduría» de las «creencias». Todo cuanto la maestría no ha sabido lo ha fiado al «yo creo que» y ha terminado por considerarlo «hecho del azar». Pero, ¿se ha meditado, se ha intentado saber lo que es el azar? ¿Sabemos de dónde viene y quién lo manda? Y, ¿sabemos para qué?

CAPÍTULO PRIMERO

El «espía» nace, se hace y al informar siente sensualidad por el trabajo.

En 1916, cuando los siete años de edad aún no los había cumplido y no había osado alejarme más allá de los pueblos aledaños a la periferia de la ermita donde con los míos moraba, mis vulgarísimas ocupaciones no me habían entretenido en más que lo propio a cualquier otro muchacho lugareño. Una tarde de finales de setiembre, con las eras ya vacías de polvo y paja, el trigo en los trojes y el ocio en la gañanía, unos vecinos del lugar, digamos políticos de la oposición o simplemente enemigos de quienes detentaban la vara de la municipalidad, desde el zaguán de una de las casas de la calle Mayor, la de los ricos, me llamaron al parecer con cierto sigilo. Ya dentro y tras correr con prisa la cortina mosquitera de la puerta de la calle, el tío *Faiche* me dijo de tan distinta manera a como acostumbraba y tan casi entre dientes que me pareció estar soñando:

—¿Quieres ganarte ocho «riales», Angelico?

El misterio que percibí desde que me llamaron subió de tono.

Aqué! era un ofrecimiento que más parecía una burla y no porque fueran horas de siesta. Un jornal a un hombre hecho y derecho, por trabajar casi diez horas, apenas si a los cinco reales llegaba y a mí, un crío que por nada se me mandaba hacer algo a cualquier hora y hasta de mala manera, se me ofrecía un dineral aunque todavía no sabía por qué. No obstante, con aire de tomarlo en serio contesté:

—¡Claro que quiero ganarme dos pesetas! ¿Qué debo hacer?

En la pregunta de lo que debía hacer puse tanta decisión que no había duda de que por aquellas dos pesetas ofrecidas por cuatro hombres serios, yo haría lo que se me mandase.

—¿Qué me «ties» que hacer? Pues na... —me hablaba el tío Feliciyo y continuó—: Poca cosa. Llevar este papel al coronel Robles que con su familia está pasando el verano en Drieves (1). Se lo das y te traes la contestación.

El papel que me estaba enseñando lo tenía tan requetedoblado que casi no se veía.

—Pero Drieves está lejos y es muy tarde —argüí.

—No, hombre; vas en mi caballo —ofreció el tío Faiche.

—Bueno, es un tranco más allá de Drieves. El coronel Robles tiene la casa en la linde con el río (Tajo) —aclaró el tío Periquillo sin lugar a dudas, el que quería ser alcalde si con la ayuda del jefe castrense destituían al habiente.

—Tú, al llegar a Drieves, preguntas, que todo el mundo conoce la casa. Cuando llegues lo llamas aparte y se lo entregas en su propia mano, sin que nadie se entere.

Lo de llamarlo aparte y sin que se enterara nadie me explicaba lo de los ocho reales, aunque todavía mis conocimientos sobre el Servicio de Información no eran ni siquiera una sospecha en mis mientes.

—Y además te va a preparar la Nicolasa una buena merienda —y llamó—: ¡Nicolasa! Ponle al chico en un cantero (2) de pan un trozo de tocino.

Me sentí importante. Nunca nadie me había tratado tan bien. Esperé a que me sacaran de la cuadra el penco aparejado; subí en él, le di dos talonazos alpargateros (hasta que no tuve veinticinco años nunca hube calzado espuelas sobre botas y caballo de mi propiedad), y el caballo arrancó con la misma celeridad que llegó hasta donde yo debía entregar el papel ya en el fondo de mi faltriquera al mlite en pijama.

El coronel Robles leyó la esquila, la volvió a doblar y se la guardó. Dirigiéndose a una de las mozas ordenó que se le dispusiera el uniforme y a un joven, al parecer su ordenanza, le mandó ensillar dos caballos y que lo acompañara. Después escribió otro papel, me lo dio y me dijo:

—Dile a don Pedro que ahora mismo me voy a Pastrana. Que mañana le mandaré un propio contestando lo que desea saber.

Cumplida la primera parte de la misión, volví a subir a la bestia y al mismo frenético galopar, llegué a Mondéjar ya oscureciendo.

(1) Drieves: Pueblo alcarreño en la ribera del Tajo. (N. del A.)

(2) Cantero: Trozo de pan de la parte del canto. (N. del A.)

Como no sabía quién era don Pedro, repetí lo que el coronel me dijo.

—Muy bien —contestó el tío Periquillo, que quizá nunca se había oído llamar «don».

Se me dieron las dos pesetas en dos cartuchos de a diez peras y me fui.

Entré en casa con el dinero en la mano y el regocijo tuvo color de rosa. Cuando lo estábamos celebrando llegó la noticia de lo malo.

De Mondéjar a Drieves hay tres leguas (unos 19 kilómetros) y fue tanto lo que arree al caballo y tanta la sed que en el ir y venir acumuló el animal, que al llevarle a la fuente de la plazuela, el abrevadero público, vació el pilón. Lo vació, e hizo como que tosía: primero estiró una pata, después la otra y por fin cayó al suelo y no se levantó más.

Mientras las iras del Faiche no se calmaron, hube de no pasar por la puerta de su casa. Pero aquel dinero por aquel mandado, me convirtió en otro ser con otra esperanza.

¿Se produjo en la circunstancia acabada de relatar el signo con el que mi vida se iba a desenvolver en todas las trayectorias, mientras la energía caracterizase el ego de mi ser y hasta la manera de ver y conocer a los hombres? ¿Fue aquel mandado la ejecución del espíritu de mi voluntad?

La contestación es rotunda: sí.

Mis primeros contactos con el Servicio de Inteligencia, ABWEHR, el más moderno y perfecto que había en los años treinta.

Wilhelm Oberbeil, heredero de un traje tirolés con pantalón de cuero que le venía de tres generaciones: muniqué de los que por no perecer sabía morir antes que rendirse al enemigo: Oberbeil, devoto de la «Bürgerbräukeller», la cervecería en donde Hitler, tras conmemorar el 8 de noviembre, teorizó sobre la revolución de las almas en las que el hombre se había de encontrar consigo mismo partiendo de sí mismo, del hombre que el hombre lleva para llegar más allá del allá de los astros y con los astros volver a la tierra, también astro hermano de los que nos esperan y nos traigan quizá con otra mentalidad y otra ecología.

Oberbeil, devoto, digo, del lugar en el que más de una página de *Mi lucha* salió de entre las banquetas de madera tirolesa, madera maciza; y las jarras de cerámica con figuras altirrelievicas, con tapas de estaño moldeado, Oberbeil, digo, fue el amigo ale-

mán con quien más conjeturas discurrí acerca de la manera en el contrarrestar la proyección agresora de la serpiente vieja de escamas bíblicas en la remota vestidura milenaria; serpiente en los últimos retorcimientos para el logro profético de morderse la cola y en el capicúa atenazar en su círculo a las razas y los pueblos ajenos hasta la conversión en esclavo y vasallaje al mundo compuesto de estos pueblos que, alucinados con el espejuelo del abalorio, se venderían por el maldito plato de lentejas.

Oberbeil y yo nos conocimos en Valencia a finales del año 1934 cuando con otros de sus camaradas vino a España en uno de los viajes que la *Kraft durch Freude* (Fuerza por la Alegría) solía hacer por los vecinos países europeos. Wilhelm también conoció y trató a varios falangistas en toda España, sobre todo en Madrid y San Sebastián y aunque con ellos mantuvo correspondencia, por diferencia en el temperamento y el entusiasmo, los fue dejando de lado, siendo yo quien sostuvo la asiduidad y firme contacto hasta su misteriosa muerte, unos meses después de haber terminado la guerra en los frentes convencionales y no en el alma de los combatientes. Sólo por la fuerza mayor de mi condena perpetua en el Proceso de Salamanca, dejamos de escribirnos.

Mientras mantuvimos el diálogo ya oral, ya escrito, coincidimos en todo cuanto en el mundo venía aconteciendo y no por casualidad. Era —y no ha dejado de serlo— un plan metódico contra el planeta sin que desde la Península el dedo ártico de Rusia, haciendo de la cordillera urálica tenaza con la que en su momento se ahogue el Bósforo y, desde allí, rodeando la ribera del África continental, llegar a la Antártida, crear el segundo Estado de Israel, al que habrá de llamársele «La Andinia» para, desde Bariloche volver a Tule, la Tule que en la esquina lusitana redunda en la universalidad de las civilizaciones. De un mundo un país al que los comunismos, ora obreristas con su pigmentación proletaria, ora capitalistas con su teoría numérica de la economía política, caminasen alumbrados por el mismo setenebrárum o candelabro de las siete maneras de aluzar y con las que se mantiene la luminosidad de la esclavitud.

Ciertamente, aquellas pláticas con las que estudiábamos todo lo que entramaba designio antieuropeo, las comenzamos sin escrupuloso método, lo que cambió cuando estuve en Berlín en el 1935 para el acompañamiento en su boda a la que me invitó y le agradecí sobremanera. Se celebró en Holchkirchen (pueblo precioso de la Baviera cinagética y alpina, la Baviera de leyendas en las que la brujería noctámbula tienen papeles importantes en el solaz de quien escucha). Fue allí donde comenzamos a perfilar las coincidencias en ideología y el empeño con el que salvarla. Y ya, sin ambages, a mi salida del presidio burgalés (27 de mayo de 1939)

fuimos dando forma a lo que a partir de entonces y por cuanto en el hecho concurriese, mi nombre se iba a repetir en las Cancillerías con más frecuencia de la esperada y deseada.

En el año 1935, yo ya en Berlín, donde Wilhelm Oberbeil mandaba no sé qué sección de la Hitlerjugend (Juventudes hitlerianas) procedente de la Auslandsorganisation (Organización Exterior del Partido) y como honrosa añadidura era miembro de la escuela de la Abwehr, lo que le daba la sapiencia acumulada producto de la abundancia informativa que yo para mí hubiese querido (desde muy niño y sin que nadie me advirtiese de ello deduje que nada era posible realizar con acierto sin una cabal información). Hice hincapié en el deseo de pertenecer a la Abwehr y se ofreció para gestionarme el ingreso en la Institución. Le aseguré que estaba presto a pasar por cuantas escuelas fuese menester sin que me importasen las dificultades. Mi sed de emociones se acercaba a lo alucinante. Nadie más que yo sentía la necesidad de que en mí se produjese el milagro de que mis pasos los indujese el foco multidimensional en la proyección de otro Guillermo, su tocayo: Canaris. El almirante Canaris del que yo sabía bastante poco e inconscientemente, por mera corazonada, temía mucho debido a su origen judío.

Recuerdo como si ahora estuviese presente, que paseando por Tiergarten —a un tranco del bloque de edificios, el Blender, en el que se albergaba la Abwehr entre múltiples altas dependencias de la Wehrmacht— una de las mañanas que lo acompañé hasta allí, no pude evitar la alusión a la ascendencia hebrea del almirante de quien Wilhelm me hablaba con devota admiración. A ello me contestó:

—Que su origen sea o no judío es discutible. Su abuelo vino a Alemania emigrado de Italia. Sin embargo, su fidelidad a Hitler es plena —y agregó con emoción en el encomio—: Canaris es quien le plantea al Führer más problemas; con la mejor de las voluntades. Y esto es lo que Hitler valora y premia, dándole confianza ilimitada en lo relacionado a la Inteligencia de la Wehrmacht.

Su firmeza respecto al crédito que Canaris le merecía fue tanta que en el recóndito de mi conciencia me sentí culpable de acusación por sospecha. Más tarde y por padecer en carne propia los efectos, llegué al convencimiento de que la «acusación por sospecha» es el menos perdonable de los crímenes.

Le pedí perdón y, por un instante, vi tambalearse mis aspiraciones. No obstante, Oberbeil, que hubiera dado sesenta y tres vidas, de haberlas tenido, por salvar la de su almirante, pensó en su interior lo que podría suceder al Tercer Reich si el judaísmo tenía a su disposición nada menos que la Inteligencia del Ejército

alemán. Pero tan cabal en su integridad de amigo ha sido Oberbeil que, nueve años después, en Rotard-Egeren, cuando Schellenberg, el nunca amigo de Canaris, ya había asumido la dirección de la Abwehr, me dijo:

—¿Cómo lo oliste?

Londres: entre los objetivos que se me encomiendan figura el rapto del duque de Windsor.

Wilhelm, tras un tiempo que se me hizo largo porque su información me sacaba de apuros en cuanto al conocimiento de la política europea y con cierta particularidad en la política del pensamiento del Lord Halifax, poco tardó en hallarme en San Sebastián en setiembre de 1936, en donde teníamos la Jefatura de Prensa y Propaganda. Recién conquistada la Bella Easo, ya se reunían en aquella ciudad agentes de Información de toda traza y estilo. Él fue quien me dio pistas y movimientos de los agentes de Moscú. Desde entonces, por una u otra razón, no nos dejamos de ver más tiempo que el propio entre dos amigos con idénticos ideales en la comunión de la filosofía por la que se había de cambiar el destino no sólo de los países, sino del continente. No obstante, siendo nuestras misiones diferentes, y en circunstancias opuestas, entre nosotros había una reciprocidad que ni uno ni otro nos molestamos en valorar.

En la Semana Salmantina, la de los siete días imperecederos, puesto que a la Historia se la retrotrajo quinientos años, Oberbeil me sirvió de mucho en cuanto a la postura que los procesados debíamos tomar frente a los Nicolás Franco, el más directo interesado en la parte que Inglaterra tañía en la orquesta de los secretos; los Martínez Fusset, quien le hacía la pelota a Franco con tanto descaro que el propio Caudillo —por lo menos una vez y de ello hay testificación— le rogó menos halagos «si queremos llevar el barco a destino cierto».

Él fue, Wilhelm Oberbeil, quien me llevó a Prisiones Militares las copias de los borradores y el texto definitivo del despacho que Faupel, el embajador alemán (que cargaba al hombro con el humor hispánico propio de quien conocía a España desde las costas peruanas en donde había representado a su Patria y con frecuencia aquel grandón hispanista no distinguía entre talantes criollos y los nuestros). En lo tocante al despacho hubiera sido anormalidad impropia de la simetría mental teutona si entre la

SS y la Abwehr no hubiera malquerencia. El documento de referencia tuvo entrada en Auswärtiges (que por entonces estaba en la Wilhelmstrasse, de Berlín) o se registró la fecha del 9 de junio de 1937, cuando la verdad es que lo puso en Salamanca la tarde del día anterior, el 8, cifrado en clave que los agentes de la Abwehr conocían.

Entre la primera redacción del despacho y lo que por fin se envió al ministro, había esta notable diferencia:

PRIMER BORRADOR

«MUY URGENTE: Tengo información fidedigna de que Manuel Hedilla, el hasta el 22 de abril jefe provisional de la Falange, con otro de los condenados a la misma pena, Lamberto de los Santos Jalón, hijo de un teniente coronel antifranquista, recientemente fusilado, será con Hedilla ejecutado en cualquier día y hora a partir de mañana que se dará oficialidad a la confirmación de la sentencia. Serán indultados los otros dos condenados a muerte, Aniceto Ruiz Castillejos y el capitán de Caballería José Chamorro García y las penas en los demás falangistas se mantendrán según la petición fiscal. Como tengo informado, el tribunal juzgador se ha limitado a seguir las instrucciones del teniente coronel, señor Martínez Fusset, jefe de la Justicia Militar en la Zona Nacionalista quien directamente recibe las órdenes de Franco y por lo que el descontento aumenta en la Falange. Insisto en mi anterior advertencia de que todos los encartados pueden ser víctimas de fusilamientos mediante el pretexto de traslado o fuga propuesta por el jefe de Seguridad comandante Doval.»

SEGUNDO BORRADOR

«MUY URGENTE: Puedo informar que mañana se harán públicas las sentencias con las que han sido penados los falangistas opuestos a la Unificación. Franco está seguro de que es inamovible en su mando. También será fusilado el falangista Lamberto de los Santos Jalón, hijo de un teniente coronel antifranquista recientemente fusilado, e indultados los dos restantes, manteniendo la petición fiscal en el resto de los condenados. Insisto en mi anterior advertencia de que todos los encartados pueden ser víctimas de fusilamientos mediante el pretexto de traslado o fuga propuesta por el jefe de la Seguridad, comandante Doval.»

El telegrama que sí fue puesto a las 21 y media del día 9, es el siguiente:

«MUY URGENTE: El jefe provisional de la Falange hasta ha seis semanas, detenido en la prisión con los falangistas cuyos nombres tengo enviados ha sido como sus camaradas condenado a muerte. Tengo mis dudas, de no hacer otro tipo de prisión, de que se les indulte. Esta condena significa la victoria de los círculos hostiles a la Falange y enemigos de las reformas sociales en el programa falangista. Estos círculos están aumentando la influencia sobre Franco que se siente más "acredido" estos últimos tiempos. En el curso de una conversación amistosa he señalado que la ejecución de estos falangistas y sobre todo Hedilla, representante de los trabajadores, producirá una mala impresión y que, en los momentos actuales es sumamente peligroso.»

En Prisiones Militares puede decirse que Oberbeil, a través de García Venero, fue quien mejor información me llevó casi a diario.

En presidio, mediante un funcionario y aunque con dilatada frecuencia, no me escamoteó su alentadora esperanza.

CAPÍTULO II

El día 25 de mayo de 1937, cuando aún el rescoldo de las brasas con las que se calentaron avatares de la «unificación», estaba yo en el café «Raga» de San Sebastián con mi novia, Conchita Doñate, tomando un pisco-banis de cigalas con cerveza cuando se nos acercó un agente de la Policía, joven y jovial, diciéndome:

—Aunque te parezca extraño vengo a detenerte, Ángel.

Algo hablamos en torno a ello, cosa, por otra parte, que desde hacía días estaba esperando, y de pronto, con espíritu más de falangista que de policía, me hizo este ofrecimiento:

—Si quieres irte a Francia, ya sabes. Ésa es la puerta. Puedes irte, que yo sabré cómo disculparme. Y, si te parece, te acompaño. —Y como si hablara consigo mismo, continuó—: Después de lo que Franco ha hecho estoy sospechando de que las promesas por las que se está muriendo en los frentes van por otro camino.

—No te quiero comprometer ni es mi estilo eludir las respuestas.

—De compromiso nada. Las órdenes que me han dado es de que te lleve sin que te enteres de que estás detenido. Pero sé que en cuanto entres en la Comisaría de allí no saldrás hasta que como esté ordenado, que no lo sé, salgas para Salamanca en donde deberás responder con los demás camaradas ante un Consejo de Guerra. —Y con obsesiva preocupación añadió—: Antes que nada soy falangista y estoy a tus órdenes.

—Como me debes llevar a la Policía sin que me entere, lo primero que vas a hacer es tomarte con nosotros un aperitivo y después te acompaño como si nada.

Ya se había sentado el camarada y estábamos llamando al camarero cuando mi novia, tomando por su cuenta parte en la circunstancia, llena de patriotismo contestó por mí:

—A Francia se van los rojos y ni Ángel ni tú lo sois.

—Así es; se expatrian los rojos —argüí—. Nosotros si atravesamos la frontera será persiguiéndolos. Cuando termines nos vamos.

—Aguarda a que me termine estos bichos.

No sólo por aquella su actitud sino por otras, aquél policía ha sido uno de los seres que más he admirado toda la vida y con quien no he dejado de mantener amistad en «do mayor». Si hoy lo hago público es porque, ya jubilado, no puedo causarle ningún perjuicio.

Chanceamos por el camino y ya en el Gobierno Civil, sin la menor pregunta ni observación, del despacho del comisario me pasaron a un calabozo en el que había media docena de presos. Dos o más horas después, acompañado de otros dos agentes, asimismo «azules» e igualmente conocidos fuimos a la estación donde, a pesar de la prisa y el sigilo con el que mi detención y traslado se realizó, en los andenes se habían concentrado grupos de falangistas que fueron dispersados.

Subimos en el «expreso París-Madrid» que no pasaba de Medina del Campo y tras el transbordo que la guerra imponía llegamos a Salamanca siempre en plan de camaradería. Tan de camaradería que ya no era uno, sino los tres los coincidentes en el mal presagio de la ida «hacia lo desconocido». Y no fue una sola vez la que, en el trayecto de San Sebastián a Salamanca, mis acompañantes insistieron en que irnos a Francia sólo era cosa de apearnos y variar la dirección. Sabían ellos, por lo que habían oído en la Jefatura Superior donostiarra, que a partir de entonces, el Gobierno iba a ser unipersonal y que esa unipersonalidad se ampliaría a la residencia de cada uno de los que se sintieran caudillos o algo peor: los que creyéndose parte de ese caudillaje lo extendiesen hasta la inclusión del abuso en cualquier mando o, lo que es igual, la atroz tiranía del «don nadie».

Una y otra vez insistieron y una y otra vez me negué a la fuga. Llegamos a Salamanca donde apenas un mes, lo que yo estimaba como el hogar de fray Luis y don Miguel había sido nada menos que el fin de un libro casi sin hojas. Quizá ni eso; quizá la pesadilla de un libro que no supimos escribir.

Sobre las doce de la mañana del día 26, llegamos a la sede de don Lisardo Doval, el ser más temido de aquella Salamanca adaptada a cuartel de cuarteles y acuartelados; y ya allí una especie de NKVD a la española, donde en poco o en nada se diferenció a otras inquisiciones nacionales o extranjeras. Sin ninguna dilación, la Guardia Civil me condujo a Prisiones Militares en donde hube de

esperar el Consejo de Guerra para responder de lo hecho y de lo que dijeron que se hizo.

Mi entrada en el salón de oficiales de Prisiones Militares en el que estábamos alojados los siete principales: José Chamorro García, capitán de Caballería y jefe de Información de Falange; Aniceto Ruiz Castillejos, doctor en Medicina y jefe provincial de Guipúzcoa; Lamberto de los Santos Jalón, ingeniero de Puertos, Caminos y Canales; Miguel Merino; Félix López, industrial; José Luis de Arrese, arquitecto, fue un espectáculo en el que se confundió la satisfacción de la reunión con el temor de que aquello no era una broma ni el que siendo en serio la justicia militar tuviese en cuenta nuestra aportación a la solidez del cuartelazo, alias «Alzamiento».

En realidad allí estábamos los mismos que en los no lejanos tiempos de la República, que en las cárceles celulares, especialmente en Madrid, nos encontrábamos en las galerías destinadas a políticos.

Las preguntas propias al recién llegado sobre lo que en la calle se decía se multiplicaban.

—En la calle —contesté— se dice desde que hemos robado las arcas falangistas hasta que nos pusimos a las órdenes de Franco y que nos echó a patadas. Los rumores son tantos cuantos el Cuartel General fabrica todos los días para todos los gustos con el fin de que nadie sepa la verdad. Tantas versiones he oído de mi propia actuación que yo mismo me confundo en cuanto lo acontecido. En realidad, esto no es más que un chiste de mal gusto.

Fue Lamberto de los Santos quien con suficiencia en la seriedad, me advirtió:

—No, no es tan chistoso el asunto. Aunque no lo sepas, ya estás procesado como lo estamos todos sin que a ninguno nos lo hayan comunicado. Quizá más. Quizá ya estemos condenados.

—No es posible —repliqué—. Si no me equivoco, para que un auto de procesamiento prospere legalmente, no estando en rebelión y no lo estamos, lo ineludible es la testificación del presunto.

—Claro que te equivocas. Comienzas por pensar en la legalidad. Por lo visto no te has enterado de que con el Decreto en marcha, todos los españoles estamos subordinados a la dependencia de Franco. El Decreto es su Ley frente a la que nadie podrá exigirle responsabilidad ni comparecencia ante tribunal alguno.

Y siguió ilustrándome o ilustrándonos, puesto que todos teníamos puesta la misma atención en su discurrir.

—Estás, estamos o estaremos procesados desde ha unos días.

El día de esta conversación fue el 26 de mayo de 1937. El proceso se le ordenó a un comandante que lo instruyera sin ningún

escrúpulo en la costumbre o derecho procesal.

Lamberto no deliraba.

Tres días después (el 29 de mayo de 1937) se dicta un auto de procesamiento contra quienes de una manera u otra estábamos frente al Decreto de Unificación, el 255. Lo dictó el juez Jiménez de la Orden, quien se encargó del proceso, tras haberse negado a una actuación como aquella dos jurídicos anteriores. Jiménez de la Orden, que pasa a la Historia por la tosca manera de confeccionar el proceso con el que se nos iba a anular sumándonos al montón de cualquier presidio y esto si no se nos asesinaba pre-textando cualquier paseo.

Es posible que, cuarenta años después, mentalidades que por suerte no vivieron aquellos días, encuentren las vicisitudes anotadas en discordia con lo que se les ha enseñado y con lo que aún sigue sin poderse decir no porque la censura sea o deje de ser obstáculo, sino porque durante cuarenta años se ha estado cultivando una creencia opuesta a la verdad, es el mismo ciudadano el que se censura en el creer.

En aquel proceso que se nos notificó en Prisiones Militares el 29 de mayo, constaba este CONSIDERANDO:

«CONSIDERANDO: que a tenor del artículo 328 número 2 del Código de Justicia Militar cometen el delito específico de adhesión a la rebelión los que propalen noticias o ejecuten actos que puedan favorecerla, y hay en esta causa sobrados elementos de juicio para estimar que el disgusto y las especies propagadas por los individuos citados, y los actos por aquéllos ejecutados cuya mención queda hecha, eran capaces y suficientes para quebrantar y lesionar la unidad de mando y la sagrada unión del espíritu y acción de la España Nacional, viniendo así a favorecerse y ayudarse eficazmente en la criminal rebelión frente a la cual luchan en coalición cordial e indestructible y bajo un sólo y único Jefe todos los verdaderos españoles.»

Al revisarse la causa se llega a uno de los Considerandos con esta confesión sobre el error judicial: «Las sentencias fueron dictadas considerando a los procesados autores de delitos de rebelión militar.» Y más adelante se afirma: «...fue erróneo condenar a los procesados, según se hizo en esta causa, como comprendidos en el artículo 328 del Código de Justicia Castrense en relación con el Bando de 28 de julio de 1936, porque no puede calificarse a ninguno de los juzgados en el Consejo de Guerra objeto de revisión como ejecutores adheridos a la rebelión militar, ya que no hay en

estas actuaciones elemento alguno de prueba que permita deducir estuviesen, al obrar como lo hicieron, identificados con los rebeldes, unidos en espíritu a éstos, ni que persiguieran con sus actos temibles los fines de la rebelión misma».

El reconocimiento del abuso de autoridad es proclamar el ejercicio de la tiranía. Sin embargo, a nadie se nos ha dado explicaciones.

Lo esencial de la Información que de procedencia alemana se me suministraba no era simplemente lo tocante a lo que en Salamanca se urdía en torno a nuestro proceso, sino el análisis de que con el proceso se eliminaba toda protesta contra el uso de lo que pertenecía al patrimonio ideológico de todo español nato o no que se diese a su participación. Llevándose el disfraz, era facilísima una nueva consideración de los procedimientos para lo que secretamente se estaba edificando un poder sin antecedentes en España. La información me la completaban con el estudio comparado de las razones por las que se movía la máquina de los dos frentes. Con aquella información me era fácil el estudio de las situaciones paralelas en ambas zonas. No sólo lo concerniente a Salamanca, sino la otra: la de la zona roja. Mientras en Salamanca todos caíamos bajo el poder de un inapelable decreto y por lo que dos hombres murieron a tiros con el mismo uniforme. Dos semanas después —el 3 de mayo de 1937— en la zona republicana, y sobre todo en Barcelona, comenzó una inútil matanza —en el territorio rojo se calculan unos seiscientos cincuenta hombres los muertos— cristalizando la misma crisis provocada por el Partido Comunista no obstante la presencia en el Gobierno Popular de Largo Caballero, de representantes de todos los Partidos a través de ministros y consejeros.

Si el espíritu de los catalanistas y comunistas dedicados a la descomposición del Partido Socialista y la UGT no se diferenciaba nada en alcance a lo que el Decreto 255 de Franco consiguió, ¿debemos descartar el que en ambos acontecimientos trabajase el mismo cerebro? Siendo como fue el Partido Comunista el que asesinó a José Antonio contra la voluntad del Gobierno de la República, ¿debemos pasar por alto el que Franco, sin la muerte de José Antonio, nunca se hubiera apoderado de España? Y el que el Gobierno de la República decretase el establecimiento del Código de Justicia Militar como consecuencia del desenfreno, nombrando al general Pozas comandante general de Cataluña, ¿no fue facilitarle a Franco el dominio de la nación para cuando la guerra acabase?

CAPÍTULO III

Si la notificación procesal nos fue comunicada a última hora del día 29 de mayo de 1937, el 31 (el 30 le fue hecha la misma comunicación a los que del mismo proceso estaban en la cárcel) un alférez oficial del Juzgado, nos llevó un pliego con más o menos media docena de nombres correspondientes a los abogados que se nos ofrecían para la defensa. Entre aquéllos debíamos elegir el que nos patrocinase en el Consejo de Guerra sumarísimo. Lo debíamos hacer sin lugar a dilación para meditarlo. Urgía el que dijéramos «éste» poniendo una palomilla en el margen del papel.

No recuerdo bien quién fue el elector del abogado señor Cabrera por el simple hecho de haberlo elegido Hedilla. Otros y entre éstos yo, no quisimos elegir a ninguno por el convencimiento de la inutilidad, pero el alférez insistió no sólo en que debíamos hacerlo, sino que era obligatorio.

—Eso es fácil —arguyó Félix López—, echamos una perra al alto y al que salga le ponemos la palomilla y listo.

—Sí, sí —aceptamos deportivamente quienes nos daba lo mismo el que fuese.

Se estableció el juego por eliminación. Si la perra al caer mostraba el rostro que todavía no era el de «la gracia de Dios», debía seguir en la liza. Si era cruz la muestra de la moneda, el nombre quedaba eliminado y así rotando hasta el último. Y qué cosa. La broma nos dio ganador a Cabrera, elegido a dedo por Hedilla el día anterior a dos kilómetros de nosotros, en la cárcel provincial.

Según nos informó el alférez jurídico, se nos estaba dando tanta prisa porque el Consejo de Guerra se iba a celebrar a prime-

ros de julio «dentro de un mes» y que el defensor necesitaba ese tiempo para el estudio del sumario.

—¿Y cree usted —le preguntó uno de los procesados— que en un solo mes puede llevarse a cabo toda la necesaria gestión para el estudio pertinente de una causa tan compleja como ésta?

—Yo no creo nada. Digo lo que me dicen que diga —contestó el enviado del juez, señor La Orden, cansado de no decir lo que le hubiera gustado: sencillamente la verdad.

Pero debió de parecerles innecesario un mes. Ni siquiera una semana fue precisa. El día 5, o sea, cuatro días más tarde, de que la perra gorda nos eligiese el abogado, a las ocho de la mañana, cuando aún no nos habíamos desayunado, llegaron a la puerta de Prisiones Militares, bajo la ventana de nuestro aposento, dos camiones blindados de la Guardia Civil. Del primero de ellos descendieron un sargento y media docena de números, mientras de la cabina del otro se apearon un teniente, un paisano y el conductor.

Nunca habíamos visto tanta fuerza en aquel lugar, por lo que sorprendidos, unos a otros nos miramos pensando en que se nos iría a trasladar o que vendrían a llevarse a algunos de los militares ya condenados que en las galerías interiores moraban. Pronto salimos de dudas. A nuestro cuarto entró el jefe de la prisión con el teniente y nos instó:

—Por favor, terminen de vestirse con prisa porque les tengo que llevar a juicio y comenzará a las nueve y media.

Nos parecía increíble lo escuchado al oficial de la Benemérita. Increíble e inadmisible en derecho. Sin embargo, si tanto nos extrañaba era porque no nos habíamos detenido a pensar lo que a los no falangistas se venía haciendo. Lo que en torno a la manera de juzgarnos no era aislado fenómeno sino neomanera de proceder.

Nadie nos reíamos ya y menos cuando el capitán de Caballería, José Chamorro, al dirigirse con una pregunta al teniente al mando de la conducción, éste no lo saludara como correspondía a las ordenanzas. Nos dio la impresión de que el teniente sabía ya que no era capitán nuestro camarada. Chamorro se limitó a decirle irónicamente: «A sus órdenes, mi teniente.» No obstante, el teniente nos dijo con muy buenos modos que hiciéramos lo posible para que él pudiera cumplir su intención de tratarnos como compañeros llevándonos sin esposarnos.

En el camión del que el teniente había descendido, entramos todos los procesados, siguiéndonos casi pegado el camión con la Fuerza Pública del que por una tronera delantera asomaba el cañón de una ametralladora. Sin que nos fuese posible ver la calle, atravesamos el centro de la capital salmantina donde cuando lo normal fue posible, tuvo la sabiduría su mejor residencia.

Ya en la puerta del castrense edificio dispuesto para ser sala de audiencia, nos apeamos del vehículo entrando en fila india entre dos barreras de guardias civiles con metralletas llegados antes que nosotros. Pasamos al cuartel bajo el viejo lema de «Todo por la Patria», incluso lo que se nos estaba haciendo: incluso lo que a los demás se les hacía.

En el cuarto de Banderas se encargó de nosotros un teniente con la tropa necesaria para nuestra custodia durante el acto. La Guardia Civil quedó fuera del cuartel esperando la llegada de Hedilla. Mientras aguardábamos, entró con un capitán del Ejército, Pepe Sáinz, con la pretensión de presenciar el juicio, pero no se lo permitieron. Mientras tanto nos informó:

—Todos o casi todos los altos mandos de la Falange se han abierto paso a codazos para entrar al Palacio Episcopal y tras reverenciarlo (a Franco), ponerse a sus órdenes. Lo mismo ha pasado con los tradicionalistas —nos decía el ex jefe territorial de Castilla la Nueva.

Pepe Sáinz, hacía resaltar que, hasta la publicación del Decreto, tantos le hacían la pelota cuando los mismos pelotilleros si le encontraban, si podían no saludarle ante la Policía dovalesca, lo hacían. Todos estuvimos de acuerdo en que la Falange había acabado y que sus militantes debían comportarse como siervos, cantando cuando se les mandase y comparseando en el coro de la neoteatralidad política.

La información de Pepe Sáinz nos explicaba la celeridad de aquel proceso en el que nosotros éramos sujeto de información para los demás. Todo el mundo debía saber que la menor indisciplina lo había de conducir al camino que nosotros estábamos recorriendo. A pesar de evidencia tan clara, seguíamos sin acertar con la creencia del cómo era posible no sólo el que los jurídicos se impusieran carrera tan desenfrenada, sino el que se procediese con tanto sigilo llevándonos de sorpresa en sorpresa. ¡Inexplicable! Meditando sobre ello y atando cabos, hicimos memoria de que en Prisiones Militares, a quienes se les iba a fusilar nunca los avisaban antes. Nuestro futuro se iba aclarando por momentos.

Estando en éstas, otro camión, también blindado, llegó y de él sacaron a Manuel Hedilla, esposado. Igualmente a otro detenido en la cárcel que iba a testificar precisamente en contra. En seguida, y también entre dos filas de soldados, entramos en lo que era el comedor del cuartel y en el que las mesas las amontonaron al fondo dejando en la sala únicamente los bancos que ocupó la Policía de Doval de paisano, con la burla de llevar todos puesta la camisa azul como nosotros. En un rincón del local, bajo unas ventanas, con las maltratadas mesas del comedor, improvisaron un estrado o el remedo de un estrado tras el que nos esperaban los

componentes del tribunal. Destacaba la estampa vieja del presidente barbado, entre los oficiales que iban a escuchar los cargos. Un viejo coronel se durmió. Los cinco oficiales más que solemnes, serios, más que interesados, de trámite. A la izquierda de la fila en que todos los presuntos autores del delito de «Auxilio a la rebelión» y cara al fiscal, en pie, nos pusieron codo con codo.

Bajo las ventanas el fiscal tenía una mesa y a un metro otra el abogado tenía parodiando lo que en conciencia debía ser justicia. Pero en pocas situaciones como en aquella en la que al espíritu de lo que debía ventilarse, se le llamaba «justicia», a la imagen de la befa se la vistió y revistió de tanta parodia solemne sin que por ello desde cualquier lugar que se la observase se dejara de ver la burla: burla desnuda con las piltrafas de sus desdichadas flaquezas a la intemperie. No sólo se nos hizo permanecer en pie las seis horas que duró el Sumarísimo Consejo sólo con la lectura del Sumario y la actuación del fiscal, sino que se nos impuso el estar allí únicamente para escuchar. Ni una pregunta nos hizo aquel representante de la ley —no está de más decir aquí que la Ley en Guerra Civil es distinta a la ley «ordinaria»—, ni el defensor, don Pedro Cabrera, nos la hizo limitándose a la petición de clemencia que era igual a estar conforme con la manera con la que se había llevado y las conclusiones fiscales.

En su informe, el fiscal, togado y todo, para que el escarnio no tuviese tacha, proclamó que nuestra actitud era tan letal al organismo del Régimen, que estuvimos a punto de resquebrajar la unidad de España conseguida por los Reyes Católicos y, cinco siglos y medio después, reverdecida por el Generalísimo con tan singular firmeza en el espíritu, que carecía de parangón en hombre alguno y en cualquier tiempo. Después de comparar a Franco con Aníbal y otros grandes guerreros de la clásica Grecia y la Roma imperial, a nosotros nos apuntaba con el índice, como si anticipándose a lo que estaba dando por hecho, o sea, la cruenta ejecución que solicitaba: cuatro penas de muerte (Hedilla, Ruiz Castillejos, Lamberto de los Santos y capitán Chamorro García), dos cadenas perpetuas (Alcázar de Velasco y Félix López «Gómez», o sea, Ontiveros), una de veinte años de reclusión temporal (Ricardo Nieto), dos de diez años de prisión correccional (José Rodiles y Angel Inaraja), una de dos años (José Luis de Arrese); y la absolución para Miguel Merino Esquerro, a quien pusieron en libertad aquella misma tarde.

Estoy escribiendo Memorias y entre las muchas vivencias en la vida esta del juicio en Salamanca, la realmente inolvidable por cuanto estábamos haciendo una guerra para restaurar la justicia caída en desganche en los últimos años y era aquél el más sarcástico de cuanto contradecía la doctrina por la que los hombres es-

taban muriendo en uno y otro sector de la encendida geografía ibérica...

Cuando el presidente del tribunal, general Alvarez Arenas, lueñas las barbas albas y aspecto de no estar a gusto en donde el oficio le comprometía estar, nos preguntó si teníamos algo que alegar, no fue mucho lo que alegamos. Al primero en preguntarle fue a Hedilla, que dijo «no», moviendo la cabeza. Después la pregunta se la dirigió al capitán Chamorro, ex jefe de Información. Y éste fue quien más dijo comenzando por negar la legalidad de las formas jurídicas que contra nosotros se estaban llevando a cabo. El tercer lugar tocó a Ruiz Castillejos, quien se hizo partícipe de lo que Chamorro había alegado, añadiendo que estaba seguro que de nada serviría y de que aceptaba la pena que se le acababa de pedir por si ello servía de remordimiento en quienes se prestaban al servilismo del mandato «patronal». Oír esto el fiscal y dar un respingo protestando, todo fue uno. Pero el presidente, el de las barbas cidianas, le ordenó callar al fiscal dando a entender que era lo menos —y lo único— que podía concedérsenos.

En cuarto lugar fue Lamberto de los Santos, quien aún sentía el dolor primero del fusilamiento de su padre. Como los demás perdió el tiempo demostrando que carecían de autoridad legal para juzgarnos, puesto que el Decreto no era legal ya que a los hombres no puede obligárseles a la admisión de una conducta política en la que no creen. Perdió el tiempo por partida doble, primero porque de nada nos iba a servir y segundo porque eso lo sabían ellos y en su fuero privado también quizá lo lamentasen. Por nuestra parte expusimos que si nos oponíamos a la «Unificación» era porque presumíamos el que la maniobra de Franco que había llegado a la promulgación del Decreto con silencios y tapujos, tuviese alcances históricos no confesables en aquellos días cuando en los discursos y discursantes medraba la costumbre de culpar de todas las miserias espirituales acaecidas en España al judaísmo internacional y al «casero». No confesables porque de lo que se estaba tratando era de obtener la omnipotencia para que nadie pudiese impedir el retorno de quienes ha de los tiempos se fueron por no colaborar con la España del yugo y las flechas, símbolo que Franco enarbolaba para traerlos y para que aquí, ya en nuestros mismos bigotes, vejaran lo español a título de revancha.

No sé si lo entendió el tribunal; sé, sí, que ninguna objeción se nos puso, aunque inmediatamente ordenaran a nuestros conductores, o trae y lleva, que nos volvieran a depositar en las prisiones donde a cada quién se nos tenía y que allí se nos iría a comunicar el resultado de la deliberación, lo que aconteció cuatro días después, el nueve de mayo, inmediatamente a continuación de

la aprobación por el VII Cuerpo de Ejército firmando la sentencia, por delegación, don Ricardo Serrador, según rezaba.

La noche del día cinco al seis de junio, ya con el proceso a la espalda, cuando el decretazo culminaba en triunfo, fue la primera en mi vida de las que no he dormido, preocupado por la entidad humana que en los hombres hay o debía haber.

Era demasiado ir viendo objetivamente minuto a minuto lo que de integridad había o no en aquellos que fueron primeros en las primeras filas de Falange modelando frases. Confieso que las condenas no me importaban, puesto que, sin excepción, a la vista, todos las considerábamos honrosas en nuestra dignidad. Todos nos afirmábamos en que la razón es más fuerte que los presidios a los que inexorablemente nos llevarían, creyendo que en ellos se destruye el pensamiento. Franco era más sapiente que yo de los hombres y sus malas leyes, y aun siendo despreciable la falta de escrúpulo en el uso y abuso con el que de los hombres se valía, comprendí que no se merecieron otra manera menos altiva a tenor de la bajeza con la que, sin llamarlos, fuéronse sometiendo, ofreciéndose a Franco con repugnante mendicidad. Si él, Franco, no contara con la certeza de que así iba a ser, no se hubiera arriesgado a la proclamación del edicto.

Ante espectáculo tan deplorable, dejó de importarme en primer lugar lo injusto del procedimiento con el que se nos trató y por el que se llegó a la vejación, pidiéndonos responsabilidad por reclamar lo que se nos acababa de arrancar de nuestra sed y nuestra hambre de revolución prometida al pueblo, y por la que toda una generación mataba y moría en su respectiva trinchera segura de que tenía razón para matar y morir, puesto que a ello los instaron.

Ya en mi convicción tenía a la orilla de lo andado cuanto acababa de acontecer dejando de alegar o alegarme si era o no discutible todo el maremágnum de contradicciones a las que se le dio rango de legalidad. ¿Para qué pensar en ello si al sarcasmo a pesar de la fuerza bruta, con la que la tiranía se comenzó proyectando, no le fue dado prescindir de la mentira para la urdimbre de lo que sin rubor el franquismo lo nominó proceso? Ni siquiera era verdad que todos participásemos de la misma postura ante la causa que la originó. Que intentamos frustrar la validez del Decreto, sí. Y por ser cierto, ninguno se lo negamos al juez. Pero que todos seguíamos a uno de los procesados era MENTIRA. Ni entonces ni después participamos de su postura porque después, cuando el sujeto de marras, tras vicisitudes francamente delezna- bles, en carta dirigida a Franco, le dijo que él, el aludido era más

franquista que a quienes Franco aprebendaba, más que asco nos produjo lástima.

El calor de la Salamanca en junio era fuerte. Por las ventanas abiertas entraba el cielo con su complejo de estrellas en donde el verso decía que los caídos moraban mirando tantas luciérnagas remotas. El no dormir se nos hacía más ancho sin dejar de ver la vida esquinada, en prosa y no poéticamente idealizada, al estilo natural de toda nuestra vida, no fue lo peor de aquella tiniebla encendida con la que se me iba iluminando el sentido de la otra verdad, la de la farsa. Lo peor era que habiendo muerto la Falange cuando comenzaba a ganarse la gloria en la milicia a pesar del deterioro del «yo fui» con el que medrar se había, mediante un decreto (decreto con el que se vengaba el de los Reyes Católicos en el 1492) fantasmagorizó apartando a quienes lo vivíamos o queríamos vivir era, y su fantasma con residencia en la cábala valdría de espantajo para dar miedo, para asustar a la pusilanimería. Fantasma en forma de argumento en el que habían de cargarse leyendas. Desde aquel día el fantasma, como un ser real sin serlo, como un organismo sin espíritu, culminaba en el resumen de ambiciones y decadencias, yendo con impaciencia el «apóstol» a la apostología del pesebre en el que hincharon las fauces con la sustancia del fraude que estaban cometiendo. Vi cómo unas estrellas veloces cambiaban de lugar en el cielo apagándose unas y refulgiendo aún más otras. ¿También en el Cosmos hay fraude?

Se me hinchaba en el alma el recuerdo de las palabras de Sáinz en el cuartel en el que se parodió el juicio. El hecho en sí de irse a ofrecer al Caudillo como mercancía válida para su Sanedrín en mientes, les situaba en el mejor lugar destinado en mi consideración para el desprecio. Ni siquiera les importaba la mutilación doctrinal, la misión del punto número 27 (el de más enjundia por menor lirismo en la retórica; aquel en el que se leía: «Nos afanamos por triunfar en la lucha, con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco [la introducción de estas tres palabras fueron las que alejaron a Ledesma Ramos de la Falange]. Sólo en el empuje final por la conquista del poder, gestionará el mando la colaboración necesaria, siempre que esté asegurado nuestro dominio.» Justamente al revés lo hizo el apostolado falangista. Ni asegurado el predominio ni siquiera la integridad moral.

Aquella, la noche del 5 al 6 de junio de 1937, más que triste, fue un asomarse a la verdad notoriamente precisa de un concienzudo exorcismo en mi condición respecto a la creencia en el hombre.

CAPÍTULO IV

A principios de enero de 1930, Willy Oberbeil me fue a visitar en mi despacho del Instituto de Estudios Políticos que entonces estaba en el edificio de las Cortes, sin que por la amistad que nos unía me hiciera sospechar en nada. Pero apenas tomó asiento, con seriedad desacostumbrada y tras un corto preámbulo, me rogó considerase un próximo viaje a Inglaterra para entretener los contactos necesarios a una misión informativa de alcances muy importantes, que debería durar lo que la guerra. Lo sintetizó de esta manera militar:

—La Abwehr te necesita en Inglaterra.

Por temor a que se me considerara medroso, no le dije que mi preparación informativa distaba mucho de ser la adecuada para tal empresa. Era cierto que él me había introducido en la escuela de Tirpitzufer antes de salir de corresponsal en la guerra de Abisinia, pero también era cierto que sólo se me había adiestrado en el manejo de tintas simpáticas, aplicación de códigos numerales y alfabéticos amén de diversos lenguajes manuales; transformación de rostro con parafina, ocultación de huellas dactilares, etc. No obstante mi insuficiencia y seguro de que el milagro supliría lo que me fallase, no puse peros anticipados e hice las preguntas lógicas encaminadas al conocimiento de mi dedicación en aquel Servicio. Wilhelm me contestó sin titubeos:

—No puedo decirte más que lo ya dicho porque el «más» que quieres saber lo desconozco. Pero si como confío aceptas el servicio, llegaré a saberlo; en parte, simplemente porque en esa misión deberé desempeñar algún papel y, naturalmente que te ayudaré, incluso más allá de lo acostumbrado.

Sin embargo, y a pesar de lo poco que Willy conocía de la empresa, me adelantó que la cosa era una tentativa del Alto Mando de la Agencia (Abwehr) en relación al desembarco en la Isla cuyos proyectos no me los podían dar a conocer de no interesarme en el trabajo. Los tendría a mi disposición no sólo tras decir «sí», sino cuando el acuerdo mutuo no tuviese ningún pero. Si yo aceptaba se me expondría «el todo» y se me dotaría de lo necesario.

—No es preciso que contestes esta misma tarde —me dijo—, pero tampoco puedes tomarte una demora muy prolongada.

—Lo decidiré pronto —prometí.

—¿Cuánto tiempo es «pronto» para ti?

—Veinticuatro horas. ¿Te parece?

Sí, le pareció bien y acordamos volvernos a ver «pasado mañana» en un restaurante de la calle de los Madrazo, para almorzar.

No puedo negar que me gustó la empresa y aun sin voluntad en el propósito, la fantasía me llevó a lugares y escenas (después empalidecidas tanto por la realidad que, algunas veces, me parecía soñar) realmente inéditas en las que el peligro era el mejor ingrediente.

Guillermo acudió al almuerzo con Herr «Federico» (coronel Wagner). Me presentó y por iniciativa del alemán, durante toda la comida hablamos de caballos, de las escuelas que se estaban perdiendo como tantas otras cosas que debían no perderse. Tras el almuerzo, elegí mi despacho para tratar del tema Información de Guerra, por suponerlo más seguro. Lo primero que hice fue aceptar sin titubeos incluso agradecer el que se me eligiese. Poniendo manos a la obra, inmediatamente pedí información sobre los elementos de los que me había de servir en la Embajada inglesa, en Madrid, para ir templando las gaitas que después debía tocar y tocar bien.

Se me pidió un plan de mi propia ocurrencia y me ofrecieron informes personales de los ingleses con quienes iba a tratar en Madrid, lo que es elemental. Los informes de quienes en Inglaterra debían servirme vendrían después.

La misión tenía muchos plurales derivados de tres fases. La primera, mi introducción en la Embajada inglesa; la segunda, y como tanteo, enviar a Londres un agente, falangista, a quien se le estaba adiestrando para que me anticipara un completo panorama de la situación. Tercera, ir a Londres para lo fundamental de la operación: situar en el Cuartel General francés unos millones de libras (al señor De Gaulle) y entregar algunos aparatos radioemisores a diversos agentes alemanes, galeses y escoceses que traba-

jaban por libre, pero que los aparatos con los que estaban transmitiendo eran de cuando aún no se habían roto las relaciones germano-británicas (3-IX-39). Los aparatos que les habían dejado los antiguos agentes alemanes estaban tan deficientes que aquellas máquinas transmisoras eran la causa de que se perdiera frecuentemente la más valiosa información. Esto en cuanto a la organización de la primera fase: la segunda, conectar con dos generales escoceses quienes, ya cultivados por los agentes de la Abwehr desde un año atrás, me recibirían sin sospecha.

A primeros de febrero de 1940, el Mando me comunicó que para mis proyectos no dejara de tener presente que si los planes ya trazados en Inglaterra no se alteraban, se nombraría embajador de Su Majestad Británica en Madrid al señor Hoare. Se trataba de un plan tan secreto que ni el propio político inglés señor Hoare conocía.

Me pareció la advertencia cosa de magia. ¿Quién tenía «ya trazados» los planes en Inglaterra? El que si estuvieran trazados los conociese la Abwehr no me producía ningún estupor, pues creía que los hombres de esa Institución lo sabían todo, pero el autor de esos planes era alguien no político.

Entre los documentos pormenorizadores, destaco aquí los dos más importantes: el de Hoare y el de Mr. Malley.

Respecto al primero decía ser «hombre poco grato a muchos de los miembros de su propio partido por considerarlo racialmente no británico. Más que de Churchill es enemigo de Eden y esto se presta a especulaciones rentables». Tras otras consideraciones de menor relieve me apuntaba que: «Hoare es hombre de inteligencia limitada, carente de genialidad, timidez acentuada cuando la suficiencia del interlocutor sobresale de la suya. Padece un azaroso complejo producto de las emanaciones sudoríferas en las comisuras de los dedos, aún más abundantes en las palmas de las manos, lo que le hace incómodo cualquier diálogo. Para defenderse de la situación se vale del pañuelo imitando un juego.»

Continuaba a estas advertencias un gran número de cargos de su indiscutiblemente virtuosísima vida política, entre los que destaco: ex ministro del Aire por cuatro veces, Lord del Almirantazgo, secretario de Estado para la India, secretario de Asuntos Exteriores, Lord del Sello Privado y miembro de los Comunes «de por vida».

Me llamó la atención el que más adelante y respecto al sudor que el señor Hoare padecía, el informe volvía a insistir en: «No debe desestimarse este defecto, ya que si por la obligada distracción de tenerse que secar las manos, el señor Hoare considera muy disminuida la capacidad en su suficiencia para sacar adelante el tema en cuestión, suele aplazar el proyecto que con él se está

tratando.» No se me decía nada de la procedencia del documento (después supe que lo habían confeccionado Ribbentrop y los agentes que con él trabajaron en Inglaterra mientras que fue embajador en Londres por lo que distaba mucho de ser suficiente para conocer al sujeto bien). También se omitía una relación de preferencias que me hubieran sido muy útiles; ni se me daba noticia de si en alguna de las observaciones que sobre él tenían hechas —deberían poseerlas en un servicio como la Abwehr— se le había visto pasar del diálogo a la discusión y si tal acontecía, en qué tono discutía. Tampoco si entre sus disposiciones personales estaba la de anteponer el cálculo a la emoción. Aunque no manifesté queja alguna a Oberbeil, lo consideré incompleto para una operación de semejante envergadura.

El que no era incompleto, porque constaba de cinco folios a un espacio, con pormenorizaciones a cual más prolija, era el de Bernardo Malley, destacando en él su raza judía sefardita por cierta amargura en el semblante. Inglés disraeliano, llevaba «puesta» la época victoriana. Le gustaba Inglaterra, su patria oficial, desde la distancia, desde más allá en donde la ley inglesa tuviera fuero. Siempre que de Inglaterra volvía de vacar el ocio a que tenía derecho tras once meses de trabajo, traía además del bagaje propio, un propio disgusto. Inglaterra, según él, estaba dejando mucho de su forma de ser.

Me apasionó tanto el «Informe Malley» que lo primero que hice fue disponirme a un intercambio de opiniones con él para cotejar las anotaciones y poco tardé en constatar que Malley, don Bernardo, como a él le gustaba que se le llamase, estaba por encima de cuanto de su calidad humana se decía en el documento.

La última vez que lo vi fue en el año sesenta. Ya estaba jubilado del cargo oficial y, por lo que deduje, también lo habían apartado del Servicio de Inteligencia al que había prestado los entusiasmos de toda su vida. Su inteligencia era tan clara que a alguno le parecía opaca y su conocimiento de España tenía pocas semejanzas en propios y extraños. Antes que José Antonio, Malley amaba a España porque no le gustaba. Se valía para lo suyo de los españoles que no lo eran, pero los despreciaba. Se consideraba de aquí. Quizá más justo sería decir que era de aquí.

Con el bagaje anotado como fundamento a los comienzos de mi empresa, me dispuse al superficial tanteo desde el que las cosas fueran saliendo solas que es, como siempre me ha gustado y, en definitiva, como han salido bien

El que don Bernardo, como lo llamaba el ujier o portero de su Embajada; Mr. Malley, según su habitual tratamiento, de confesión

oficial católica y espíritu mediterráneo, me citase a cenar en una taberna de la calle de Santa Isabel, donde ni el vino ni la vianda sabían a nuevo, venía a sintetizar en mis especulaciones, que era uno de los agentes del Intelligence Service cultivados para el trato con todas las psicologías sin cambiar de indumento ni de manera. En mi caso, Malley, consejero de la Embajada británica en Madrid, traductor imprescindible de todos los embajadores mientras él estuvo en la Embajada, sabía que yo era admirador de lo histórico o, como en la taberna aquella acontecía, a falta de lo histórico, podía recrearme en lo antiguo de unos carteles de toros en los que Mazantini era el de las letras más grandes. Lo hispánico lo admiraba como nadie; lo malo es que lo hispánico en Mr. Malley no era igual a lo hispano en mí. Aquella elección de lugar me aclaraba también que sabía quién era yo y estoy por creer que barruntaba lo que iba a tratar.

Mi marcada personalidad proalemana en los medios falangistas de entonces, la conocía el señor Malley en todos sus extremos. Como asimismo yo conocía su antigua y presente actividad en el Servicio de Inteligencia británico y su privada y pública ayuda a los rojos con la muy demagógica de prohijar a una niña, creo que huérfana de un combatiente a las órdenes de *el Campesino*.

Aquel conocernos sin habernos visto, nos ahorra a ambos engorrosos equívocos en las ñoñerías del primer contacto como la del elogio del valdepeñas sobre las cualidades del whisky escocés o al revés.

Tras el aperitivo y la sopa de ajo que a él le gustaba mucho —era más de comedor tabernario que de restaurante caro— dimos comienzo a la razón por la que allí estábamos.

—Me importa, señor Malley, conocer la realidad de la Gran Bretaña en estos críticos momentos por los que está pasando —y añadí—: Y no porque desee su triunfo sobre Alemania, sino por otras razones que, sin explicarlas, pueden parecer tan paradójicas que la admisión no sea muy fácil.

—Comprendo su interés que no es diferente al de cualquiera de los seres inteligentes ante un caso como el que vivimos. Y, en lo tocante a lo paradójico, no será tanto que no lo entienda.

—No voy a andarme con demasiados rodeos, señor Malley. El que este hombre —y al decirle «este hombre» sabía el diplomático anglo-hispano que me estaba refiriendo peyorativamente a Franco— sea capaz de no regatear sacrificios al pueblo español para sostenerse en la tiranía (opinan como yo los falangistas que no lo hemos reconocido como jefe nacional), y de llevarnos a la guerra para perpetuar su poder acuartelándonos a los españoles en el aprisco de sus intenciones.

—Pero a usted le gustaría que la guerra la ganase Alemania.

—Sí, pero no a costa de una intervención por la que se incruste en el poder hasta su muerte.

Los idiomas, en el idioma que con más soltura se desenvolvía Malley, era el del callar. Callaba con tal perfección que el «oírle» escuchar era un poema. Asintiendo con la cabeza o alguna que otra media palabra en apoyo de mis razones, le hice romper la escucha cuando le afirmé que lo que yo buscaba en Inglaterra no podía buscarlo en Alemania, porque Alemania nunca me ayudaría a derrocar a Franco a lo que yo estaba dispuesto con lo mejor de mis camaradas, que no eran precisamente sus colaboradores.

Malley, con su peculiar elegancia, me preguntó:

—¿Puedo anotar algunas de sus frases?

—Naturalmente que puede hacerlo.

Sacó su libreta y no sólo anotó cuanto yo le fui diciendo, sino que incluso me pidió y le di aclaraciones a algunos puntos mal expuestos o mal entendidos en el curso de la nada metódica charla que manteníamos.

Hablamos de la situación de Inglaterra creada por los bombardeos de Goering y fue a él a quien por primera vez escuché algo que, a la vista de lo acontecido hoy y por acontecer, tenía que ver con lo profético.

—Al margen de sus deseos —me dijo el diplomático—, por los que prometo hacer lo posible para que se cumplan, no olvide usted esto, señor Alcázar de Velasco: Alemania no ganará la guerra y creo que Inglaterra, ante su incapacidad de combate, se comprometerá en más de lo que pueda pagar, lo que hará declinar su poder en el mundo.

Estoy casi seguro de que su vieja costumbre de catar espíritus, no le fue fiel aquella noche. Me parece que me creyó todo cuanto le expuse respecto al derrocamiento de Franco. A pesar de su habilidad en el disimulo, le noté cierto regusto en el contacto. Es más, presumí que en alguno de los cuestionarios que la Inteligencia inglesa le había mandado, estaba el de descubrir un hombre como el que yo prometía ser.

Acordamos volvernos a reunir cuando el recién nombrado embajador en Madrid, llegase a España. Como si ya supiera que yo había sido informado de quién era el señor Hoare, sólo me dijo de él esto:

—No conozco a Mr. Hoare más allá de lo que se nos dice en la Prensa, pero tengo noticia de su especial habilidad y le va a interesar cuanto usted me ha dicho —dijo el señor Malley—. Estimaré más el que sea falangista y quiera ayuda para rescatar a la Falange de la usurpación enemiga.

Como si la cosa urgiera, antes de que Sir Samuel Hoare presentara las cartas credenciales al Jefe del Estado Español —lo hizo el 8 de junio— Malley me llamó por teléfono para acordar la hora en la que debía introducirme al embajador acabado de llegar quien, sin perder tiempo, se había puesto a trabajar.

—Sir Samuel Hoare, tras haberle informado del contenido de la charla en nuestra cena, ha enfatizado lo valioso de la carga revolucionaria que haya en su espíritu —y agregó—: dígame si es posible vernos mañana a las once.

Sí, era posible. «Mañana» a las once menos cuarto había traspuesto el zaguán de la Embajada inglesa.

Fui con tanto adelanto porque preferí pasar primero por el despacho de Malley y con él entrar en el del embajador, quien me recibió con lujo de campechanía a mi parecer teatralizada.

No hube de esforzarme para ver en el político al satisfecho de lo que entendía por triunfo personal. Flaco hasta lindar en lo enclenque, me habló de su carrera como procedente de la nata inteligencia. A medida de que le iba escuchando y observando hasta el menor de sus movimientos, más me afirmaba en que la reputación de político profesional partía de quien le venía «empleando» en el menester de representar a un sector del electorado dentro del espíritu que los sabios de Sidón dieron al segundo canon del segundo protocolo y que dice: «Los gobernantes elegidos de entre el pueblo por nosotros mismos, en razón a su servil condición, serán individuos ajenos a la gobernación de los países. Por este sistema serán los peones en nuestro juego de ajedrez sin dificultad manejados por las manos diestras de nuestros sabios y geniales consejeros; de nuestros especialistas educados y formados desde la pubertad para el manejo de los negocios de todo el mundo.»

Se le notaba al embajador que la felicitación por haberme opuesto a las ambiciones de Franco y por lo que ahora —entonces— estaba dispuesto yo a aliarme con el diablo si el diablo le defenestraba desde el más alto de los balcones del Palacio del Pardo, era un tanto felicitarse porque de pactar con enemigos, él lo venía haciendo desde que se inició en la política.

A pesar de que Malley, uno de los seres a quienes mejor le he escuchado traducir el español, solía acentuar cuantas intencionalidades podían llevar mis frases, Sir Samuel si no lo terminaba de entender, daba la omisión por respuesta. Por el contrario, cuando por bien entendido el asunto quería ahondar en lo que era mi fuerte en el tema, callaba hasta el hallazgo de una razón irrefutable con la que maniobraba a su gusto.

Indiscutiblemente, Hoare vio en mí al hombre que quizá no esperaba encontrar en España y sobre todo tan pronto. Así me lo comunicó cuando chanceábamos acerca de lo que haría yo con Franco cuando respaldado por la bandera británica, hiciéramos la revolución falangista con la que si él —Hoare— no comulgaba, no dejaba de admirar el tanto y el cuanto en José Antonio del que me hizo una pequeña pero jugosa loa.

El primer resultado del entendimiento al que llegamos, se concretaba en la redacción de un plan por mi parte que yo le debía someter en nuestra segunda reunión. En realidad, el plan ya se había discutido, lo que faltaba era ponerlo sobre el papel.

De aquella entrevista saqué la conclusión de que la primera parte estaba ganada y si yo no dudaba en el empleo de la osadía o no dejaba que las dudas se me notasen, la segunda y tercera no podían perderse.

Si tardé tres días en llamar a Malley para que acordara la hora en la que debía entregar mi sencillo plan, obedeció a que sobre el asunto tuve una conferencia de unas seis horas con el conde de La Seo de Urgel, coronel de Estado Mayor, que llevaba una de las secciones de nuestro servicio.

Si la primera vez que Hoare me recibió lo hizo con apacible exceso de cordialidad, la segunda, sin que lo cordial estuviese ausente, la seriedad con que hablaba y preguntaba tenía carácter de conspiración. Me vino a decir que la caída de Franco, si lo tenía todo bien orquestado en secreto, podía producirse en cuanto los ingleses lograran la iniciativa en el mar y eso se produciría en cuanto se restañase el revés de Noruega. Casi me vino a decir que tenía la certeza de que los Estados Unidos entrarían en la guerra, lo que ya era concederme cierta confianza y facilitarme buena información.

Le entregué el plan que Malley tradujo con fidelidad. Los tres puntos principales consistían:

Primero: para yo poder lograr el apoyo de mis camaradas antifranquistas debía darles estudios de primera mano sobre la situación en la Gran Bretaña, especialmente en lo tocante a la moral y al espíritu de resistencia, etc.

Segundo: para poder cubrir esa fuente necesitaba yo destacar en Inglaterra a uno de los mejores falangistas del grupo que como yo estaba contra Franco, lo que haría valiéndome de mi autoridad de Jefe del Gabinete de Prensa del Instituto de Estudios Políticos, expidiéndole un documento como enviado especial.

Tercero: Para que las autoridades británicas tuvieran la certeza de que la información de mi enviado era correcta, éste entre-

garía sus estudios a la persona que se designase en el Foreign Office; y en valija diplomática mandaría a la Embaja inglesa en Madrid el texto. Por su parte, el embajador me lo enviaría a mí.

El embajador y su consejero, Mr. Malley lo aprobaron sin la menor objeción, puesto que el material antes que a mí, pasaba por sus manos expertas en el manejo de papeles y por ello no había cuidado alguno.

Sin embargo, la operación no estaba bien rematada. Aún quedaba por resolver algo muy importante. Como yo no podía decir que tenía libras —y las tenía por sacos— tuve que lamentarme de ello.

—Señor embajador, el problema son las libras esterlinas que nuestro hombre necesite para vivir allá. Yo puedo darle pesetas, pero no libras.

Hoare me sonrió como diciendo que le hacía mucha gracia mi ingenuidad. Eso para él, que tan bien parado salió de sus clandestinas intervenciones en los asuntos indios o su técnica en las Rusias, donde él (1918) con sus compañeros del Intelligence Service fue enviado y donde se rieron de los servicios contrarios, eso de las libras carecía de importancia. Abundando en maestría, lo solucionó de la siguiente manera: yo daba en la Embajada británica, en Madrid, en pesetas el importe de los gastos que nuestro «enviado» tuviese en Inglaterra y el Foreign Office —el Intelligence Service (1)— le daría la equivalencia en libras, y algo más. Las pesetas en cambio que yo diese en la Embajada, las emplearían en España para asistencia a «menesterosos».

Hoare me prometió que el Gobierno de Su Majestad no era tacaño y que el huésped que yo mandase sería bien atendido y no mintió.

Pero, ¿quién era, quién iba a ser mi enviado?

Más que por curiosidad, Sir Samuel Hoare necesitaba el nombre y lo más destacado de su *curriculum vitae* para preparar las cartas de presentación a quien debía atenderlo oficiosamente en su Ministerio del Exterior; políticos amigos suyos y periodistas con crédito de buenos presentadores le bailaran el agua.

—Es un muchacho, señor embajador, a quien aparte mi interés por darle paso en la Prensa abriéndole la puerta grande, tiene cualidades políticas superiores a las que a su juventud corresponden. Como falangista es intachable y goza de toda mi confian-

(1) Y aprovecho este pasaje para rendir a ese servicio con sus «MI» de ojos y oídos en todas partes sin que nadie lo perciba, toda la admiración que le tengo y de la que es digno por mucho que se le quiera disminuir omitiendo sus grandes servicios en la Era de la satelería circundante. El Servicio de Inteligencia inglés, cuando fue dirigido por ingleses, en nada hubo de envidiar a la CIA ni a la KGB, pues ambas son una y tienen la matriz en Jerusalén.

za. Se llama Miguel P.-V. a quien también le entusiasma la natación.

El embajador tomó nota a través de su taquígrafa.

El día 25 de setiembre de 1940, el enviado especial del gabinete de Prensa del Instituto de Estudios Políticos, con las bendiciones del señor Hoare, llegaba a Inglaterra en el clipper procedente de Lisboa. Fue bien recibido e informado por un representante del Foreign Office y mientras allí estuvo regalado, porque además de las libras convenidas según el cambio de las pesetas, le buscaron un alojamiento que Miguel encontró puntualmente pagado. Le facilitaron radio y automóvil para que recorriera la Gran Bretaña, siendo acompañado por miembros del Ministerio de Información.

Pocos días más tarde a su llegada a Inglaterra, la valija inglesa transportaba el primer mensaje.

Sir Samuel Hoare fue diligente en mandar el sobre a mi despacho y una notita diciendo que le gustaría conocer el contenido del primer informe. ¡Ah! Y una botella de whisky escocés que me obliga a reconocer su calidad como bastante mejor que el que me dieron los alemanes en Berlín en el año 1944.

Le mandé copia y como esperaba, el embajador me contestó que lo que *don Miguel* decía no se ajustaba a sus pretensiones. Menos le hubiese gustado haber sabido que en su interior, en el estómago del papel, la tinta simpática alemana detallaba con diaphanía mágica, la localización de primordiales objetivos militares, los efectos causados por las bombas incendiarias fabricadas en el 1937 y por ello de cortísimo radio de acción; y toda una gama de notas del mayor interés para los hombres del Tercer Reich.

Durante dos meses los informes llegaron por la valija diplomática inglesa tan regularmente que en Berlín me felicitaron. Pero la presencia en la Gran Bretaña del tan recomendado por el señor Hoare coincidió con el cambio de táctica de la estrategia aérea alemana y el ataque a depósitos ultrasecretos de tan descarada manera que hicieron sospechar al Intelligence Service.

Los alemanes lo supieron desde el primer día por otro conducto y me avisaron. Este incidente me hizo por primera vez discutir muy fuerte con los alemanes, porque impuse su inmediata vuelta a España. Quise evitar que el enemigo pudiese jugar esa carta contra la neutralidad española.

Pocos días después recibí un despacho de Miguel con los papeles revelados, aunque por fortuna nuestra tinta era aún desconocida por el enemigo y el mensaje no nos delató. Otra disputa y por fin hube de ir a Berlín llamado por el almirante Canaris.

Canaris era pequeño y rechoncho, con ojos vivaces, escrutadores, de adivino. Le expuse todas las razones que ya había expuesto a sus agentes en Madrid y que a él no le habían sido transmitidas. Creo que le interesé bastante más de lo que yo me había supuesto, teniendo en cuenta su actitud para conmigo en días posteriores. Por su parte me impresionó lo suficiente para que desde entonces estuviese más dispuesto a servir a la causa europea que nunca.

CAPÍTULO V

Además de mi continuo «toma y daca» con el embajador Hoare, hube de hacer cara a todo un sistema de organizaciones que iba desde el proceso «escolar» y adiestramiento de agentes, al establecimiento de lugares en donde reunirme con los «cabeza de célula», pasando por la tela de araña de las comunicaciones no sólo de toda la Península Ibérica, sino sus litorales. Toda precaución era necesaria para la esquivas de «moros y cristianos». Si la Policía quería saber nuestras andanzas, no obstante ser el director general un germanófilo integral, el conde de Mayalde, los comisarios ni eran condes ni germanófilos y a esto había que agregar los «milagros» procedentes de los raudales de pesetas que los aliados esparcían. Si nuestro despliegue era imponente, el del Intelligence Service para España, resultaba superior en muchos sentidos.

Me faltaba tiempo para llegar a todos los rincones que día a día se multiplicaban y aunque tenía buenos segundos con el mismo caudal de entusiasmo que yo, comenzaba a dudar de que cuando estuviese en Londres, pudiera seguir manteniendo el control de lo que ya revestía ingencia de operaciones. Los alemanes que se me mandaban, hablaban todos buen español, pero aun sabiendo su oficio de formar agentes, los españoles se me quejaban de su natural tardanza en el entendimiento y el tener que dárselo todo bien acabado para que no lo asimilasen mal.

A uno de aquéllos yo lo conocía de Berlín. Se llamaba Hans Mesner y en España se le llamaba únicamente Hans o «Jans». Vino para el adiestramiento del manejo de algunas armas. Y después de acabar su primera parte, rogué que no se lo llevaran a Chile, donde Juan Perón estaba organizando otro servicio paralelo

al mío, aunque mucho más reducido. So pretexto y no pretexto de sus vastos conocimientos de maestrante, se simuló su presencia con no sé qué cargo en la Cancillería a la que no iba ni a cumplimentar en las fiestas patrias. Sólo se ocupaba de nuestro Servicio en el que a la gente de mar comenzamos a dotarla no sólo de aparatos de radio receptores y transmisores, sino que se les armó «hasta los dientes».

El AEMC estaba informado hasta de los clavos con los que se sujetaban las cosas para si había necesidad de ello, «barrerlo de una pasada».

Por aquel entonces (primeros meses de 1940) el noventa y nueve por ciento de los españoles vibraban de entusiasmo ante las perspectivas del desquite —aunque por mano ajena— contra quienes habían ayudado a los rojos españoles en nuestra contienda. Instintivamente, Alemania era su amigo incondicional.

«Hans», aún sin cumplir los treinta años, era un doctor en Medicina que había estudiado en Berlín y que pertenecía al Partido. Allí le enseñaron a enseñar la mecánica de cuanto el agente necesita saber para dar comienzo a su tarea. Ya con síntomas de obesidad, se adivinaba en él un burgués en gestación a quien nunca se le podría encomendar más misión que la burocrática.

Tras las primeras pruebas del disparo en las sienes de dos agentes, pruebas satisfactorias puesto que a uno se le chamuscaron las patillas, sin el menor movimiento, volvimos a donde le comencé a enseñar algo del tipismo.

A aquel hombre, «Hans», le teníamos alquilado un piso en la placita que a modo de rellano en la calle de la Cruz da entrada al callejón del Gato. El lugar reunía las más óptimas condiciones. Cerca de la Dirección General de Seguridad se mostraba tan inofensivo como siempre fuera. Para quien sólo ve vivencia natural en lo civil no podía sospechar la segunda personalidad que artificábamos en cada uno de los reclutados y que después, cuando la guerra acabase, el que sobreviviera tendría un buen *dossier* en los servicios secretos con dimensión universal.

El piso misterioso contaba con once amplias habitaciones con un largo pasillo en el que probábamos los silenciadores de algunas pistolas, amén de todos los pertrechos en el que el mágico de la caracterización se llevaba la palma. En aquella casa teníamos todo cuanto se necesita para «ser» otra cosa y se era otra cosa, porque el hombre es lo que quiere aparentar. El disfraz no sólo trueca lo aparente, sino la conciencia aunque sólo sea cuando se tiene «puesto».

Cada habitación albergaba la serie de su especialidad. En una estaban los aparatos fotográficos de diversos tamaños y aplicaciones varias, que para su manejo se precisaba una técnica especial.

En otra las máquinas para la transmisión morse —telégrafos—, y en la de más allá, emisoras mayores y menores, receptores de honda fija para una sola aplicación; unos y otros de tamaño diverso y de manejo igualmente singular. De todo esto lo que al ignaro más le llamaba la atención era un aparato transmisor de pilas, menor que una caja de zapatos con un radio de doscientos cincuenta kilómetros (en aquel tiempo, éste era un prodigio técnico).

Sebastián y *Federico* tenían sus respectivos gabinetes. El primero, técnico en el manejo del morse. El segundo, *Federico*, hábil pendolista con tal artesanía en el empleo de tintas simpáticas y reveladores, que el paso de la pluma a un simple palillo era realmente imperceptible. Además, los dos poseían la técnica en la cifra, diestros en la confección de claves para la transmisión desde lugares ocupados por el enemigo. El morse era por demás engorroso y aburrido, por lo que tenía menos adeptos que los códigos numéricos o retóricos para la transmisión de mensajes mediante crónicas de Prensa; y asimismo se enseñaba el uso de magnetófonos miniatura para lo que se debía ser un verdadero «manitas».

Esto suponía lo más llamativo, pero había algunas otras cosas, por ejemplo, el conocimiento psíquico del interlocutor y el buen empleo del desparpajo o el buen empleo del callar, hacer que no se ha oído bien o dar por no entendidas algunas oraciones como si uno fuera sonso. Lo primero, lo elemental para poder salir a la luz de la vida secreta sin relativo peligro.

Un día del mes de agosto —cuando en apariencia virtualmente el resultado de la guerra «estaba decidido»— con las mismas reservas misteriosas que me fue presentado *don Juan*, los alemanes que estuvieron en la «Cóndor» y ahora estaban en la Abwehr, me llevaron a un nuevo agente a quien se le llamó *Manolete*. *Manolete* era un joven de treinta años, optimista y generoso en el darlo todo por la necesidad anímica de ver triunfante al Ejército alemán sobre el enemigo secular de España y los españoles. Para *Manolete*, Europa lo significaba todo en el mundo y el mundo, según él, empezaba y terminaba en Europa cuya cabeza era Alemania y el resto de los países las vértebras no muy sanas según decía. *Manolete* no sabía vestir con elegancia, pero tampoco era un rudo «tuercebotas». Culto, en su dialéctica y sin propósito petulante, empleaba mucho el latín. Me pareció un provinciano de los que todo lo dan al saber y nada emplean en beneficio de su particular elegancia. No le pregunté a qué se dedicaba, seguro de que sin el engorro de la pregunta, lo sabría más tarde. *Manolete* llegó a la «escuela de la Abwehr matritense» sabiendo perfectamente los signos morse,

pero no la mecánica de la transmisión, y esto era lo que se le debía enseñar: el manejo del aparato. En una semana, mediante el empleo de la «chicharra» (1) estaba en disposición de transmitir.

Me intrigaba aquel tipo original en muchos aspectos. Una tarde lo invité a cenar. A medida que los clientes iban entrando, yo elogiaba la calidad de las mujeres que llegaban.

—Mira qué mujer, *Manolete*: sencillamente preciosa.

Pero *Manolete* miraba sin comentar la hermosura de aquellas bellidades esmeradamente cuidadas. Me hizo pensar cosas raras y, por un momento, creí que podía ser maricón. Pero deseché la idea porque ningún síntoma lo delataba. No me pude contener y le pregunté de sopetón:

—Oye, *Manolete*: tengo curiosidad por saber una cosa de ti. Si te molesta, no contestes. Tú, ¿qué carrera u oficio tienes en la vida normal?

Manolete, sin mirarme, sonriente y casi contento de ser un enigma, siguió pelando el langostino. Al terminar, contestó a mi pregunta con pausa y la cabeza baja, sin ninguna vanidad ni al parecer, remordimiento:

—Soy... sacerdote.

—¡Leches! —exclamé sorprendido—. Lo que menos creía de ti es que fueses eso; pero, ¿sacerdote de esos de misa y altar? Y..., ¿quién te ha puesto *Manolete*?

El cura se rió a gusto.

—Me lo he puesto yo. Soy el mayor admirador de ese novillero cordobés que así se moteja, de quien no dudo que será un gran torero —profetizó y acertó.

Me siguió contando algo de su azarosa existencia, por otra parte muy parecida a la de cualquier español.

Se trataba de un sacerdote con residencia en la Costa del Sol, próximo al Campo de Gibraltar. El comunismo en España había ahondado en la brecha de sus desmanes. La iglesia de la que él era párroco fue saqueada y usada para almacén de municiones. Con algunos fieles se fue a la sierra donde estuvieron combatiendo en guerrillas hasta que las tropas nacionales tomaron el territorio en donde se hallaba.

Manolete, alegre, decidido y valiente como pocos, según demostró en el curso de la guerra, hervía en entusiasmo por dar principio al desempeño de su arriesgado cometido. Era desprendido y sano en todo cuanto decidía; fuerte, de anchas espaldas, a diferencia de *Leandro* y *Anastasio*, igualmente sacerdotes, de los que ya hablaremos, tenía más fe en la necesidad de la victoria para la

(1) «Chicharra»: falso aparato de transmitir morse que sirve para las primeras prácticas. (N. del A.)

grandeza de Europa, que en la victoria misma. No tomaba una copa de más ni admitía que yo la tomase. Nunca le vi en Madrid —por la calle— vestido de sacerdote.

Lo complicado de la organización, que apenas empezaba, comenzó a darme más trabajo del previsto.

La geografía española se había dividido en regiones y cada una tenía su central quienes se comunicaban con nosotros por clave propia y distinta. En cada una trabajaban un buen número de agentes sin que conociese a la mayor parte de quienes componían el conjunto, no sólo por operar fuera de Madrid, sino porque estaban integrados en células, según el cuadro siguiente:

LUIS

Jefe de células

a quien conocen por separado

José, Paco y Antonio

sin conocerse entre ellos mismos.

JOSE

Jefe de célula

a quien conocen separadamente

Ramon, Sergio y Manuel

sin conocerse entre sí.

ANTONIO

Jefe de célula

a quien conocen separadamente

Jesús, Lucio y Miguel

sin conocerse entre sí.

PACO

Jefe de célula

a quien conocen separadamente

Benito, Máximo y Mario

sin conocerse entre sí.

Y así progresivamente.

La región «Naranja» comprendía el litoral de la costa entre Cartagena y Gerona, más el resto tierra adentro de las provincias intermedias. Esto es: Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante y Murcia. Aquella región en principio fue la más impor-

tante, tenía tres centralitas: Una, el «Piloto», estaba en Barcelona. Las otras dos, en Valencia y Alicante respectivamente. Estas últimas se comunicaban con la «Piloto» y éste directamente conmigo en Madrid, que pasaba los textos a «Rafael», el submarino (había tres submarinos a los que se les llamaba asimismo «Rafael»).

La región «Sardina», comprendía desde Almería a Cádiz y la centralilla era volante, aunque la mayor parte del tiempo estaba en San Martín del Tesorillo, un pueblo de Málaga, en una casa de veraneo. Recogía lo de todas las emisoras volantes en el mar que señalaban el paso de todos los barcos. Su jefe era *Manolete*.

Después estaban la región «Marisco» demarcando Galicia y Asturias, la región «Hierro», desde Santander a San Sebastián; y la «Nevada» que era la Pirenaica, que terminó desapareciendo al poco de comenzar, y en cambio se montó una emisora a la que nosotros transmitíamos pero las centrales regionales transmitían directamente a la Pirenaica ahorrándonos un trabajo considerable. A pesar de ello, «Rafael» no quedó ocioso.

Las centralitas transmisoras de cada una de las regiones, se instalaron en garajes, talleres de radio recientemente creados y para el mejor disimulo de la misión por dedicarse a lo que aparentaban ser.

La pauta del despiste que el Servicio de Inteligencia inglés tenía en el comienzo de sus actividades sobre nuestras instalaciones, nos la dio una centralita situada en el condado de Huelva. Era un taller de radios en el que se instaló la emisora. Un día recibió *Sandalio*, el dueño del taller, nuestro agente, la visita de un señor que le llevó un aparato para reparar. Habló con él y le propuso que instalase una emisora secreta «comercial» para radiar mensajes que él mismo transmitiría.

Me lo comunicó y le ordené que lo aceptara con una condición:

—Acéptalo, pero no admitas un operador de su parte ni que él lo haga. Dile al tío que tú sabes morse y que para evitar sospechas tú manejarás el aparato.

El inglés lo aceptó contento.

Así fue cómo, durante dos meses, dispuse del servicio enemigo. Y si no continué fue porque los ingleses «nos calaron». *Sandalio* murió en setiembre de 1942 «de un ataque cardíaco» que yo no quise investigar para no sacar las cosas de quicio y quizá por si alguien descubriese lo mío.

Estas centrales recibían información de los jefes de células y, según su importancia, me transmitían por sobre con un enviado especial, cerrado de manera que era prácticamente imposible abrirlo no teniendo los elementos necesarios para despegarlo sin ser roto o por radio si se trataba de algo importante.

Las centralitas que más trabajo me dieron fueron las de las

regiones de los litorales ribereños, que transmitían el movimiento de barcos en ruta. La región «Sardina» estaba en constante comunicación. El paso de cargueros en convoyes, más o menos numerosos, lo exigía porque la transmisión comenzaba desde que nuestros «pescadores» empezaban a divisar en el mar cualquier elemento flotante. Esto constituyó una verdadera diversión para mis agentes al comprobar por la Prensa que ni uno solo de los barcos por ellos detectados, llegaba a su destino.

No obstante, y aun transmitiendo menos, lo que preocupaba más era la región «Marisco» que no sólo hacía lo mismo sino que transmitía las órdenes de «Rafael» de quien por fin desentrañé la incógnita.

El chalet de Pozuelo era ya un verdadero cuartel general. No obstante, no se veía en él a *Don Juan* sino muy raras veces. *Santos* llevaba todos los días los cuestionarios llegados de Alemania sin que me dijera en donde los recogía, aunque yo averigüé que se los llevaba a casa un correo especial con valija blindada de las que no tenía llaves el mensajero sino el propio *Santos*. Al mensajero le cerraban delante de él las valijas y *Santos* las abría y ante el mismo ciudadano sacaba el contenido.

Inmediatamente los cuestionarios yo los enviaba al jefe de cada región por correo personal y aquél se los entregaba al agente especialista de cuanto le era competente regresando por el mismo sistema a mí y a Berlín.

Cuando se consumó la retirada en Europa con la huida de Dunkerque, todas las centrales regionales tenían instalado su transmisor receptor, y hasta algunos de los agentes —los menos— en sus lugares de operaciones, igualmente poseían transmisoras con códigos y consignas inteligibles únicamente en su demarcación. Esto de los transistores dio en principio trabajo innecesario porque lo usaban para la mayor nimiedad hasta que se les prohibió tales métodos salvo en casos de estricta necesidad.

Con ser esto fatigoso, lo que más atención exigía era el «Servicio de Embajadas y Consulados» aliados, donde se tenían intervenidos los teléfonos y sobornados a algunos de sus servidores, en su mayoría funcionarios, como porteros y mecánicos, mujeres de limpieza, etc. Claro que esto merecía la pena. Entre los múltiples documentos que se nos vendían, nos trajo una vez «Mr. S.», una copia fotográfica de un largo despacho del Gobierno de Su Majestad británica al embajador en Madrid, tal como había sido transmitido y otra de su texto descifrado. Más que el texto en sí, que no era interesante para nuestro asunto, lo que nos importó mucho fue la clave. Por ello supimos durante algún tiempo todo

cuanto la Embajada recibió y transmitió, dando lugar a operaciones brillantes. Pero «Mr. S.» no era tonto y sabía bien lo que estaba vendiendo. Me pidió una verdadera fortuna, cincuenta mil libras. Le ofrecí diez mil, más que por regatearle por ganar tiempo en la consulta a Berlín. Después de dos días le recibí el documento por treinta y cinco mil libras, todavía de las buenas.

—¿Sabe usted a lo que se expone si los documentos fuesen falsos, si no fuera la clave en uso de su Embajada?

—A lo mismo que se expone usted si mis jefes supieran lo que estoy haciendo.

—Entendido —contesté a aquel hombre, más que flaco, seco, impertérrito, sin risa ni gracia alguna en el rostro, que contó los billetes con absoluta tranquilidad y sin ninguna prisa ni nerviosismo.

—Adiós; no me volverá a ver en bastante tiempo. Todos los días no hay estas oportunidades. Pero no será ésta la última vez que le venda algo como esto, interesante.

Y así no fue.

Se equivocó, porque antes de venir a venderme «algo», aunque no le hablase, ni siquiera le mirase, le vi dos días más tarde cenar con una inglesa, igualmente serio y seco a como permaneció en mi despacho. Aquella actitud me hizo preguntarme a mí mismo, para qué querría el dinero si no se reía. No concibo a nadie que pudiendo, no ría la gracia de poder reír, que es la más grande de todas las gracias. «Mr. S.» no lo debía de entender así, según comprobé varias veces.

CAPÍTULO VI

En noviembre de 1940 me llegaron dos hombres ranas, alemanes, que con un español adiestrado en las frías aguas hamburguesas iban a trabajar en las cercanías de Gibraltar. Les agregué a tres botes pesqueros que por allí operaban, pero los obligué a que transmitieran en la clave que yo les di y no en la que ellos traían. Quise saber y supe, lo que decían, a pesar de que no les gustase. Modifiqué pequeñas cosas más y una de ellas fue la libertad de operar.

A finales de aquel noviembre, *Don Juan* vino personalmente a entregarme el cuestionario en el que se pedía una información completa de Gibraltar, con el emplazamiento de todas sus defensas, el estado de ellas, su antigüedad: un plano lo más detallado de las galerías y accesos a ellas. Se anotaban insignificancias prolijas de cuanto hubiera interesante respecto al abastecimiento de la plaza, especialmente el agua.

En la primera lectura me supuse que se pretendía intentar un ataque aéreo devastador, pero al releerlo, deteniendo la atención en lo de las galerías, me llevó a la idea de que se trataba de volarlo. Me encantó lo que aún no era más que una suposición.

¿Quién podía llevar a cabo este servicio de Información tan importante? Pensé en *Manolete*, pero como esto no era obra de un día, lo deseché porque no podía sustituirlo. Entonces me decidí por *Nicolás*, nuestro mejor agente en Gibraltar, quien se movía como el pez en el agua. Vivía en La Línea e iba a diario aparentemente a contrabandear tabaco, cosa nada extraña: ésa era su profesión, contrabandista. Cantaba muy bien flamenco y algunos judíos gibraltareños e ingleses celebraban sus fiestas amenizadas

con la voz de nuestro agente.

Se planteaba una cuestión compleja: el envío del cuestionario.

La naturaleza del mensaje exigía el máximo de precauciones para su envío. Varios agentes correos habían informado de sus sospechas en relación con la vigilancia a que estaban sometidos, tanto por los servicios enemigos, cuanto por la Policía española que les iba a los talones no sólo a ellos sino a cualquier viajero «natural» que por razón profesional o familiar se dirigiese al Campo gibraltareño. Esto me hizo extremar las precauciones en el envío del mensaje. En el puesto de carabineros de «El Toril», entre San Roque y La Línea, la Guardia Civil registraba minuciosamente a todo el que por él pasaba. Por si lo que hasta entonces no había ocurrido sucedía ahora, ideé un modo nuevo de llevar el mensaje a Gibraltar.

Uno de los encargados del lavado de los automóviles de la Embajada inglesa, como otros empleados, estaba a nuestro servicio. Le encargué me dijese cuándo salía un alto funcionario de la Embajada para el Peñón calpense y dos días más tarde me mandó a decir:

—Mañana sale el consejero Mr. H. en el coche del embajador.

—¿Lleva banderín su coche? —pregunté.

—Sí, todos los coches al servicio del embajador los llevan.

—Bien; acude esta noche a las ocho a la iglesia de San José.

Clavel te dará un papelito minúsculo que tú debes meter en la costura del banderín, de manera que ni se advierta ni se pierda. (Aclaro aquí, que *Clavel* era un sacristán de otro templo amigo del de San José, quien, para tapar la índole de su presencia allí, hacía como que lo visitaba.)

—Acudiré —asintió el empleado de la Embajada británica.

Cifrado el texto del cuestionario se reprodujo fotográficamente con una lente reductora —aún no existía el microfilme ni en los servicios de Información— y el fotograma quedó «listo» para ser puesto entre la costura del banderín británico. Inmediatamente telegrafiamos a Estepona para que comunicasen a *Nicolás* esperase la llegada del CD según la descripción X y que le robase el lugar en el que se había colocado las instrucciones a las que debían constatar después de inequívoca documentación sobre el caso.

Así se hizo. Como había previsto *Nicolás* estuvo al nivel de la pura inteligencia. Una semana después tenía el más completo informe de Gibraltar con un plano de las galerías y hasta lo que no se había pedido. Señalaba los lugares en donde debían ser depositadas las cargas explosivas para el mejor efecto —de lo que deduje que también había acertado suponiendo lo de la voladura— y del depósito del agua mandó una fotografía tomada desde el pico del Peñón.

Consigné a Berlín el documento y hubiera pasado al olvido si días después no recibiera nuevos cuestionarios sobre las profundidades que, a cinco millas en derredor de Gibraltar, tenía el Mediterráneo. Indiscutiblemente esto guardaba relación con lo anterior. Los pesqueros merodeadores del contorno, con ayuda de los hombres-rana, se encargaron de dar pelos y señales, tanto de la profundidad del fondo cuanto de lo que estaba constituido el suelo.

A finales de marzo hube de actuar a la brava. Uno de los empleados de un Consulado británico me informó de que se estaba preparando el rapto de uno de nuestros agentes de enlace en la Embajada británica. Se llamaba *Ezequiel* y era judío tangerino, cobardón y desconfiado, cosa que yo le echaba en cara. Ya hacía tiempo que sabíamos que sospechaban de él simplemente porque le facilitaban amplia información, en su mayor parte —la más importante— falsa. Era más peligroso retirarle de ese servicio que dejarlo. Preferí que siguiese yendo a la Embajada para evitar que supiesen lo que ya sabíamos, que estaba «quemado». Le puse una protección de cuatro hombres para su defensa y seguí el aire de las cosas según viniesen:

Una tarde, como de costumbre, me mandó el programa que había de seguir. Me dio mala espina, pero no dije nada a *Ezequiel*. En el programa constaba que iba a cenar con dos de los agentes británicos que con más energía venían actuando en Inteligencia. Me dio el corazón que aquello era una encerrona y terminaría mal, pero estaba dispuesto a todo, entre otras razones para que el enemigo supiera que Herr X como me llamaba sin saber quién era, no andaba manco. En la nota decía: «Creo que cenaremos en un restaurante de las afueras.» Ordené no le perdieran de vista. Los contrarios le recogieron en un café de la avenida de José Antonio y lo subieron en su coche. Mis agentes le siguieron dando el parte —por radio— de la ruta cada cinco minutos.

—Estamos en la carretera de Andalucía —transmitieron.

—Seguidlos, y si pasan de Aranjuez detenedlos como sea —mandé contestar.

Más tarde comunicaron que se acercaban a la Mancha y cada vez se adelantaban más. En pocas palabras: que se les escapaban.

Ordené a todos los agentes cercanos al Campo de Gibraltar estuvieran en comunicación con La Línea a donde debían informar del paso del coche y a *Nicolás* que pusiese servicio en todas las entradas del Peñón y que rescatase a *Ezequiel* a toda costa sin comprometerse él. Ya no tenía esperanzas de salvar al judío, puesto que si se les perdía a los perseguidores fácil era cambiar de coche y, por otra ruta, llevarlo a los garitos que los ingleses habían

alquilado a lo largo del camino, de lo que no eran muy concretas las noticias que yo tenía.

Cuando ya había desesperado, *Patricio*, el radio de nuestro coche, comunicó:

—Paso a nivel de Manzanares detuvo perseguido. *Ezequiel* rescatado.

La cosa sucedió así: en el café acordaron ir a cenar a una taberna situada cerca del matadero donde, según los raptores, se comía la mejor carne asada de Madrid y, naturalmente, *Ezequiel*, que nada sospechaba, aceptó complacido y subió al coche de los agentes ingleses. Apenas pasaron Atocha, uno de aquellos agentes dio a *Ezequiel* un jeringazo —inyección— del que quedó sin habla ni movimiento. Después a correr. Advirtieron la presencia de quien los seguía y el «MG» inglés dio lo que podía dar, que era más de lo que nuestro humilde «Citraöen» daba. El milagro del paso a nivel cerrado resolvió el problema. Poco ocurrió allá. Mis hombres, pistola en mano, pusieron brazos en alto a los enemigos. Les perforaron las cuatro ruedas del «MG» y recogieron a *Ezequiel* que estaba como sonámbulo e inconsciente. Cambiaron de carretera a la vuelta entrando por la de La Coruña. Después se le recluyó una semana en un chalet de El Escorial, donde se le pasó el susto. Luego se le mandó a Francia y allí prestó buenos servicios, según me dijeron, porque ya no dependía de mí. Para despedirlo, lo hicimos a la española.

CAPÍTULO VII

En el mes de noviembre, *Miguel* que había prescindido de la valija inglesa negándose a regresar a España, seguía enviando las informaciones desde Londres, mediante un enlace que se conquistó en el *clipper* de la marina aeronaval que cubría el espacio Inglaterra-Lisboa, el único puente que al orgullo británico le quedaba con Europa... Aquel tipo cobraba sus entregas a precio de oro. Antes de partir yo para Londres, recibí un texto que me produjo primero risa, después estupor. En su despacho decía haberse informado de la mejor fuente, de que el Servicio de Inteligencia inglés, había logrado «hacer suyo» uno de los brujos a quien Hitler consultaba sus decisiones y escuchaba sus consejos hasta tal punto que un no iniciado en cosmogonía no podía comprender. Aseguraba *Miguel* que, por este procedimiento, los ingleses iban a lograr disolver la fuerza de la Wehrmacht bifurcando sus ataques lejos del Canal y hasta quizá dispersarla por varios continentes.

Estuve a punto de no transmitir semejante información por creerla indigna de un hombre cuerdo. Yo sabía, y no de cualquier manera, que el Führer consultaba a los astrólogos, que los escuchaba y en particular a Horbinger, autor de la teoría geoastrológica en relación a la vida de la tierra en su dependencia astral —teoría en la que particularmente yo creía y creo basado en argumentos de científica tesis hoy en boga y entonces en asomo al entendimiento público—, pero no admitía estando como aquella ciencia estaba en el estado de hipótesis, que la guerra, en la que Alemania se jugaba el ser, dependiese de las elucubraciones horbingerianas o de quien fuesen. Por mucho que Hitler creyese en el astrólogo,

no dejaba de ser harto difícil, pero no imposible el advertir en éste si pensaba o no con el cerebro enemigo.

«Disparate», me dije, y tiré el papel a la cubeta del ácido sin que acertase a caer en el recipiente abrasador. No sé si por absurda la noticia o porque el milagro me inspiró, de repente cambié de opinión y opté por mandarla cifrar transmitiéndola por si tenía relación con la verdad. Por otra parte, no era de mi incumbencia valorar lo que comenzaba por no saber lo que era y sí el consignar cuanto a mí llegase.

Nueve horas más tarde de mi emisión recibí un despacho en el que se me pedía que urgentemente fuera a Berlín.

—¿Para qué? —me pregunté—. ¿Será por la estupidez del brujo?

En la tarde del día siguiente estuve en la capital alemana dirigiéndome sin demora al despacho de costumbre en el edificio de la Abwehr.

Pronto supe que el estúpido había sido yo y no el agente informador. El coronel Wagner, refiriéndose a mi despacho, me preguntó si había traído la información original en la que se nos daba noticia del contacto del Servicio de Inteligencia inglés con el brujo, que al parecer estaba en Munich. Como de costumbre, siempre que era llamado, llevaba todas las comunicaciones que me habían llegado y tenía transmitidas en los tres últimos días. Le contesté afirmativamente y me despidió hasta las diez de la noche en que debía volver.

Me parecía increíble que esta información, a todas luces fantástica, fuera el origen de mi presencia allá. Pero así era...

Cuando volví a las diez de la noche, Canaris estaba en el despacho, cachazudo y socarrón, mirando el papel en donde le habían reproducido el texto.

Después de saludarme y ofrecerme una copa de vino, me pidió:

—Deme la información original.

Le entregué el papel tieso, casi de madera por los efectos del revelado y lo leyó con la ayuda de Wagner. Cotejó la traducción. Canaris leía perfectamente español y lo hablaba no sólo bien, sino que cuando se esforzaba, disminuía el acento alemán al máximo. Al terminar con acento y cara de que el texto estaba en lo cierto, dijo:

—Tenía que ser así y sólo los miopes podían no verlo. Por lo menos esto nos sitúa en el lugar donde podremos predecir que lo espectacular en la guerra ha terminado —se estaba dirigiendo a Wagner, que no quitaba los ojos del papel como si a cada palabra o giro informativo le quisiera encontrar más sustancia.

—¿Y por qué no se ahorca al brujo? —pregunté con la más absoluta sinceridad.

—No estoy seguro de que a lo mejor sea eso. Pero hágase lo que se haga será demasiado tarde —y volviendo a poner los ojos en el papel, prosiguió—: Lo cierto es que como nuestro buen *Miguel* informa, el Führer ha cambiado sus planes y sus objetivos. Otros lugares del mundo lo apremian y el enemigo sabe que se está comenzando a pensar en una estrategia con la que no se había contado.

Yo estaba confuso con aquellas afirmaciones. ¿Qué pretendía el jefe del Abwehr, mostrarme un derroche de confianza o inducirme a que divulgase la certeza de lo que aún pudiera ser en los Servicios enemigos una conjura? De cualquier manera la actitud de Canaris distaba mucho de ser preocupación que le inquietase. Ni se mostraba resignado al nuevo rumbo de los acontecimientos bélicos ni temeroso por ellos. Estuve a punto de hacer un comentario insolente sobre lo que el jefe estaba dando a entender ser una locura de difícil reparación, según él pero escuchando me limité a contrastar las diferencias entrambos militares. El almirante, varado en Chile al acabar la primera guerra, parecía como si hubiese estado esperando aquello mientras el coronel se sumía en algo más que preocupación.

Hablamos con la medida habitual en Canaris, de cómo el Servicio a mi cargo en España estaba funcionando y apuntó algunas nuevas ideas que yo anoté.

—¿Tiene usted todo dispuesto para ir oficialmente a Londres? —me preguntó.

—Sí —contesté volviendo a insistir en el tema por el que estaba allí—. Perdón, almirante, ¿no cree usted que cuando Hitler conozca esta información...?

—Se equivoca. No la creería. El Führer no responde a lo que nosotros entendemos por normalidad mental —y añadió entre sarcástico y serio—. El Führer es una mentalidad superior.

No pensé en otra cosa desde que abandoné el despacho de Tirpitzufer, 74 y en él a Canaris y a Wagner. Las palabras «tenía que ser así y sólo los miopes podían no verlo», se me habían clavado en el alma y aún más el que los síntomas diesen créditos a la información; por mucho que el poder alemán fuese, no podría aguantar una dilatación de alcances intercontinentales y ello acarrearía situaciones de peligro de difícil restaño... Por otra parte, no sospechaba yo ni remotamente que llegase a tanto la influencia ejercida en el Führer por los brujos o astrólogos. Me desalmé. Siendo así, no merecía la pena poner «el resto» sobre el tapete como yo lo estaba haciendo. No obstante, me juré a mí mismo superar cualquier desmayo y, se perdiese o se ganase, continuar hasta el último día.

El desmayo sería defraudar a mi propia condición, me dije, y

me fui al café en donde, para no desentonar, antes de entrar hube de atusarme el pelo. Berlín, entonces, era así.

Como me había dicho Canaris estuvo en Madrid la semana siguiente. Lo encontré cambiado en cuanto al entusiasmo. Me pareció como si algo inconfesable se le fuera asomando en la mirada.

—¿Está usted dispuesto a ir ya a Londres? —preguntó.

—Y a la Luna si es necesario, señor almirante.

—Me alegra y hasta me anima su coraje. No le apremiaría si no fuese usted necesario allí. Vaya ordenando lo que le sea preciso llevar consigo y cuando todo lo tenga listo, me llama para darle las consignas entre contactos. No lleve encima nada comprometedor; se lo mandaremos por vía submarina.

Hice algunas conjeturas sobre la complejidad del personaje y me di a la idea de que por estar empezando en aquel mundo hasta entonces para mí desconocido, nada de extraño tenía mi desconcierto interpretativo. No obstante, me obstiné en aguzar mis sentidos.

Una semana más tarde lo llamé, utilizando nuestra transmisión habitual, para decirle que todo estaba dispuesto y que partiría en cuanto lo ordenase. Por su parte recibí otro cable citándome en París para dos días después. Y allí fui.

Reunidos en la habitación del hotel me dijo, más o menos textualmente:

—Aparte saber usted cuanto al Servicio debe importar, le ruego no olvide la parte de lo que se le tiene enseñado, consistente en que nuestra razón de existencia se basa en el saber. Le confío una misión especial, que es la de contactar lo antes posible con el general *Cromer*, escocés, y conde de *Grimsby*. De los dos le llegarán, por conducto de nuestra comunicación con la Isla, preciosos informes de quién es cada uno y de lo que debe concretar. También le llegarán informes de nuestros agentes. Dinero, el que necesite, tanto en libras como en dólares. Regatee las «compras» de cuanto constituya información, pero no pierda la «pieza» por la suma.

Nos dijimos algo sin ninguna trascendencia y nos despedimos.

—Mucha suerte: mucha. De este Servicio depende todo. No regatee el esfuerzo, señor Alcázar de Velasco.

Una vez más prometí al almirante poner de mi parte cuanto fuese preciso.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué no me nombras agregado de Prensa en nuestra Embajada de Londres?

Hay «caras» que lo dicen todo. Serrano Súñer, desde la altura de su ecuanimidad nunca, ni en broma, me había dicho «loco» como tantas veces me lo dijeron quienes abundan en deficiencia mental, los menguados. Pero aquella cara maravillada ante lo insólito de mi petición, era la mejor de las contestaciones. Al fin, el ministro no pudo más y sin titubeos, rompió de esta inusual manera en él:

—¿Estás loco, Ángel, o quieres suicidarte? A un germanófilo público como tú, Londres nunca nos daría el placet —y como hablando consigo mismo, puso esta coletilla—: Sería como poner las bases al puente que a los alemanes les servirá de cabeza.

—Sin embargo, Ramón —le contesté algo socarronamente—, a lo mejor sí me dan el placet y hasta a lo mejor te lo pide el propio embajador de Su Majestad británica.

En su libro, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Serrano Súñer comenta aquel trascendental episodio rebatiendo a Samuel Hoare en lo que en el libro, *Ambassador in Special Mission*, dice sobre ello, con estas líneas: «En la página 76 de su libro habla de un pistolero de mi escolta escapado de presidio y espía enemigo. ¡Cómo se cuenta la historial: la persona en cuestión jamás perteneció a mi escolta, yo lo había conocido escasa y tardíamente con ocasión de la sulevación en una cárcel a que Hoare se refiere. Ese conocimiento casual no hubiera pasado a mayor comunicación si el mismo Hoare no me hubiese notificado un día que lo había invitado al que llama pistolero a hacer un viaje a Londres ya que la Embajada

deseaba tomar contacto con elementos activos de la juventud española.

»Así, pues, fue el embajador británico quien metió a este hombre en la danza.»

Para que el historiador no tenga dudas en el cómo del episodio a narrar, explico sin omisión alguna el todo de nuestra relación «amistosa»; de nuestra relación y lo que por nuestra relación no ocurrió.

El miércoles 4 de setiembre (1940) el ministro me llamó a su despacho para decirme:

—Esta mañana he recibido al embajador británico, Sir Samuel Hoare en audiencia solicitada por él y en ella me ha traído entre otras notas la de pedirme el que te envíe a Londres con un cargo oficial. Me ha asegurado que tú serás muy bien recibido por las autoridades de su Ministerio.

—Recuerdo, Ramón, que te apunté la posibilidad de que él te pidiese lo que yo quería.

Asombrado, a Serrano Súñer sólo le faltó preguntarme: «¿Quieres explicarme qué diablos os estáis trayendo?» Se le veía más sorprendido que cuando yo se lo pedí. Las explicaciones que el embajador le había dado como argumento a la petición de mi visita con cargo oficial en su país contribuyeron más a la confusión. Hoare se sentía disminuido en la voluntad de su ministro, Anthony Eden como asimismo, o aún peor, ante Winston Churchill. Necesitaba un triunfo que se palpase. Lo debía comprender. Y Serrano Súñer lo comprendió. El embajador lo que le estaba pidiendo era ayuda para sí mismo. Yendo yo con un nombramiento, él, don Samuel, el «embajador en Misión Especial» justificaba, a efectos protocolarios, las peticiones que el Foreign Office haría para que yo pudiera moverme sin trabas y conocer la Gran Bretaña en aquellos precisos días de crisis que estaba padeciendo. Yo debía ver lo suficiente como para aclarar malos entendimientos en la opinión pública española.

Cuando Serrano Súñer terminó su relato, vi que ni más ni menos lo que le había pedido el embajador era lo que teníamos acordado como primer paso para cumplir lo prometido respecto a la trama por la que había de llegarse al derrocamiento de Franco. Con la ayuda y experiencia de ingleses duchos en ese tipo de maniobras, los españoles nos desharíamos de Franco y sus serviles falangistas haciéndole huir o entregar el poder a quien la Comisión Revolucionaria para la Liberación de España acordase.

Concretamente, lo convenido en la Embajada inglesa de Madrid, fue esto. Sencillo. Casi coser y cantar. Transcribo el texto de las notas, según las fuimos tomando. Consistía en:

PRIMERO: Que yo hiciese ver al ministro de Asuntos Exterio-

res, Serrano Súñer, la necesidad de que él y el Caudillo recibieran información fidedigna de primera mano, sobre las virtudes o flaquezas en el espíritu de los ingleses civiles y la moral aparente o cierta del soldado de Su Majestad británica, sin que ello influyese o tuviera que ver con la simpatía y agradecimiento al Gobierno alemán ni mengua en la trayectoria política que el Estado español se tenía trazada.

SEGUNDO: Una vez en Londres, y aquí empezaba la mejor parte, mediante una carta que el embajador me diese, me pondría al habla con «uno de sus agentes» —de los del embajador— quien, a su vez, desplegaría el abanico de los contactos precisos para llegar a la aquiescencia del jefe de comandos de los refugiados españoles, algunos ya enrolados en las brigadas de choque del Ejército inglés lo que no era óbice para que cuando se dispusiese, con los que en un lugar de la Gran Bretaña se adiestrarían, volvieran a España a cumplir la misión que se les encomendase y para la que estaban dispuestos.

TERCERO: Como en Londres yo, sin temor a ninguna preocupación policiaca, discutiría con su agente y quienes él me presentase, la estrategia a seguir, modo y manera de realizarla, teniendo en cuenta mi «sabio» consejo y conocimiento acerca de los lugares y regiones en los que debía desembarcarse a los «reconquistadores» y después señalar el lugar de operaciones junto a los que en la Península estaban esperando el refuerzo de quienes desorganizados salieron de España.

Y...

CUARTO: Yo debía, y me comprometí a ello, aceptar y trasladar a España lo que su agente (de quien me dio información en un sobre) me entregase para su secreto envío a España, lo que según él consistía en correspondencia familiar sin ninguna importancia política; o sea, un favor de dimensiones humanas.

Por su parte el embajador, Sir Samuel Hoare, unos días antes de que yo partiera comunicaría mi llegada para que esperase mi llamada telefónica «su» agente, Mr. Pastor, hombre de toda su confianza y por lo que no debía temer (aquel Pastor nada tenía que ver —que yo supiese— con el profesor Pastor, emparentado a los propietarios de la Banca Pastor) a que me delatase a la Embajada de España.

—Mr. Pastor —me informaba Hoare— es un judío sefardita que ha tenido en su vida comercial muchos altibajos económicos. Le gustaría escucharle hablar el ladino que, según los entendidos de su idioma, es gárrula pura del siglo xv.

Hoare daba hilo a su imaginación y se gozaba en el hecho de que en los últimos años de su vida fuese el principal activista en la Reconquista española; el Wellington de 1940 frente a un Napo-

león sin Francia, no obstante tener pegado a la bota su Fusset correspondiente. Lo veía tan hecho que cuando yo le ponía algún inconveniente, se ponía hecho un cascarrabias quitándole importancia a mis reparos.

La información que me facilitó sobre el sujeto Pastor, por demás interesante, tenía particularidades curiosas. Según me afirmaba el embajador, mintiéndome, el tal Pastor, al enterarse de que lo habían nombrado embajador en España, fue a visitarle y, como eran amigos de siempre, le ofreció sus «buenos oficios» con los que podía organizar el empleo de los rojos españoles en factibles desembarcos, infiltrándolos para que perturbaran al Gobierno español cuando hubiera necesidad de «exigir» en sus negocios.

Con aquella pretendida operación, el Gobierno inglés hacía bueno lo de los dos pájaros y el tiro, puesto que le iba a ser posible gracias a mi «colaboración».

Lejos estaba Hoare de sospechar mis conocimientos, que procedían de una información facilitada por la sección a cargo del duque de La Seo de Urgel sobre Bernard Pastor, de quien Hoare me hablaba. Él, Hoare, era quien no lo había visto nunca. No es que no existiera, es que el hombre y las referencias, se las habían dado en el Servicio de Inteligencia con las debidas instrucciones. A Pastor, hombre fofa y moreno, de unos cincuenta años, la dirección del «M5» lo había introducido entre los refugiados (con el nombre falso de Mr. Coppens) para controlar hasta el tabaco que fumaban los pobres españoles tratados con despotismo cuando exigieran sus derechos de combatientes en Narvik.

—Pastor le informará. Los españoles refugiados con los que Pastor estaba en contacto, son hombres ya fogueados en Noruega, donde han sido la mejor resistencia opuesta a la Wehrmacht alemana por los «soldados de Su Majestad» —me adulaba.

La solicitud oficial por parte del embajador al ministro, era punible, puesto que el deseo de mi presencia en Inglaterra se basaba en combatir al Gobierno con mi participación en las «tareas de la otra guerra», la que Inglaterra quería librar en España desde la altura de su «sagrada neutralidad» impecable. Lo más fundamental de su misión en España, era precisamente disociar a los españoles de su régimen, régimen que a mí no me gustaba, pero no por ello iba a traicionar a mi patria recurriendo a la vileza de la «ayuda» para enredar en el bastión en el que se afincaba, no sin antes convertirme en un instrumento. Y después se quejó rabiósamente de que yo hiciese de él el mío.

Era el juego alquímico de las ideas. Él, el «tío Samuel», como dirían los norteamericanos irlandeses, o don Samuel como digo yo, nunca sospechó que su verdadero enemigo no lo éramos nadie tanto como su mentalidad de diputado perpetuo en el gótico edi-

ficio de la Cámara inglesa o, lo que es igual, su victimidad obedecía a su condición de herramienta.

Repasemos su trayectoria:

Como primer Lord del Almirantazgo, su particular intervención no pasó del trámite intrascendente de la rutina. Actuó de acuerdo al sentido burocrático con el que toda institución se mantiene y se ensancha, sin que él aportase ninguna participación de ideas especiales. En cuanto al desempeño de cargos ministeriales en los distintos gobiernos británicos, tampoco la actuación de Hoare puede elevarse a rango de primer orden. De su paso en cuatro ocasiones diferentes por el Ministerio del Aire, poco o nada era lo que la gloriosa aviación británica le debía. Más que una aportación, la obra de Hoare en ese Departamento fue una contrapartida porque, debido a sus compromisos comerciales, se convirtió en un decidido opositor a todo proyecto encaminado al engrandecimiento de las alas con las que en su día debería organizarse la defensa vital de las islas, haciendo del canal manchego barrera inexpugnable.

No obstante, y para que nadie diga que soy su detractor, apunto aquí que Sir Samuel Hoare no fue en todo negativo. Lo más notable de su gestión gubernativa en el Ministerio del Aire fue una modificación del uniforme usado por el glorioso Ejército al que dotó de botones más vistosos y solapas en la guerrera de gala medio centímetro más estrechas para dar mayor holgura a las condecoraciones. No es mucho a lo largo de tan dilatada vida política, más de política de partido, de «enjuague», de «pasteleo», que de política de Estado históricamente hablando. Podemos reducir la aportación de Hoare a la nación británica a una teoría de anotaciones en la crónica de los acontecimientos naturales sin que el doro de la genialidad personal haya contribuido al aumento de la refulgencia británica sin parangón en el mundo del tiempo moderno.

Pool está allí, a la izquierda de Londres según vamos a los mares del Norte. Pool además de una gracia oscura en el hálito tenía el resguardo de una bahía puesta allí al socaire de vientos en paz y cañones en guerra; los cañones de 1940. Tiempos de muerte sin tregua y sin tregua el estudio de la proyección de más muerte. Aquél era el mejor lugar de amerizaje para el hidro británico al rendir la cuenta del viaje emprendido en Lisboa. Siempre en las primerísimas horas del día, pero nunca a la misma hora y siempre por ruta distinta, no obstante estar seguras las autoridades inglesas de navegación aérea de que los aviones militares enemigos respetaban las aeronaves civiles.

La tarde dicembrina de nuestro arribo a Pool era más que nu-

blada, negra; cargada de espesor oscuro. Tras catorce horas de vuelo —nunca la tardanza como la ruta era la misma— llegamos en la misma nave en la que arribó el judío Mr. Hokins, enviado del Gobierno USA para concretar algunos términos que tenían que ver con la entrada en la guerra del potencial norteamericano. A él, señor Hokins, le fue a esperar toda una buena «familia de bombines»; de alto rango en el Foreign Office. A mí, nadie. A él, entre carantoñas no digo bajas pero sí excesivamente adulonas, se lo llevaron en un «Rolls» sin ningún trámite. Yo quedé en la aduana y Servicio de Migración amparado en la severa desigualdad de los agentes migratorios poco amigos de la cordialidad y menos de la elegancia en los registros personales para quienes no tenían como yo el predicamento de la advertencia de Downeysl.

Aquello me dio la tónica del aire que debía respirar, la psicología que me tocaba mancornar desde entonces. En argot taurino refiriéndome al clima, al Servicio de Migración y al cielo, dije del país: «manso, quedado, reservón que coge por los dos cuernos... y el rabo».

Los trámites aduaneros, no obstante mi pasaporte oficial y el evidente mejor trato que a parte del pasaje, me detuvieron lo suficiente como para no seguir a Londres en el balcón de la guerra. Dormí en un hotel del pueblo poéticamente a oscuras y donde con el misterio de la lejanía llegaban los ululares de las sirenas diciendo a gritos, sus gritos, la llegada de las alas con bombas de la Luftwaffe y que se debía acudir al refugio.

Me gustó el que para cenar los ingleses, seguros de que el Blitzkrieg no llegaba a aquel lugar según parecía, fuera del objetivo militar del Estado Mayor de Goering. La cándida bahía pooliana era uno de los pocos paraísos de la isla en la que Drake gozaba los beneficios de sus abordajes y latrocinios a pacíficos navegantes.

A la media mañana del día siguiente, Londres neblínico me recibió con su equilibrado negror urbano, mostrándome abiertas las heridas causadas por el juego de los poderes.

Pocos días necesité para cerciorarme de cuánto la Aviación suponía en la destrucción masiva y, aun no habiendo síntomas todavía de lo que la RAF pudiera llevar a cabo como represalia, supuse por la lógica del amor propio en el humano, que las cosas no se iban a quedar así y menos desde que en el Ministerio del Exterior se terminaba de estudiar el tratado convenio con USA, secretísimo convenio casi particular de Churchill y Roosevelt, por el que el potencial americano iba a hacer su aparición en los frentes. Pensé, y desgraciadamente acerté, que Europa no tardaría en reducirse a ruinas y no solamente urbanas sino morales y espirituales.

Los agentes próximos en el Servicio trabajaron bien. En pocos días tenía en mi despacho información que antes no había podido ser transmitida. Una parte de ésta de bastante bulto. Como, por ejemplo, un pedazo de depósito de gasolina para aviones que cerraba automáticamente la perforación de una bala fuera del calibre que fuera y evitaba el incendio por el recalentamiento del roce. No obstante, me faltaba recibir al personaje más importante para la misión especial que me había encomendado Canaris, y que consistía en averiguar en qué sección se decidía la estrategia del movimiento de globos cautivos antiaéreos, quién la dirigía y qué sistema se seguía en los cambios.

Williams odiaba a Inglaterra, no porque subyugue a Gales, sino porque no es Gales; por esa mística que en doscientos lugares del Globo ha venido destruyendo la razón de la coexistencia humana desde que se creó la filosofía de los territorios enmarcados en los colores de una bandera.

Escuché al galés y le tomé los informes de mayor urgencia.

Williams estaba preocupadísimo por el retardo de la invasión y ya empezaba a dudar de la posibilidad. Le advertí que los Ejércitos alemanes no eran inferiores a los de Julio César y se calmó.

CAPÍTULO IX

Dado por entero a la exposición del subterfugio, normal en los Servicios de Información o espionaje, por el que el hurto de una carta nos lleva al esclarecimiento de quién es el firmante y dónde el secreto guardaba, así como la chusca circunstancia improvisada a modo de guión propio de un filme cinematográfico, y de otros hechos de los que el lector no debe privarse.

Descifrado el mensaje, estaba claro que, salvo fuerza mayor, y este caso no se daba, yo debía amanecer «mañana» en la costa francesa camino de España donde me esperaba el almirante.

El dos de diciembre, embarronado, hosco, en el litoral francés del Cantábrico, se estaba a disgusto por la incapacidad reinante. Por esto, el tiempo que hube de esperar en Burdeos, prácticamente no salí del café que, a diferencia del hotel, es hacer vida en la calle sin estar a la intemperie y, por preciada añadidura, casi siempre solo. La soledad del café lleno de gente es una de las muchas virtudes de ese hospitalario establecimiento que el hombre no ha terminado de conocer.

Pero no siempre la soledad es nuestra aliada en esa manera de satisfacernos. Aquella mañana, la del tres del último mes del año cuarenta, no lo estuve. Sin acabar el desayuno, vi entrar a Herr Beck y venir a saludarme, con tan desacostumbrada efusión que no había resquicio para la duda de que me estaba vigilando, cosa no importante porque el agente de quien los demás Servicios se

desentienden, es que no vale una peseta. Sin embargo, en aquel caso y en caso de que no fuese protagonista la casualidad, su presencia me decía que la GIC estaba en posesión de nuestra clave «Rafael-Londres» o sea, la clave con la que se me estaban radiando los mensajes y por la que la GIC sabía lo de mi viaje a Madrid. No era para rasgarse las vestiduras, pero debía entender que no sólo la «malquerencia» a Canaris estaba sospechando de él, sino que la Wehrmacht le andaba a los carcañales.

Beck era un oficial de la GIC, Servicio Ultrasecreto de las Fuerzas Armadas terrestres, pero al margen de la autoridad de Canaris de quien Beck me tenía dicho que «el almirante no es del todo trigo limpio».

—Yo también voy a Madrid —me dijo, creo que para evitar que si en la capital de España nos volvíamos a ver no me fuese sospechosa tanta casualidad.

—Lo celebro, Beck —mentí—. Y si no tienes compromiso, ¿podemos cenar mañana en «Edelweis»?

No, no tenía compromiso, pero no sabía si podría ir a la cita. No obstante, y por si no surgía lo imprevisto, debíamos telefonarlos.

A Beck lo conocía a partir del logro en una operación que culminó en la posesión de todo un dossier con el estudio sobre novedades electrónicas de singular importancia. Había sucedido así:

Uno de nuestros agentes, a quien bautizamos con el nombre de guerra de *Victoriano*, estaba empleado en la Embajada inglesa. Su misión consistía en fotografiar lo que no le fuese posible sacar de los despachos, copiar o anotar lo que oyese y sustraer lo posible y, en resumen, todo aquello concurrente en la Información de la que nos estábamos sirviendo. Cada tres días se presentaba con un montón de papeles y fotogramas de la «Minos» de la que se valía y de la que escrupulosamente yo estudiaba.

De todo aquello lo más jugoso era la correspondencia que llegaba en la tarde o al apartado, copiosa correspondencia porque, por orden del propio embajador, Correos mandaba toda la correspondencia consular a la Embajada y *Victoriano* nos daba si no toda, sí buena parte de la que llegaba en la tarde y la que le era devuelta al día siguiente, tras una serie de experimentos indetectables llevados a cabo sobre el papel más la indispensable fotografía.

No siempre el «botín» era importante, pero un día del mes de octubre, llegó una carta procedente de un recluido en un campo de la zona ocupada de Francia, custodiado por tropas alemanas. La misiva había sido depositada en Irún y no en Francia, sin ninguna señal de haber pasado por el control del Campo.

El refugiado comunicaba al cónsul que en un lugar de Francia

tenía enterrados todos los estudios electrónicos que había realizado en los últimos diez años, citando algunas revistas científicas en donde sus trabajos habían sido publicados. Le decía al cónsul que deseaba llevarlo a sitio seguro para seguir trabajando en ello y ponerlo al servicio de la causa aliada cuando saliese de su provisional encierro, cosa que esperaba pronto, según le había prometido la Cruz Roja, pero mientras tanto deseaba que los ingleses recogieran su enterrado saber.

Ante aquella misiva se planteó un problema. Para que los laureles del servicio no se los llevaran los compañeros del sur galo, *Don Juan* y *Herman* querían ir directa y personalmente a interrogar al hombre y «sacárselo» por «la brava» si era menester. Discutimos con ellos hasta perder la paciencia. Nos negamos a ese procedimiento, seguros de que por otro sistema podría saberse el escondite y recuperar la documentación de que hablaba en su carta sin molestar al individuo, ni siquiera enterarlo de la sustracción.

—Si éste es un Servicio Inteligente, debe resolverse todo de forma inteligente —dijimos decididamente para que nadie creyese en la doble interpretación.

Y, a continuación, propusimos llevar al campo a *Smith*, uno de nuestros agentes —auténtico inglés— fingiendo ser el cónsul a quien se había dirigido el preso, con documentación consular inglesa y la carta que él escribió en el bolsillo para mostrársela y darle toda clase de seguridades. Nosotros iríamos de chófer.

—Eres muy aficionado a la cinematografía —arguyó *Don Juan*.

—Todo eso estaría muy bien si —dijo *Herman*—, el problema no estuviese en que el tío está en Francia. Las autoridades alemanas, por las que tenemos que pasar, no pueden permitir la entrada a un enemigo sin detenerlo. Un cónsul inglés es enemigo, si no me equivoco. ¿Cómo podemos descubrir la falsedad del cónsul sin descubrir el Servicio?

De nada sirvieron mis argumentos. Decidimos someterlo a Berlín. Berlín aprobó mi proyecto, advirtiéndome que, en otro caso semejante, no perdiese el tiempo exponiendo mis decisiones a los compañeros, puesto que no estaba obligado a ello.

Con esta autorización dispuse mi treta.

Unos días más tarde, *Smith*, con bombín y todo, previsto de un pase en el que había las firmas de dos miembros de la Cruz Roja Internacional —falsas, claro—, pase que personalmente negocié ante las autoridades alemanas en Francia, llegaba al campo de prisioneros y dialogaba alegremente con *Wachenman*, el autor de los planos quien, confiado al cónsul de Su Majestad, daba pelos y señales en donde su valiosa documentación estaba enterrada, según decía, al margen de la astucia enemiga.

Fue aquél un bonito —por lo divertido—trabajo que me satisfizo. Entregamos al judío un paquete con viandas, dos cajas de té, cigarrillos, y le rogó *Smith* que volviese a escribir por el mismo procedimiento pidiendo cuanto necesitase, pero a otra dirección más segura. Dirección que le dimos asegurándole de que él (el falso cónsul) volvería personalmente, como entonces a entregárselo. Sin darle importancia, le felicitó por haber podido enviar una carta desde el campo sin advertirlo las autoridades alemanas. ¿Cómo lo había logrado?

Wachenman se sonrió con satisfacción.

—Sí, es una suerte. Tenemos un soldado alemán que con mucho sigilo hace esto de llevarnos la correspondencia a España —declaró *Wachenman*.

—¿Y cómo ese soldado va a España cuando quiere? Hay que tener mucho cuidado con esos favores —advirtió el «cónsul» desconfiado para sacarle algo más.

—Creo que lo manda con otro soldado. No sé, pero gracias a él estamos en comunicación con todo el mundo. Ya lo hemos probado y estamos seguros de su ayuda.

—Siendo así, utilícenlo en cuanto necesiten.

Nos despedimos del hombre calvo y desaliñado, orgulloso de su talento y seguro de que los alemanes terminarían perdiendo la guerra y, con ello, su personalidad tradicional.

Berlín me volvió a felicitar por mi procedimiento y sus resultados.

El soldado alemán, solícito y servicial, con dos compañeros más no fue detenido, pero sí seriamente advertido de lo que debía seguir haciendo en adelante bajo palabra que de ser quebrantada...

Aquel juego no era exclusivo de nuestro afán. También nosotros fuimos «víctimas» de igual procedimiento, como ya diré.

¿Qué había pasado con el hallazgo de lo que el concentrado tenía y dónde lo fueron a recoger los dos más seguros hombres del almirante en la *Abwehr* de Berlín?

Esto es lo que Beck me vino a preguntar a Madrid y para lo que me fue presentado en la Embajada alemana. No es que hiciera amistad con él, pero sí nos interesaba a ambos el contacto que ahora, en Burdeos, «fortuitamente» volvimos a reanudar.

CAPÍTULO X

Afable, sin el abandono de su prosopía de jefe supremo del Servicio más importante de Información que visiblemente había en Europa (1), el almirante me invitó a sentarme y tras encomiar la información que le tenía mandada respecto a Gibraltar, me rogó que, si me era posible, lo acompañase «mañana» al Campo de Gibraltar, porque, entre otros, quería recorrer nuestros puestos de control y transmisión.

—Nadie conoce este Servicio más que usted y nadie debe conocerlo.

El almirante me hablaba pauso y a veces como haciéndolo para sí mismo. Luego de escuchar mi contestación y conformidad, agregó:

—Mande a uno de sus mejores hombres y menos conocidos para que nos vaya reservando habitación. En Jerez, la noche del tres al cuatro, en La Línea del cuatro al cinco y en el «María Cristina», de Algeciras el siete. Nos acompaña el coronel Wagner. Los nombres para la reserva, son: Baltasar Sülzter y Karl Holenberg —y me preguntó—: ¿Usted viajará con su nombre?

—¿Qué le parece, almirante? —le interrogué.

—Mejor sería que no.

Después y orillando lo ya acordado, Canaris me felicitó por el «caso *Victoriano*», que había tenido lugar unos días antes de salir para Londres.

(1) Entonces, ahora y siempre el más importante Servicio de Información en el mundo era el judío, que contaba y cuenta con las cabezas de todos los servicios, sin exclusión de la Abwehr a las órdenes de Canaris.

—Más vale tarde que nunca —se disculpó—. No cabe duda de que sin una imaginación novelesca, usted no hubiera descubierto la trama de la gallina y su huevo.

La trama a la que el nauta, ahora de tierra —tierras adentro— se refería era ésta: la de pagar con nuestra misma moneda respo-
do a la manera de llegar al científico.

Victoriano estaba empleado en la Embajada inglesa. Su misión consistía en traer cuanto le fuera posible recoger en los despachos, copiar o anotar lo que oyese. Aquello concurrente en la In-
mación de la que nos estábamos sirviendo. Cada tres días se pre-
sentaba con un montón de papeles que escrupulosamente leía y
estudiaba. En una de aquellas notas procedente del despacho del
agregado de Prensa, venía el nombre de «Ranger» y la cifra, 4783-
25-L.

Lo pasé al despacho de descifre y mientras me daban el re-
sultado radié a «Rafael» el hallazgo y sí interesaba en Berlín. Un
día después supe que el nombre y la cifra eran importantísimos.
Se me ordenó poner vigilancia a un alemán que tenía un puesto en
el Consulado de su país en Madrid y vivía en un chalet con jardín,
de las afueras, cuya esposa cuidaba una pequeña granja avícola.
La vigilancia debía comunicarme qué relaciones tenía *Hans* con
los agentes enemigos o simplemente con personas sospechosas.
Ante esto y por toda contestación, se me dijo que todo era normal.

—Insista en la vigilancia e informe todo movimiento —ordené.

La preocupación en el mando por la posible relación entre
Hans y el enemigo, se me contagió. Examiné todas las informa-
ciones que los agentes se habían traído: nada. *Hans* no tenía nin-
gún contacto con nadie sospechoso. No obstante, reparé mi aten-
ción en lo de al parecer normal. Según un informe, la señora de
Hans solía vender gallinas y pollos a una criada que cada tres días
hacía la compra. Mandé a otros agentes para que recabaran nueva
información. En una semana supe que la criada estaba al servicio
de un traductor de inglés en un instituto lingüístico y que iba a
por el pollo o la gallina sin que alterase los períodos. El traductor
tenía un sueldo de mil doscientas pesetas, lo que no le podía per-
mitir el lujo de comer pollo dos veces a la semana (nos estamos
refiriendo al año 1940). Ordené al agente:

—La próxima vez que esa doméstica vaya a la granja la abor-
das a la salida y le ofreces mil pesetas por el bicho. Además le
das otro vivo que tendrás a mano.

Así fue. A la criada, cuando se le ofrecieron mil pesetas por la
gallina, «se murió de risa» creyendo a mi hombre loco. Pero *Jesús*
era joven y dicharachero. Le pagó y quedó con la criada en verse
«el jueves», lo que le permitió el cambio de otra gallina.

Saqué lo que al animal le habían metido por donde evacuaba,

lo aprovechado, y lo consigné a Berlín. Me felicitó el jefe del Departamento al que yo pertenecía.

En este «oficio», salvo lo imprevisto, todo transcurre con precisión si no matemática, sí cercana a ella: incluso hasta cuando lo «imprevisto» se produce tampoco se alteran las cosas de manera que lo irremediable esté vigente:

Por esta precisión, a las seis en punto, un «Mercedes» con matrícula española, se detenía en la puerta del «Hotel Nacional» y yo, en el *hall* no di tiempo al «electrotécnico» que el almirante llevaba, a que llegase a preguntar por mí. Salimos y saludamos al almirante que en el coche esperaba. Le presenté a *Anselmo*, el enlace que yo tenía entre la comarca y Madrid que nos serviría de guía y apenas acomodados partimos hacia la carretera de Andalucía camino de Jerez de la Frontera donde dormimos tras haber hecho parada en dos paradores turísticos del camino. El señor Canaris y el compañero vestían «mono». No obstante se adivinaban en ellos calidades de grandes señores hechos a modales sin cabida en el «mono» que vestían.

En el hotel jerezano y después de cenar, Canaris me invitó a su habitación. Ya en ella, deshizo un rollo desdoblado un plano detalladísimo del Campo de Gibraltar con los pueblos cercanos en donde, según mis indicaciones, estaban las centralillas con emisoras; «sitios» donde varaban y repostaban los botes pesqueros que también tenían emisora, y el radio de acción de cada uno de los principales agentes en aquel sector.

Uno por uno los fuimos cotejando, anotando el nombre o los nombres de quienes en ellos trabajaban y midiendo las distancias que entre ellos y el peñón había.

Cuando partimos de Jerez, al pasar Chiclana, al día siguiente, se puso el goniómetro en marcha y se fueron confirmando frecuencias y buen funcionamiento de cada uno de los aparatos.

Por fundamentado deseo del almirante, no fuimos a ninguno de los puestos en donde el jefe me conocía y sí a donde no era conocido para verlos actuar en su propia faena sin darnos a conocer.

Uno de estos puestos —el primero que hallamos al paso— estaba en Conil, pueblo pesquero en la provincia de Cádiz situado en la misma costa desprendido de la altura que por allí tiene el litoral. Unos kilómetros antes le cogimos la onda y como *Anselmo* llevaba en la libreta el código en una «suma» simulando la compra de su esposa, tradujimos el mensaje anunciando el paso de tres barcos sin protección.

Supusimos que también los ingleses le tendrían localizado y

que tomarían todas las comunicaciones. Pero mientras desconocieran la clave no había cuidado. Nos acercamos al garaje y tras ser presentados por *Anselmo* como técnicos del Servicio, preguntamos al hombre cualquier pizca en relación con su trabajo real, el de arreglar magnetos. Nos sonrió con sorna y contestó un poco en guasa, no porque dudase de la pregunta sino porque así era el temperamento de *Chic*, como se llamaba al operador de aquel puesto, quizá por lo recortado de su estatura. Cuando partimos, comentamos la poca eficacia de aquel transmisor. Toda noticia que emitía la habíamos recibido procedente de los pesqueros y otras estaciones que controlaban con rigor la entrada del estrecho. No obstante, el almirante me instó a que la siguiera manteniendo en función a título de confirmación.

Sobre la una de la tarde llegamos a Tarifa. Nos detuvimos en la contemplación del paso a uno y otro mar en su mayor estrechez. El almirante hizo algunas anotaciones en su libreta y por su parte el técnico al que Canaris llamaba *Hans*, dijo:

—En realidad estamos en África. No es difícil reconocer la ruptura continental.

Por lo que colegí que nunca lo había visto.

Comimos en una taberna de Algeciras cerca del muelle, el que recorrimos. Después partimos hacia San Roque deteniéndonos en varios lugares para contemplar el paraje desde los altozanos dominantes frente al peñón.

Desde allí la histórica roca imponía más. Canaris no sé por qué se emocionó, no obstante conocerlo bien. Tras una pared pedrajera de un predio al ras con la misma carretera, tomamos los prismáticos y lo miramos ávidamente en la medida en que las lentes podían acercárnoslo. Allí estaba el peñasco, señero y desafiante, centinela de un continente quebrado en dos, mirando a uno y otro extremo de espaldas a España en vigilancia perpetua.

El reflejo del atardecer daba al peñón un halo mítico, le endiosaba en la leyenda calpense. El almirante poéticamente, nos dijo:

—Además de eficaz, su hermosura es la imagen de la titinidad sin altura.

A lo que contesté:

—Quién sabe si es la cabeza y los hombros de un gigante sin terminar de parir la tierra. No me gustaría herirle de muerte. Si para que sea español hay que destruirlo, prefiero que sea extranjero.

El almirante por toda contestación, me lanzó una mirada con la que me vino a decir que no iba a ser de otra manera, aunque no por mi sentimentalismo. Lo vi como aliado a mi deseo. *Hans* intervino:

—El peligro en manos inglesas es tan grande como su majeza.

Por mi parte, confieso que nunca como en aquel momento, en el que según yo entendía se estaba jugando su suerte, el peñón me pareció digno de mejor futuro. Pensé que destruirlo sería tan absurdo como punible.

Cuando lo hubimos admirado a gusto, dejamos la atalaya para dirigirnos a La Línea, lugar por mí bien conocido y de amargos recuerdos por haber sufrido en su plaza de toros una cogida (1) que me tuvo al borde de la muerte. Lo que son las cosas; el toro que me hirió, se lo había brindado al gobernador de Gibraltar.

Ya en el hotel de La Línea, Canaris hizo múltiples anotaciones sobre el plano que en Jerez me extendió para localizar los «puestos». Advirtió que debíamos obtener el servicio de alguno de los habitantes residentes entre las alambradas fronterizas de La Línea y la vertical norte del peñón. No era difícil. Yo tenía lista completa de todos los ocupantes de aquellas viviendas. Uno de ellos era un inglés residente en La Línea. Bueno; inglés de nacionalidad... Era español, que para más facilidad se había nacionalizado inglés y allí, a la sombra del peñón, había puesto un taller de pintura al duco, para automóviles. Según el informe de *Nicolás*, en el que anotaba hasta el pensamiento individual, era antiinglés como anti es todo el que gana el pan en cualquier sitio. Podía servirnos sí, pero con ciertas reservas. Le dije a Canaris:

—Estos tipos desgraciados son peligrosos. Puede servirnos bien tres meses, después...

—Usted verá lo que hace. Necesitamos ahí un elemento. Los que tenemos en la misma ciudad no pueden sernos útiles en el preciso momento en que sea necesario su servicio.

Pensé que lo mejor sería —y así lo hice— poner en el taller un individuo que nos informase.

Nicolás nos esperó en el café con impaciencia. Aunque yo le había dicho que eran amigos sin relación con el Servicio, no lo creyó. Era un gitano demasiado vivo para tragarse el anzuelo.

—¿Qué «payos» son éstos? —me dijo en caló.

—Paisanos.

Y acercándose a mí medio susurrando, me contestó:

—¿Paisanos de quién?

Cantó unos fandangos marcheneros y uno de los que lo acompañaba, cantó un cuplé en boga. El almirante le observó con detenimiento y, ya en el hotel, hizo este comentario escueto:

—Este tipo es maravilloso.

Comuniqué a *Nicolás* nuestra llegada, pero que si por casuali-

(1) Véase el tercer tomo de *Los Toros*. José María Cossío. Páginas 19 y 20.

dad me veía no me saludase; así ocurrió. En la noche, en uno de los bares, le hallamos con otros individuos. Nos sentamos casi a su lado y ni nos miró. En un papelito le pasé esta nota al almirante: «Ese que está en el centro de la reunión a la derecha, el de la gorra a cuadros, es *Nicolás*. Los que lo acompañan no sé quiénes son.» El almirante leyó y cuando lo consideró más oportuno, miró al grupo. Después me dijo:

—Es un tipo original. Pero, ¿de qué raza?

—Gitano.

Cuando el día seis de diciembre (1941) volvimos de recorrer los puestos del litoral y comprobar por la escucha que los aparatos emisores de los pesqueros funcionaban bien, volvimos a La Línea. Ya en el hotel, el almirante me dijo:

—Necesito comprobar algunos datos. Cíteme usted a *Nicolás* para hablar con él personalmente. Puede usted decirle que *Hans* y yo somos..., ¿qué le parece que le digamos?

—Puesto que se le ha de hablar del Servicio, le deberemos decir que pertenecen a la escuela de formación de agentes en Berlín y que están de inspección —contesté.

—Muy bien —aprobó el almirante.

Con el «botones» del hotel, avisé a *Nicolás*, citándolo en el mismo café de «anoche» a las dos y media de la tarde. «Te saludaremos para que nos hables de cante. Mis amigos quieren oír cantar hondo. No faltes.»

Nicolás, rumboso —todo gitano sobrado de dinero lo es—, nos llevó a lo que, según nos dijo, era el «templo del cante»; una taberna-«colmao» a las afueras de Algeciras, casi en Los Barrios en la que las cataduras de los clientes eran tan dispares, social, cultural y económicamente que iban desde el señor genuino, al inglés gibraltareño con ademán orgulloso, hasta el golfo de zancajos con los calcetines por defuera de las alpargatas.

Cuando entramos, Canaris nos dijo que en aquellos parajes el cante flamenco, con buenas o malas voces, sonaba más a mítico y que el gusto de escuchar allí tenía sabor a ánforas sobre naos fenicias. Le agradecí al gitano el que le llevase allí para ver y oír lo más completo y puro del cante y baile hondo mediterráneo, epopéyico y trágico, evocador de los tiempos en los que el hombre se entendía con el más allá a través del conjuro de los decires y la quimera de los ademanes proyectados por la sensación del espíritu.

—¿Quiénes eran tres señores ingleses que entraron inmediata-

mente después? El acento de uno de ellos sonaba a americano. Entraron, nos vieron y salieron para no volver a entrar.

—Parece como si nos hubieran conocido —les dije a los alemanes.

—Quizá les ha parecido extraño el local —arguyó el almirante, haciendo como que estaba convencido de ello.

La guitarra nos impuso silencio. Sonaba como opaca y los tercios del cante se nos hacían místicos al oído. Según los gitanos, allí ningún flamencólogo debía ir a la taberna «colmao» a divertirse.

Canaris le explicaba a Wagner que para el flamenco lo hondo o jondo no es diversión, sino sentencia.

—Quien aquí viene lo hace para compenetrarse con el hálito de una civilización desaparecida, civilización pedigüeña de mercedes a los dioses cantando y bailando aquello que a Dios le apetecía.

Wagner escuchaba más al almirante que a los flamencos.

—Éstos —señalaba el almirante a los flamencos— son una muestra de lo que fueron los sacerdotes oficiantes de los ritos —y agregaba—: Un guitarrista cualquiera, para turistas, no es sacerdote de notas rogativas, como no lo son el cantaor y el bailaor que no se ajustan a la devoción ancestral con lo que a lo divino se le ofrecía el alma. El flamenco prostituido hoy por los mercaderes del espectáculo nada tienen que ver con el rito de plegarias nacidas con el hombre mismo. El flamenco es una expresión con la que se llega a la divinidad de la que se espera y obtiene la luz de la gracia en el ser, siendo al tiempo conciencia de lo eterno y esencia inmutable de lo imperecedero.

Sale a nuestro encuentro don Ramón, el de las uñas con sueño para los delirios de la guitarra, que va a tocar los «solos». Con él está también Eugenio, el de las grandes narices, que acompaña las voces; y Camacho quien da a la «caña» hondura de credo y ribetes de suma teología.

La Chaparra, además de otras, tiene la gracia de ser fea, preciosa virtud en quien nació para lograr semejanzas entre los sueños de antes y los de ahora. Viste un traje de encaje negro con faralaes de festones rojos como espuma de una sangre violentamente derramada y salpicada en ella para representar en la Historia la testificación del holocausto al dios mensurable y temporal.

Sólo un clavel lleva en la cabeza, los brazos desnudos se hacen antenas de la inspiración convulsiva. Los rojos zapatos de tacón macizo acaba la línea parabólica del cuerpo menudo que al quebrarlo en la danza confirma la teoría de lo infinito. Del infinito a la mano del que sabe asir lo inmenso para sentirse inmenso en la cuerda locura del presenciar amando la deificación de los astros.

Canaris, que se sentía parte de todo lo que en el pequeño entarimado sucedía, se preocupaba de que Wagner no lo terminase de entender. Por esto me dijo:

—Yo, *Hans*, de esto no entiendo más que lo que debo entender, lo que me llega. Pero estoy viendo que a nuestro amigo no le llega nada y en esto debe de radicar que yo admire a los hombres del Mediterráneo y que no admire a los demás, aunque con ellos conviva.

Como en el género del «arsa» acontece, Salomé, vistiendo larga cola blanca con volantes azules, a modo de oleaje cautivo, más alta, más para la codicia de lo que el hombre espera cuando la consumación del rito ha terminado, sonaba las palmas en ronco quedo. El gitano *Nicolás*, dirigiéndose a los que con él estábamos, la definió así:

—Junto a *la Chaparra* parece un nardo a quien se le ha vestido de feria para la memoria en los que nos gozamos en la dicha de esta noche.

Era cierto. Daba Salomé la impresión de un duende bonito y albo en el altar de las expiaciones. Salomé es una reencarnación de la imagen que en el templo egipcio dejando a un lado al papiro, se hizo biblia de carne para el hombre de cualquier raza y en cualquier edad aunque el mundo se transtrueque.

Consciente de su sacerdocio en el baile, pisa repicando alegrías menudas, mira sin mirar y se yergue en la impaciencia del comienzo con soleares arcaicas, de cuando en la grey comenzó a regir el rigor de su destino. Son las soleares la primera oración que en la Diáspora plegaron los huidos.

La Chaparra entró en la conjugación de expresiones como un torbellino en exorcismo de los maleficios conjurados cuando Salomé se hace pálpito en la proeza racial en ademanes religiosos, solemnes en lo milenario, la concurrencia mítica del bracear elocuente en el recitar de confesiones que en su tiempo fueron diálogo divino, recurriendo a la omnipotencia del cielo al poder de los poderes, en Salomé se desgrana.

—¿Qué le parece, Wagner? —preguntamos al militar teutón, contestando con una rapidez que en él era un milagro.

—No está a mi alcance.

Continuó la petenera y tras unas cañas, toda la gama del cante jondo fue transcurriendo mientras nosotros nos confundimos en teorías de dudosa inteligencia.

Y vino el amanecer dejando llegar la mañana. Nosotros nos fuimos de ella con la luz de un sol, enorme, gozosos de muchas cosas, en la zozobra de los demás.

El día siete por la mañana, desde su habitación me llamó para decirme que quería ordenar cuantas notas había tomado y que no pensaba salir de su habitación en la que iba a comer.

—Muy bien, almirante. Yo voy a irme a Gibraltar.

—No, por favor. Lo que no suele ocurrir con frecuencia puede ocurrir sin ella. Su detención supondría el tener que volver a empezar. Debemos volver a Madrid al anochecer.

Y así fue. A las seis de la tarde emprendimos el viaje a Madrid vía Málaga. Nos detuvimos en Estepona donde teníamos, además del puesto emisor, tres motoras pesqueras que cubrían las veinticuatro horas del día en el mar. Comprobamos algunas de sus transmisiones.

CAPÍTULO XI

Escribimos en este tramo la admiración que nos produjo ver cómo a un condenado por el delito de violar cajas de caudales se le llevó al Banco en el que nuestro poderdante tenía el depósito. Y no menos admiración nos produjo la facilidad con la que abrió la puerta acorazada y el gusto, quizá sensual que le daba al hombre sentir el acierto de su palpo hasta culminar en el orgasmo de la apertura. Y no nos mordemos la lengua doliéndonos al verle volver a la cárcel de donde para servirnos lo sacaron.

El duque, nuestro embajador en Londres, fue tajante.

—Hoy o nunca, Ángel. Si no hacemos inmediatamente la gestión en el Foreign Office y vas a recoger lo que sea a las ruinas del Banco, fracasarías como apoderado de nuestro amigo Villalonga.

Entre el dramático panorama de un Londres señorial, más en la apariencia que la enjundia de sus virtudes, se daban las circunstancias chuscas y alguna que otra de hondo contenido poético. Por lo que al caso que nos ocupa se refiere, aconteció que nuestro común amigo, del duque y mío, Villalonga, era y es, un nobilísimo personaje relevante en las finanzas españolas, estando en Madrid me rogó le hiciese un encargo para lo que me dio un documento notarial nombrándome su apoderado en Inglaterra con el que debía recoger de una caja fuerte en un Banco londi-

nense «un paquetito lacrado». No especificaba el contenido del paquete, pero realmente me habían informado de que se trataba de un cuarto de kilo de diamantes y unas cuantas onzas de esmeraldas.

El marqués de Santa Cruz, entonces primer secretario de la Embajada, se ocupó de las diligencias que no eran moco de pavo —lo que no fue cosa extraordinaria en el puesto que con igual interés se ocupaba en la ayuda de cualquier otro español si aquél hacía su oportuna reclamación a la altura de la Embajada— por mor de que las autoridades inglesas pensaban, y no equivocadamente, que todo cuanto los extranjeros confiaban a la custodia de las británicas cajas bancarias, eran bienes preciosos y por pensar así el Gobierno de su Graciosa Majestad, había dispuesto que de su Real Territorio no saliera nada con valor digno de quedarse en casa.

Tal disposición, prudente para su manera de entender la propiedad, me obligaba a recabar tan exhaustivos cumplimientos oficiales que agotaban la paciencia de cualquier equilibrado y cuando esto se conseguía te encontrabas con la británica advertencia de que constituía grave delito intentar sacar la cosa fuera del país lo que, por otra parte, siempre ha sucedido en todas las naciones en pie de guerra, aunque no en todas con tan escrupuloso celo se ha observado el cumplimiento de la ley. Pero el marqués no se rindió y con fatiga o sin ella, consiguió lo deseado.

Ya todo en regla, sólo faltaba para recogerlo mi decisión, lo que por las muchas ocupaciones no se producía.

—Una corona —solía apostar el duque de Alba— a que mañana, De Velasco —así me llamaba—, tampoco hará nada por dar cumplimiento a su compromiso de apoderado.

Desde que yo había llegado a la Embajada, con mi documento notarial acreditándome, el duque diariamente me instaba a que recogiera «el paquetito» y lo guardara en la caja fuerte de mi despacho en la Embajada en donde estaría más al alcance de cualquier emergencia. Siempre le contesté lo mismo: «Mañana, señor duque, mañana.» A costa de mi «mañana», el gran caballero español, hacía bromas y apuestas.

Confieso que el paquetito me preocupaba poco. En Londres, en el año 1940, el hábito bélico y destructivo que se respiraba en la capital del imperio hecho a costa del nuestro, me placía sobremanera. Hasta cierto punto, sin divertirme, la Blitzkrieg de la Luftwaffe me proporcionó un maravilloso espectáculo sin constancia en mi mediterránea fantasía. La trama de luces en la tenebrosa oscuridad, lanzadas por los aparatos de vuelo, las explosiones destructoras de todo lo que levantado estaba, y la gracia —que la tiene— de los que en paños menores corren despavoridos por las

calles hacia ninguna parte tropezando con todo, daba al horror siniestro de la guerra la nota jocosa de lo que por incomprensible nos hurgaba lo que tenemos más allá de las telarañas del alma. Nunca pensé que los bombardeos alemanes a los que se calificaba de monstruosos porque aún no habían comenzado los de los aliados en Alemania, me afectaran tanto en la meditación ni que interrumpieran mis menesteres oficiales. Pero lo cierto, con comicidad o dramatismo, era que Londres, la capital del Imperio Británico, la que si Drake resucitara, le parecería tontona, cada día alboreaba con más edificios en el suelo y más dolor en el alma.

Por aquella confianza en mi buena estrella, ninguna noche faltaba a la mortífera función, ya en Londres ya en cualquier otro puerto del británico litoral. A ello me llevaban mis particulares funciones en el deseo de saber para decir y una insaciable sed de desentrañar circunstancias poco o nada conocidas. De Inglaterra me llamaron la atención ciertas concurrencias por las que hubo de pasar humillándose y una de ellas, la oscuridad nocturna. De no haber estado en guerra, me hubiera ido al campo a palparla. Porque en las Islas Británicas la oscuridad es maciza y se tropieza con su solidez. Me gustaba pasear las crudas noches londinenses. Por esto y porque la guerra de las naciones aparejaba la original consecuencia de la guerra de los elementos. El estallido de las bombas se estrellaba contra la muralla de la oscuridad. Cuando una viga de volandas saltaba llameante por sobre la calle, se apagaba en el aire volviendo al suelo hecha tizón. Todo bombardeo producía grandes incendios, pero algo de anticombustible debe de tener aquella atmósfera porque las llamas se elevaban trabajosamente y algo ahogaba su albedrío que las impedía el medro abrasador. Cavilé mucho ante este fenómeno. Un incendio en Inglaterra me parecía cundir menos que en cualquier lugar del continente. Quizá por esta dureza en el aire inglés deduje que la oscuridad era anticombustible, extintora, apagana.

Una noche del enero de 1940 el bombardeo comenzó a las diecisiete horas y duró hasta las doce de la mañana. Fue el más prolongado que hasta entonces se había producido. Cuando acabó, me encaminé al lugar de la desdicha y comprobé que todo era rescoldo y pavesas. Dejó de flamear cuando topó con la redonda oscuridad de la metrópoli. La oscuridad todo lo comprime y degenera en Inglaterra.

El Banco del que debía recoger el paquete, digamos de joyas, porque aún no sabiendo oficialmente, joyas eran, estaba virtualmente en el suelo. Las bombas incendiarias lo hicieron arder pero no se quemó el Banco, se chamuscó nada más aunque, eso sí, se cayó al suelo.

Eran las once mañaneras cuando entré en mi despacho. Victoria, la secretaria, me esperaba impaciente porque el duque me había requerido dos veces.

—Le ha llamado el señor embajador —me dijo al entrar como de costumbre, Jacobo me hizo pasar y como de costumbre me ofreció la cigarrera con los triunfales escudos de su casa o casas. De pronto se puso serio y llamó al primer consejero, señor Fernández Villaverde. Apenas entró el duque, dijo con desusada manera en él:

—Ni un día más. Hay diez Bancos convertidos en escombros; y «el nuestro» puede ser cualquier noche sin que podamos recuperar el paquete de Villalonga —y dirigiéndose a Villaverde, agregó—: la traza de Ángel en esta misión, se llama «abandono».

En el despacho del embajador y ante él, acordamos Villaverde y yo en ir «mañana» al Banco, a las diez, provistos de la bien precuada documentación como se venía haciendo en los pocos casos en los que se concedía a un extranjero tales retiradas y acompañados de un funcionario del Ministerio a quien Villaverde se encargó de prevenir.

Aquella noche cené con Brugada, el segundo en la Agregaduría de Prensa y uno de los secretarios de la Embajada —por más señas gallego—, después embajador, en un restaurante de Grosvenor Place. Apenas sirvieron los entremeses la sirena nos anunció el infaltable raid alemán, abundante en bombas incendiarias. Todo comensal dejó el cubierto con prisa y con prisa bajó a la cueva no sin llevarse por delante sillas aun no estando al paso. Por nuestra parte no nos movimos, e insté a unos amigos de la mesa contigua a que se quedaran y se quedaron aunque, eso sí, sin tenerlas todas consigo.

Gozaba yo entre mis compañeros de buena fama respecto a mi suerte protectora. No sólo nada me había sucedido en Inglaterra, sino que todas las noches los bombardeos se producían en barrios en los que yo no estaba. Que las bombas caían en City Road, yo lo estaba viendo desde Green Park y aunque sin decirme lo claramente, cuando el tema se suscitaba, noté a más de uno que se hubiera divertido mucho el día que sucediese lo contrario. Esto es, que me cayese encima la metralla alemana.

—Tienes mucha seguridad en que no te va a caer una bomba encima, Ángel —me dijo Brugada cuando intentaba llevarse a la boca un pepinillo sin acertar con los labios.

Brugada era tibio en el entendimiento de la guerra y el dolor. Viturro, se sonreía.

Les dije que, según mis informaciones, casi siempre precisas,

jamás caería, salvo accidente, una bomba a quinientos metros de Buckingham. En el programa de Goering no figuraba el Palacio Real ni sus alrededores y nosotros estábamos cerquísima de la real vivienda.

Seguimos cenando servidos por un camarero español de los que no se alistaron para combatir en Narvik, en donde de lo lindo se zurraron la badana alemanes e ingleses, aunque estos últimos, siguiendo la tradición, eran «extranjeros». Como buen camarero, nos servía los platos y las noticias informándonos de los lugares atacados. Cuando nos dijo que habían bombardeado Gower Street casi se me saltaron las lágrimas. ¿Qué suerte habría corrido nuestro Banco? Me fastidiaba más que la seguridad del «paquetito», el que el duque se saliese con la suya.

Cuando al día siguiente, el marqués de Santa Cruz y yo llegamos al Banco, todo el edificio era un montón de cascotes custodiado por agentes armados y al parecer, poco dados a las bromas. Nadie podía acercarse por aquello de las libras entre yesones.

—¿Y ahora? —interrogué a Pepe.

—Pues ahora, si las cajas son aprovechables, quizá se pueda recuperar.

Respiré.

Villaverde era —y es— un diplomático orgulloso de su vocación y a esta virtud unía una actividad deportiva. Desde Gower Street se fue al Foreign Office, donde le dieron toda clase de facilidades y ayuda. Cuando dos días después se habían desenterrado las cajas de caudales, que por estar en el sótano sólo tenían magulladuras, se nos avisó que podíamos ir, pero que las claves de todas las cajas habían desaparecido. También el Foreign Office en esto fue diligente.

—No hay otro medio que valerse de Kappe.

Kappe era un ladrón de cajas de caudales que estaba cumpliendo condena en una cárcel cercana a Londres. Desde que comenzaron los bombardeos a destruir Bancos, Kappe era la tabla de salvación y por salvador hizo el agosto. Se le sacaba custodiado y se le llevaba al lugar frente a la caja.

Llegado nuestro momento, Kappe, acompañado de un agente de Scotland Yard, estaba en el subterráneo del Banco con algo envuelto en el periódico. Nos saludó reverente y sin adulación. Lo hizo con señorío de la mejor ley. Si me cayó bien su elegancia, mejor me cayó verle maniobrar el pivote de la caja. Me dio la impresión de que no era un ladrón, entendiendo por ladrón al que roba. Me pareció un poeta del tacto con profundo placer en el tactar. Apenas se le dijo ¡«vamos»! comenzó a frotarse el índice con el pulgar de la mano derecha de tal suerte que parecía ser el

preliminar de un rito sagrado sin el cual toda la continuación sería inútil. Tras esta operación, Keppe, con indiscutible deleite sensual, acercó los dedos al pivote central de la esferita numerada y lo tocó al estilo de amansamiento. Pausadamente, dio una vuelta al complicado pivote como si buscara el asentimiento de la entraña mecánica de la caja. Era el estar haciendo un menester gozoso para el sentido que sólo los visionarios tienen. Con la misma lentitud siguió dándole vueltas al hierro hasta completar las necesarias del tope; retrocedió, nos miró y sonrió un poquito, digo yo que para agradecer a las musas sus favores.

—¿Ya? —preguntó no sé quién.

Kappe no contestó. Dio dos vueltas más a la esfera y un breve ceder los movimientos, pensando como si hiciera una ecuación mental, o un exorcismo. Tres vueltas más fueron precisas para que retirara la mano de la caja diciendo «basta». Desenvolvió el periódico y de él sacó el martillito que portaba. Como si dijera: «Lázaro, levántate», dio a la puerta un golpecito tierno, mimoso, y la puerta, sólidamente acorazada, se rindió a la fervorosa vocación del preso. Con el golpecito, la puerta se abrió ante la más espectacular admiración de los presentes. Allí estaba el «paquetito» lacrado que tanta zozobra ocasionó a nuestro buen embaajador. Lo saqué y me regodeé en la curiosidad de contemplarlo en las manos.

—Es usted un genio en el arte de abrir cajas —loé al ladrón mientras le daba diez libras porque las dos o tres que me habían aconsejado me pareció ridículo.

—¡Oh, caballero español! —agradeció el hombre tomándose el dinero.

—¿Cuántas cajas ha abierto usted, señor Kappe?

Hizo un modesto ademán con la cabeza y contestó:

—Menos de las que Scotland Yard me achaca. Pero el de abrir cajas, como usted ha dicho, no me proviene de las muchas aperturas, sino de sentir el abrirse como una conquista personal, como la conducción de un soneto a lo Carducci.

CAPÍTULO XII

Y como la verdad se ha de decir, aquí decimos que murió nuestro camarada y excelente amigo, el agregado militar a nuestra Embajada en Londres, Alfonso Barra, víctima de una indisposición que no le permitió llegar a la clínica con vida, según la explicación oficial, y según nuestra investigación, víctima de lo que en una cena «amistosa», mientras deglutía el segundo plato, en él le pusieron, cosa que no pudimos esclarecer por habérse nos negado el derecho a una autopsia. Y como en guerra todo es secreto, ni palabra se ha dicho con vistas a la divulgación de tan nefasta «operación» británica.

Le puse el sobre en la mesa y sin apenas dejarlo posar, el agregado militar se levantó para depositarlo en la caja fuerte que en su despacho había. Si los muebles eran rancios, la caja, de aspecto morbosos y mostrenco, posiblemente, a juzgar por su color verde-botella cansado, venía del tiempo en el que el general O'Donnell era cadete, si es que entonces existía academia militar.

—Luego lo veré —nos dijo mientras cerraba el armatoste acoirazado con un considerable número de vueltas en el pivote.

A Alfonso Barra, teniente coronel del Ejército español, agregado militar a nuestra Embajada, le consideraba uno más de cuantos estaban en la quimera que debía conducir a otro sistema de Gobierno. Barra era uno de los tres con quienes yo, por

diversas razones, no tenía secretos como él, probó en su función y en su conducta sin tacha, castrense en el ademán y en el espíritu, no los tenía conmigo.

El sobre respondía a que el duque de La Seo de Urgel, entre sus consideraciones acerca del sagrado envío de la información a su despacho y especialmente lo tocante al movimiento de los refugiados españoles en Inglaterra, estaba la de que yo me abstuviese del uso de la valija diplomática porque, aparte temer a la «rastra», dejada por el ex ministro Beigbeder dador de carta blanca a quienes «trabajaban» para los ingleses, estaba seguro de que la entrega se hacía esperar más de la cuenta. El sistema seguido entonces en el Ministerio de Asuntos Exteriores para el reparto, era por demás lento, lo que entorpecía la celeridad en los movimientos a nuestro servicio. En virtud o desvirtud de ello, de su consejo sin llegar a orden estaba muy cerca, yo sólo podía valerme del agregado militar que tenía canales propios para el envío de lo que ilustraba a nuestras autoridades.

—Esa caja, Alfonso, no me merece garantías —observó Manuel Yllera, ex consejero nacional, jonsista santanderino y en todo momento camarada leal para los amigos y leal en la doctrina nacionalsindicalista y a la causa en la que estábamos empeñados.

—Tampoco a mí me merece garantías, pero no tengo otra cosa y mejor que en los bolsillos estará guardado lo que secreto o confidencial, no debe andar al retortero.

—Desde aquí nos vamos a Southampton. Porque si nuestras informaciones en Berlín las han interpretado correctamente, esta esta noche deben bombardear los «docks» en donde están almacenadas diez mil toneladas de trigo descargado la semana pasada y unas veces por pitos, otras por flautas, se los han venido dejando «vivos» en todos los ataques.

—Sí. Ese trigo tiene mucha suerte —aclaró irónicamente Yllera.

Y era verdad. Aquel trigo se había escapado a un repetido ataque submarino en el golfo de Vizcaya y a un tercer ataque de la Luftwaffe ya frente a Irlanda. Todos los «compañeros», siete buques que venían de hispanoamérica, se lo estaban «contando» a los peces del fondo cantábrico.

—Pues que tengáis suerte y a por ellos —nos deseó y animó el militar, a quien pocas veces lo vi reír aunque nunca lo viera adustamente serio—. Pero, ¿habéis precisado la información?

—Lo tenemos notificado por segunda vez. Anteayer mandamos con *Rafael* (submarino pirata) un plano cabal en todas sus dimensiones señalando la única entrada al objetivo para el ataque rasante. Ya sabes que en ese sitio existen enmarañados unos «plan-tíos» de globos cautivos impidiendo la entrada baja.

No sólo le dimos cuenta de todo, sino que en el plano le señalamos las posiciones que nos debían servir de observatorio por si la suerte nos negaba el patrocinio y quedábamos entre los cascotes. Si esto ocurría así, que Barra nos fuese a buscar a « tiro hecho ». Se quedó con el plano y manchó en donde cada uno, Yllera y yo, íbamos a estar para verlo personalmente.

—Bien —aprobó Barra—, pasado mañana llamadme en cuanto volváis a Londres para decirme el resultado y deciros yo lo que de este almuerzo de hoy saque, que presumo va a ser jugoso.

Alfonso Barra aquel día iba a almorzar a la casa de un miembro del Almirantazgo y algunos otros militares asimismo invitados para « cambiarse pareceres » sobre la guerra.

De este almuerzo me había hablado Barra desde que lo concertó, porque su anfitrión le venía dando muestras si no de ser amigo del nazismo, sí de no serlo del sistema político inglés. Según decía Alfonso Barra, le había hecho observar que él no creía en el *Britain can Take it* (Bretaña lo aguanta), título de una película bélica-propagandística, por entonces en varias pantallas cinematográficas.

—Y además —acentuaba Barra—, no es eso sólo, sino que me ha dicho cosas que resultan puntos de importancia coincidiendo casualmente el que con posterioridad, esos puntos han sido atacados y fulminados.

Barra estaba contento con su amistad y del almuerzo esperaba mucho.

Por sí o por no, yo había encargado a los agentes colaboradores que averiguaran lo que podía haber del Servicio de Inteligencia con aquel hombre quien además del cargo en el Almirantazgo, tenía una querida holandesa, lo que me alarmaba. En el torrente de cábalas sobre la querida pensé que fuera si no del Intelligence Service, sí agente de la SS; mandada por VI B 3, (esta sospecha me llevó a consultar a Berlín y aún no me había sido contestada). Cuando llegó, no tenía remedio. La holandesa era agente del Servicio de Inteligencia inglés.

El mal cálculo de los chicos de Goering, los aviadores guerreros de la Luftwaffe o el peor cálculo nuestro, llevó a situarse a Manolo Yllera casi debajo de donde una de las bombas cayó —muy lejos del objetivo marcado— con su caudal de fuego y de fuerza explosiva. La Blitzkrieg, como de costumbre, duró el segundo ese de las pasadas que esta vez sí dieron en el blanco y en sus alrededores. Apenas cruzaron la negrura del cielo los « pájaros », yo salté entre los cascotes y vigamen encendido, casi ahogándome por la toxicidad reinante y me fui al punto de reunión convenido.

Yllera no llegó. Me di cuenta de que el lugar por él elegido, ardía casi en toda su totalidad. Corrí a buscarlo y vi con la luz de la hoguera que venía resguardándose en una acera con el paredón en pie, brincando sobre el escombros o encendido humeante. Cojeaba, pero corría. Me fui a él y ya juntos, comentó:

—Nos hemos puesto demasiado cerca.

Hablaba a trancos. La tos en uno y otro no superaba al llorar. Más que lágrimas eran surtidores las comisuras de nuestros ojos. Los síntomas de asfixia y el calor nos impedía todo concierto en el decir y el escuchar. Y gracias al miedo sacamos fuerzas no sé de dónde para correr. Aunque atolondrados, nos fuimos yendo con el cuidado de otro tipo de bombardeo, el de Scotland Yard, que apenas desaparecían los aviones alemanes, surgían por todas partes inquiriendo a quien por allí anduviese. La oscuridad era nuestra aliada. Por fin llegamos al coche situado a media ciudad del objetivo. Nos sacudimos el polvo y las pavesas. Manolo en la pierna derecha tenía un hematoma producido por un cascotazo venido no sabía por donde.

Ya en el coche, con mejor aire que llevar a los pulmones, nos menguó la tos y el lloriqueo.

—¡Joder, qué nochecita, camarada! —lamentó el jonsista.

Este fue el primero y único lamento que Yllera profirió por las peligrosísimas vicisitudes del trance: Pero hubo de ser así para poder señalar con más precisión en caso de que una vez más no acertaran.

Sin embargo, y a pesar de las fatigas y peligros a que estuvimos expuestos, valía la pena el espectáculo. La apocalipsis no sería mucha más. La llama de un bloque de grandes almacenes apagaba la luminosidad de las bengalas. Aquí una casona caía a intervalos produciendo ruidos desastrosos; acullá crepitaba el maderamen de los barracones mientras ardían todas las naves que en el muelle hasta entonces nunca fueron tocadas. Algunos de aquellos barcos habían sorteado el submarinaje alemán valiéndose de oscuridades y la novedad de una ruta recién abierta entre «campos» minados llegando al puerto, de sobresalto en sobresalto para en el puerto ahora tocarles el turno: y ahora ardían o daban de banda no obstante el trinque de las amarras. Sí, de no habernos aventurado, no sabríamos cómo la guerra era donde la guerra es. Sí. El peligro por ver aquello cómo era y cuándo era no pasaba de nimiedad en la zozobra. Hasta entonces todos los bombardeos los habíamos visto al día siguiente apagados o humeantes, con ascuas en el rescoldo, pero nada más. Lo veníamos viendo cuando al bombardeo sólo le resta el aspecto cruel de la aparatosidad en la que queda, pero así, en su frenético apogeo, era otra cosa desde cualquier punto de vista que se le mirase.

—Aquí nos helamos, Manolo —le dije mientras seguíamos quitándonos arena del cuello y pelo.

En cuanto nos creíamos menos delatantes de volver de donde el bombardeo había tenido lugar, nos fuimos al hotel. Sin la menor detención en el bar, subimos a la habitación de dos camas que nos habían dado porque la habíamos pedido. Entramos hablando de mujeres o de espectáculos. Lo hacíamos como manera de hablar sin decir nada con relación a la empresa, seguros de que el Intelligence Service escuchaba en todas partes y con lamentable frecuencia oía.

—¿El señor Barra...? ¿Pero usted no lo sabe?

La secretaria de la agregaduría militar, al teléfono me pareció que, al contestarme, lloraba.

—No, no sé nada, Elisabeth, porque no lo he visto desde antea-
yer cuando estuvimos ahí, en el despacho. ¿Qué le ha pasado?

—Ha muerto, señor, ha muerto.

Sin pronunciar una palabra más colgué el teléfono y marqué el número de Pepe Villaverde (después, ahora, marqués de Santa Cruz) para preguntarle.

—Sí, ha muerto —me contestó.

Fui a su despacho y Villaverde me dijo lo que sabía. Había ido a almorzar invitado por un amigo, a su casa, fuera de Londres. En el curso del segundo plato, el teniente coronel, súbitamente palideció desfalleciendo. Ya dando muestras de perder las fuerzas, se le ladeó la cabeza. Uno de los agentes que yo tenía, logró escuchar la afirmación de un testigo presencial, por más señas, comensal, quien posiblemente no estuviera en antecedentes:

—A la palidez siguió un amoratamiento de cara y manos e inmediatamente los comensales lo «cargamos» camino de la clínica.

No decía lo mismo el informe oficial, que sólo hablaba de «indisposición».

Lo llevaron al dispensario más cercano en donde, según el informante, «parecía que lo estaban esperando».

—Nada podemos hacer. Está muerto —comunicó el médico a los portadores de la víctima.

La consternación en nuestros diplomáticos no fue óbice a la prisa en la suerte de movimientos llevados a cabo para la recuperación del cadáver y la debida información sobre el funesto acontecimiento. Todo resultó inútil.

Ninguna de las gestiones que el duque de Alba llevó personalmente a cabo acerca de la muerte del agregado militar, prosperó y hubo de admitirse el certificado médico que oficialmente cursa-

ron las autoridades inglesas culpando de la muerte del diplomático español a un fallo de su corazón, lo que de haber sido cierto hubieran permitido la comprobación. Los resultados de la privada gestión a través de mis camaradas en la palestra secreto-informativa, fueron otros: «Muerte por envenenamiento.»

Pero si el Gobierno inglés impidió el esclarecimiento de las sospechas de aquella muerte, quienes tenían el deber de informar al mundo, lo callaron. El silencio pudo más que nuestras transmisiones y aquello que en Inglaterra tenía explicación, no la tenía en la Prensa del Eje a la que yo informé exhaustivamente sin que en un solo diario se publicara una línea. Tampoco acerté a entender que en España no se diese la noticia de la muerte ni de que a nuestra Embajada se le impidiera mayor intervención en el acaecimiento por médicos de confianza quienes le hicieran la autopsia al cadáver aun teniendo que exhumarlo porque, eso sí, parece que los ingleses tuvieran mucha prisa en enterrarlo.

Alfonso Barra murió en el cumplimiento de su deber porque el deber de todo agregado a una Embajada es informar a su Ministerio de lo que ve y oye si ello atañe a lo profesional que es para lo que ha sido elegido y designado.

Cuando después hablé de esto en Madrid con Hoare, me escuchaba evidentemente nervioso. Con el pañuelo secándose y secándose las manos, sólo me hizo esta pregunta:

—¿Cree usted que si los falangistas se enteran de esa muerte atentarán contra mí?

—No —le contesté—. No se enterarán, y, aun enterándose, tampoco le harán nada porque alguien los ha castrado.

CAPÍTULO XIII

Aquí se dice cómo el duque de Alba hizo la presentación del agregado de Prensa español al ministro inglés de Asuntos Exteriores, Sir Anthony Eden a quien se le solía llamar Mr. Paraiso. Y de cómo mantuvimos una entrevista con Mr. Werkaztvo, sabio-brujo creyente en la reencarnación de la cultura atlántica. Terminando el día con la muerte de un agente de la Abwehr en el «blitz» con el que se atacaba el objetivo por él mismo marcado.

El duque de Alba, embajador de España en Londres mientras la Segunda Guerra Mundial ganaba jornadas tristes, por conducto de su secretaria, me llamó a su despacho para consultarme algo sobre la fecha de mi presentación a Eden, ministro de Asuntos Exteriores de su país. Como era costumbre en el duque, lo haría en un almuerzo en la Embajada. Me dijo que me dispusiera a la contestación de una andanada de preguntas que el ministro, con toda seguridad me haría debido a la profunda preocupación en la que el Generalísimo le tenía esperando. Creía él, Eden, que de un momento a otro dijese, «ahora» y con Alemania por cabeza entrase en la guerra. Era tan justa la zozobra del señor Eden y tantas pruebas tenía yo de esa inquietud, que recuerdo muy bien lo que contesté al duque:

—Me parece excelente la idea de la presentación: tendré opor-

tunidad de afirmar e intentar convencer al señor ministro de que España no entrará en guerra contra Inglaterra; por lo menos en esta guerra. Y no lo afirmo por habérselo escuchado a nadie con autoridad para asentar esa negativa, sino porque Franco de lo que más sabe es de no tener prisa y aguardar a que sea tarde y lo resuelva el tiempo.

Recordé al duque que nuestra guerra la pudo terminar en diciembre del 36 o enero del 37 ahorrándole a España algunos cientos de miles de vidas. El duque no acertaba a entenderme o no quería entender porque carecía de feaciente información no sólo en lo tocante a las ideas bélicas de Franco, sino del Gobierno al que representaba. Su abierta oposición frente al nazismo se prolongaba aún sin declararlo, al franquismo en todas sus dimensiones por considerarlo de filosofía antimonárquica o bajo la influencia de los falangistas que desde el origen y como principio no lo éramos.

Desde el primer día encontré al duque un poco a lo Samuel Hoare. Esto es, bajo la impresión del destierro, situado en un lugar del mundo, no por conocido y agradable a su disfrute, menos comprendido, en él que la distancia, según él, contaba mucho. Sin embargo, lo llevaba bien y aunque a pocos nobles como al duque le cuadraba la jerarquía de su cargo, poniendo atención a su ademán, se le adivinaba acomplejado no obstante saberse dar traza en el disimulo.

El duque, como muchos otros españoles de cuyo patriotismo nadie puede dudar, sin caer en la calumnia, al contrario de Mr. Eden y el Gobierno inglés, deseaba que España entrase en la guerra. Estaba convencido de que Alemania perdería y ello conduciría irremediabilmente a que Alfonso XIII sustituyese a Franco. ¿Qué podía hacer él para inducir al Caudillo a que fuera a la guerra? Sólo informar y el duque tenía la impresión de que a sus informes se les prestaba poca atención o por lo menos no se los valoraba con justeza.

—Como usted no es monárquico —me dijo—, no puede valorar mis inquietudes. Y en cambio yo lo comprendo a usted por cuanto el Decreto de Unificación los dejó en la calle.

—No es que no lo comprenda; es que sé que Franco, a pesar de sus declaraciones afirmando la creencia de que ganará Alemania, no se embarcará en el navío de la guerra porque, aun creyendo en el triunfo nazi, no lo desea. De ahí que sus esperanzas, señor duque, jamás llegarían al fausto acontecimiento.

En cambio, en lo referente a la veracidad de lo que yo podía saber, estaba mejor informado por haberle llegado la noticia del Foreign Office en la que Mr. Hoare, embajador británico en Madrid, había dado de mí «pelos y señales» de mi antifranquismo.

De aquí su gran interés por la charla que debía mantener con Eden.

Coincidimos los dos en lo de decir y escuchar, por lo que no se hizo menester aguardar al almuerzo en el que se haría mi presentación. Con relativa confianza por fiarse poco de mí al crearme informador privado de nuestro ministro, señor Serrano Súñer, comenzó por preguntarme el concepto que merecía el coronel Beigbeder «en las altas esferas» y si el haber sido relevado por el cuñado de Franco obedecía a los deseos (yo debía entender «ambición») de éste o a la presión alemana. Estaba claro que el personaje Beigbeder era un pretexto del que partía la naturaleza de la encuesta. Me vi en un brete, porque si mi respuesta afirmaba que el relevo se había producido por «deseo» del interesado, venía a decir que en la política exterior de España, la voluntad de Franco no era decisiva y sí lo era la de Alemania, a través del amigo en aquel Ministerio. Y si, por el contrario, el cambio lo «pidieron» los alemanes, España amanecería beligerante cualquier mañana. No sé si acerté diciendo que el cambio obedeció principalmente a la falta de atención que el coronel prestaba al departamento y sus relaciones privadas poco acordes con las exigencias de la vivencia por la que estábamos pasando. No debí de acertar con la explicación porque el embajador la echó en saco roto. Por otra parte, sabía al duque en posesión del secreto de que los esfuerzos de los agentes norteamericanos para que Hitler dispersase su poder hacia la Rusia comunista, habían tenido pleno éxito y la ruptura con Stalin era inminente. El duque sabía más, sabía también que los Estados Unidos iban a poner todo su poderío en la empresa de extinguir al nazismo y a no limitarse a una mera declaración de guerra simbólica o comercial como Canarias había informado.

No le regateé franqueza en cuanto deseaba decirle a él y en cuanto quería que el señor Eden supiese antes de que personalmente me escuchase.

A medida de que nos fuimos sincerando, descubrí que el duque, contra lo que me habían dicho de él, estaba muy lejos de ser un ausente en cuanto no estuviera relacionado con su comodidad y linaje. Por el contrario, poco tardé en ver en él el que unía a la preclara y cultivada inteligencia, la experiencia política y diplomática de su vida. Conocía en lo fundamental al pueblo español no menos que a los demás pueblos y sabía que lo acontecido en la plaza de la Bastilla, en París, el 14 de julio de 1789, eran el reverso de los encuentros que hasta entonces había tenido con Luis XVI y María Antonieta vitoreando a los reyes.

—Los pueblos o aclaman a la soberanía o la pisotean —me dijo en el curso de la plática.



MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES

PROTOCOLO

Madrid, 22 de Marzo de 1941.

Ilmo. Señor:

Su Excelencia el Señor Jefe del Estado Español y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales ha tenido a bien otorgar a V.I. la *Encomienda con Placa* de la Orden de Isabel la Católica, de conformidad con el artículo 9.º del Reglamento de la misma.

Lo que me complace en comunicar a V.I. para su conocimiento y satisfacción, advirtiéndole que, para poder ostentar las insignias de la Orden, habrá de obtener previamente el correspondiente Título, conforme a las adjuntas instrucciones.

Dios guarde a V.I. muchos años.

Ilmo. Señor Don Angel Alcázar de Velasco.

Certificado de la Concesión de la Encomienda de Isabel la Católica a Alcázar de Velasco.



CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA
ZURICH

EL CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA EN ZURICH

hace saber, de orden de la Superioridad, que el próximo martes, día 27 de Noviembre, saldrá de St. Gallen a las 20 horas 44 minutos un tren corriente de pasajeros que conducirá a los españoles refugiados para repatriarlos a España vía Italia.

De no querer aprovechar esta oportunidad queda Vd. en libertad para seguir en Suiza; pero en tal caso, según las instrucciones siempre de la Superioridad:

1^a) Tendrá Vd. que gestionar por sí mismo la autorización de permanencia en Suiza.

2^a) Si su regreso a España tendrá que intentarlo Vd. por su propia cuenta y riesgo.

3^a) Tendrá Vd. que atender a los gastos de su subsistencia de su propio bolsillo.

4^a) No se preve por ahora otra posibilidad de repatriación colectiva.

Sr.D. Angel Doñate Reca y Sra.
Waldstatt



de Noviembre de 1945.

COMUNICADO DEL CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA EN ZURICH
A ANGEL ALCAZAR DE VELASCO, QUE FIGURABA CON EL NOM--
BRE SUPUESTO DE "ANGEL DONATE RECA"

Comunicado del Consulado General de España en Zurich a Alcazar de Velasco, que figuraba con el nombre falso de Angel Doñate Reca.

Confidencial.

4 de junio de 1959.

Instrucciones al Capitán Enrique Jiménez Moya.
Sus manos.

No obstante lo convenido con respecto a la liberación integral de Santo Domingo, y de la seguridad que tengo de su cumplimiento, siento la necesidad de ratificarte todo lo hablado en nuestra última entrevista, insistiendo particularmente, por considerarlo de primerísima importancia, con respecto a las operaciones civiles Roma y Agro, en lo siguiente:

OPERACION ROMA. Vuelvo a recalcar, aunque parezca necedad, que es decisivo para el futuro de la revolución dominicana y democratización de tu país, quebrar radicalmente la funesta influencia reaccionaria de las actanas sobre el pueblo ignorante. Es fundamental que el reajuste en este orden comience pronto y enérgicamente, como ha sido planeado, con la acción de las turbas excitadas contra "ídolos", lugares de su culto y liquidación clerical; lo último solamente en los casos de mayor y vergonzoso entreguismo al régimen. Te creo convencido de la necesidad de hacer esto ahí, si se quiere salvar la revolución una vez ganada la victoria. No debes permitir que escrúpulos ni intervenciones de última hora, extraños al espíritu de la liberación, lo impidan. De lo contrario los demás aspectos de la operación, denuncia del Concordato, reintegración de propiedades, expulsión de los jesuitas, etc., será de difícil realización si no se crea desde el comienzo un clima fuertemente anticlerical. Tu me entiendes bien.

OPERACION AGRO. Por otra parte, debes seguir sin vacilaciones los mismos pasos aquí. Si necesitas ayuda adicional, te puedo mandar los técnicos extranjeros que conoces.

En el mismo plan de los templos, debe entrar la destrucción de estatuas y monumentos que idolatrizan a Trujillo, y, en general, la de su familia. Vivos constituirían eterna amenaza para la revolución.

Como estoy seguro que tendrás éxito, debes ponerte en comunicación con Mathews del Times, y él te ayudará como lo hizo conmigo.

Acuérdate que yo creé la Medalla de la Sierra Maestra, y tu debes crear la de Constanta.

Como te he expresado en varias ocasiones, contamos con el apoyo absoluto de nuestro amigo Berro.

Buena suerte.

Tu amigo de siempre,

Fidel Castro

Orden de Fidel Castro al capitán Enrique Jiménez Moya, referente a la revolución en la República Dominicana.

Apellidos: Alcázar de Velasco Velasco Nombre: Angel
 Surname(s) - Nom(s) - Zuname(n) Name(s) - Prénom(s) - Vorname(n)
 Sexo: M Lugar de nacimiento: San Juan Fecha: 2-10-1909
 Sex - Sexe Place of birth - Lieu de naissance - Geburtsort Date - Date - Datum
 Geschlecht
 Nombre del padre: Julián De la madre: Patricia
 Father's name - Prénom du père - Vorname des Vaters Mother's name - Prénom de la mère - Vorname der Mutter
 Estado civil: casado (Nombre del cónyuge: Concepción)
 Condition - Etat civil - Stand (Name of husband or wife) - (Nom du conjoint) - (Name des Ehegatten)
 Profesión: escritor Domiciliado en Cd. Juárez
 Occupation - Profession - Beruf Address - Domicilié à - Wohnhaft in

Nacionalidad actual: española De origen: española
 Present nationality - Nationalité actuelle - Jetzige Nationality at birth - Nationalité d'origine
 Staatsangehörigkeit Ursprüngliche Staatsangehörigkeit
 Pasaporte núm. 663219 Expedido por Represent. Española
 Passport no. - Passeport No. - Reisepass Nr. Issued by - Delivré par - Ausgestellt von
 en México, D.F. el 20 Mayo 1955
 in - à - in on the - le - am
 Motivo viaje a España: Objet du voyage en Espagne - Zweck der Reise nach Spanien
 Object of journey to Spain - Objet du voyage en Espagne - Zweck der Reise nach Spanien
 Referencias en España: Referenzen in Spanien
 References in Spain - Références en Espagne - Referenzen in Spanien

(1) Núm. del visado: 898 Clase: (tránsito entrada, etc.) 6 meses
 Fecha: 20-5-55 Visado por D. J. Carlos J. López Del R.
 En virtud de Res. Fed. Exp. en México
 (Orden Ministerio, referencias, conocimientos personales, etc.)



de 19
 (Firma del interesado) - (Signature of applicant) (Signature de l'intéressé) - (Eigenhändige Unterschrift)

(1) Lo subrayado será rellenado por el Consulado.

Documento que, por falta de relaciones diplomáticas, suplía en México al pasaporte.

VISADOS CONSULADO GENERAL DE EL SALVADOR EN NICARAGUA

Visa No. 1155-5
Bueno para dirigirse a EL SALVADOR
En viaje de TRANSUNTE
Válida por 15 días
Aut. de R.E.E. del — de — de 19 —
Derechos US\$ 2 Imp. Turismo US\$ 1
— Presentarse a la Oficina Central de
Migración en San Salvador antes de las
48 horas posteriores a su ingreso.

Managua, D. N., 23 MAYO 1957

Ampl. [Signature]
CANCELLER



VISADOS (Visas)

OFICINA DE MIGRACION
Departamento de Pasesportos
República de Nicaragua

Visa No. 3093 Tarjeta No. 1152-A
BUENO PARA DIRIGIRSE A
El Salvador
Via Aere
Bueno para salir hasta el 28-5-57
Managua 23 Mayo 57
[Signature]



VISADOS (Visas)

CONSULADO GENERAL DE NICARAGUA
No. 882

Bueno para dirigirse a Nicaragua,
vía Aere.

Válida por 42 días.

Autorizada el

Derechos: US\$ 2 *[Signature]*

SAN SALVADOR, 14 Mayo 1957



Ingresó el 14 MAYO 1957
Fecha 14- Mayo 1957
Visto para permanecer en el país
[Signature]
Oficial Delegado
Presentarse Oficina Central de Migración
en Managua, antes de las 48 horas
posteriores a su ingreso al País.
It is required that you report in person
to the Central Immigration Office in
Managua, within forty eight hours after
arrival.

1192-A

OFICINA CENTRAL DE MIGRACION
MANAGUA, D. N., NICARAGUA

Presentado el: 26 MAY 1957
DELEGACION DE 1192-A
AEROPUERTO LAS MERCEDES, NICARAGUA

Salí para El Salvador
Fecha 26 MAY 1957
[Signature]
Oficial Delegado

He aquí algunos de los visados acreditativos de los viajes de Alcázar de Velasco por todo el mundo.

VISADOS
(Visas)

REPUBLIC OF SOUTH AFRICA
VISAS VISA

No. 96/72

DATE OF EXPIRY. 18 DEC 1972

Valid for ~~single~~ entry / multiple entries before date of expiry, subject to passport remaining valid, compliance with entry requirements and final examination by Passport Control Officer at place of entry.

REMARKS _____

Issued at the South African Embassy in Madrid on 19 ENF 1972



K 023987

11

VISADOS
(Visas)

16-2-1972

ENTRADA EN EL TERRITORIO
ENTRADA
101
INSTRUMENTOS
ALPACOT

TEMPORARY RESIDENCE PERMIT

Issued, and admitted in terms of Act No. 1 of 1967 for the purpose of Travel

on condition that the holder does not without the authority of the Secretary for the Interior accept or accept employment, or engage in any business or occupation or remain in South Africa/South West Africa later than 20-3-72

12

VISADOS
(Visas)

ENTREGADO POR LA DIRECCION DE PASAPORTES

1000 May 1972 of 65860-

VIAJE COMERCIAL INTERNACIONAL

MADRID. 24 ENF 1972



République Française
Centre National d'Immigration
CONTROLE D'ENTREE
Arr. - N° 117-4-72
Entrée le 16/2/72

23/2/72

K 023987

13

VISADOS
(Visas)

NE PAS TRANSFORMER
EN VISA D'ETABLISSEMENT

Visa de voyage

— pour un voyage
— pour plusieurs voyages

N° 17/72

Le présent visa doit être utilisé endans les trois mois de sa délivrance, sous peine de péremption. Il autorise le titulaire à se rendre en la République du Zaïre.

pour U.N.

voyage (Y) et pour un séjour de U.N. mois, le durée de ce délai prenant cours le jour de la première arrivée.

Il n'autorise pas l'engagement dans un contrat de louage de services, ni l'exercice d'activités commerciales non couvertes par le droit de patente ad hoc.

Fait à Madrid, le 20 Jan 72
Par délégation,

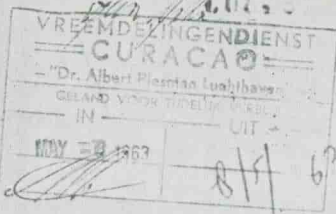
(Imbre
Bosco)

Par délégation,
Pierre UMBA
Chancelier



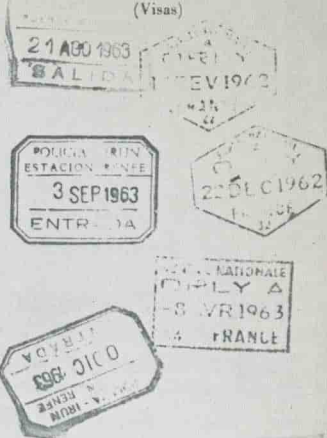
14

VISADOS (Visas)



C. № 693354 15

VISADOS (Visas)



18

VISADOS (Visas)

RÉPUBLIQUE GABONAISE

VISA DE ^{COURT} SÉJOUR

Visé sous le N° 416/64
pour permettre à
Nom ALCAZAR de VELASCO
Prénoms Angel
Nationalité Espagnol
de séjourner dans la République
Gabonaise
pendant une période de (3) Trois
mois

à compter du 11 Février 1964LIBREVILLE le 11 Février 1964P LE PRÉSIDENT de la RÉPUBLIQUE par
LE DIRECTEUR DE CABINET

18

VISADOS (Visas)

CEDIDO C/V. PTAS.
32.000 EN DRY 1/2

☐ VIAJE COMERCIAL
☒ VIAJE TURISTICO

MD - 1 OCT. 1975 CCO

BANCO DE VIZCAYA
Departamento de Extranjero

U. S. IMMIGRATION
CSO

OCT 15 1975

ADMITTED
UNTIL

19

VISADOS (Visas)

Nº 006352

THE UNITED STATES
OF AMERICA
VISA
ISSUED AT
MADRID

R-2 14 OCT 1975

INDEFINITELY

MULTIPLE APPLICATIONS FOR
ENTRY

Angel ALCAZAR DE VELASCO

CONSOLE OFFICE

E.A 239523

16

VISADOS (Visas)

REPÚBLICA ARGENTINA
Secretaría Nacional de Migraciones
CATEGORIA: TURISTA TRANSITO
4 OCT. 74
77

REPÚBLICA ARGENTINA
Secretaría Nacional de Migraciones
CATEGORIA: TURISTA TRANSITO
FROM: 20 ENE 1975
PERMANENCIA: 91

10 FEB 1975

SALI
DOCUMENTACION

CEDIDO C/V. PTAS.
60.000 EN 440

☒ VIAJE COMERCIAL
☐ VIAJE TURISTICO

MD - 1 OCT. 1975 CCO

BANCO DE VIZCAYA
Departamento de Extranjero

E.A 239523

17

VISADOS (Visas)

REPÚBLICA ARGENTINA
24
15 DIC 1974

DIRECCION GENERAL EJECUTIVA
FRONTERAS
15 OCT. 1974
SALIDA
A
MADRID - BARAJAS

CEDIDO C/V. PTAS.
5.400 EN FEB 03

☐ VIAJE COMERCIAL
☒ VIAJE TURISTICO

MD - 6 JUN. 1975 CCO

BANCO DE VIZCAYA
Departamento de Extranjero

7 JUN 1975

Algo familiar del rey de Inglaterra y de Churchill —esto lo decía Churchill, no el duque— su experiencia mañosa no era suficiente, pero tenía al lado a un gran diplomático, al entonces Pepe Villaverde quien, quizá por consejo del embajador, quizá por querer tener conciencia plena de mis andanzas, desde que a la Embajada llegué no me dejó de la mano, lo que por otra parte yo agradecía por estar necesitándolo. Sus advertencias respecto a la «trastienda» —¿marrullería de guante blanco?— en seres hechos a la cuquería, me sirvieron unas veces de mucho y otras de todo. Yo era «nuevo en aquella plaza», la diplomática, y mi soltura en buena lógica debía amarrarla dándole a la prudencia su mejor sitio, y lo hice con la ayuda de Villaverde, el marqués de Santa Cruz.

—Como tú fuiste torero, no te será difícil dejar que el cordial enemigo pase a su gusto, vaya y venga sin otro toreo que el del movimiento del engaño —me tenía dicho y yo aceptaba con gusto.

Aquel convencimiento de mi lógica inferioridad en los quehaceres de la apariencia, me ayudaba mucho en el extremo de las precauciones dejando el acontecimiento a la «suerte natural». No obstante, y en cuanto la ocasión se presentaba, me excedía en el comportamiento. En la Abwehr se me había enseñado el que la audacia en la ocurrencia, al parecer impremeditada, suele llevar al enemigo a conclusiones equívocas respecto a los alcances de los que somos capaces. «Sólo equivocando podré salir adelante», me dije. Y todavía creo que, salvo Villaverde, los demás daban por hecho el que fuese un engreído y no que las locuras las estudiaba antes de salir de casa.

Después de hablar de la Falange y la Monarquía, el duque insistió una vez más en mi apreciación respecto a la posición de España en aquellos instantes críticos según decía, para el mundo entero y no sólo para la Gran Bretaña.

—¿Por qué cree usted que España no va a entrar en guerra con Alemania cuando todos los síntomas de preparación psicológica a través de la Prensa española indican lo contrario?

—Porque una vez que la Wehrmacht haya desembarcado en estas playas...

—Le apuesto una libra a que no hay desembarco —se anticipó el duque cortándome la frase y sonriendo.

—¡Va la apuesta! —contesté.

Todavía bromeando sobre la traviesa hecha con dinero, me hizo observar:

—Antes de concertar el almuerzo con el señor ministro, quiero saber si el jueves podría usted asistir a él.

—Perfectamente; el jueves es muy buen día para mí.

Comuniqué a Williams el concierto de este almuerzo y le advertí que nuestros ojos y oídos en el Foreign Office, desde ese momento, debían estar más alerta que nunca. Era necesario saber lo que el duque hablase con Eden respecto a mí antes del jueves y, en cualquier caso, me importaba igualmente saber si del tema no se volvería a ocupar hasta que llegase el momento. Esto significaba que el embajador era leal y no como el corresponsal de un diario español me tenía advertido de que el duque no dejaría de comunicar mi opinión al señor Eden valiéndose para este tipo de confidencias del segundo en la Agregaduría de Prensa, señor Brugada.

El jueves, apenas entregué el despacho, Victoria, la secretaria, según acostumbraba, me tenía sobre la carpeta todos los recortes de la Prensa inglesa que con peor o menor mala intención, mencionaban a España y de los que se hacía un resumen para enviárselo a nuestro ministro. Como no era mucho, me puse a confeccionar unos apuntes sobre lo que casi con seguridad debería contestar al señor Eden si, como el duque me había dicho, las preguntas se concretarían a lo mismo: la entrada de España en la guerra o seguir neutral aunque a los alemanes les concediéramos algunas prerrogativas.

Pero como llegar a Escocia sin haberlo advertido previamente en el Ministerio de Información o, lo que es lo mismo, salir de Londres hurtando la vigilancia, era arriesgado y particularmente a mí no me convenía un riesgo de esas proporciones, Escocia vino a mí cuando menos lo esperaba, o sea el jueves. Es cierto que con él, con *Werkaztvo* me había cruzado algunas cartas tras la visita que a Machen le tenía hecha y que en la última un enviado llevó y trajo.

Mr. *Werkaztvo*, sabio miembro del Wel y visionario de culturas a devenir, distaba mucho del viejo Machen en cuanto al aspecto. Vestía un negro sin el brillo del roce y la plancha. Negro impecable y el ademán lo tenía pausado. Sin llegar al amaneramiento, resultaba circunspecto; académico en el arte quirómano del decir. Con los sesenta años que parecía tener, conservaba la energía de varios jóvenes juntos. La mímica, la mirada brillante y elocuente, decían aún más que sus propias palabras. Según lo que me mostró saber, sus cuarenta años de teosofía intensiva, le habían curtido en el arte de escudriñar psicologías por los medios más insospechados. No era en aquel momento su diana asaetada por la inquisición tanto el porqué Schellenberg le interesaba saber

el estado de su comunicación con Rudolf Hess por lo que yo le había requerido, cuanto por aprovechar mi llamada para fines personales de los que después de oírle comencé a sospechar.

Desde que entró y se sentó con cautela, me di cuenta de que debía tratarlo con cierto cuidado en la proximidad de las distancias. No se le podía perder la cara o las caras. Si al viejo Machen, por su condición franca «lo toreé desde lejos, dejándole llegar a la muleta de mis consideraciones con tranquilidad y sosiego», a este polaco había que lidiarlo muy de cerca, muy cruzado y dándole los adentros para que, con la confianza de las tablas, llegara al trance final sin reserva; a la confesión de lo que quería que me dijese.

El diálogo comenzó tras una taza de café que yo le había preparado cargadísimo y previamente rociada, la taza, con una sustancia que tenía la virtud de producir el artificio de optimismo y confianza imprescindibles.

Comenzó hablándome en abstracto y, como esperaba, sin coherencia en la conciencia del asunto. No obstante, *Werkaztvo* escuchaba yo creo que hasta con las uñas.

Su tesis del futuro inmediato era la misma de Machen, pero más dentro del marco de la teoría nazi y estaba seguro de hallar la civilización perdida en la civilización atlántica «cuando una clase de atlantes presentaban mental y orgánicamente la superioridad humana —según afirmó— cuando la humanidad en el hombre era completa; diríase cabal sin la mengua degenerativa en la que ha caído al paso de nuestra Era hasta llegar al presente sin pizca de lo que fue». *Werkaztvo* era, como Hitler, universalista y tanto o más visionario.

—La tierra no es nada más que una región del mundo cosmogónico —me afirmó.

En el logro de cuanto era necesario —según decía— para llegar a la superación humana, los aliados suponían un obstáculo tan grande como el propio Hitler. Un dios escoltado por dioses adjuntos e incondicionales. El día del triunfo está ahí —alargaba el brazo—, en la esquina de la calle más corta y más cercana.

Mis dudas sobre si estaba ante un loco o si yo era un pigmeo en el saber la ciencia de ese otro mundo del que se me hablaba, me producía lagunas en el ritmo de los decires.

Cierto que había estudiado todas esas tesis, indiscutiblemente filosóficas, pero sin darles categoría de asequibles. Lo escuché casi aturdido, aunque puesta en todo mi ser la condición maravillosa del actor que Dios me ha dado. Hice cuanto pude por superarme en argumentos no menos abstractos y vagos, pero sin perder la consonancia con el interlocutor y, aún más, me dio la impresión de que no sólo en un momento se sorprendió con mis apreciaciones.

nes respecto a sus difíciles y ampulosas conclusiones sobre un mundo que si existe nadie conoce.

Con este polaco vivo y profundo, ahíto de teosofía, hablé extensamente sobre si Hess y Albert Speer estaban en contacto directo con él. No me dijo que «sí» rotundamente, pero me afirmó alguna de las sospechas de Schellenberg.

—La guerra terminará en este año de 1941 con la invasión de Escocia, pero no con el triunfo personal de Hitler ni el de los ingleses, sino con el de Hess y Speer —me repitió sin duda en la afirmación agregando que era la última decisión de los hombres más puros del nacionalsocialismo—. A todos, a espaldas de Hitler, nos anima la idea de que ésta será la última de las guerras tras la cual se dividirá el concepto humano entre los hombres —herramienta al servicio de la materia—, y el hombre —dominio de la materia de la que saldrá una nueva conciencia del espíritu porque este hombre no tendrá taras ni físicas ni doctrinales—. Hess es el hombre clave en esta novísima actitud del nacionalsocialismo y, como usted sabe —eso le había dicho— se le espera en Escocia para fecha no lejana.

Nada de esto se sabía en la Abwehr, aunque se sospechaba, pero el que lo supiese él, Mr. *Werkaztvo* —el ombligo en Polonia y el sentimiento en la teosofía medio-oriental, con extensión al mundo entero— era lo definitivo. Me quedaban algunas y muy importantes cosas que averiguar que estimé prudente dejarlas para otra ocasión: entre ellas, el cómo podía ser eliminado Hitler. Lo que Machen había dicho, y me lo estaba confirmando ahora *Werkaztvo*. Llevando a Hitler por caminos opuestos al triunfo o, lo que es igual, encaminándolo al fracaso, se le obligaba a una negociación en la que posteriormente tendría que reducirse a ser el santón en el retiro desde donde mantendría el ascua encendida en la esperanza del pueblo alemán hacia la promesa. Del pueblo alemán y cuantos en el mundo creían en él, mientras Hess y seis más, el cerebro septipartito del Wel, culminaban en la idea apostolar del «pueblo-dios» en marcha ya y organizado desde el mando omnipotente de la SS en ejército de diosecillos.

Tampoco me había afirmado, aunque me lo diese a entender, el que de torcer la primera idea de Hitler sobre el ritmo de la guerra, se encargarían Horgibenger y Houshoffer, los supremos maestros de un espiritismo elevado en la divinidad de todas las revoluciones. Mi incredulidad respecto a este poder suprahumano, me llevó a la conclusión de que tanto Horgibenger cuanto Houshoffer eran los más miserables tipos de embaucación que nuestro siglo había creado, porque su traición a Hitler era una traición a Wel y a Alemania con la posibilidad de perderlo todo como se perdió.

Celebré la entrevista seguro de no haber malgastado el tiem-

po invertido en escucharlo. Por fantástico, por absurdo que me pareciesen los términos de algunas ideas, lo que *Werkaztvo* afirmaba de la visita de Hess a la Gran Bretaña, podía ser posible como lo era la información de *Miguel* respecto al triunfo, al loabilísimo triunfo de mis compañeros enemigos en el Intelligence Service, al haber logrado penetrar en el círculo de lo que era el alma del nacionalsocialismo, el alma de las decisiones perdidas en el abstracto de una neoconciencia con base en teorías muy discutibles.

Apenas lo despedí puse el magnetófono en marcha para escuchar nuevamente sus decires. Tanto como estudiar mis posibles congruencias e incongruencias, quería estudiar uno a uno los párrafos del teósofo; quería estudiar esas frases sueltas que son el espíritu de toda conversación sin programa, porque en ellas se descubre el verdadero sentido de lo que se ha querido ocultar. En efecto, se me había pasado por alto esta frase:

—El Wel escocés está seguro de que ocupada Escocia, Inglaterra tendrá que rendirse. Y se ocupará cuando Hess ponga el pie en este suelo.

Y esta otra:

—Eliminado en Inglaterra el espíritu reptíleo del implacable enemigo conspirador —creo que se refería al judaísmo— el mundo entrará en la Era de la civilización sin reservas.

Algunas cosas más de buen provecho fui anotando, aunque quien debía estudiar el resultado estaba en Berlín. Para mi particular conocimiento todo aquello era realmente inestimable. Las cosas como son: en una hora, cuarenta minutos, el polaco me había enseñado más que lo aprendido en toda la vida.

De no haberse acercado la hora del almuerzo, yo hubiera continuado con aquel hombre que como antes Machen no sólo me había dado una lección de sabiduría sino que era otro tipo de sabiduría quizá la que deberemos aprender desde ahora mismo para llegar a estar al día con la ciencia que hará de la Humanidad dos clases humanas y no al estilo de la época feudal: la rica y la pobre. Las clases del saber y la de la ignorancia o los estratos del discurso y el recurso.

Sin tiempo para meditar cuanto había escuchado a *Werkaztvo* la hora de acudir al comedor de la Embajada estaba encima.

La sobremesa con Mr. Eden y el duque por traductor, fue larga y creo que fructífera. El ministro inglés comenzó advirtiéndome que, según le tenía informado su embajador en Madrid sobre mi

persona y personalidad política, conocía la persecución de que habíamos sido objeto algunos falangistas y que por ello se permitía el ruego de que le diese mi opinión acerca de si el Caudillo «cediendo a la presión de sus ministros germanófilos» entraría en la guerra a las órdenes de Hitler. Nadie más que yo sabía lo no franquista que yo era, pero no por ello dejaba de ser franquista ante el extranjero. No obstante aquel mi convencimiento, vi la ocasión pintiparada para poder ahondar en el espíritu del tercer personaje de quien me resultaba imposible creer lo que estaba viendo. Esto es, que un inglés, enemigo de la España en mi conciencia, mostrase su desagrado por la conducta de mi Gobierno.

La afirmación por mi parte de que ninguno de los ministros españoles, aun siendo devotos de la germanofilia podía influir en Franco sobre la dirección de beligerar o no, que Franco era absoluto y que los temores de que la política exterior estuviese condicionada a quien el ministro inglés me estaba dando a entender, el señor Serrano Súñer, eran infundados.

La insistencia de Eden sobre lo que creía que yo podía decirle, teniendo en cuenta según le había informado el señor Hoare, que yo estaba allí por antifranquista, y el regusto en escuchar y traducir del embajador, me desorientaba y esperaba lo que después no se produjo: el informe fidedigno de lo acontecido.

El embajador, tras despedir a Eden, me confirmó lo que yo había presumido, que me había creído todo menos que Franco no estaba influido por el ministro español de Asuntos Exteriores. Me quedó la impresión de que Mr. Eden, el más calificado político conservador de entonces, distaba mucho de ser lo que de él se me había dicho. Le faltaba la inteligencia necesaria para rayar en altura de ser protagonista de la contienda con lo que se estaba ventilando, incluso al margen de la guerra, puesto que el conflicto era el hito de donde partía, el ensayo de otra conciencia occidental.

Eden insistía con cazurronería en que era uno de los ministros del Gobierno español autor de sus disgustos y no veía que su jefe, Mr. Churchill, pieza a pieza había comenzado a deshacer el Imperio.

Cuando aquella sobremesa presenciada por todos los comensales —aunque no escuchado lo tratado por los demás, por estar prudentemente alejados— acabó, me preguntó otro de los consejeros, el señor Viturro, por la impresión que me había producido el que estaba camino de ser primer ministro, le contesté:

—Me ha hecho gracia el bigotillo que se gasta. Le da aire delicado.

Pero como si todo hubiera de acontecer aquel día, la jornada, digamos oficial, no terminó en el comedor de la Embajada. Me quedaba algo en lo que no cabían tópicos mejor o peor compuestos: me quedaba la reseña del bombardeo de los docks que en la «orilla parlamentaria» del Támesis, repletos de víveres, debían ser destruidos. Los bombarderos alemanes los habían atacado en días anteriores. De todos habían salido si no ilesos, ligeramente dañados, por lo que en Berlín estaban molestos.

Se nos había comunicado que a las siete de la tarde los «pájaros» de la Luftwaffe «volverían» al ataque tomando por guía los planos que teníamos remitidos con la señalización de todos los lugares en los que había piezas antiaéreas y se elevaban globos cautivos fijos amén de otros susceptibles de «plantarse» unas horas antes de que el *blitz* comenzase. Asimismo nos tenían pedido que transitiésemos el resultado de la operación según se fuese produciendo por si seguidamente debía repetirse la «suerte». No era difícil informar para nuestros hombres y aparatos, debido al lenguaje especial del que nos valíamos en aquellos casos. Lenguaje reducido a cuatro puntos y tres rayas que variaban con el día de la semana por lo que a los técnicos ingleses les era prácticamente imposible la «caza» del emisor portátil con los goniómetros —«los buscas»— de entonces. Necesitaban más frecuencia en el «pitido» y menos distancia que la empleada por nosotros en la emisión.

Para afianzar seguridades, como de costumbre y por si la desgracia imponía sus fueros, el día anterior habíamos estado reconociendo la ubicación del ataque al tiempo que dispusimos los puestos que cada uno de los dos agentes debían ocupar en las cercanías de los extremos en las instalaciones portuarias condenadas al holocausto.

A las diecinueve horas, puntuales, las sirenas comenzaron el aullido del miedo proclamando la proximidad de la Blitzkrieg con el lanzamiento de la carga sobre la mercancía almacenada. Tras los primeros bombazos recibí del puesto norte, el que ocupaba Sturp, el primer comunicado diciéndome que la escuadrilla de vanguardia había convertido en llamas el esquinazo y centro del objetivo. En seguida me llegó la noticia del segundo puesto confirmando la comunicación del primero. Yo oía las explosiones, pero no me era posible precisar el lugar. El puesto norte siguió su información según el bombardeo se producía, pero el segundo, Hansen, no volvió a dar señales de vida. De nada sirvió llamarle con premura. Igualmente lo estaba haciendo Sturp sin que tuviera respuesta. «Le han debido dar», me radió usando la señal convenida para este extremo previsto de antemano. Estaba claro que

debíamos ir a buscarlo. Yo, desde el coche en el que me encontraba aguardándolos a medio kilómetro, llegué el primero a donde le señalamos. Sturp, por el obligado rodeo, tardó más. Juntos nos acercamos tras apartar obstáculos, algunos encendidos. Lo encontramos junto a la grúa destrozada en la que se había situado. Estaba materialmente aplastado. Nervioso, Sturp tomándole de un pie, tiró de él para sacarle fuera de su «prisión» pero le soltó aterrado porque lo que sacaba era la pierna. Buscamos el aparato y lo tenía en la mano. Nos alegró poder noslo llevar, porque todavía era un secreto de guerra. Entre las ascuas y las derrupciones, la patética nos pareció que nos instaba a no dejar allí el cuerpo del camarada, sin lugar a dudas, ya cadáver. La caída de una techumbre encendida no lejos de donde estábamos, nos obligó a dejar de pensar en el compañero e intentar salvarnos.

CAPÍTULO XIV

Donde se hace relato de cómo se trajo a Madrid toda la documentación del primer desembarco que los refugiados españoles en Londres, hicieron en la Península Ibérica. Y cómo los propios guardias civiles los recibieron y los alojaron para cuando fuera menester tenerlos a mano.

Mis ocupaciones en Inglaterra se multiplicaron con tanta celeridad de día en día que llegué muy cerca del límite en la posibilidad de resistencia en un ser normal. Frecuentemente y tras hacer lo anterior, me iba a las cercanías del lugar de desembarco para comprobar si *Lion* acudía a entregar y recibir lo que yo mandaba a Berlín y de Berlín me mandaban. Mi día de trabajo acababa en las primeras horas del día siguiente. Hasta tal punto era así que el trabajo mañanero de la Embajada suponía mi único descanso porque el dormir no era posible. Como los indios guaraníes y las liebres, dormía con los ojos abiertos.

Lo peor de aquella situación voluntaria era que me gustaba el que no aconteciese de otra manera. La oscuridad de la noche, el *black-out*, lejos del desorientante se hacía en mí claridad sin que ello me desorientara. En aquellas calles viejas de la ciudad capital del Imperio, Imperio todavía sin perder porque aún no había ganado la guerra, me movía con tanta agilidad como pudiera hacerlo en Sevilla a las diez de la mañana. La prisa en la pausa llegaba al extremo de haber noches que veinte minutos después del bombardeo ya estábamos cifrando los partes recibidos de los informado-

res sobre el acierto o no en los objetivos y los efectos causados: una hora más tarde se transmitían los informes completos de la operación con los primeros resultados detallando los lugares que por haberse pasado o no llegar, quedaban intactos o poco tocados.

Pero como si todo lo tocante a la guerra no fuese bastante, el veintitrés de enero del cuarenta y uno, Pastor, el agente intermedio entre los rojos españoles y el Foreign Office me fue a ver a la Embajada con su habitual cachaza y su idioma ladino de la mejor factura medieval, trayéndome dos cartas para que yo las enviase a España «por valija» según el acuerdo en Madrid con el embajador Hoare, para que sus «valijas», las inglesas, dejaran de hacerlo evitando el que cualquier día fuera descubierto y el Gobierno español exigiese responsabilidades. Con las dos cartas me entregó un proyecto para el desembarco de los primeros seis atacantes que los ingleses iban a dejar en las costas españolas. Se trata de seis hombres que, tras el desembarco «mis falangistas antifranquistas» los conducirían y ayudarían a cargar con los pertrechos entregándoselos en el lugar que se les tenía preparado sobre los montes de Europa, no lejos de Covadonga, donde estarían seguros hasta que se les ordenase dar comienzo al ataque contra la Guardia Civil, de lo que los ex combatientes de Narvik venían sedientos. O sea, cuando los varios trasiegos de Inglaterra a España más los que en el interior esperaban fuesen número suficiente para dar la batalla no sólo a la Guardia Civil sino al Ejército del que a los refugiados ingleses se les tenía dicho estar desengañado y dispuesto a pelear contra Franco. Las cartas eran la comunicación a los rojos quienes en España hacían vida normal enmascarados con la camisa azul y buen número de documentos acreditando afinidad con el Régimen, pero prestos a combatir cuando y donde se les ordenase.

Aquello era más, mucho más de lo por mí imaginado cuando de ello traté con el embajador en Madrid. Las cartas iban dirigidas a quienes tenían una especie de oficina controladora de los que no se pudieron ir y que a través de la correspondencia clandestina, primero por el correo diplomático inglés (lo que ya sabíamos aunque no tuviésemos pruebas) y luego por obra de mi antifranquismo mantenían la «luz sagrada» del «volveremos».

En cuanto al proyecto de desembarco del que yo debía advertir a «mis falangistas» era tan igual a todos los que a diario hacían los franceses en las costas inglesas que no implicaba ninguna novedad insoslayable a mis conocimientos y, naturalmente los de la SB.

Antes de que Pastor saliese de mi despacho le rogué que tuviese más cuidado por haber advertido cierta vigilancia dentro y fuera de la Embajada.

—Esto es normal. Estamos en guerra y supongo que además de nuestros servicios policíacos nos vigilan también los alemanes, los franceses y, por qué no, los falangistas que también los hay en la Cámara de Comercio anglosajona.

Pastor era optimista a través de su organización invasora: en tres meses arribarían en las costas españolas un centenar de combatientes y con el millar que en la Península se les uniese, situados en los distintos puntos, a Franco le iba a ser muy difícil mantenerse en el poder.

Cuando todo lo referente al caso del desembarco lo teníamos hablado, marchó y yo, presuroso, llamé a Alfonso Barra para informarle de lo acontecido y la posesión de documentos tan valiosos. Sin pausa nos pusimos a estudiar lo precedente para no correr el riesgo de que se perdiese el sobre si para el envío a Madrid usábamos el conducto que el comandante tenía en el capitán del *clipper*, costas inglesas-Lisboa o, para más seguridad, personalmente yo lo llevaba a Madrid vía «Rafael», lo que al tiempo de ganar seguridad, recibíamos nuevas instrucciones del AEMC puesto que ante el hecho consumado o a consumarse, del desembarco, iba en serio (1).

No hubo entrambos ninguna diferencia en la opinión de que como los cables del magnetófono en donde había grabado la charla con Pastor, abultaban mucho, me fuera a Madrid y además, oralmente informase y puntualizase informaciones anteriores para que el Mando instruyese sin lugar a errar, a quienes debían servir de «falangistas» (1) en aquella y las demás operaciones de desembarco recibiendo el alijo de los hombres cansados y maltrechos por la travesía.

(1) Cuando al exponer yo en Madrid lo que el embajador quería, esto es, que yo capitanease desde Londres la fuerza procedente de Inglaterra, sólo el general Ungria, Jefe del Servicio de Información Militar y el entonces teniente coronel, don Arsenio Martínez de Campos, conde de La Seo de Urgel, no sólo lo creyeron sino que, según las experiencias militares, «toda batalla ganada debe esperar el contraataque; ello era razonable». Los demás entendían que la maniobra nunca iría más allá de un proyecto. (N. del A.)

(1) Naturalmente que «mis falangistas» eran agentes (guardias civiles) del SB, diestros en simulaciones, llegando a tirotarse con el trío o pareja puesto para el caso. Estos los recibían «clandestinamente» en el punto de desembarco y los llevaban al lugar a que habían sido designados por el Mando de Londres. Asimismo los «falangistas anti-franquistas» transportaban el material inglés que les acompañaba reseñándolo para que en la recuperación se pudiese saber si faltaba un arma e irla a buscar. Todos los desembarcos que se hicieron estuvieron controlados por este sistema y actuaron cuando se dispuso, siendo sencillo reducirlos. (N. del A.)

La operación se realizó como tenía previsto Pastor y como Ungría dirigía en la sombra. Los muchachos desembarcaron y, después de comer bien, dieron muestras de no tener grandes deseos de continuar la lucha, no obstante haberse comprometido a ello. Se les instaló en distintas casas de los pueblos aledaños al lugar desde el que iniciarían la ofensiva dándoles documentación que la guardia civil local conocía y a la que se le ordenó que no los molestasen sin perderlos de vista. Otras operaciones siguieron a aquello con mayor contingente. No sé lo que de ellos ha sido después.

CAPÍTULO XV

El «Café de París», palacio del espionaje de poco precio, no obstante la buena información que producía. Café en el que Elisabeth intentó la fortuna de un buen Servicio cayendo en él por aquello del amor y los amores.

No era el «Café de París» un buen lugar que me gustase, pero contra mi voluntad debía ir y hacerme amigo de *Elisabeth*, señorita quien tuvo algo que ver con *Miguel* y no precisamente por casualidad. A ella se le encomendó el descubrimiento del doble juego en mi enviado especial y no parece que el Intelligence Service tuviera suerte, porque si *Elisabeth* supo o no la otra actividad de *Miguel* lo cierto es que no lo delató y se bebió con él buenas botellas de champaña.

Elisabeth comenzó su carrera de espía cuando a no sé quién del Ministerio de Información se le ocurrió improvisar en aquella joven rubia, esbelta y estéticamente bien cuidada, regularmente fría y con no mucho desparpajo en la quimera del decir para saber lo que del enemigo se espera que podía prestar algún servicio a la institución de la confidencia para la seguridad de los intereses británicos. Se le dio a la joven bonita para empezar, una pequeña cosa: que averiguase si *Miguel* gastaba más dinero del que el Ministerio de Información le entregaba tras depositar las pesetas convenidas en la Embajada británica en Madrid. Fácil misión contra un individuo que vivía sin la menor preocupación por su suerte.

Las visitas de *Miguel* al «Café de París» llegaron a ser diarias. A la joven se le advirtió que al café iba a «trabajar» a quien le saliera para simular la misión informativa que se le había encomendado. Naturalmente, debía «recaer» en el más espléndido y rivalizar con las auténticas profesionales para que no se le fuera. Animada por la jefatura en el Servicio, se dedicó a *Miguel* y, según le afirmó una noche en la que el champañía llenó muchas copas, se enamoró del «espléndido español». Tras los primeros escarceos del amor sin tasa, le indujo a gastar más y más no sólo en beber y comer, sino en prendas de vestir para su propio uso de cuyo coste *Elisabeth* fue tomando escrupulosa nota y, pensando por su cuenta, desinformó al Servicio llegando incluso a decir que *Miguel* le había pedido prestadas cien libras.

Cuando yo entré por primera vez en el «Café de París» en busca de *Elisabeth*, *Miguel* ya había vuelto a España y no en clipper sino en el carguero de un convoy varias veces atacado y tan diezmado en la travesía que de diez unidades sólo dos llegaron a Gibraltar, su punto de destino.

Por estas razones tenía la certeza de que en cuanto *Elisabeth* me viera entrar en el semiantró «Café de París» donde continuaba «trabajando» a otros supuestos o ciertos agentes entre los «franceses libres» llegados sin ningún control, se me aproximó y me dio preferencia, lo que agradó a su Servicio. Suponiendo esto y para que no perdiese tiempo, había yo mandado reservar una mesa a mi nombre. Los nombres de las mesas reservadas era lo primero que veían los agentes, especialmente los camareros y de ello informaban. Quería que *Elisabeth* estuviese pendiente de mi llegada al café puesto que de mi llegada al Reino ya le había informado *Miguel* justificando en ello su marcha que rompía sus relaciones. Varias fotos me ilustraron de su fisonomía, por si me llegaba con otro nombre. Algunas observaciones me pusieron al tanto de la psicología que *Elisabeth* disfrutaba en apariencia y la que realmente tenía.

Ocurrió como lo había pensado. Apenas llegué y pedí el servicio, vino a mi mesa con una compañera a quien me presentó hablándome un español gracioso e ininteligible. Con cierto trabajo decía «cojones», «coño», «joder» y unas cuantas palabras más del gráfico español que un marinero en Liverpool le tenía enseñado. Por su parte, *Elisabeth* sabía esas mismas voces que *Miguel*, su maestro en muchas cosas, se las tenía anotadas en una libreta. A propósito, no le hice mucho caso y me dediqué a la otra. Quise picarla en la cresta de su amor propio, pero ni era tonta ni tan indecente como ella se esforzaba en parecer y a simple vista a un no avisado parecía.

Inmediatamente comprendió que entre *Miguel* y yo existía una

diferencia notable. Yo bebía poco y preguntaba mirando de otra manera. Me empezó a «trabajar» por lo humano. Según me dijo, con la seriedad que la mentira impone, ella era una colegiala hasta que llegó la guerra —esto era verdad—. Las malditas bombas alemanas la dejaron huérfana y con lo puesto —esto no lo era—. No reparó en buscarse la vida por el sistema más fácil en una mujer y en ello encontró a *Miguel*.

—Gracias a él, *Miguel*, el «loco» *Miguel*, yo tengo alguna ropilla con que cambiarme. Mientras él ha estado aquí no he carecido de cosa alguna. Ahora... estos desgraciados —señaló al público— no traen más de media libra en el bolso. Eso sí, de una buena piel desollada a un animal nacido y criado en cualquier lugar del Imperio.

De haber sido verdad, *Elisabeth* encarnaba todo un poema trágico. Ignoraba que yo sabía la verdad. Ni bomba, ni huérfana. Sus padres vivían en Escocia y *Elisabeth* tenía una buena remuneración por sus servicios. Sin mostrar interés, me hice su amigo y *Elisabeth* no se despegaba de mí más que cuando yo me despegaba de ella, lo que me llevó a la sospecha de que el Servicio de Inteligencia inglés no había creído el informe de Sir Samuel Hoare.

El segundo día la vi, observé en su carácter una absoluta carencia de condiciones mínimas tanto para lograr buenas informaciones cuanto para ser puta en un café donde lo último no era fácil disimularlo.

Mi agente en el Servicio Secreto inglés me dio cuenta de que al recibir la noticia de su contacto conmigo, le preparó un sencillo cuestionario en el que, entre otras observaciones, constaba la de averiguar por qué en el apartamento en el que yo vivía tenía siempre una persona, lo que impedía entrar y hacer un buen registro: saber dónde dormía algunas noches, qué hacía en mi despacho de la Embajada hasta altas horas de la madrugada. Y, si yo aceptaba, debía llevarme a la casa que para estos menesteres tenía preparada y donde me haría éstas y cuantas preguntas se le ocurriesen.

Precisamente «su casa», donde todo se había previsto para que mi conversación tuviese constancia grabada, era, de cuanto la rodeaba, lo que *Elisabeth* menos conocía, ya que ni curiosidad tuvo por fisgonear los muebles cuando la llevaron a ella y le dieron la llave.

Le habían alquilado una vivienda miserable en el East End, en donde me dijo vivir y donde a mi agente, los pocos en el barrio que la venían viendo desde hacía unos días, afirmaban ser nueva en él. Magnífica decoración. Todo dispuesto para la impresión conmisericordiosa. Un día, acentuando la pobreza, me pidió diez cheques. Se los di, diciéndole:

—Yo quisiera darte la luna si la luna te gustase tener para recreo del alma, pero... el sueldo me impide hacer los deseos de la voluntad. No es que gane poco, es que los compromisos son muchos.

Creo que no le di nunca más dinero y las invitaciones siempre fueron tacañas. Si su trabajo se cifraba en la pobreza, el quid estaba no sobrepasar su altura para no ofenderla.

Por casualidad, cenando con ella en el «Trocadero», entró *Lion*. Al verme se puso pálido y al pasar por mi lado en la más absoluta ignorancia, según procedía, no pudo evitar un gesto con el que yo debía entender que «estaba en los terrenos del lazo».

Al día siguiente me visitó preocupadísimo para decirme que era un agente inglés y que estaba en peligro no solamente yo, sino el Servicio.

—Ya lo sé. He sido yo quien la ha puesto en el trance de que me encuentre. No debes preocuparte. Necesito saber qué es lo que *Miguel* supo. No te olvides: todo español tiene algo de torero y la experiencia me aconseja a «no perderle la cara». Sólo cuando el torero huye cae en la ferocidad de los cuernos.

Me importaba mucho tener a mi lado a aquella mujer y la tuve cuanto podía tenerla, aguantando el que, de vez en cuando, me llevara cosas que yo «olvidaba» y a juicio de sus superiores podían tener aparatos secretos, como el encendedor y la pitillera que yo, al echarlos en falta, lamentaba ante ella la pérdida por mi descuido. Nunca se le ocurrió pensar que el paraguas no se me olvidó jamás. Ni un bombín gris que de vez en cuando llevaba.

No tardé mucho en saber los caminos que recorría y por lo que la induje a venir a mí. Un día, convencida de la oportunidad, se lamentó:

—Estoy harta de este país donde los pobres subsistimos como vegetación contenta mientras la nobleza, de escándalo en escándalo, derrocha caudales viviendo como en la época feudal.

—En realidad, el espíritu feudal persiste en Inglaterra —y continué—; la diferencia es aquí filosofía.

Elisabeth, teatralizando bien la circunstancia, me hizo esta pregunta, al parecer convictiva.

—¿Tú no me podrías ayudar para salir de esta isla? ¿Llevarme donde el sol me bañe, aunque sea a Francia?

—Sólo puedo ayudarte fuera de aquí, *Elisabeth*. Saca tu pasaporte, pide la salida y pasaje en el *clipper* y yo me encargo de conseguirte la entrada en España si quieres bañarte en sol. A Francia no podrás ir porque eres inglesa y Francia está ocupada por los alemanes.

—¿Y dinero para todo eso?

—Ya se encontrará —le aseguré— cuando sea necesario. Por

favorecerte soy capaz de reducir mis gastos o pedir a mis amigos. Lo importante es complacerte. Porque... yo también quiero marcharme. Este es un país predilecto en mí para vivir en él sin guerra, pero el *blac-out*, la *blitzkrieg* y lo que esto apareja no me seduce.

—Y aunque tenga dinero para una pobre señorita como yo, no hay pasajes. En Inglaterra, la mayestática gracia de las prebendas está reservada a los grandes, a las testas coronadas por nobleza real o por la otra, la nobleza del dinero con sede en el palacio sin guardia ceremoniosa a lo Buckingham: en el «Carlton» donde se deciden los honores no tradicionales.

Este asunto, el de quererse marchar, me lo repitió varias veces hasta que un día me dijo que ella sabía que los alemanes, sigilosamente, desembarcaban no sólo espías en las costas británicas sino material y dinero falso y que estaba dispuesta a irse con las embarcaciones que volvían a Francia de vacío.

—Eres audaz, *Elisabeth*. No conozco ese tráfico y el que por marchar de aquí pienses en riesgo semejante me hace temblar —le dije poniendo en el ademán y en la palabra un bien fingido miedo—. No me explico tu empeño en pasarte al enemigo.

Hizo un mohín como que le daba igual y me pareció que no lo hizo del todo por equivocarme.

Terminamos la velada cenando en uno de los múltiples restaurantes que no lejos de Londres, en la mismísima costa, se asoman a las bravas olas manchegas. Si en el día las aguas del canal tienen color de verde siniestro, en la noche el color del canal asciende a ruido con su tenebra por fondo. En una de las cenas, frente a aquel ruido furioso, ultratúmbico y frío, *Elisabeth* miró al Este, adivinando una Europa desconocida para ella y a la que le gustaría descubrir del brazo de un amante también soñador. Le hablé de España donde el color y el calor no producen ruido, sino luz y aroma. Le hablé de España a la que había ido *Miguel* y me callé lo de que ya no estaba por haberse ido a Rusia con la «División Azul», donde había rusas y lituanas.

—Llévame a España —me pidió.

Esta exclamación convencida, decidida, no estaba en el cuestionario que el Servicio de Inteligencia le había dado. Estaba en ella, en el deseo de no seguir haciendo falsos papeles en un teatro del que no gustaba aunque le fuera más cómodo que uno de los servicios obligatorios en la Inglaterra de la guerra: en donde estaban encuadradas las mujeres.

Mucho le gustaba el champaña a la escocesa *Elisabeth*, rubia a lo ascua candente de trazo samotrácico, pero con menos cadere. Le gustaba el champaña casi tanto como a mí el que lo bebiera. Con su copita de más me afirmaba que las autoridades británicas

sabían la verdad de los desembarcos, pero que les era imposible el control de cuantos llegaban como huidos de las costas francesas y los que como huidos entraban en Inglaterra para dejar su carga explosiva precisamente en los lugares a los que se iban a bombardear (1) y volver por el mismo conducto. Sí, lo sabían, pero sólo eso sin que pudieran actuar eficazmente para acabar con ello.

¡Ay si la hubiera podido tener siempre borrachal

(1) La Abwehr II, de la que yo sólo sabía su existencia, tuvo montado este Servicio y se dio el caso de que, en un raid, los aviones dejaron caer setenta y cinco piezas y hubo ochenta y dos explosiones distinguiéndose las siete de diferencia en los efectos mucho mayores.

CAPÍTULO XVI

Empleado por entero en el relato, desde su origen, de cómo se introdujeron en la grande y poderosa Inglaterra ingentes cantidades de libras no emitidas por el «British National Bank», a través de las fuerzas de la resistencia acuarteladas en Londres y suministradas por la Alemania nazi al loado general Charles de Gaulle y por el aire que se las fue dando en las agencias cambiistas en el mundo entero, llegamos a la conclusión de que toda buena moneda falsa se confunde tanto con la moneda auténtica que comienza y acaba valiendo igual.

Cuando regresé de Madrid por el mismo camino que había tomado para ir a la capital de España, Yllera me tenía en la caja fuerte del despacho en la Embajada cuantas comunicaciones llegadas en mi ausencia no habían podido ser contestadas. En una de ellas se me ordenaba ir a Francia «el martes», o sea, cinco días después de haberla recibido, que era «pasado mañana». Me molestó, pero una vez más desde la costa inglesa a la francesa hube de pasar el canal «deportivamente» en las tripas de «Rafael». No fue la última, aunque estuvo a punto de que lo fuera. La noche de referencia, la del día veintitrés de enero, cuando me encaminaba en cuclillas o arrastras al pequeño acantilado para apostar-me entre las piedras y esperar a que el lanchón se me aproximara según le marcara mi aparato de «luz negra» para saltar a él, casi

me pisó un centinela en su continuo recorrido del lugar que vigilaba (en los tramos de costa fáciles al desembarco, había centinelas permanentes, con un trecho de veinticinco metros por hombre). Ni lo vi venir ni lo sentí. La oscuridad lo tapaba todo y el ruido de las olas callaba las fuertes pisadas del soldado. Sólo al pasar por mis propias narices le vi las piernas. Se me subió el estómago a la garganta y tardó muchas horas en bajar a su lugar. Después, ya en el submarino, me mareé ante el asombro del capitán que otras veces me había llevado con mal temporal y hasta atacados sin que yo sufriese trastorno alguno.

Cuando llegué a Calais, Monsieur *Dupont*, también de la Abwehr, mi asiduo receptor, siguiendo la costumbre me subió a su coche, pero con distinta dirección a la usual, lo que en esos azares nunca extraña. Rodeando se alejó del hotelito de marras. Apenas entramos, me dijo:

—Si quieres descansa un par de horas, porque esta noche debemos ir a Burdeos, según este cable interior —se llamaba comunicación interior a lo procedente de los circuitos radiofónicos llegados o dirigidos a la Abwehr.

—¿A Burdeos? ¿Sabes algo sobre el porqué?

—Nada; mira. El despacho es de Pierre y sólo me dice que te lleve allí en donde nos está esperando Vidal, que no sé quién es. ¿Tú lo conoces?

—No.

No lo conocía ni suponía para lo que se me llamaba.

Tras el descanso salimos y cuando llegamos a la hermosa ciudad, la última en que vivió nuestro Francisco de Goya, Burdeos dormía el sueño de la guerra fácil, la de las alarmas a las que nadie hace caso porque «aquí no bombardean» hasta que la hora llegue: la hora larga y funesta de la guerra que Londres venía viviendo.

De las *boîtes* salían canciones claras, sin atraganto. Había son jactancioso en las carcajadas tanto de franceses cuanto de alemanes. No entramos; sólo pasamos por delante.

El chalet a donde fuimos era suntuoso. Monsieur *Dupont* tampoco había estado allí. Supuso que la misión de la vivienda y la del Vidal aquel, era igual a la que él desempeñaba en Calais.

La puerta la abrió personalmente Vidal, quien nos tendió la mano. Era un alemán grandón, con monóculo y acento antillano. Impertérrito nos recibió adulator, pero sin desprenderse del ceño adusto con el que escuchaba cuando debíamos contestar o preguntar algo.

—Ahora a acostar hasta mañana en la tarde que vendrán a visitarlo —ordenó.

—Ahora que se nos sirva —por lo menos a mí— un nescafé, un

buen puro, una copa de coñac, y después haremos lo que nos dé la gana. ¿No es así, *Dupont*? —contesté evidentemente enojado por lo de la orden.

El que me dijera «ahora a acostar» imperativamente, unido al cansancio del cavilar, me sacó de quicio. Ciertamente que ya lucían los primeros destellos del amanecer, pero no estaba yo para escuchar mandatos al estilo de los sargentos de principio de siglo. El viaje había sido todo lo feliz que puede ser una travesía submarina esquivando encuentros de resultado imprevisible. Ciertamente que casi tropiezo al borde de la playeja de metro y medio, el viaje a Burdeos no tuvo incidente alguno, pero todo junto era lo suficiente para no tolerar órdenes de un hombre que por primera vez veía y me recibía con risa forzada de conejo tonto.

Mientras degustábamos el licor y saboreábamos el veguero, nuestro receptor cambió el tono preguntando qué tal habíamos hecho el viaje desde España y qué tan feliz se vivía en ella sin las inquietudes de las alarmas...

Nos miramos *Dupont* y yo suponiendo que si desconocía nuestra procedencia tampoco sabría cuál era la personalidad que nos iría a visitar.

A las dos de la tarde me levanté y de la habitación, por indicación de Vidal, pasé al comedor donde me estaba esperando el almirante.

Me saludó como siempre y mientras se cerraron todas las puertas, siguió lamentando vivamente la muerte de Hansen, uno de los agentes fallecido en un bombardeo en el que estaba prestando servicio de control. Me dijo que había hecho llegar a la familia, que estaba en Portugal, el donativo de veinticinco mil libras.

Mientras yo deglutía comentó admirativo la labor del equipo que habíamos logrado en Inglaterra y lo valoró muy por encima de como yo mismo lo hubiese hecho. Repasamos algunas de las informaciones que en las últimas fechas le tenía transmitidas, solicitándome puntualizaciones de las más importantes. Cuando por mi parte creía haber terminado, sacó de su cartera un sobre elegantón color barquillo, cerrado y lacrado. Entregándomelo dijo:

—Estoy seguro de que llegar a *Don Carlos* no le será difícil.

Don Carlos era ni más ni menos que De Gaulle. Todo el mundo sabía que en la guerra no había más *Don Carlos* que él. Me sonreí, y risueño, el almirante continuó diciendo:

—Debe usted tener una entrevista con él tan pronto le sea posible. Le entrega esta carta que es de un amigo suyo residente en París. Aunque tenemos información sobre el tema, procure saber detalladamente el grado de tolerancia con el que está aguantando

a los ingleses después de tratar con ellos. De la certeza de lo que de *Don Carlos* escuche de sus labios dependen muchas cosas importantes.

Suponían las cabezas del Cuartel General del Reichstag que *Dos Carlos* podía ser —y lo fue— un «propicio cordial enemigo» de Alemania, dispuesto al salvamento de su situación económica provocando la inflación en su aliado, pero no amigo: Inglaterra. No era secreto alguno el que el costo del mantenimiento de la fuerza que el general mandaba comenzaba a ser cuantioso y ello la principal preocupación del general, puesto que ni el donativo ni las aportaciones que las colonias le hacían le daba para empezar. Debía de tener Canaris sobradas razones para ello, porque no se equivocó en la suposición. Aparte la carencia de libras, *Don Carlos* odiaba a los ingleses —y no creo que haya rectificado antes de morir—, considerando a Francia víctima del orgullo británico.

Me dijo el almirante que, tras leer *Don Carlos* la carta acabada de entregar para él, estaba seguro de que el general me volvería a llamar para hablarme principalmente sobre uno de los temas de los cuatro que en el papel se trataban.

—Si de ello he de hablar con el general, ¿no puedo saber el nombre del autor de la misiva? —pregunté al jefe de la Abwehr.

—No sólo puede saberlo, sino que lo debe saber.

La carta era de un judío parisino al que llamaré *Monsieur Carven*, y la parte fundamental del documento se refería al dinero, que era de lo que el general refugiado no andaba muy sobrado.

El almirante me dio cuantos pormenores debía tener en cuenta en la conversación que naturalmente se suscitaba después de que el general leyese la carta.

Si, como la tradición afirma, las grandes fortunas se amasaron con el oleaje de las grandes necesidades, era lógico que quienes de especular con la necesidad y la fortuna entienden, aprovechasen la situación económica de aquel Cuartel General para consumir el agosto de la guerra en el otoño de 1940 cuando el conflicto se comenzaba a proyectar sin reversión alguna. Uno de aquellos catadores de adversidades lucrativas lo conocíamos por el apellido *Carven*. *Carven* desde París le decía a De Gaulle en la carta que yo debía entregarle, para evitarle escrúpulos de conciencia, que previendo lo sucedido gestionó y logró de los banqueros de los países ocupados por los alemanes, cuantas libras existían en ellos y que, a buen recaudo, las tenía a disposición del general que salvaría a Francia.

Cuando a Canaris le dije que poco podía costarle a De Gaulle

poner en movimiento a su jefe del Servicio de Información, señor Dewavrin, para saber que no era verdad, sólo el almirante contestó con una irónica sonrisa dando a entender que no había cuidado.

En el invierno de 1940 es muy dudoso que De Gaulle tuviera en sus particulares faltriqueras algo más que la desazón por el vacío con el que las llenaba. Y aquel sin nada en sus bolsillos difería poco de los caudales en las arcas de su «Movimiento de los Franceses Libres». No obstante «viendo» el movimiento por los canales de la BBC, según la cadente y redicha dicción de Maurice Schuman con la que a diario se asomaba a Francia *les français parlent aux français*, daba la impresión de que De Gaulle y su movimiento disponían de dinero y fuerza, si no considerable suficiente para tenerla que llamar «Ejército de Resistencia». Sin embargo, la verdad era otra. El ejército gaullista en la verdad de su existencia, aparte el séquito personal del general, no iba más allá de un par de docenas de soldados con los que cubría la guardia de lo que desde el primer día se llamó «Cuartel General». El Cuartel General gaullista estaba en un habitáculo suntuoso en otros tiempos. Un caserón con zaguán dando paso al patio amplio, al que los coches entraban, y amplia escalera. Pero era necesario para observar el *bluff* en derredor. El ir y venir de unos y otros era muy superior al movimiento efectivo de las fuerzas existentes, todavía no más de las precisas para hacer creer otra cosa. No es que De Gaulle no tuviera voluntarios, es que no tenía Ejército por carecer de con qué mantenerlo.

En las Islas Británicas y enrolados a las fuerzas inglesas de Noruega, los franceses se contaban por miles. Unos eran los evacuados de Dunkerque y otros llegados después procedentes de las costas galas en todo tipo de embarcaciones y desde cualquier parte del litoral, aunque con más afluencia de los alrededores de Brest, y nadie discutía que aquellos buenos hombres en De Gaulle tenían buen señor, pero nadie ignoraba que ni De Gaulle ni a sus órdenes Koenig podían hacer otra cosa que darles a los muchachos buenas palabras y anotar sus nombres en una libreta por si se producía el milagro, llegando dinero, aunque lo mandase el diablo; y el milagro se produjo gracias a la previsión del Tercer Reich, que estaba en todo, y de quienes se ofrecieron a darle a la operación forma legal.

Tras aquellos primeros centinelas, aparatosos en el saludo haciendo guardia en la nada cuartelera puerta, la amplia escalera

daba acceso al primer piso en el que De Gaulle tenía el despacho, sin que nadie pidiese explicaciones de por qué se iba allá y a quién se iba buscando. Por lo menos ni a mí ni a *Vaquero*, mi acompañante no elegido al azar, nos las pidieron.

A nuestra instancia nos condujo al antedespacho del circunstancial adalid, un teniente de nuevo uniforme y allí nos recibió el señor Tissier, simpático, muy atildado y sonriente, quien, cordialísimo, nos ofreció asiento para en seguida pasarnos al despacho del general.

La cita se había concertado a las diez, y a esa hora en punto fui recibido en la puerta del despacho por De Gaulle con la mejor de sus sonrisas y una camaradería que me gustó por ajena a las formas inglesas. Camaradería sin renuncia de la elegancia ni el buen gusto.

Ya sentados, el general comenzó con una afirmación que en boca de un extranjero me caía bien.

—Antes de hablar nada sobre su visita quiero que usted sepa que mi admiración por Franco no tiene vuelta de hoja.

El que proclamase su admiración a Franco el general de la boca redonda con jovialidad y diferente a lo que en Londres me venía encontrando, era detestar la España derrotada, celebrar la autoridad de la que ningún pueblo puede prescindir sin pasar por el suicidio.

Tras una amena charla en la que apuntó algo sobre sus nada gratas relaciones con los políticos y militares ingleses, saltándose a la torera el cuidado de que nosotros hiciéramos comentarios, aquel hombre, largo y delgado, pareció adivinar a lo que iba. Al ir a entregarle la carta de *Carven* que Canaris me dio para él, que tenía el brazo alargado y la mano abierta esperando la misiva que tomó y abrió sin disimulo en el contento.

Mientras le decía que su amigo *Carven* me había visitado en Madrid rogándome hiciese lo que estaba haciendo, llevarle la carta y dársela, De Gaulle leía tan dentro del contenido que no se enteraba de lo que le estaba diciendo. Algo debía de saber el general sobre mi llegada portando aquella comunicación, y asimismo De Gaulle debió de saber que yo no me había visto con *Carven* en Madrid y que la carta no había pasado por España, planteándome un nuevo problema a desentrañar. No obstante, vista la cosa sin suspicacias, no era motivo de singular extrañeza, porque si no él personalmente, sus adláteres tenían un verdadero tráfico de hombres y tesoros a través del canal en cuyas embarcaciones la Abwehr II (sólo para sabotajes) con lo que ni tuve ni hice por tener contacto alguno hacía su agosto. Era lógica una buena información a través de este filtro.

Con la carta en sus manos, observaba la letra sin disimulo en

el detenimiento. Ello me llevó a la sospecha de que los tres pliegos autógrafos decían muchas cosas más de las que se me había enterado. Me miró con incógnita inquisición y me preguntó lo que menos esperaba:

—¿Cómo está el mariscal? ¿Qué dice?

—Bien, está bien —le contesté como si hiciera un rato que yo había tomado champaña con él.

—¿No está resignado?

—Resignado —contesté.

Inmediatamente se me ocurrió que la primera pregunta podía ser consigna sobre lo que debía saber además de la que no estaba enterado y de lo que ni posiblemente el almirante quería enterarme: quizás, aún no lo sé, que el tal *Carven* no existía.

Canaris me tenía dicho que la consigna para que De Gaulle me pusiera un enlace a quien debía entregar los saquillos con el dinero, era el que yo le pidiese una carta para el caudillo a título de testimonio de mi visita en la que le hiciera constar su preocupación por las dificultades que debía vencer, evitando que España entrase en guerra. Esto, ante los que le rodeaban justificaría mi visita. Así fue. Antes de acabar mi petición tomó del cartapacio un folio color caña con la cruz de Lorena por membrete. Y antes de ponerse a escribir comenzó diciéndome:

—Nada me encanta más que poder dirigirme al mejor militar del mundo, porque guerrero nació y en la guerra ha laureado su vida. Él —Franco— sabe como ningún otro hombre lo que la guerra es y sabrá evitar que su pueblo tenga que combatir por causa ajena, como a nosotros nos acontece.

De su boca redonda fueron saliendo frases a cual más justa en elogio de Franco.

Yo también lo elogí a él y hasta le aseguré que era el hombre en el que los europeos confiábamos. Muchas frases nos cambiamos a cuál más pomposa acordando una segunda entrevista sin fecha determinada a expensas de que él la señalara para recoger la contestación a la carta de *Carven*.

Seguía preocupado, y aún sin averiguarlo sigo creyendo que la pregunta por Pétain era una consigna convenida de la que no se me advirtió obligándole al general refugiado a indagar si yo era un auténtico enviado de *Carven* a quien no se olvidaron de darle la consigna o, por el contrario, era un mandado de los ingleses. Más tarde comprobé que el propio Canaris nada sabía de la consigna y que el asunto de las libras falsas se comenzó mucho antes que la impresión de los billetes.

Me despedí del hombre mito para volver cuando me llamase, lo que hizo dos días después.

Según iba saliendo del edificio, con poco o ningún disimulo, se

me fue fotografiando. *Williams* me dio después cabal información de aquella actitud calificada por mí con falsa razón de «poco amistosa». Los «fotógrafos» eran todos del Servicio Secreto inglés que «ayudaban» al servicio informativo del general «desinteresadamente». Esto me lo confirmó dos días más tarde mi visitado —el hombre larguísimo dentro de un uniforme de general francés a merced de lo que los ingleses quisieran—, sin dar mucha importancia al comentario.

—No le importe, también a mí me retratan en los momentos que menos lo deseo. Es un enemigo con el que tenemos que convivir y de vez en cuando sonreír. Son nuestros «amigos» —acentuó la sorna malintencionada.

La segunda edición del contacto entre el general refugiado y yo se diferenció poco de la primera. Afectuoso, el hombre largo me entregó la carta contestación a *Carven*, autógrafa y en sobre también abierto. Al dármela me indicó:

—Es posible que deba usted venir nuevamente a este despacho. Si tiene que hacerlo...

—Lo hará mi amigo el señor *Vaquero* siguiendo «sus» indicaciones —atajé al general dándole a entender que demasiadas entrevistas podían entorpecer el asunto.

Al oír lo de «sus» indicaciones se sonrió aprobando.

Por otra parte, yo estaba seguro —lo que más tarde confirmé— de que *Vaquero* (su nombre para que me acompañara en este asunto me lo había dado el propio Canaris cuando el sobre) estaba esperando de mí llamada con la pregunta de si me podía acompañar al cuartel general gaullista. Pregunta que le hice en un almuerzo en el «Restaurante Martínez» el mismo día que en el cuartel de las fuerzas libres francesas me comunicaron la cita pedida «para mañana a las diez» y a la que, solícito, contestó que lo haría con sumo gusto.

Vaquero hacía clandestinas operaciones bancarias en las que la Abwehr intervenía como ángel de la guarda, incluso desde antes de la ocupación de París. Según he sabido más tarde y de segunda mano, fue *Vaquero* quien mediante *Carven*, supuesto o real, propuso a los alemanes la intervención del falso tesoro no sólo en Inglaterra sino en muchos otros países mediante los mercados de moneda. Su relación con cambistas en todo el mundo, en una operación vertiginosa, puso la circulación dos mil millones de libras falsas de lo que aún no se había repuesto el Reino Unido.

El general, según dijo, no conocía bien al *Vaquero*. Le conocía únicamente por su oficio en Inglaterra. Fue entonces cuando lo presenté biográficamente.

—Mi amigo *Vaquero*, como usted sabe, es profesor de una universidad inglesa. Español, pero de origen judío, hombre polifacético que ha descollado en grandes negocios.

Y así era *Vaquero*; en el fondo de su alma y en lo somero no era diferente. Se consideraba judío. Hablaba alemán, inglés, francés, italiano, portugués y, naturalmente, español como cualquier ciudadano en cualquiera de estas naciones. Uno de sus múltiples contactos con banqueros alemanes le llevó a la conclusión de servir a Alemania en una de sus facetas de la guerra: la inflación. *Vaquero* propuso a un financiero alemán que el golpe de gracia al Imperio Británico podía dárselo un torrente de libras en circulación dentro y fuera de Inglaterra. Esto, que estaba en el programa alemán, cayó muy bien entre quienes iban a decidir la inflación. *Vaquero* propuso que para llevarlo a cabo con la celeridad que el caso requería, era necesario poner en circulación inmediata unos cuantos millones siendo como eran las libras perfectas sin posibilidad de ser «detectadas» inmediatamente, puesto que era preciso el que apareciera la otra libra, la auténtica con el mismo número que la falsa. Sólo en esto se distingufan.

Después de la entrevista —la segunda— con el general inflacionario, hablé largo y tendido con *Vaquero* de aquella operación.

—¿Cree usted que va a ser posible mantener el lanzamiento en los mercados de esta cantidad de billetes falsos? —pregunté con mi característica ingenuidad.

—Perfectamente. Cuando se descubra no tendrá remedio, y aun sabiendo en los Bancos que la libra entrante puede no ser auténtica, sabe que puede serlo.

—¿Las ha visto usted? ¿Tan perfectas son?

—Sí, las he visto y usted las va a ver ahora.

Sacó de su bolsillo dos billetes de cinco libras y dos de una y me las mostró.

—Bueno, yo no entiendo de perfecciones monetarias —le dije sin modestia—. Me parecen perfectas. Pero los peritos...

—No se preocupe, yo también dudaba hasta que en París me mostraron todas las ediciones y se me invitó a que tomase las que quisiera para su examen. Me parecieron tan semejantes que no dudé en llevar adelante este negocio. Sobre todo las «notas» de cinco y diez, cuyo papel es inimitable.

—¿Cómo han conseguido los alemanes fabricar este papel si, como supongo, es un secreto?

Vaquero se rió.

—No lo han fabricado los alemanes, sino los ingleses. Este papel lo consiguió Ribbentrop cuando fue embajador en Londres.

Esto era cierto. Tan cierto como que *Vaquero* volvió a Londres y cambió el dinero falso con el que en París se llenó

el bolsillo sin dificultad. La «obra» era perfecta y regresó a Madrid, donde lo esperaba un banquero alemán «expatriado». Hablaron de que la única dificultad estaba en quién se hacía cargo de la circulación del tesoro. Uno de los alemanes le dio el nombre del general refugiado en Inglaterra y *Vaquero* entendió que ese señor ya sabía algo, incluso supuso y acertó que el banquero «expatriado por la persecución nazi» estaba en contacto con el general por sus propios medios. Quizá tanto los financieros alemanes —entre los que había un pariente de Ribbentrop— como *Vaquero* pensaban en hacerlo a espaldas de Canaris hasta que se dieron cuenta de que eso era imposible y que la introducción de semejante cantidad de dinero era difícilísima sin valerse de nuestro secretísimo «Rafael» que había de ponerlo en las costas británicas (1).

Cuando el general me avisó de que podía mandar a *Vaquero* ya estaba buena parte del tesoro en Inglaterra. Había llegado la noche anterior. El general y *Vaquero* se reunieron en una mesa del comedor del «Hotel Carlton», en Londres. Mientras comían, *Vaquero* pedía consejo al refugiado uniformado de cómo haría la entrega y a quién. Aunque no escuché la conversación, según me dijo *Vaquero* el general contestó que eso no era problema y que lo que estaba escuchando, aun sabiendo que iba a suceder, tenía algo que ver «con la Divina Providencia».

—¿Cuántos millones? —preguntó el general De Gaulle.

—Los que quiera, los que necesite.

—Muy bien —exclamó el general—. Puede usted comenzar cuando guste. Se las entregará a otro señor que no debe saber del contenido.

—Comprendido, general Y como el dinero está ya en Inglaterra...

—Dígame cuándo le presento a la persona que lo guardará.

—Pasado mañana a las doce en mi despacho oficial.

(1) No todo aquel dinero falso destinado al señor De Gaulle se llevó a Londres a bordo de «Rafael». Una pequeña parte, dos millones de «notas» de cinco libras las llevamos por valija diplomática para deshacer la idea bien arraigada en Sir Winston Churchill y por ende en Mr. Eden, de que el más activo de los ministros en el entonces Gobierno español, para que Franco decidiese ir a la guerra al lado de Alemania, era el ministro de Asuntos Exteriores. Detallaremos. Detallamos el cómo se produjo la afirmación del ministro inglés y la negación por nuestra parte, en escena relatada en otro lugar de este libro.

El embajador, señor duque de Alba «ofreció» un almuerzo al ministro de Asuntos Exteriores inglés, Mr. Eden, al que fuimos invitados. Se trataba de que el señor Eden (se le llamaba Antonio *Paraíso*) quería tener una conversación con nosotros y así fue. Al levantarnos de la mesa el duque me llevó a un tresillo diciéndome que el señor ministro deseaba hablarme. Nos sentamos y dimos un repaso a la coyuntura. Ya al final me dijo:

—Esperamos que sea como usted dice (dije que España no entraba en la guerra) si su amigo no le induce a Franco a que cambie de voluntad.

Pronunció lo de «su amigo» con cierto retintín y me fastidió. No obstante enfatice lo de que Franco era Franco y ni mi amigo ni nadie podía influir en tan histórico asunto. Con entera claridad asenté que el más tolerante con el Eje era Franco. «Y si usted quiere se lo demuestro».

—Me gustaría que me hiciese usted esa demostración —contestó el hombre de bigote más atildado del mundo.

—Mañana haré una petición de plaza en el *clipper* para Lisboa. Si la demora en darme plaza no es mucha, tres semanas después tendrá usted amplio conocimiento de lo que le termino de afirmar —y agregué—: No necesitará que yo le diga una palabra.

El mismo día que envié mi petición al Foering Office fue contestada dándome fecha para dos días después, o sea, el 24 de setiembre.

Ya en Madrid, con diligencia preparé los paquetes usando goma especial, secreta, puesto que debían «dormir» una o más noches en el Ministerio hasta que entraran en las valijas y se precintaran para irme con ellas a Portugal el día 10 de octubre (1941).

Aquel mismo día en Lisboa, tomé una de las valijas y le arranqué el precinto-tarjeta y con ella me fui a un comercio en el que hacían sellos tampones encargando una reproducción del que en la cartulina iba. Apenas terminé el encargo llamé por teléfono a mi colega, Mr. Chiken, agregado de Prensa en Lisboa y uno de los importantes en los servicios de Inteligencia ingleses. Le dije que era un empleado de la tienda (el que me había tomado recado). Le expliqué cómo un señor (hice lo que pude para describir mi imagen) había encargado lo anotado anteriormente. Chiken se puso muy nervioso rogando se le informara bien del asunto a uno de sus enviados que llegaría «dentro de unos instantes».

A renglón seguido llamé a la Embajada española diciendo lo mismo a uno de los secretarios que fue quien me atendió (o atendió al empleado de la tienda en cuestión que era quien le estaba hablando). Aquél me dijo que esperara. Un minuto después era el propio embajador quien inquiría y a quien repetí la historia. Me senté en un café cercano llamando desde allí a uno de nuestros agentes para que se hiciera cargo del proceso en marcha teniéndome bien informado de los movimientos del embajador. Al día siguiente me informó de que el embajador había salido para Madrid. Cuatro horas después me encerré en mi habitación del hotel, avisando en conserjería de que esperaba una urgente llamada de Madrid. Pasaron las horas sin que llamase nadie. Esperé al día siguiente y como no me llamaron de Asuntos Exteriores de Madrid, llegué a la conclusión, y acerté, de que el embajador, una vez más, se había saltado a la torera el cumplimentar con su ministro, su jefe. Así fue. Nicolás Franco, después de informar a su hermano (a quien siempre llamaba «Caudillo» y nunca hermano) regresó a Lisboa. En virtud de todo ello, llamé a Madrid al ministro y le informé de que «al sacar del coche las valijas, una se me enganchó en la manilla de la puerta y se rompió el bramante de la tarjeta-precinto y he encargado un sello», le dije.

Como esperaba, aquélla era la primera noticia que del caso le llegaba al ministro —aunque no así al Ministerio— a pesar de las veinticuatro horas transcurridas entre la salida del embajador para Madrid y mi llamada. Como solución me dio el que volviera a Madrid con la valija para precintarla. La eficacia de Franco, el Caudillo, fue más

cuerda. Una hora después me llamaron de la Embajada española para que fuera, llevando conmigo la valija. Me recibió el embajador con la cordialidad acostumbrada. Le repetí el disco de la ruptura del precinto casualmente y «le pareció natural». De esto y de lo otro hablamos mucho. No me dijo que había ido a Madrid y sí que le había informado el empleado de la tienda. Por esto me llamaba. Con el «accidente» subsanado volví al hotel a donde acudió el agente de marras. Le redacté el informe con cuanto había acontecido para que por sus medios se le hiciera llegar a Chiken quien, a su vez, lo enviaría urgente al titular del Foering Office. Cuando llegué a Londres el duque ya estaba informado de lo ocurrido.

—Buena operación —celebró—. Como usted dijo, Franco es el culpable. No es beligerante con fuego por no serle posible. Ha cumplido usted con su palabra.

Todo historiador que de este relato precise, debe acudir a los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid ateniéndose a las fechas antes citadas.

CAPÍTULO XVII

Por el que el lector se enterará de cómo un patriota irlandés, sin que la guerra legal le tocara un pelo, muere bajo las aguas manchegas del canal con un vaso de whisky y por lo que se comienza a concretar la traición sospechada en el almirante Wilhelm Canaris, no obstante el juramento de fidelidad hecho a su patria y a sus hombres.

En los archivos de los grandes Servicios de Información son muchos los documentos existentes en los que se destacan distintos agentes debido más a la casualidad que a su propio plan inteligente. El empeño del milagro, o lo que antes llamaban hado, en todo menester azaroso es decisivo. Pero no siempre estos fenómenos informan el espíritu real de las operaciones que los agentes realizan. En lo que amí atañe no fue casualidad la manera por la que llegué a conocer a Walter Schellenberg, aunque sólo la casualidad apareciese como sujeto de causa.

En el paseo del Triunfo, de París, una mañana de marzo de 1941, bastante fría, cuando me creía estar seguro de que nadie seguía mis pasos, junto a mi mesa en el interior de un café del paseo, llegó una pareja, al parecer normal. Ni me miró. Pero desplegó el joven un diario de tal manera que una noticia en primera plana informando sobre la suerte corrida por un convoy de dieciocho unidades, en el canal de la Mancha, me hizo llevar los ojos al titular. Se destacaba la cabecera con tipo de veinticinco o más

cíceros y yo la contemplé sin disimulo en el alegrarme, por lo que llegué al habla con el joven que tenía el diario. Me pareció uno de esos insignificantes *garçons* quienes, ni frívolos ni solemnes, ven las cosas con calma, incluso la guerra. Según aquello, ni uno ni otro sabíamos quiénes éramos ni las misiones de cada cual, pero ambos fuimos a parar al círculo de nuestro dominio.

De tal «casualidad» partió el que yo a mi regreso a Londres como siempre en la emocionante locomoción submarina de «Ra-fael», llevase dos nuevas misiones que cumplir. Una, y al parecer la más fundamental, la de visitar al doctor Machen, mago, sin lugar a dudas al ser menos desentrañado por menos conocido de cuantos han sido estudiados o desestudiados por los ganadores y de quienes topé al paso de la vieira planetaria. Naturalmente, estas misiones, ya no por cuenta de la Abwehr, sino siguiendo instrucciones del VI B 2, SS bajo el mando del Reichsführer SS, aunque aquél, Himmler, daba tan cabal libertad a los mandos secundarios que prácticamente, él sólo se enteraba de «lo gordo», de lo que debía resolverse ante el Führer.

El caso fue que si no a la espalda de la Abwehr (de la que yo también tenía razones para dudar, y no precisamente llevado de lo que en principio había sido corazonada, sino tras el tamiz de conversaciones con Canaris y el estudio de «coincidencias» adversas en la conducta de algunas decisiones) sí al margen de su conocimiento.

El señor, objeto del encuentro y comentario a la noticia del hundido convoy, era fornido y de musculatura hecha en el ejercicio escolar para defensa y ataque, y se llamaba Hüll Gördeler. Aunque de origen alemán, era suizo o por lo menos suiza su documentación. Gördeler, acompañado de Mademoiselle Bergen, esperaban ambos a un amigo para almorzar. Como si también fuese casualidad, el amigo entró inmediatamente al comienzo del diálogo lo que me puso a cavilar sobre la teoría de lo casual y lo causal. El amigo de los amigos recién habidos, Gördeler y la Bergen, era alguien a quien yo conocí muy por encima precisamente en Tirpitzufer, 74, sede de la Abwehr y de quien se me decía haberse pasado al «enemigo»: la SS, o sea, a la VI B ligada a la VI 1.

Fuera o no casualidad, lo cierto es que tras aceptar el almuerzo en su compañía, hice trizas mi descanso en Francia con el tira y afloja del «sí» y el «no». Lamentable hubiera sido el encuentro si no me gustasen tanto las emociones insospechadas y éstas eran un raudal tan extenso que no las terminé de divisar. Tan fue así que dos días después estuve en la Berkästrasse, de Berlín, ante nada menos que Walter Schellenberg a quien se le motejaba con el alias de *Marzveilchen* (violeta de marzo) apodo con peor intención que la del estilo poético con el que la palabra com-

puesta sonaba. Hasta aquel momento, Schellenberg, para mí había sido sólo un fantasma en posesión de una leyenda de mil colores e inquinas. Leyenda a veces macabra, a veces heroica, pero siempre de significación polifacética no obstante abultar más la primera de las fábulas, la enconada.

En Berkästrasse, Schellenberg tenía la sede de su Sicherheitsdienst, servicio investigativo jefaturado por él y al que nunca, por ningún dinero pudo comprar el enemigo a ninguno de sus miembros. Tanto del Sicherheitsdienst cuanto de Schellenberg, todo quisqui hablaba mucho sin saber nada del espíritu y contenido en ambos entre otras razones, por inasequible especialmente a las narices ajenas, especialmente al Office Strategic Service de Danovan. Por si de mentira aparece la verdad, se tramó una red de bulos que comenzaba en Washington y acababa bajo el cuadro de los monos con los que Canaris simbolizaba y daba estilo a su técnica en la que sus agentes nos inspirábamos y por la que llegó al mal estilo de felonía contra su patria.

Veamos quién era Walter Schellenberg y sus círculos informativos ampliados en extensión al orbe entero.

Ya en el despacho tocábamos la impronta señorial del buen gusto. Schellenberg, *Marzveilchen* tenía un año menos que yo y varios centímetros más de estatura. Tenía también otra cosa que yo admiraba y valoraba: el don de estar, decir y hacer a gusto de cualquier mentalidad exquisita porque él la descubría en quien su interlocutor fuera. Había en Schellenberg todo un espíritu puesto al servicio del saber y la elegancia sin que ello le restase agallas a la hora de ganar en la lid o perder.

Como a nosotros nos sucedió con don Samuel el embajador, a Schellenberg, el Intelligence Service y a través de seleccionados agentes, comandante Stevens y capitán Best (no puedo afirmar que éstos sean sus apellidos reales) se dispuso a la colaboración para el asesinato de Hitler lo que, como era lógico, llegó a conocimiento de la VI.ª SS, sección dirigida por Schellenberg. A éste le encantó el juego y no quiso dejarlo en manos de segundos. Mediante la introducción de agentes en el «Frente Negro» de Otto Strasser, que secretamente tenía la sede central en Suiza y una buena representación en Holanda, acordó una cita con los agentes ingleses bajo la identidad de «Schaemel» que debían encontrarse en la terraza de uno de los cafés de la ciudad de Venlo a pocos metros de la frontera germano-holandesa el día ocho de noviembre, y allí acudieron. Salvo algunas diferencias en los procedimientos quedaron de acuerdo en continuar el día siguiente para ultimar el dónde y cuándo habían de encontrarse con el general traidor.

A la misma hora del día nueve Stevens y Best llegaron y estacionaron el «Buick» americano como el día anterior en la parte posterior de la casa que servía de estacionamiento dirigiéndose a la mesa en la que esperaba «Schaemel» tomando una cerveza. Mientras dialogaban, un individuo llamado Coppens (su verdadero apellido era Klop) manipuló en el motor del coche americano y cuando terminada la charla se metieron en él para marchar, no arrancaba. El mismo Coppens que, vestido de chófer privado, esperaba en el suyo, se les ofreció para remolcarlos y llevarlos al taller que estaba cerquita. Lo aceptaron y apenas salieron a la calle, enfiló a la frontera y dándose cuenta los ingleses le dispararon por lo que desde otro coche que detrás venía, Alfred Naujocks, para salvar al compañero, replicó el fuego, hiriendo al comandante Stevens cuando estaban ya en Alemania, donde, a pesar de los esfuerzos cirujanos, no se le pudo salvar la vida. Best salió ileso y Coppens (Klop) sanó de las heridas que el inglés le infirió.

Sin lugar a dudas, Schellenberg fue uno de los seres más inteligentes que han dado los hombres y las razas y, como larga añadidura, el más cabal en la otra manera de ser; en la de no ser, en la de esperar a que los falsos mitos se agoten en su torpeza y caigan, rueden con estrépito o en silencio para jamás levantarse. Quizá por tantas dotes reunidas en él, uno de los muchos desalmados—naturalmente, vencedor— lo tildó de «*clochard* ilustre» mientras Shirer, más insultante lo había llamado «gángster de cultura universitaria excepcional».

Aunque no oficialmente, Schelenberg se acababa de hacer cargo de la VI A RuSHA¹ (1) porque, según se decía tan en secreto que nadie lo ignoraba, el jefe fundador de aquel Servicio, Heydrich, estaba «cansado» más que del trabajo, de sortear ingratitudes llegadas del Tirpitzufer, 74, en donde se empleaba sin ninguna consideración cualquier arma contra todo lo que no partiera de Canaris.

—Estoy perfectamente enterado de su actuación en Londres —me dijo apenas cruzamos las primeras palabras— y sé cómo ha logrado distraer todo el sistema de ardidés con los que el Intelligence Service ha intentado cortarle a usted el paso a sus movimientos para la introducción de libras falsas. Sinceramente, lo felicito.

Era cierto lo del saber todos mis pasos. La información se la había dado Alfred Naujocks, uno de los hombres que más «encima» de la Abwehr estuvo mientras Canaris la dirigió.

(1) En RuSHA¹ SS. estaba Otto Skorzeny y a ese Departamento servía también (pero en la sección «S») Elyeza Bazna, el conocido *Cicerón* a quien Schelenberg situó en Ankara.

Schellenberg me hizo algunas preguntas acerca del fracaso de la explosión de Gibraltar. Sin dejar de mirarme, escuchaba las respuestas, sacando brillo con los dedos, pulgar e índice de la mano izquierda, a un fetiche de ónice, al tiempo que con la derecha pausaba un juego dando vueltas a la *sheaffer* de oro. Sopesando los entresijos de donde salía mi explicación oral, informativa, que le estaba dando, sin el abandono de la más penetrante atención, callaba jugando y con su juego intentaba, creo yo, distraerme para la prueba de mis reflejos memorísticos.

—Uno de mis mayores tesoros lo componen los documentos de mi archivo sobre los hombres no sólo alemanes, en especial mandos y servicios nacionalsocialistas, sino de los amigos extranjeros que están ayudando a construir la Gran Alemania —añadiendo a título de confianza—. La Gran Alemania sólo es el primer peldaño en la ascensión de lo social-planetario. Tras la victoria del Tercer Reich, el mundo comenzará a ser adulto por cuarta vez en su existencia, puesto que tres civilizaciones anteriores también a ese grado de madurez llegaron sin que ninguna de aquellas civilizaciones culminase en la mayoría.

Schellenberg lo decía sin la menor petulancia ni alteración, pero con evidencia de que él debía ir preparándose ateniéndose a la información que de mí tenía desde la entrada en la Abwehr hasta aquel instante en el que me disponía a una nueva andanza.

—Ustedes, los españoles, tienen un verso en el romance cidiano que, si no me equivoco, dice: «¡Dios, qué buen vasallo si obiera buen señor!» —y a renglón seguido me preguntó—: Usted cree en su jefe (almirante Canaris), ¿no es verdad?

—Sí, claro. No obstante, me gustaría saber si debo rectificar el entusiasmo.

Mientras de una de las carpetas sobre la mesa —lo que prueba que lo tenía preparado— sacaba algo con que ilustrarme, recordé que un oficial de la GIC (servicio ultrasecreto de la Wehrmacht al margen de la Abwehr) me advirtió de que el almirante no era «trigo limpio». Cuando lo halló y se cercioró de que lo que buscaba no era otra cosa, Schellenberg me lo entregó, diciéndome:

—Sin ir más lejos, ésta es fidedigna información de que el señor Canaris fue quien ordenó el envenenamiento de Russel (1)

(1) Russel era el jefe de los patriotas irlandeses a quien se le trajo de los Estados Unidos después de estudiar su propuesta enviada por conducto de la Embajada alemana en Washington. Aquella contenía el orden organizado para lo que en España entendemos por «quinta columna» no sólo en Inglaterra sino igualmente en Gales y Escocia donde el IRA tenía articulada la resistencia con miembros nacionalistas de los respectivos países entre los que se contaban algunos generales quienes como Russel y sus patriotas camaradas, aspiraban a la independencia, lo que Alemania les tenía prometido.

cuando el submarino en el que se le llevaba a las costas irlandesas iniciaba los primeros tanteos del rumbo.

En el texto que me dio a leer se afirmaba que en el whisky dado a beber como salutación a su llegada iba el mortal ingrediente puesto por un agente de la Abwehr II (sabotaje) quien dos días después también murió repentinamente y con el mismo incógnito.

Lo leí dos veces con escalofrío debido no sólo al suceso, sino más bien a que no creía a Canaris capaz de semejante «obra». Fui cotejando mentalmente circunstancias sobre aquél y otros episodios parecidos en el fondo, aunque la forma variase. Me excitó lo suficiente para que mi interlocutor lo notase.

—¿Y cómo no se le ha informado al Führer de esta traición?

—Al Führer se le informó a su debido tiempo, pero no lo creyó. Dio por satisfactoria la explicación que el almirante le tenía confeccionada y todo acabó en un trastoque en el programa estratégico, porque la invasión en parte estaba supeditada a la ayuda guerrillera proyectada por Russel que había de coincidir con la incertidumbre del desastre de Calais.

Me hablaba con normalidad sin alterar su compostura, y con el mismo acento continuó:

—El asesinato del patriota irlandés, nuestro aliado, puso al Alto Estado Mayor de la Wehrmacht en trance no sólo de variar lo ya planeado, sino de emprender otro rumbo. Russel era el elemento del que disponíamos para un sabotaje sin tregua a escala insular.

Schelenberg me siguió mostrando algunas informaciones donde se daban pelos y señales de la intencionalidad premeditadamente equivocada de mi jefe, de cómo había retrasado el curso informativo y pruebas de contactos con aquella noticia en la que mi nombre y actuación aparecía en las primeras fechas de diciembre del cuarenta cuando, con el pretexto de conocer los «puestos» por nosotros establecidos en torno a Gibraltar, secretamente tras la pantalla de mi presencia se «encontró» (el 7 de diciembre) con el

El programa bélico del irlandés, sobre todo en sabotaje, era más importante que el de los bombardeos si se le facilitaban explosivos suficientes. Su muerte acaeció cuando el submarino que lo llevaba, aun no habiendo recorrido tres millas, viró en redondo para regresar con el cadáver. Su muerte «misteriosa», hizo chuzas con el proyecto de invasión.

De aquella muerte, la de Russel, al Führer se le malinformó diciéndole que el jefe de los patriotas irlandeses había sido víctima de una indisposición mortal. Pero el año 44, tras la exhaustiva investigación llevada a cabo por la VI RuSHA, Hitler supo sin error cómo había sido la muerte y el asesino. (N. del A.)

señor Danovan, jefe del «Office of Strategic Service», comisionado por el presidente F. Delano Roosevelt. Asombro e ira me produjo el contenido del documento por haber sido objeto de tan mal uso. Me pareció realmente abominable el que, aun ignorándolo, yo hubiese sido escudo para su felonía.

—Comprendo su irritación, pero ya es tarde para evitar aquello y no lo es para evitar otros males derivados de la abominable fecha.

Sacándole brillo al fetiche, Schellenberg amortiguaba los nervios propios de conversación tan confidencial.

—Todo lo comprendo menos la traición —argüí mientras pensaba si ir a Londres para dar cuenta a los camaradas y deshacer el Servicio.

—Lástima de que tan buenos hombres, llenos de fe en Alemania, ignoren que su trabajo, su heroico esfuerzo, no sólo no ayuda a la causa que ellos sirven, sino al contrario.

Ya todo lo relativo a la Abwehr me parecía dudoso. Las campañas sordas que se llevaban contra los demás Servicios comenzaron a dar forma a la suposición de que Canaris era la mejor arma con la que contaba el enemigo.

—¿Cree usted, señor Schellenberg, que Lahousen (1) está enterado de la traición del almirante?

—No lo está de la parte fundamental, pero tengo noticia de que abriga alguna sospecha. Por de pronto ya tiene certeza de que el diario que le suele dar a leer Canaris es uno preparado para ese fin. El personal no lo conoce. —Schellenberg continuó—: Dígame si tengo razón para pedirle que me remita un duplicado de la información que mande a la Abwehr —se justificó—. Espero y confío en que tenga usted la misma suerte que en otras misiones ha tenido, al llevar ésta a cabo —me deseó el jefe de la RuSHA¹ cuando me entregó el cuestionario en el que con la dirección de Mr. Machen, en Buckinghamshire donde vivía, y la de Mr. *Werkztyvo* con residencia en Escocia junto a unas especiales características de los nuevos personajes en mi camino.

—De la veracidad de esta información, depende el que sepamos si el ataque a Rusia ha sido un error o si por el contrario es razón que justifique la esperanza, señor Alcázar de Velasco.

Esta fue la última de las consideraciones de la primera larga entrevista del hombre quien al sustituir a Heydrich introduciendo en el ya complicado y extenso Servicio, reformas que comportaron

(1) Lahousen era el segundo en la Abwehr y en apariencia quien conocía todos los secretos de Canaris. El general Martínez de Campos me confesó que le tenía más fe que a Canaris y tras varios encuentros le informó de hechos que se los tenía negados el almirante con la socorrida contestación de no saber nada de ello. (N. del A.)

una nueva modalidad informativa, la sección para el espionaje científico, o sea, la VI B en la que nos destinó un puesto, el más modesto, quizá por lo insignificante de nuestra personalidad.

De cómo se desenvolvía el Servicio de Walter Schellenberg, en la RuSHA¹, si no bien, tenía yo buena idea. Trabajaba para sí y el «sí» era la filosofía del Partido. Por el contrario, la Abwehr no sólo era un servicio de la Wehrmacht —el único visible, pero segundo en influencia— sino un contrapartido movido, operado e inspirado por el cerebro del incógnito Gobierno universal, Gobierno que unas veces llamándose «América», otras cualquier país con políticos gregarios en el poder, viene dominando el mundo desde la primera década de este siglo aludido por los profetas como ápice en su dominación en la tierra.

Walter Schellenberg acababa de ser nombrado Führer de la oficina VI de la RuSHA¹, puesto que un atentado extinguió la vida de Heydrich, el que hasta entonces había sido jefe de la Institución aunque en los últimos tiempos nada más que nominalmente.

Me urgía el conocimiento del cuestionario y no quise esperar más tiempo. Antes de emprender la marcha al aeropuerto de donde partía el avión militar que me conduciría a París, busqué y hallé un café de relativa tranquilidad, en donde entré y lo leí repetidas veces. Aquella era la primera intervención que me había encargado la VI G y presumí el que la cuestión tendría, como tuvo, una conciencia especial. En el primer repaso vi que sin ser nuevo el tema, era sin embargo, el descubrimiento de un poder real al que no obstante el interés mostrado por Canaris ante la información de *Miguel* nunca acabé de considerarlo de tanta envergadura como Schellenberg le estaba dando, a juzgar por las cuestiones a deslindar. Helo aquí:

1.º Averiguar a cualquier precio cuanto concurra en la veracidad de todos sus extremos relacionados con la información enviada por su corresponsal en Londres y transmitida por usted a la Abwehr en noviembre de 1940 y de la que, como se le ha informado, al Führer no se le dio ninguna cuenta.

2.º Llegar hasta el doctor Machen, quien le debe dar a conocer el estado de las relaciones del «Vril» (1) nacionalsocialista y los teósofos ingleses dentro del gobierno de la universal «Tule» (2), especialmente el rumbo de su natural espíritu. Esto es: si ha cambiado a espaldas de nuestro propósito o si la teosofía anglicana se

(1) «Vril»: Consejo de Gobierno compuesto por los sabios de la *Weltanschauung* o filosofía del nazismo. (N. del A.)

(2) «Tule»: Sociedad de sociedades portadoras de doctrinas y ciencias procedentes de civilizaciones desaparecidas. (N. del A.)

mantiene en fidelidad a la *Weltanschauung* (3). El duque de Windsor ha practicado esta filosofía en riguroso secreto.

Jamás he tenido en mis manos documento de tal naturaleza ni a mí se me había pasado por las mientes nada que tuviese relación con las causas de su contexto. Estaba claro que la guerra, la llamada expansión territorial no era más que un pretexto y que quien la ganase se encaminaría a la mutación no sólo de la especie, sino de la vida aunque con distinto aire en el procedimiento.

3.º Qué relación tiene el Intelligence Service con el Vril y a través de quién lo tiene.

4.º Qué generales de la Wehrmacht, conscientes de su antinacionalismo, aconsejaron la campaña del Este haciendo clímax favorable en derredor del Führer para que las predicciones mágicas coincidiesen en certeza.

5.º Nos interesa sobremanera saber sin equívocos si la maniobra llevada a cabo por la magia la ha conocido el Intelligence Service y en caso afirmativo qué sección la conoce y qué determinados hombres trabajan en ella.

Un segundo cuestionario se interesaba por los elementos o elemento que habían mantenido correspondencia con Rudolf Hess y si su viaje, en caso de haber tenido éxito, se relacionaba con la reclusión del Führer en olor a profetización venerable.

(3) La *Weltanschauung* es la filosofía nazi que hoy practica el Gobierno universal secreto relativamente, puesto que la ONU es el ensayo del Sanedrín en donde se someterán a debate las cuestiones que afecten a la neopolítica. A este Sanedrín le sostienen los poderes de la DIA y que aun en aparente función separada es lo mismo que la Gestapo era. (N. del A.)

CAPITULO XVIII

En el que en primer lugar destacamos la referencia de la locura feroz que comenzó a padecer uno de los agentes transportados bajo el misterio del agua hacia las costas inglesas; al sentir los efectos de una carga de profundidad enemiga mordió a un marinero y no le quiso soltar. A continuación decimos cómo asomándonos por el periscopio de «Rafael», el siempre a punto submarino para nuestras idas y venidas, presenciamos el confuso espectáculo, y no por confuso menos fascinante, del combate aéronaval en el que la pirotecnia guerrera en nada envidia a la de las vísperas de fiestas patronales en las ciudades de tiros largos. Los disparos trazadores formaban trama de luminosidad en conjugación de la traca majestuosa del impacto e increíble hundimiento de barcos sin tiempo para despedirse de sus puertos y sus olas, del aire de las tormentas.

Con las instrucciones de Schellenberg había llegado a Calais apresuradamente, sin que en la portuaria ciudad francesa pudiese dormir más de tres horas.

Todo parecía normal y no era puesto que misiones ajenas a la Abwehr me estaban preocupando. Günsche o Monsieur Dupont, me recibió en su casa a uno o más kilómetros de la ciudad como

siempre y me dio pormenores del embarque. En «Rafael» me esperaban a bordo antes de las veintiuna horas y a él debía llegar como otras veces en el lanchón que nunca me recogía en el mismo sitio.

«Rafael», el «U», no descansaba. Casi todas las noches llevaba y traía no sólo a miembros de los distintos servicios alemanes, sino pertrechos para la comunicación de los agentes con la central, cambios de códigos, magnetófonos mínimos con botones o relojes por micrófonos. También para quienes nos mereciesen entera confianza, cápsulas con sus dosis de cianuro y cuantos elementos precisaban las redes tanto en Irlanda como en Inglaterra. La mayoría de los individuos que se me enviaban eran canarios que ya habían estado en las islas o que tenían familiares allí. Se les desembarcaba en la noche mediante botes neumáticos y se les dotaba de un plano del lugar de desembarco en el que constaban hasta las veredas, incluso palos de telégrafo y anuncios en los paisajes. Naturalmente llevaban pasaportes falsos, previstos del visado de entrada de las autoridades inglesas que, para una emergencia, en caso de tener que mostrar su documentación, les eran de utilidad ineludible. Todos ellos debían —y lo hicieron sin fallo alguno— ponerse a las órdenes de agentes quienes llevaban trabajando desde el comienzo. En uno de estos viajes «Rafael» fue atacado con cargas antisubmarinas y le tocaron seriamente en el sistema de baterías. Volvió a Francia con cierto trabajo para desembarcar a los tres hombres que llevaba, uno de ellos se había vuelto loco y mordió a un marinero.

Me dieron por radio la noticia para que no me alarmase, puesto que quien los fue a recoger volvió de vacío. Rogué que para su curación llevasen al loco a un sanatorio de Francia y después de tres meses, ya curado, me lo trajeron a Madrid. No lo pude emplear más que para mandados sigilosos que, por cierto, los hacía muy bien.

Yo utilicé a «Rafael» entre diciembre de 1940 y mayo de 1944: veintiuna veces —diez de ida y vuelta y una de vuelta, la última— y sólo en dos travesías no hubo que reseñar ningún acontecimiento de importancia mayor. En los diecinueve restantes, las situaciones fueron de lo azaroso a lo crítico.

Desde él presencié el hundimiento de muchos barcos por el impacto de torpedos de otros submarinos y una vez sentí fuerte vapuleo con sus correspondientes coscorriones a consecuencia de una carga de profundidad que estalló más cerca de lo que a mí, y al parecer también al capitán, nos gustó.

La noche de referencia la protagonizó un convoy de cuatro barcos con bandera liberiana, protegidos por seis unidades de la Marina inglesa. Sumergidos y quietos los ocupantes hasta la ex-

tinción de todos los ruidos a bordo, hurtándonos a los busca-submarinos ingleses, que a toda máquina zigzagueaban en su misión cruenta —como la nuestra— de dar con el enemigo bajo las aguas del canal, pude ver lo que durante muchos años volví a ver en sueños, dormido o no, pareciéndome una alegoría fantástica digna de pervivencia en las mientes.

Para aclarar la superficie, los aviones de la RAF dejaban caer en paracaídas unas «simpáticas» bombas luminosas que se mecían con indiscutible gracia e iluminando el cielo y el objetivo tal como si fuese de día. Por su parte, los aviones contraatacantes y los barcos de guerra, entretejían tal número de trazadoras y tantos disparos revueltos, que me recordaban la pirotecnia fallera en su mejor apogeo. Siendo cruel el espectáculo, era hermoso ver en un cielo negro como el del canal de la Mancha, el bombarzo que desarbolaba el navío saltando los elementos arrancados de cubierta pirueteando por los efectos de la violencia explosiva. Y el buque se hundía, partido en dos; era en verdad algo digno de verse. No puede compararse a lo mismo en la pantalla cinematográfica.

Uno tras otro, los cuatro barcos fueron a pique. Dos de ellos por submarinos, lo que el capitán de mi nave celebraba recordando el crimen cometido por los nautas ingleses en la anterior guerra mundial, cuando el crucero *Baralong* al hundir un submarino alemán y recoger su tripulación, la asesinó.

—¿Prefieres armagnac o quieres coñac? —me susurró el capitán, algo nervioso, que había seguido toda la batalla por el periscopio, tomando notas de lo que y cómo acontecía para el informe que debía emitir.

—Armagnac —contesté con el mismo tono de voz y con la boca seca, mientras del hueco inverosímil en el panel, hueco pródigo en provecho de todo submarino, extrajo la botella y me sirvió medio vaso.

Inmediatamente el capitán ordenó el cambio de rumbo y a lo largo de la nave pasó el «ratoncito luminoso», una serie de rayas y puntos encendidos sobre una banda que informaban en morse a la tripulación de la novedad en la marcha hacia la ya cercana costa inglesa o, mejor dicho, galesa puesto que esta vez, si no había «moros en la costa», debía desembarcar en el País de Gales.

Las escenas acabadas de presenciar ni podía ni quería quitármelas de las mientes. Eran como una pesadilla luminosa. El capitán me leía el pensamiento. Ya fuera del área «del silencio obligado» el nauta anfibio, más tranquilo, me preguntó:

—¿Qué le ha parecido el ataque?

—Precioso. Si la guerra no fuese cruenta, nada tan hermoso como la contemplación de una batalla aéreo-marítima en la oscu-

ridad del canal de la Mancha y además sumergido —contesté sin mentir, olvidado de quienes con los barcos se habían ahogado porque tan rápidos se hundían que pocos debieron de tener tiempo para la prevención del salvavidas.

—Bonito sí es, pero, de no tener hecho el sentido a ello por el deber patriótico de cumplir la misión encomendada, sería insoportable —contestó.

Sin embargo, y con ser azaroso aquel trance, lo que realmente me preocupaba era la misión especial que Schellenberg me había pedido y que consistía en llegar hasta la morada del sabio Machen, espíritu y cerebro de la organización Wel, una de las vertientes de la sociedad Tule, secretísima sociedad de alma y con el alma en la sabiduría de civilizaciones perdidas.

CAPÍTULO XIX

Con el que explicamos la razón de nuestro colegir en noviembre de 1940 el que la suerte del Peñón la tenía echada el Mando Supremo del Tercer Reich, salvándose por mor de acuerdo secreto del almirante Canaris, jefe supremo de la Abwehr, con el representante del presidente Roosevelt, Mr. Danovan, oficiosamente jefe del Office of Strategic Service. Acuerdo «entre caballeros», llevado a cabo en el «Hotel María Cristina» de Algeciras, el día 7 de diciembre de 1940.

Cuando *Williams* me trajo la información pedida, planeé mi arribo a la casa del hombre que ya me lo imaginaba misterioso porque *Manolo*, en su particular inquisición, había sabido que vivía apartado de la vida y dado al estudio de las ciencias ocultas. Le habían dicho que despreciaba a la Humanidad presente y creía en otra posible si el hombre se empeñaba en ella.

Llegó el día deseado y allí estuve.

El señor *Machen*, más que un hombre me pareció el argumento ajado de lo que un hombre ha sido. Viejo, sin traza de haber disfrutado a lo largo de la vida bienes algunos, se rebullía en una mal usada poltrona vestido a lo anteayer y envuelto en una manta raída también con muchos lustros en ella, el calor del gas en una estufa de presión escasa, como si en vez de calentar quisiera congraciarse con el frío dando tibieza a la estancia en vez de calor.

Cuando tuve su mano en la mía, sentí, al contacto, la impresión templada del cadáver clínico; ese calorcillo helado del ser que ha muerto sin morir y no le importa seguir muriendo. Calmo en el mirar, le adiviné también sosiego en el sentir, quizá por haber sentido mucho, quizá por no haber sentido nunca.

«¿Habrá sido joven en algún remoto tiempo este ser?», me pregunté sin que recuerde si me contesté algo.

Seguí escudriñando el ambiente en que vivía —hostil a cualquier comodidad— el sabio de mi alarmante preocupación que sentía, digo yo, atracción por mi enorme cabellera revuelta por el viento y siempre mal cuidada.

—¿Cómo es posible que sea este viejo la clave del resultado de la guerra? —le pregunté al secretario rogándole no se lo tradujese.

—Creo que es un error —me contestó Yllera un poco con reparo, dado que él no era intelectual y no sentía ninguna devoción por nuestras ocupaciones.

—Estoy seguro de que si tan decisivo es en nuestra causa, nos bastará asegurarle de que seguirá viviendo para que se muera en un par de horas, ahorrándonos el peligro que pueda constituir.

Pero, ¿era realmente un peligro o podía ser tabla de salvación?

Si la vil escalera para subir al piso representaba el comienzo de una fatiga maloliente, rumbo a la extinción por aburrimiento, la estancia en sí no era más que el cuchitril en donde cualquier ser puede ahogarse en el asco y repudio que la Humanidad debe producir en quien superándose en ella se ve arrinconado por la incomprensión y el olvido. Todo eso, y más quizá, debía de estar sintiendo Mr. Machen cuando yo llegué si es que logró memoria de su derrota. Aquella pobreza, de no más de diez chelines semanales, me hizo creer en su inteligencia superior. No es posible que una mentalidad de tres al cuarto se resigne a vida tan menguada en gracia existencial. Me vino a la mente la idea de lo apetecible que debe de ser la muerte cuando la vida niega el socorro al premio del pensamiento ya envejecido. O quizás, el deseo de seguir viviendo para ver cómo los demás se mueren.

Comprobé que un español en su casa era para él un acontecimiento. De aquí que le comenzase hablando de la necesidad en que los jóvenes españoles nos véamos en recurrir a él para que nos alentase en la creación de un rosacruzismo original que no fuera ni el Golden Dawn ni el Wel, sin dejar de ser las dos cosas. Es decir: una secreta secta a la española. Era una manera de justificar mi visita, por otra parte injustificada a no ser que le entrara de lleno en la materia, cosa arriesgada por torpe. Con poco que hubiera indagado sabría que yo era totalmente ignorante en la filosofía de esas sociedades secretas, pero no lo hizo, se perdió

en el comentario de lo que de España sabía, que era muchísimo más de lo que se me decía en la nota instructiva. Conocía la obra de Donoso Cortés y la del doctor Fourquet.

Al escuchar mi pretensión se le abrieron algo los ojillos apagados, mortecinos, en los que debió de haber, en algún tiempo, la luz que a la mirada facilita la imaginación, alentada por el remozamiento en él a mis pretensiones.

Sobre una mesa sin ningún linaje de ser o haber sido otra cosa que asiento del plasmar sus grandes fantasías —quizá revelaciones—, unos libros muy manoseados se agrupaban sin orden. En dos testeros tres armarios con libros. Desde la pequeña salita husmeé en otra habitación contigua, medio a oscuras, donde en varias estanterías se agrupaban libros y legajos ha mucho tiempo atados. No vi más, ni falta me hacía. La miseria campaba en todo y mi ánimo de escritor se apocó mucho ante aquella vejez dada al olvido por la sociedad que aprovechó la juventud creadora de quien ahora era un hombre-nada, no obstante su influencia entre quien influyó en el cerebro del Führer.

Volví a la carga con el Wel, que es en lo que yo andaba más fuerte y su relación con la guerra o, concretamente, con Hitler. Movié un poco la cabeza como queriendo levantar el ánimo y contestó afirmativo, sin duda por su parte en lo que decía:

—Hitler es un dios; un gran dios a quien le han fallado los apóstoles del camino.

—¿Cree usted que el Wel se ha equivocado en su orientación o que simplemente ha ido más lejos de lo debido en la interpretación de sus teorías con relación a lo que espera de los elementos suprahumanos?

—Ni una cosa ni otra. El Wel ha caído en la añaaza de varias conspiraciones que desde antes de nuestra Era se confabularon contra la herencia del verdadero saber. Si los hombres del Wel no han entrado en el declive, están a punto de reducirse al plano de la tendencia a la que combatió. Si, como parece, la conspiración logra desbordar la energía de sus cerebros, el mundo quedará en lo que ha venido siendo. Si se mantuviera en el principio de sus sabios conocimientos, no dude en el resurgimiento maravilloso de la ciencia que agrupa la verdad de las ciencias caducas por haber caducado el hombre cuando había logrado la sabiduría del vivir, producto de millones de años de experiencia. Ello será el imperativo de una época que yo no veré, pero que indefectiblemente culminaría en la selección del hombre por el hombre hacia lo que fue superior y no ha dejado de serlo aunque nuestro ciclo de poca cosa no haya sabido hallarlo.

—Pero, si como usted acaba de decir, el Vril o el Wel, ha caído en la añaaza de la tradicional conspiración, la ciencia de las cien-

cias caducas no llegará, puesto que su triunfo depende de la suerte que depare la guerra.

—Así es.

—¿Y cree usted que si el espíritu del Wel es desviado por esas fuerzas conspirativas, la balanza bélica se inclinaría irremediablemente contra el nazismo?

—Lo creo y lo espero.

—¿Qué diferencias fundamentales pueden ser señaladas entre las teorías de nuestra civilización, a mi juicio la menos sabia de cuantas civilizaciones ha habido, y la civilización que el nazismo auspicia?

—¿Ha leído usted a Horbinger? —me contestó preguntando precisamente por una de las personas que yo iba a poner sobre el tapete.

Vi el cielo abierto y contesté seguro de haber vencido lo peor de la misión que me había encomendado Canaris.

—Poco. He leído la *Cosmogonía glacial de Horbinger*, del doctor Fauth —mentí para ver lo que de ahí salía.

—Entonces habrá visto por esa obra y las de los sabios opuestos, que todas las grandes teorías se diferencian unas de otras en el «ser y en el haber sido» con «el deben ser, o así serán». Las primeras se asientan en la negación de todo cuanto tienda a trastocar la rutina dejando la vida a voluntad de esa cosa tan enana como es lo llamado «progreso», o sea, lo que se va descubriendo, lo que se va encontrando; y esto si no implica una radical modificación de cuanto a horca y cuchillo se viene manteniendo como inmutable. Los segundos creen en la resurrección de civilizaciones pasadas para encarnación de futuras y como consecuencia, la resurrección de la vieja civilización con miras a evitar el inexorable proceso de extinción a que la Humanidad camina.

—Veamos: si mal no lo he entendido, los aliados representan el estaticismo. Los nazis el sentido de lo que el mundo debe ser por haberlo ya sido. Ante esto tengo que creer en el triunfo nazi.

—Yo no. No creo en ese triunfo —dijo—, porque no es la razón o las razones las que van a decidir. La conspiración de la que hablé ha llegado a tiempo. Hitler es un iluminado que hubiera sido un dios de no ser soberbio. Por serlo, sus apóstoles, y concretamente Karl Haushoffer, del saber, le niegan la victoria.

Había aparecido el nombre del hombre por el cual estaba allí pero yo hice como que no le daba importancia y proseguí:

—No termino de comprender, señor Machen. Si Hitler es la imagen viva de la imaginación luminosa en el entender y asimilar otra civilización o civilizaciones, ¿cómo le van a negar su colaboración quienes lo han inducido al camino de la reencarnación del pasado?

—Hitler tiene razón en lo que desea, pero no ha acertado en la elección del procedimiento, y la luz que le alumbró en la primera etapa del recorrido se le está apagando. Hace tiempo que se ha empezado a diluir en el mundo de las tinieblas, porque él carece de luz propia y de ahí que su quimera se proyecte hacia extensiones a las que no puede llegar sin perecer en el recorrido.

Me despedí con la cita para la próxima semana. Era bastante de momento y, por otra parte, mi magnetofón de bolsillo había llegado al límite de sus posibilidades retentivas.

Con lo escuchado tenía bastante para deducir alguna luz en la oscuridad de mi camino. Ni me convenía fatigar al viejo ni fatigarme. Cuanto me había dicho era suficiente para su estudio preliminar en espera de lo que me diría más adelante.

El viejo soñador me despidió con la alegría de quien ve retoñar su influencia en una juventud lejana; para él fabulosa, que quiere no ser igual a lo que el mundo es, más por falta de capacidad, por el embotamiento a que los prejuicios milenarios la han obligado. Me dio lástima del hombre y sentí hacia él un respeto al que no estaba acostumbrado. Al despedirme y sentir la esponjosa tibieza de su mano sentí a mi vez, dolor en las entrañas.

Ya en mi despacho, saqué la grabación e hice el propicio envoltorio para enviárselo a Canaris, lo que hube de repetir después con los de las reuniones posteriores. Se había confirmado la información de *Miguel* que tan estúpida me pareció al recibirla. Lo que ahora empezaba a dudar era en la intervención que pudiera haber tenido en el trato con los astrólogos del Wel —quienes se habían pasado al enemigo— este hombre sin aliento.

CAPÍTULO XX

O el rapto de Elisabeth y lo que aconteció la noche en que se produjo como tantas otras en el Servicio de la Abwehr fue todo tan real y a lo vivo que más parece fantasía novelesca.

Elisabeth ya constituía un auténtico peligro: Con certeza yo nada sabía de lo que ella supiese de mí, pero nada difícil era imaginar las razones que la movían a seguir requiriéndome lo hecho en mis misteriosas ausencias. No le era fácil ocultar el juego más o menos igual al mío. Por de pronto, la vigilancia se había acentuado mucho y se imponían nuevas ideas para la confusión en mis tenaces perseguidores. La desaparición de la mujer, ya muy espabilada en el arte de averiguar, constituía un auténtico peligro agravado al dar por ciertas sus elucubraciones.

Fue un domingo cuando en la mañana, tras mucho sopesar las repercusiones, decidí raptarla el «próximo miércoles», día en que «Rafael», el submarino, debía venir según la rutinaria consigna acordada.

Elisabeth, cumpliendo el deber de no perder mi contacto, me llamó a casa temprano para señalar la hora de ir a almorzar. Le contesté que el mucho trabajo lo impedía y que no podría verla en todo el día; «quizá mañana lunes, tampoco pueda», le dije con fingido enojo contra el impedimento. Puso el grito en el cielo, pero no tuvo más remedio que aceptar la píldora. Inmediatamente llamé a una conocida para que me sirviera de conejo de indias y le propuse ir a cenar. Tuve suerte. No sólo lo aceptó, sino que

me preguntó por qué no nos íbamos fuera de Londres a pasar el día, que es donde yo había pensado llevarla. Necesitaba este viraje poniendo en escena un nuevo actor.

—Me agrada salir contigo, pero no sé cómo acertar para acompañarte más a menudo —me dijo.

—Hablares y es posible que ahora, por estar más desocupado, salgamos más.

—Si te parece, nos vamos fuera.

—Muy bien, después acordaremos a dónde.

—Cada día tengo más miedo a los raids —confesó.

—Encantado, Victoria —fue mi contestación.

Victoria era lo que entre los inteligentes se llama un ser tonto y entre los tontos una chica inteligente.

Sabía que los agentes del Servicio Secreto inglés me seguirían y que el cambiar de señorita daría lugar a modificaciones en las normas ya establecidas en su servicio.

Nos fuimos a Hastings y cenamos en uno de los hoteles-restaurantes que circundan el pueblo. Paseando por la playa y costa llegamos cerca del lugar en donde el lanchón del submarino aquella noche debía recoger el paquete de *Lion* y entregar lo que para el servicio trajese. Con Victoria al lado medí mentalmente el plano de la operación. Por algunas partes había mucha alambrada de pinchos en los trozos que los militares ingleses suponían vulnerables, pero nada es imposible, sobre todo si se cuenta con la oscuridad negra del canal manchego. La oscuridad es más «agradecida» que la luz. Cuando esté a punto de morir rogaré a mis deudos que me dejen a oscuras. Estudié bien sobre el terreno en dónde se llevaría a cabo el rapto y lo encontré fácil si lo medía bien para que el lanchón, en caso de fallo en la «luz negra», la de la puntualización de lugares, no tuviera que andar buscando.

Terminado el estudio ocular, volvimos al restaurante.

La noche estaba contenta en su claridad oscura.

Cuando no había terminado de afeitarme sonó el teléfono. Era *Elisabeth* para preguntarme por lo bien que lo había pasado en Hastings con la señorita que me acompañó.

—Qué mal gusto tienes —proclamó.

—¿Por qué? Tú no la conoces.

—Estás equivocado. Te vi ayer con ella. No es más guapa que yo... y sí gordita. Tú que tanto hablas de estética debes mentirle si le dices «encarnación de las musas», como a mí me dices.

—Pero...

—¡Nada! Si vuelves a salir con ella, hemos terminado —acentuó resueltamente.

Su tono superó a lo que las exigencias del Servicio imponían. No era ningún descubrimiento el que estaba enamorada de *Miguel*, de quien hablaba con ocasión o sin ella y sabía cómo le gustaba el que yo calmase sus celos. ¿Celos en una espía de raza sajona? Raro y de fácil explotación, aunque no fuese yo el celado.

Me disculpé: prometí no volver a repetir mis salidas con Victoria y no faltarle más a ella. Satisfecha, al parecer, me exigió que nos viéramos en la tarde y consentí.

—¿En tu propia casa?

—Bueno —acepté.

Mi casa era un lugar ideal para las confidencias, puesto que estaba bien equipada con elementos secretos que grababan hasta la respiración. Me dispuse a escucharla procurando saber cuánto tenía de espía y cuánto de enamorada y, sobre todo, a cuál de las dos cosas daba preferencia. Nadie sabe cómo una mujer va a reaccionar cuando está herida de un ala. Lo mismo puede tirarle un bocado al supuesto culpable en donde sea que ponerse ante él de hinojos; y lo último fue lo que hizo si no en la gráfica actitud de la expresión, sí en la tónica de sus alegatos.

—Aunque no lo creas, sólo pensando en que me llevarás a él, te he salvado en más de una ocasión. Las autoridades inglesas sospechan de ti —confesó.

—¿De qué pueden sospechar, *Elisabeth*? Mi vida es clara. De la Embajada a casa y en seguida a la cama.

—Eso no es cierto. Aquí —en casa, donde estábamos— apenas vienes. El portero facilita información de cuándo sales y cuándo entras y como por turno se relevan *Daniel* y *Leandro*, yo para evitar que algo te sucediese en ciertas ocasiones, he tenido que mentir como con *Miguel* lo hice, diciendo que he estado contigo... Esto una o dos veces pasa, pero si me cogen en varias mentiras acerca de ti, peligro.

—Luego, ¿eres tú la encargada de espiarme?

—Sí —contestó mirando al suelo avergonzada.

Hubo un silencio. Después me dijo con la mayor ternura:

—Lo peor es que de mí también sospechan...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿No me equivoqué cuando te insinué que tú lo que querías era saber si yo conocía en dónde desembarcaban los alemanes?

—No, no te equivocaste.

—Precisamente por suponer que me estaban siguiendo te he venido dando sitio a mi lado y como estimo que ya has comprobado mi inocencia...

—¿Qué quieres decir? Cierto que nada he comprobado que pueda ser acusatorio, pero...

—Habla claro.

—En principio no me importaba la ausencia de *Miguel*; después la iba sintiendo más cada día en la médula de todos mis huesos y quise seguir contigo por si cuando este infierno acabe me llevas donde él está. Y para que de tu lado no me quitaran, dije...

—¿Qué dijiste?

—Nada, que eras misterioso, que nadie sabe cuál es la verdad de ti, que no me has llevado una sola vez a tu despacho... Cosas para intrigar. Me callé, entre otras lo de tu visita a De Gaulle...

—Mi visita a De Gaulle no fue un secreto, *Elisabeth*...

—Ángel, si yo no quiero seguir engañándote, ¿por qué tú quieres seguir engañándome?

Nos llamamos y maquinalmente le serví un whisky para reanudar con dichos circunstanciales.

—Gracias, *Elisabeth*, yo también quiero ayudarte. Trataré de informarme por mis compañeros y corresponsales de Prensa en dónde se realizan esos desembarcos que tanto interesan a tus jefes y si lo consigo me arriesgaré contigo a presenciarlos para que tú puedas dar una información ocular, decisiva. Pero... por favor; di que yo te ayudé, a ver si de esta manera soy menos sospechoso y tú también dejas de serlo.

—Lo haré si me prometes que al terminar la guerra me llevas a España. De buscar a *Miguel* ya me encargaré yo.

—Es que lo tengo prometido a mí mismo, de lo contrario no te perdonaría. Vive tranquila en lo que a tu deseo se refiere.

A pesar de lo fácil que en los tres días anteriores me había parecido todo, en la mañana del miércoles empecé a sentir el preludio del miedo que aparece incertidumbre. Un raptó siempre es un raptó, aunque sea a lo «contigo pan y cebolla».

Llamé a dos de mis hombres provistos de emisoras y les ordené estuvieran listos para cuando les dijese que debían empezar una escrupulosa vigilancia a *Elisabeth*. Cada quince minutos me transmitirían su ubicación, señalándome cuanto de anormal observasen en sus movimientos.

Advertidos así, esperé la llamada de *Elisabeth* que se produjo a las cinco de la tarde.

—Te he llamado a casa y me ha dicho *Daniel* que suponía debías de estar ahí —en la Embajada— y ahí te llamo. Parece como si te gustase hacerte el interesante.

—Lo peor es que hoy no puedo abandonar lo que estoy haciendo —me estaba fumando un puro—. Nos vemos mañana.

—¿Tan importante es lo que haces? ¿Quieres que vaya a ayudarte?

—No es posible tu ayuda, aunque la deseo; y tanto como importante lo que estoy haciendo no es, pero sí ineludible. En cambio, mañana, desde la hora que te plazca, nos iremos donde quieras y no volveremos hasta el lunes.

Esto la convenció de que Victoria no estaba por medio o que no había una segunda Victoria. Comprendió qué fuerza mayor me impedía acompañarla y que no era disculpa.

—¿Qué vas a hacer esta tarde tú? —le pregunté.

—Me quedaré en casa. Quizá salga a cenar para darme y dar a los demás señales de vida.

—¿Dónde vas a ir?

—No sé. A cualquier parte. Quizá no salga.

Llamé a los dos observadores y les marqué el lugar en donde estaba.

Cada quince minutos me llegaba la misma comunicación.

—No ha salido.

Sobre las siete varió la índole de la transmisión.

—Acaba de salir. Ha tomado un taxi. Se dirige al centro.

Más tarde.

—Ha entrado en «Martínez».

Al «Restaurante Martínez» era donde yo normalmente la llevaba, pensando siempre en habituarla a un lugar. Pocos animales irracionales son tan dados al hábito de la querencia como el racional.

Yo respondí al agente:

—Pasa y toma algo. Cuando finalice la cena me lo dices. Estáre cerca de ese lugar.

La curva y oscurísima calle desde la que «Martínez» se asoma al «Trocadero», no permitía distancia de la puerta en la espera. Pero pensando que no saldría más que ella, me pareció sencillo encontrarme «por casualidad». Así fue. Antes de verla salir, la sentí bajar con su peculiar taconeo inconfundible en su manera de andar. Esperé en el quicio y al llegar a él, hice que entraba dándonos el casual tropezón.

—¡*Elisabeth!* —exclamé tomándola del brazo.

—¡Oh, Ángel! —se sorprendió porque, evidentemente, lo que menos esperaba era precisamente aquello: encontrarme.

—No he podido resistir la tentación de venir y buscarte. Te he llamado a casa por si era posible vernos y al no contestarme he pensado que a lo mejor, con algo de suerte, te encontraba aquí y aquí me tienes.

En la oscuridad las caras, serias o no, satisfechas o fastidiadas, toman aspecto de lo trascendente. *Elisabeth* me miró no creyéndome y agradeciendo mi presencia, quizá no tan santa como se la quise mostrar.

—¿Por qué no me has llamado aquí, al restaurante y hubiéramos cenado juntos?

—Lo he hecho —mentí— y creyendo llegar a tiempo he preferido darte la sorpresa.

—Nada me han dicho de que has llamado.

—Dije que no te lo comunicaran. Quería sorprenderte porque sabiendo que no gustas cenar sola...

La noche fría, con el *black-out* ululante de sirenas lejanas de donde nos llegaban ruidos de bombazos regulares, le daba al barrio de Picadilly un tinte de soledad inhóspita. De vez en cuando un automóvil con el ojillo redonde como un penique, daba la impresión de una lenta luciérnaga sin seguridad en los pasos.

—Eres extraño, Ángel. Sé que el suponerme aquí no es cosa del otro mundo, pero...

—¿Qué? ¿Qué tiene ese pero?

—No sé, sigo sin entenderte.

—¿No hubieras querido que viniese?

—Como lo has hecho no. Me hubiera gustado que todo transcurriese sin sorpresas. ¿Dónde tienes el coche?

—Ahí —señalé un taxi que se nos aproximaba.

—¿Dónde vamos? —preguntó el taxista.

—Vamos... a las afueras, a... Hastings. Al llegar allí le diremos el local en el que nos quedamos. Deberemos primero ver si hay mesa.

Elisabeth me dijo que no había pasado bien el día; decadente en el pesimismo de que la guerra se prolongaba más de lo que había supuesto. Hice referencia a su ya poco frecuente concurrencia al «Café París» y, por el contrario, su apego a mí, lo que no era rentable a su economía. No supo qué contestarme.

Cuando llegamos a Hastings, la afluencia de público era total. Entramos en dos lugares y por fin nos instalamos en un hotel en donde era la tercera vez que registraban el nombre de mi documentación real, la de mi pasaporte diplomático. En un rincón, una mesa parecía estar esperándonos. La pista apretujada se movía al son de una pieza portuguesa muy rítmica. Pedí rutinariamente una botella de champaña. Nos sentamos sin que *Elisabeth* diese muestras de ningún contento.

—¿No estás contenta?

—Sí lo estoy, pero de otra manera. Parece o me parece que debo acostumbrarme contigo a maneras lejanas a mis costumbres. Eres una nueva experiencia cada día.

Lo decía ensimismada y me agradaba escucharla, porque eso era lo que yo me había propuesto parecerle, la imagen de la confusión y lo inconcreto. Ello me permitía maniobrar, si no enteramente, seguro sí, con holgura en la confianza.

—Parece como si hubiese adelantado el fin de semana para resarcirme de la faena del domingo —me dijo al sentarnos a la mesa.

—Puede ser. ¿Tú no crees en la conciencia?

Más que un mohín fue mueca lo que hizo para dar a entender que la conciencia no la tenía a mano. Después, más serio, le dije:

—Te prometí anteayer ayudarte en tu misión de saber lo de los desembarcos alemanes. Por fin he averiguado que cerca de aquí desembarcan lanchas francesas entre las que vienen espías alemanes.

—Esas informaciones se conocen en el Servicio de Inteligencia al dedillo. Nuestros agentes entre los franceses tienen perfecto conocimiento de esos desembarcos y detienen a todo sospechoso, comprende que eso no es nada —puso suficiente en el decir y cierto encanto.

—No lo sabía, pero aun siendo así el que tú mañana informes de lo que tus ojos han visto...

—Servirá para que me regañen diciendo que mi misión es saber las cosas, no comprobarlas.

—Total, que yo creía haber descubierto la pólvora y...

Si entre los irracionales se dan frecuentes casos de presentimientos, en los racionales se dan quizá con intensidad de fenómeno sin explicación. *Elisabeth* no pudo ocultar desasosiego. Toda la alegría que había demostrado las últimas horas en Londres, se le acabó al llegar al hotel de la costa de Hastings. *Elisabeth* en la mesa tenía mala cara. Miraba en dirección al Este con mezcla de sueño y temor, como si adivinase que dentro de unas horas iba a estar allí.

—Por favor —pidió ella—, deme un escocés sin hielo, sin soda, pero doble cantidad de whisky —y como justificándose, acentuó—: Renuncio al champaña, no te enfades.

—¿Por qué voy a enfadarme? No obstante, me parece que no reconoces mi buena voluntad, puesto que tu deseo, me lo has dicho, es que brilles en tu servicio.

—Claro que la reconozco. Es que no sé qué he sentido cuando me has dicho aquí que vamos a presenciar un desembarco. ¿Por qué no me lo has dicho en Londres y yo hubiera conseguido gente que nos protegiera en caso de sucedernos algo?

Mientras se agachaba a recoger el bolso que yo «involuntariamente» dejé caer con el codo, oprimiendo una cápsula de antemano pinchada, puse en su vaso una gota de «burundanga» colombiana, que por sí sola es una droga hipnótica, y mezclada o digerida con alcohol en la dosis de una gota, no es hipnotismo lo que produce, sino alucinantes deseos de estar, concurrir con el ser próximo al que se le toma por protector.

Cuando se incorporó, continuando el diálogo, le pregunté:

—¿Qué puede sucedernos, mujer?

—De momento que nos detengan los centinelas costeros, y después que a mí me amonesten por haber llegado hasta aquí con un extranjero sin dar cuenta de ello. No quiero líos, Ángel. Mira cómo está todo de alambradas.

Me tomó del brazo y me sacó a la terraza vacía.

—Sin embargo, nadie nos ha prohibido llegar a estos lugares donde tantos forasteros hay, lo que prueba que podemos estar tranquilamente y caminar por donde queramos.

—No sé por qué se te ha ocurrido este sitio. Te fías demasiado en tu buena estrella.

Cantando el viento frío, nos hizo volver a la sala. Esto de que me fiaba de mi buena estrella me lo solía decir con frecuencia y con frecuencia repetía lo de su mala estrella.

—No te preocupes, a las doce nos marchamos. Yo tengo mucho que hacer mañana.

Elisabeth pidió un segundo whisky sin mucho convencimiento de lo que le decía y abstraída bebió, pero ya con síntomas esperanzadores. Me tomó la mano y el panorama de minuto en minuto viró en redondo. Le propuse tomar café en un salón cercano al lugar en donde vendría el lanchón si no me habían engañado. Quería sacarle algo antes de la partida para que se confiase a mí y a la costa.

—Hay una excelente pista de baile.

—Bueno, iremos —otorgó—. Conozco ese sitio como todo buen residente en Londres. Comienzo a sentirme segura a tu lado. He cambiado de repente, pero esta noche no me seduce nada.

Cuando salimos del coche, la oscuridad estaba en su mayor solidez.

El nuevo lugar bullía en danza y elegancia caballeresca. Era uno de esos sitios a donde los ingleses iban, huyendo del terror, a seguir siendo unas horas lo que habían sido desde que Disraeli les amañó el Imperio. Por un momento dejé de pensar en el rapto para meditar en lo que de ellos iba a ser cuando la paz llegase atropelladamente sin tiempo para volver a situar el orden de su tradicional conducta imperial sobre las bases en las que el Imperio estaba asentado cuando llegó la guerra.

Después de unas cuantas vueltas en las que puso de manifiesto el neoentusiasmo, la invité:

—Salgamos.

—Aunque es peligroso y nadie sabe dónde estoy, vamos. Hay que verlo todo.

El efecto del preparado aún no había llegado a su apogeo. Confirmó lo que me había supuesto en la mañana. Que nadie sabía

en dónde estaría aquella noche y nadie podría pedirme cuentas de lo que de ella había sido.

—Parece que vas teniendo fe en mí, *Elisabeth*.

—Sí, la tengo... De no tenerla, ¿crees que saldría? Es más, me gusta y se me está esponjando la fantasía. Estoy viendo cómo vienen los alemanes y nos raptan y nos fusilan a los dos juntos.

—Eres poética. De fantasía novelística. Sin embargo, confórmate con presenciar un desembarco. Y yo mismo haré un informe que tú traducirás y darás como tuyo.

Se rió y se apretó más a mi brazo.

—Tu informe no servirá. Estoy segura de que tú te perderás en imágenes literarias y eso no lo quieren mis jefes.

—¿Qué quieren?

—Cosas concretas sin lirismos ni «puñetas», como decía *Miguel*. Oye, ¿y qué son «puñetas»?

—Despacio, no hables. Estamos llegando donde debemos aguardar a que se produzca el desembarco... Tampoco temas: traigo pistola...

Las aguas rumorosas del Atlántico lo apagaban todo. *Elisabeth* temblaba de emoción y más desde que le anuncié lo de la pistola.

—Tengo frío, pero no te importe. Ahora estoy valiente, Ángel —me dijo susurrando y de verdad tiritando.

—Ven —y cada vez más pegada di con ella la vuelta a un risco sobre el pedregal a donde el mar entraba en recoveco.

—Mira —le señalé con la voz un lugar a la derecha de donde estábamos.

—No veo nada —lo pronunció tan callando que yo mismo debía adivinar sus palabras.

El bote estaba frente a nosotros. Unos pasos más y el mar casi violento en su natural expresión de horas en semicalma llegaba hasta casi donde estábamos. Una ola nos salpicó empapándonos. *Elisabeth* en su confusión no advirtió que al hacer que me caía, ella, prendida a mí, también cayó en el neumático lanchón. Ya en el fondo del bote dio un grito tan grande que el ruido del oleaje no pudo ahogarlo del todo. Un marinero le fue a poner la mano en la boca y yo se la retiré dándole a entender que no era necesario. Al ciar, el oleaje elevó y ladeó tanto la embarcación que de no ser por el auxilio de los marineros yo, ocupado en cuidar de ella, hubiese caído al mar. Volvió *Elisabeth* a gritar, pero el bote ganaba mar con premura.

—Calla, *Elisabeth* —le dije al oído susurrando que es como el mandato más penetra en los sentidos del temeroso—. Debes estar contenta, por lo menos nada malo nos sucede.

Otra ola volvió a elevar la nave de goma cortándome la frase. Sonó un disparo en la costa, luego otro y después más. Pero ya

nada podía suceder. La «sólida» oscuridad impedía el milagro del acierto. *Elisabeth*, abrazada a mí, lloraba.

—No llores. Es a la libertad con *Miguel* a la que te estoy llevando. Mientras llegas a él, estaré contigo.

Aún más nerviosa y confusa se apretaba a mí.

—Me mareo, Ángel. No puedo más —dijo y devolvió algo.

La puerta abierta escotillera del submarino esperando, nos ofrecía la entrada. Tanto como la oscuridad en el mar, la del interior de la nave a la que aupados por los marineros estábamos pasando, se precipitó sin soltarme. No tenía tiempo para ninguna reacción. Ya dentro, con los pies en base firme, sintió alivio al oír cerrarse la puerta e iluminarse el interior. Asombrada, sin recuperar el estado normal que le daba galana elegancia, se reflejaba en ella una especie de creencia en la esperanza de que las secuencias acontecidas ininterrumpidamente, en su inconsciente más de una vez tuvieron residencia. Debió de tener presumido, no una vez sola, lo que esto en su ocupación de espiar llevaba consigo.

—Tenía que suceder. ¿Qué me van a hacer? —preguntó al capitán en un alemán perfecto que nunca yo supe que sabía.

En su cara y en su ánimo se reflejaba la expresión de que no estaba en malas manos.

—Nada, señorita. Usted es la huésped de... ¿Cómo se llama? —me preguntó el capitán que efectivamente me conocía por otro nombre y no sabía si ante *Elisabeth* podía o no pronunciarlo.

—Ángel —aclaré para que saliera del paso.

—¡Ah! Sí, Ángel. Usted, señorita, depende de Ángel y me imagino que no estará usted descontenta.

Elisabeth me miró moviendo la cabeza, diciendo que no lo estaba cambiando todo súbitamente cuando la alarma impuso el orden de cada quién en su sitio. Con el índice en la boca le hice señal de que debíamos «tragarnos» hasta la respiración.

Cuando la alarma pasó mientras la cual estuvo asida o cosida a mi brazo, me preguntó:

—¿Qué debo esperar?

—Nada malo. Nada ha de sucederte que no mejore la tranquilidad de tu vivir. Tu vida será solaz. Yo ordenaré tu destino y en él serás tú la que diga cómo han de cubrirse tus necesidades.

Ya en tierra, di órdenes rigurosas de que nadie, bajo ningún pretexto intentase ningún interrogatorio. Yo me ocuparía de ello, como así fue. Al día siguiente, apenas descansó, nos trasladamos a España donde permaneció en una finca aislada hasta el año cuarenta y cuatro, que la dejé en plena libertad sin que nadie la molestase con inquisiciones. Pero no quiso volver a su patria marchando a América a donde cinco años después la encontré en el «Hotel Calamarí», de Cartagena de Indias.

CAPÍTULO XXI

Sabroso texto donde digo, y digo bien, de la estrategia empleada para que el Intelligence Service paliara en algo la penuria del dinero preciso para el pago puntual a la multiplicación de becas que nos comían los bolsillos. Y cómo el enemigo nos felicitó por la obra.

Viniendo de Lisboa a Madrid, en la carretera el almirante me dijo que debía ir preparándome para ir a América a organizar la comunicación de los agentes con nuestros puntos de escucha en el océano. Mientras yo actuaba en Inglaterra, Hans en Madrid mandó y situó en Panamá, Guatemala y México media docena de agentes muy buenos activistas, quienes enviaban por correo las informaciones llegando con tanto retraso a España que se llegaron a operaciones considerables en cuanto a la impunidad del enemigo en aquellas regiones donde, de haber llegado los envíos, se le hubiera reducido en sus movimientos.

—Tenemos cuatro jefes de grupo en cuatro países a quienes no podemos dejar más tiempo sin dotarles de emisoras con capacidad para la transmisión con nuestros puntos volantes en el Caribe.

Fue larga la cadena de consideraciones que el almirante me expuso para ponerle impedimentos al jefe de la Abwehr. Tenía fe en que con mis mejores medios la cosa empezaría a funcionar como funcionaba en Inglaterra.

El almirante no me daba tiempo a opinar sobre el tema de la operación, la que por deberse llevar a cabo sobre países míticos

en mis conocimientos me comenzaba a gustar.

—Esta misión no se le puede confiar a un simple iniciado —continuó—. Aparte que al Servicio le importa mucho el evitar que pueda enterarse un segundo hombre, pues debido a que la brillantez del «relámpago» se ha opacado, los hombres comienzan si no a fallar en confianza, sí en sus convicciones. Nadie debe saber, a excepción de nosotros, la técnica de la operación —decretando que todo debía quedar en mí y en él.

Me pidió parecer y más o menos fue esto lo que le contesté:

—Desconozco aquellas tierras y los pocos seres nativos que de allí he tratado me tienen dada la impresión de que su capacidad sólo es apta para servicios de poca altura, trailleva, sin que se pueda correr el riesgo de otras confianzas.

—Cierto. Pero no se trata de poner a pensar a los nativos, sino del total aprovechamiento de nuestros hombres, quienes han ido con el bagaje de la mejor enseñanza y a juzgar por lo que se ha recibido de ellos, su utilidad nos es necesaria.

—Cuente conmigo —prometí a Guillermo Canaris, de quien me estaba llegando contrario a su lealtad—, aunque no me hago ilusiones. Toda nueva experiencia es un encuentro con lo otro, lo desconocido.

—Por difícil que le parezca, desde aquí, la Extremadura caliente, el movimiento en América nunca será como en Inglaterra. Usted —razonaba el almirante, ya con más surcos en la cara que los correspondientes a lo normal en un físico de su edad—, allí, en la Gran Bretaña, ha luchado con agentes de gran experiencia en su propio terreno y prueba de que los ha superado es que está usted aquí —me estimulaba—. Lo que va a hacer en los países hispano-americanos es más sencillo; se va a reducir a la introducción e instrucción del manejo de los aparatos y códigos a cada uno de los miembros, dos de ellos distanciados de los demás en un par de millares de kilómetros. Ya conocen los aparatos y los esperan. Aunque el Servicio, en cuanto yo llegue a Berlín, le enviará a donde usted indique en América. Su propia elección del sitio es la mejor garantía. Los planes, como de costumbre los operará a su gusto.

El almirante, cuando tenía fe en sus hombres, no quería saber del cómo se valían para llevarlo a cabo.

La caja blindada con los planes llegaron directamente de Berlín en submarino al lugar que yo había marcado en la costa guatemalteca. Los fue a recoger un español residente en Quezaltenango, quien desde los primeros días de la guerra trabajó sin sanción teniendo una «hoja de servicios» sin mácula. Las pequeñas emisoras las depositó en una casa alquilada para el Servicio en la

costa atlántica. Ya allí las fui distribuyendo a cada uno de los agentes. Con los aparatos entregué las claves, no sin enseñarles la traducción, etc., así como las nuevas normas horarias. Todo debía quedar terminado en un mes, tiempo suficiente si no había dificultad o contradicciones; y las hubo y no por culpa del enemigo.

Cuando me disponía al regreso recibí una comunicación tan larga que me fue menester diez horas para traducirla. Una vez leída, supe que debía recoger otro envío con aparatos emisores —cinco emisoras— para los Estados Unidos. En principio supuse una operación difícil y me fui a tantearla a Mexicali, frontera mexicano-estadounidense. No fue difícil el estudio de los pasos viables.

En las fronteras, aun con la debida protección, se hacía carente la capacidad de los agentes que las custodiaban debido a la necesidad de que entraran braceros mexicanos de los que no podían prescindir no obstante tratarlos como o peor que a esclavos.

Por otra parte, al ciudadano norteamericano se le había engañado en relación con su entrada en la guerra. La moral del soldado era simplemente deportiva, basada en razones artificiales, mientras que la del mercader se cifraba en el dominio personal. Tres veces entré y salí del país y podía haberlo hecho cien más sin precaverme excepcionalmente.

Las emisoras fueron entregadas en Los Ángeles, Washington, Chicago y Nueva York sin ninguna insoslayable dificultad.

Comprobé que nuestros agentes de Washington y Nueva York estaban perfectamente introducidos con muy buenas fuentes a su servicio, casi en su totalidad judíos que, como era lógico, no daban un paso sin cobrar, pero facilitaban informaciones sorprendentes y esto nunca es caro. Sin embargo, y aunque los hombres de Canaris recibían buen dinero, no les era suficiente cuanto se les hacía llegar a sus manos. Les prometí más aunque en mi fuero interno no sabía de dónde lo iba a sacar puesto que las arcas de la Abwehr ya estaban vacías en cuanto a dinero legal. Había fardos de dólares falsos, pero yo no me exponía a que por ese tipo de moneda cayeran agentes tan importantes en mi consideración como aquéllos.

En aquel viaje de regreso —tuve que hacerlo en submarino—, largo e intranquilo por el buen control que los ingleses ejercían en Bermudas, me distraje pensando en cómo debía resolverse los cuantiosos emolumentos de aquellos costosos agentes. Había que discurrir algo y acerté en ello aunque no de acción tan rápida como deseaba, porque aquella falta no admitía demora. Esto era el que otro Servicio más rico pechara con los gastos ya en algunos meses fabulosos.

A las cinco de la tarde, un día del mes de agosto, la doncella me anunció:

—Señor, un chino ha venido a verlo. Me ha dado esta tarjeta.

La tarjeta me era conocida. No era chino el visitante, sino el encargado de negocios de la Embajada japonesa, señor Miura, quien con la simpatía peculiar en él, nos saludamos como aliados. Hice como si no lo estuviera esperando y celebré su presencia ofreciéndome para cuanto de mí necesitara.

El hombre, con tacto exquisito, con su delicadeza oriental, delicadeza en la predilección de mi estima, me dijo que un amigo nuestro —mi mejor amigo— le había dicho que yo podía ser útil a su país empeñado en la guerra con el mercader agresor.

Yo sabía lo que le había dicho nuestro amigo. Tan lo sabía que Miura me estaba diciendo lo que yo le había dicho a mi amigo que le dijera al embajador japonés para que éste, a su vez, lo pretendiera en mí. Ésta era la estratagema para poder pagar con suficiencia a los agentes alemanes en Norteamérica.

Mi amigo, Wilhelm Oberbeil, encomió al embajador mis cualidades y llegó a la afirmación de que yo era el hombre mejor informado respecto a todo lo concerniente con la guerra y la política norteamericanas debido a la red del Servicio que desde el cuarenta y uno venía trabajando en el país de «Las cabañas del Tío Tom». Según me dijo, se lo avaló de esta manera:

—Respondo de él —de mí—, porque yo le he encargado este Servicio y en su obra tiene en el haber... Cuenta con muy buenos agentes y si no tiene más es porque nosotros carecemos de dinero.

El japonés afirmó a su embajador Yakichiro Suma, y éste al Servicio Secreto de su país quien conocía con suficiencia mi labor en Inglaterra y por lo que contestó con premura diciendo que por todos los medios me «captaran». He aquí por qué estuve al servicio del país más bonito, heroico y agradable del mundo entero.

Aquel día traté y convine con el primer secretario, que me había ido a visitar, y después lo confirmé con el embajador, Yakichiro Suma, persona extraordinariamente grata aunque diga lo contrario el señor Hoare en su libro antiespañol.

Después de aquel contacto y nueva responsabilidad, empezaron a entrarme cantidades suficientes para pagar con creces a nuestros agentes en Norteamérica y otros países del hemisferio occidental de donde nos llegaban servicios francamente valiosos para el Alto Mando nipón del que me sentía orgulloso por dirigir a unos hombres cuyo espíritu superaba cualquier fantasía.

Y como la guerra es la guerra y en ella se explicaba lo inexplicable, en este tipo de azarosos trabajos, llegó un momento que

empezaron a faltar pesetas para pagar a mis agentes de Madrid, y como lo de los japoneses había salido bien, me animé a que ahora lo pagaran los propios ingleses, puesto que abundaban en esta moneda.

Aunque se llamaba José le vamos a llamar *Lorente* para no confundirlo con el José de marras.

Lorente era un pusilánime abogado, que yo había preparado para agente en Inglaterra, pero que deseché su servicio siendo como era honrado y buen agente, carecía del sentido del sacrificio. Lo utilicé en servicios de cierta delicadeza, que era para lo que realmente servía si en ellos no exponía nada. *Lorente*, flaco y elegante, podía serme útil en esto de sacar dinero a los ingleses. Una vez madura la idea, se la expuse a *Lorente* y le gustó. Acordamos correr la voz de que acababa de entrar en mi secretaría y con diversos pretextos le hacía ir a casa todos los días, permanecer en ella más tiempo del necesario aunque estuviera leyendo un libro en el salón a donde no llegaba el menor contenido informativo. Apenas esto se halló a punto y con la leyenda de «secretario particular» siguiendo lo trazado entrambos, se produjo en los establecimientos en los que los agentes ingleses eran asiduos, quienes tras comprobar no sólo lo que presumía, sino las entradas y salidas de casa, llegó a él lo que, como habíamos previsto, puntual me vino a comunicar. Aquél fue el momento de operar y como no terminaba de atreverse, le ordené:

—Vas a darle a entender que estás dispuesto a la traición prometiéndole fotografiar todos mis papeles y darles copia de las informaciones que yo recibo de los agentes en nuestro mundo hispánico. Naturalmente, deja bien sentado que esto lo haces por dinero y no por ningún ideal, lo que contribuirá más a la creencia, y que el precio es quinientas mil pesetas. Te regatearán y no arriesgarán más de la quinta parte. De esta cantidad tú llevas un diez por ciento y el resto para los camaradas.

Todo siguió su ritmo natural. El inglés a quien yo le mandé, Stanley, quedó en contestarle «mañana» para lo que se citaron en un solar de la calle Velázquez, orinando detrás de la tapia donde yo puse un elemento en uno de los edificios con ventana al solar para que comprobara el tiempo exacto que estuvieran y controlara un aparato situado en donde *Lorente* dijo que iba a esperar y por el que se escuchó cuanto hablaron.

Lorente me fue fiel en todo, según comprobamos. Me había equivocado. No le regatearon nada. Al día siguiente me traía la primera y gran entrega a cambio de la documentación que yo le tenía preparada.

Más dinero vino después, y no sólo dinero trajo *Lorente*: también una máquina «Minox» y otros aparatos de precisión de los que yo andaba loco por poseer.

En la Abwehr estaban más satisfechos aún que yo por uno de los magnetófonos minúsculos del que teníamos noticia, pero nunca habíamos visto. Un mes duró el juego de engañar al Servicio de Inteligencia inglés, lo suficiente para que mis agentes en España cobraran sus sueldos de buenas pesetas, porque las alemanas, como las libras, los dólares y los escudos, también eran falsas.

Cuando comprobaron los ingleses la faena por la que no sólo operaron en falso, sino que llegaron a encarcelar a uno de sus agentes, se produjo algo que no olvidaré en mi vida.

Mientras yo cenaba en el «Regis» con *Lorente*, llegó el joven Stanley con quien él había tratado. Mi compañero perdió el habla aunque me veía sonreír.

—Que aproveche —deseó.

—Gracias, caballero. Me gustaría que nos acompañase.

—Y a mí. Por eso he venido —dijo el inglés.

Se sentó, y como si tuviera prisa por expresar su deseo, me alargó la mano y me dijo:

—He venido a felicitarle, y crea en mi absoluta sinceridad.

—Lo creo. Yo hubiera hecho lo mismo si el burlado hubiese sido yo —le contesté con la más sincera de las convicciones.

—En este oficio, Ángel, ¿o prefiere que le llame doctor Land, o padre Pereira?, en este oficio nadie burla a nadie porque todos somos burladores —continuó—. Pero lo que he venido a decir es que usted es digno de mejor causa.

—No le entiendo bien, Stanley, exprese con claridad.

—Lo intentaré. Está usted luchando con una cabeza y honradez que los alemanes no merecen.

—¿Por qué?

—Porque cree usted en el nazismo y profundamente en la filosofía de su contenido. Usted ha averiguado que tras la apariencia para el consumo popular se proyecta el neodestino universal hacia una mutación del hombre y su ecología. Es cierto, Ángel, pero es igualmente cierto el que el cerebro de los aliados se encamina al mismo punto por otro procedimiento quizás, Ángel, más de su gusto: con menos soberbia avasalladora y usted es todo lo contrario aunque por razones de su Servicio parezca otra cosa. Su lealtad para con usted propio, lo lleva hasta proceder como ha procedido a través de este inocente amigo. Yo sé y mis jefes lo saben, que a estas alturas trabaja usted con Alemania contra su voluntad, pero le agobia el que por dejarlo lo crean cobarde o traidor. Me asombra que se haya podido entender con los brutos de sus jefes:

—No tengo más jefe que el almirante y ese señor es todo un delicado caballero.

—También es asombroso que el almirante permanezca leal a una causa que no es la suya, pero nada es en la guerra tan frecuente como la paradoja.

Tomamos una botella de champaña y con habilidad, a escondidas de *Lorente*, me dio su tarjeta con un número de teléfono escrito a mano y esta leyenda:

«Llámeme a las doce y diecisiete minutos de mañana. Debemos almorzar y hablar.»

En seguida miró al reloj y dijo:

—¡Oh! Otra vez se ha retrasado esta maldita «patata». ¿Qué hora tiene usted?

—Las once, cuarenta y tres minutos y diecinueve segundos.

—Gracias. Estos relojes son buenos por el metal con que se forran, por lo demás...

El testigo presencial, *Lorente*, contó una historia de otro reloj de oro de su propiedad que se adelantaba y retrasaba, sin sospechar que el amigo a quien habíamos engañado, lo que hizo fue poner los dos relojes —el suyo con el mío— al unísono para que mi llamada no ofreciese dudas.

Como habíamos acordado dos días antes por teléfono, Stanley y yo almorzamos en el reservado de una taberna en la calle Fuenarral. No anduvo con rodeos. Con los entremeses dio comienzo al programa.

—Sé que es inútil proponerle que se pase a nosotros y no es éste el fondo de mi proposición. Alemania tiene perdida la guerra...

Expuso las razones, nada nuevas, para mí, por las que Alemania tenía la guerra perdida y lo implacables que los aliados, por exigencia del amo financiero, iban a ser con el vencido.

—Nosotros no queremos ponerle a usted en el trance de la traición o la aparente cobardía que sus enemigos públicos se darían prisa a explotar. Lo que deseamos es salvarlo porque lo merece. Le propongo un rapto artificial del que nadie sospechará. ¿Acepta?

—No. Sé bien que la guerra, salvo el milagro, no la ganará Alemania: sé lo que me espera, pero me avergonzaría de mí mismo si me prestase a un simulacro que tarde o temprano se sabría. Tengo dos hijos y quiero caminar con la frente alta.

—Esperaba esta contestación. Sin embargo, y le hablo con la más convincente de las sinceridades, piénselo. El número de teléfono que le di el otro día es el que yo tengo personalmente. Esto de darle el número que el enemigo no conoce es una prueba de la

confianza que en usted tengo. Usted es incapaz de hacerme traición en este caso concreto.

—Puede estar seguro de ello —le garanticé.

Cuando terminada la guerra tropecé con este amigo en Suiza como miembro de la Comisión Interaliada para la repatriación, no sólo fue mi salvador, por no decir quien era, sino por afirmar que, aun pareciéndome mucho a las fotografías con que me acosaban, no era suficiente para imponer aquel criterio.

CAPÍTULO XXII

Con las incidencias de un viaje a Berlín entre las que se cuenta cómo fuimos atacados en el aire, derribado el avión que nos llevaba y cómo en paracaídas caímos casi en el río.

Según las apariencias, Oberbeil había venido a Madrid a resolver algunas cuestiones técnicas del Servicio. Eso fue lo que dijo y por ello se preocupó *Herman*. Por mi parte lo celebré mucho, porque Willy era mi mejor amigo en la Abwehr. Su condición de caballero, su elegancia —es lo que más distingo en las personas— y con ello un caudal de sinceridad estimable, me hicieron, hasta los últimos días de su vida, considerarle mi segunda persona. En cuanto nos quedamos solos, me comunicó:

—No he venido a Madrid a nada de lo que he dicho. Mañana vienes a Berlín conmigo. Es por lo único que estoy aquí, pero de ello nadie debe enterarse.

—A Berlín..., ¿a qué?

—No sé. El jefe no me ha dado explicaciones.

Siempre que se me había necesitado fuera de Madrid o del medio en donde estuviese operando, había ido yo puntualmente a donde se me necesitase con una simple indicación, en ocasiones escrita en un pedazo de papel a lápiz sin firma ni contraseña. Pero jamás había venido nadie «a por mí». Por esto me llamó poderosamente la atención el que me mandase a recogerme nada menos que al «tercero» en la «Sección ibérica» siempre tan necesario en la central.

—¿No te alegras? —me preguntó Oberbeil al verme si no preocupado, sí confuso en la expectativa.

—Hombre..., quizá me alegre.

Le expuse que me sorprendía la manera de citarme un poco a lo prisionero y Willy, después de tomarlo a broma, me aseguró que ello obedecía a una cita «indemorable» de un alto jefe. Pero él no sabía quién era. Y agregó:

—Sea quien sea, es superior al almirante. De lo contrario no se me hubiera mandado a mí; y tú sabes que si un señor de esta altura dice un día y una hora, no es posible irle diciendo que el señor citado no ha podido llegar.

Según lo que yo sabía, el almirante sólo tenía dos superiores, cuya letra inicial de sus apellidos era la misma: la «H». O era Hitler o Himmler. Del primero me encantaba ser recibido, y lo venía deseando tiempo atrás; el segundo...

—Sea uno o sea el otro, para algo importante deben llamarme; y que yo recuerde, nada decisivo se ha informado para honor de tanta altura.

—Yo no sé una palabra, Ángel, sobre la índole de esta llamada, puesto que ya sabes cómo trabajamos, pero... sospecho que tiene relación con el comunicado de *Sebastián* desde Washington, que no sólo te ha llegado a ti por nuestro agente en el «Comillas» sino que llegó a la central por radio.

—¡Ahhh...!

El comunicado decía: «Con certeza sé que se ha terminado el estudio de una nueva arma terrorífica hecha con átomos.» Y agregaba que los primeros experimentos habían sido satisfactorios.

Según me afirmó Oberbeil, esta información tan sólo carente de técnica literaria, había revuelto la entraña del Alto Estado Mayor alemán y los efectos llevaron a la explosión colérica del Führer a quien, por otra parte, le constaba el buen avance de Norteamérica en la técnica de la aplicación atómica como exterminio de rodales de la tierra. Yo mismo, sin la ciencia valorativa del Estado Mayor alemán, había pensado al recibirlo que si «el estudio» estaba concluido poco faltaba para sentir las bombas sobre nuestras cabezas. ¿Qué podría preguntarme el Führer? ¿Quizá por la confianza que el agente informador me merecía? Sobre todo; sobre la confianza que yo tenía en el agente, habíamos hablado Canaris y yo buen rato dejando aclarado todo. y me suponía que así se lo habría hecho constar. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Bueno, Willy, allí me lo dirán.

Por primera vez en mis andanzas bélicas hice un viaje realmente intranquilo. Me imponía llegar a la presencia del hombre, en voluntad, más poderoso del mundo, y me hacía pensar en el poder destructivo del nuevo artefacto. ¿Qué iba a ser de la Humanidad

que superviviese? Ya lo que menos me importaba era ganar o perder la guerra; lo que me importaba era que por la guerra podía perderse lo mejor de la Humanidad, porque aunque ganaran los aliados, según lo que me habían dicho del poder nocivo del átomo en libertad, los hombres que sobreviviesen a ello, serían tarados, en mutación continua de la especie.

Aquella noche cenamos los dos en un restaurante de las afueras de Madrid y hablamos mucho del curso de la guerra. Tampoco Oberbeil tenía ninguna esperanza. Nos reíamos de nosotros mismos, de nuestra suerte, pero lamentábamos la de la Humanidad.

Quedamos en la hora que partiríamos al día siguiente, y nos despedimos.

Llegamos al campo aéreo de la Luftwaffe de Mont-de-Marsan sobre las cinco de la tarde, para salir en la madrugada hacia otro aeródromo militar no lejos de Berlín. Las autoridades del campo me obsequiaron en la medida de sus posibilidades y contaré una anécdota, que fue lo único en el viaje con que hice refír y me refí satisfecho.

En el comedor del aeropuerto se reunió la oficialidad disponible y las señoras que con ellas compartían los azares de la guerra. Se sirvió la cena; pobre en mi concepto de buen comedor de viandas llegado de un país en donde de todo había. Era cuanto aquellos héroes del aire, con tantas batallas ganadas y perdidas, tenían para ofrecermé. Con el primer plato de no sé qué, se sirvió una taza de —creía yo— caldo de raro sabor entre heno y tortuga.

—¿De qué es esta sopa? —pregunté con el ánimo de incorporarla a la carta gastronómica de mis costumbres como algo sin precedentes.

—¿Qué sopa? —preguntó a su vez el coronel.

—Esta —y señalé con el dedo el tazón.

La risa se produjo sin disimulo en cada uno de los comensales más o menos sonora. Extrañado, inquirí con la mirada.

—No es sopa, es café —afirmó la más joven de las esposas allí presentes.

—Juro solemnemente que ni Dios reconocería por el sabor ni por el color tampoco, y menos por el aroma, que esta pócima sea café.

Aún se rieron más.

—Es café de guerra —aclaró Oberbeil.

Prometí enviarles grano del mejor cafetal del trópico en cuanto volviese a Madrid, y lo cumplí.

En la madrugada, como estaba previsto, subimos al entonces

gigante de los vientos con las puertas sin puerta en las que había instaladas ametralladoras. Cada servidor en su sitio, el avión decaló no sin antes ponernos los paracaídas con las bandas enganchadas por sí, como hubo que hacer, la urgencia no permitía andar enganchado. Esto sólo se hizo en los paracaídas de Oberbeil y el mío. Los demás ni puestos los llevaban.

Sobre la altura de Metz, el avión viró no sé cuántos grados porque el enemigo venía de operar en no sé qué sector alemán para seguir poco tiempo en aquella ruta. Volvimos a virar nuevamente porque otro grupo enemigo iba a bombardear a no sé dónde. Huyendo por aquí y por allí, al final no fue posible eludir el encuentro. Nos atacaron.

Por lo primero que supe de la buena puntería enemiga, fue porque me cayó una gotera de sangre sobre el hombro y brazo izquierdo. El bombardero que en la claraboya del techo venía disparando y defendiéndose, enmudeció. Miré hacia arriba y el hombre colgado de su amarre agonizaba con unas ganas de vivir en el rostro como quizás en su vida hubiese tenido. Sin darme cuenta, todos los sirvientes del aparato se habían puesto el paracaídas. Uno de aquéllos vino a levantarme del asiento —a Oberbeil y a mí— y nos aproximó a la puerta comprobando que la banda estaba sujeta, pero nos dijo que aún no era preciso saltar: que estuviéramos preparados por si era necesario. Apenas terminó de decirlo, un ruido horrible se produjo en el aparato. No aguardé órdenes ni me preocupé de nadie. El espacio me pareció el más viable de los caminos. Como si toda la vida hubiera sido un ícaro salté o me lancé a andar por el espacio sin ninguna conciencia de lo que hacía. Se apoderó de mí un estado tonto que me quitó el miedo. La bofetada del aire la sentí como el primer empujón de la gracia. Recordé al Santo Cristo de mi pueblo que los rojos habían quemado. Creo que entonces pensé en que aquél era más Cristo que ninguna otra imagen del Redentor. Vi en la distancia del Cosmos a mi esposa y a mis hijos aún sin razón en las mientes para comprender nada cuando sentí el tirón de la apertura de mi salvador. ¿Cuánto tiempo había transcurrido entre el salto y la apertura? Mucho, años sin duda alguna, a juzgar por cuanto había pensado en tan escasos segundos. Ahora mi pensamiento era otro: el avión había caído lejos y las llamas lo consumían. En el espacio, regadas a grandes distancias, teniendo en cuenta lo rápido que todo se había producido, conté hasta seis paracaídas hinchados de aire y gloria, pero en el aparato íbamos once. ¿Quién de aquéllos sería Oberbeil? ¿No sería ninguno...? Empecé a pensar más a lo terreno.

El aire me balanceaba como un muñeco vacío. Sentía tirones que me producían más que dolor angustia ante la impotencia. Abajo un río y árboles. Pensé: «Como caiga en el río sin saber na-

dar...» La tierra subía hacia mí y la temía. Cerré los ojos y sentí miedo. Los abrí cuando llegaba al suelo. «Reza lo que sepas, Ángel», me pareció oír..., quizás a mí mismo. Y ¡zas! Un golpe seguido de una voltereta y... Como si una cuádriga desbocada tirase de mí, me vi arrastrado sin misericordia alguna. Cuando creí desgastarme por el suelo, un violento tirón me paró en seco. No me moví. Vi mi paracaídas enganchado en un peñasco, flácido, sin energía para seguir torturándome. Tampoco yo la tenía ni para levantarme. Cuando lo fui a intentar sentí dolor en todo el organismo. Dos hombres corrían hacia mí. Me desengancharon las ligaduras y me levantaron. ¡Qué admiración la de aquellos dos seres y qué apuro tenían! Les dije que me llevaran a un lugar de descanso y que avisaran a las autoridades. Lo hicieron con solicitud y delicadeza. Apoyado en los hombros de cada uno me condujeron a una casita labriega no lejos de donde caí y que yo no había visto en el descenso. Me sentaron. La señora de la casa sacó alcohol y vendas. No hubo necesidad de quitarme el pantalón para curar mi muslo y cadera izquierda. La ropa se había perdido en el arrastre. La cura escocía como las brasas del infierno. Un niño me miraba sin dejar de comerse una zanahoria. Una joven me trajo una taza de café. Me la tomé de un trago ansioso y recordé lo similar que era al que catorce horas antes había producido la anécdota relatada. No pude evitar una carcajada histérica. Mis protectores se miraron. Debieron de pensar que había enloquecido.

CAPÍTULO XXIII

Con la entrevista que Hitler mantuvo en su despacho indagando la certeza de una información en la que se daba por conclusa en la investigación atómica la primera fase de la bomba atómica.

Cuando llegué a Berlín acompañado de Oberbeil quien en Arn-sberg vino a reunirse conmigo, habían pasado diez horas de la se-ñalada para la cita. El almirante, a quien se le había informado del accidente, compareció ante el Führer para exponerle lo acaecido y, según me informó después, el Führer se emocionó, ordenándole que no regateara esfuerzo para mi curación y que si era necesario se me hospitalizara, él iría a verme.

No sé lo que de verdad había en esto, pero sí sé que me pro-dujo una satisfacción tan grande que todo lo di por bien habido.

—Y ahora, ¿cuándo voy a ver al Führer? Quizá ya no me re-ciba.

Yo estaba realmente preocupado.

—Posiblemente mañana. Usted descanse tranquilo y espere mi llamada.

Me hizo gracia el optimismo de que descansase tranquilo en Berlín en junio del año cuarenta y tres. El descanso podía consis-tir en no andar más que lo justo entre subir y bajar al búnker tan a menudo que era preferible dormir en él.

—¿Para qué me quiere el Führer? —pregunté al almirante.

—Concretamente para hablar sobre *Sebastián*. Dice que la in-

formación que nos ha enviado sobre el arma atómica es falsa. Que no es posible el haber terminado tan decisivo artefacto. Según sus cálculos, esto no sucederá hasta pasado un año.

—¿No habrá defecto en la traducción? El comunicado dice «que se han terminado los estudios».

—Eso es lo que parece desear aclarar de sus propios labios. Ya sabe usted que hay veces en que una persona agobiada, se siente más confiada en la palabra de un tercero que de la más responsable, en este caso la mía.

Comprobé en él un deje de amargura. ¿Qué me estaba diciendo el almirante? ¿Que había perdido el Führer la confianza en él? Me asustó su respuesta.

—No se preocupe, cuando las cosas van mal, siempre se producen dificultades.

—No podré decirle más de lo que a usted le he dicho.

En realidad *Sebastián* había dado pruebas más que suficientes de su buena información y el que mandase por dos conductos el mismo contenido probaba su celo y preocupación por el asunto. Yo entendía que si se habían terminado los estudios, era que el artefacto podía estar listo para la prueba en unos meses o en unos días. Pero..., ¿sería esto lo que le gustaría escuchar de mí a Hitler? Tenía miedo, no sabía por qué. El almirante me miraba con sorna y yo creo que con lástima. Él era quien debía llevarme a su despacho y presenciar mi información. Nos despedimos y esperé. Esperé apenas tres horas que no es esperar cuando se ha calculado más tiempo.

Me dirigía al comedor cuando lo vi entrar acompañado de Oberbeil y dirigirse a mí.

—Vamos. Después cenará usted. El Führer está interesadísimo por su salud. Le he dicho que no es nada... Unas rozaduras insignificantes.

—Sí, pero el susto todavía me dura.

Ya sólo faltaban unos minutos para llegar a presencia del hombre que tanto había deseado estrechar su mano y se acentuaba en mí la inquietud nerviosa del caso. No era aquella visita protocolaria en la que se iban a pronunciar frases estereotipadas, sino una visita para pedirme cuentas. ¿Cuentas de qué? No lo sabía, y en mi cerebro se entretejían múltiples cábalas que a cualquier otro en mi situación le bulleran con el mismo hormiguillo.

—Vamos —invitó el almirante, vestido de uniforme como nunca le había visto.

—Vamos, señor almirante, pero..., ¿no es un poco pronto?

El almirante se rió.

—No.

En la puerta del «Hotel Kaiserhof» esperaba un «Mercedes» de

la Cancillería. En él, dos SS ocupaban la puerta delantera: un oficial y el conductor. Éste salió para abrirnos la puerta tras saludar, digo yo que al almirante, con esa rigidez ceremoniosa que imponía. Entramos en la Cancillería por un primer patio. De éste nos condujeron al de armas donde, a la derecha, una fila de SS nos saludó a su estilo.

En poco me fijé de cuanto me rodeaba en el glorioso edificio que el odio redujo a escombros.

Seguido del oficial que nos había acompañado y de otro más que se pegó a la guerrera de Canaris, el almirante andaba como Pedro por su casa; yo, como el perro recién comprado tras el comprador en lugar ajeno. Entramos en una regia galería de mármol imponente en suntuosidad donde dos filas de SS, brazo en alto, nos dieron entrada al antedespacho del Führer, precedidos de dos oficiales más de los que estaban al mando la guardia personal del jefe del Reich. Me sentí importante. Lamenté el que por cojear un poco no pudiera yo lucir mi aire torero que aún me dura.

Aquella doble fila de superhombres constituían la frase más preclara de la leyenda de la SS. Tanto cuanto su fortaleza, su ágil energía, lo que me emocionó de las dos filas de hombres fuertes, fue el que reflejaban la constancia de una teoría singular en lo que el hombre debe ser y será un día: intachable físicamente. «Es cierto que puede seleccionarse una Humanidad —dije para mis adentros—. Quizá pueda y deba hacerse la mutación de la especie —de parte de la especie— para volver a los seres de los tiempos cuando el hombre gigante no tenía taras. Nadie debe achacar a ensayo teatral un ser otra cosa como aquella fuerza fue, y en parte sigue siendo, porque perdura el espíritu que animó la idea de la transmutación. Los eternos enemigos de los pueblos y razas ajenas a la suya, de tanto temer verdad semejante, han hecho befa de esta fuerza, superior como ninguna en la Era en que vivimos. Bien: han ganado y no podemos todavía contradecirles. Quizá sea mejor. El silencio del vencido penetra más hondo en quien penetrar debe que la alharaca lastimera de los seculares quejicosos vociferantes de persecuciones que sólo fueron posibles por la decisión criminal de sus mismos consanguíneos, quienes por medrar renegaron de su stirpe y diéronse a la persecución fraterna aunque la publicidad cargue las culpas sobre quienes somos indiferentes. Todos los excesos son perniciosos. Pero... vamos a pasar al despacho del Führer, del hombre que por entenderse a sí mismo, no dejó que los demás le entendieran.»

El espacioso antedespacho era grande, más que por necesidad de cobijo, por dar grandeza a lo que grande era. Varios generales y almirantes entraban y salían saludando a Canaris y dialogando con él amistosamente ante mi curiosidad expectativa.

La puerta del despacho del Führer, guarnecida de espesas cortinas, se abrió y por ella un general SS salió para llamar al almirante. Éste me tomó del brazo y me dijo:

—Vamos.

Tras el almirante entré tan nervioso que se acentuó mi cojera. Ya estaba en el gran despacho del canciller y éste sentado tras su enorme mesa de trabajo escoltado por dos SS, más a título decorativo que por ser necesaria su defensa. A la derecha de la parte exterior de la mesa, sentado —se puso de pie al entrar nosotros— el Reichsführer nos miró, desde que penetramos, con seriedad cadavérica. Seriedad que mantuvo todo el tiempo que permanecí en aquel despacho. Tras sus lentes «bonachones» aquel rostro regordete parecía ingenuo y hasta conventual, pero carecía de ese semblante por el que adivinamos simpatía natural, diría yo conciencia del favor.

El almirante saludó al Führer —yo lo hice igual— y dirigiéndose a su mesa con paso más firme que de costumbre cuadróse ante él. Siempre detrás, seguí al almirante que no dio la mano a sus jefes. Me temblaban las carnes de emoción.

Hitler se levantó y salió de entre la silla y la mesa con una sonrisa cansada, estrechando mi mano paternalmente, mirándome y sin decir una palabra. Después posó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo y dijo pausadamente:

—Quiero antes que otra cosa, felicitarle por cuanto en servicio del nazismo ha hecho. Sé que usted no desmaya ante ninguna situación y sé lo difícil que le ha sido llegar a Berlín. Pero usted es fuerte y nada le hace mella.

Siguió diciendo no recuerdo qué sobre la recompensa que Alemania me tenía destinada cuando la guerra terminase y después el canciller me llevó del brazo a un diván donde nos sentamos. Canaris y Himmler permanecieron estáticos y el Führer con un ademán los llamó, sentándose junto a nosotros. Inquirió sobre si me había hecho mucho daño con el golpe e inmediatamente señaló la carpeta que el Reichsführer tenía en la mano, de la que sacó un pliego en el que constaba la información de *Sebastián*. Himmler la leyó sin que nadie le ordenase que lo hiciese.

Mientras leía, yo miraba al Führer y vi cómo cambió su semblante.

—¿Qué ha contestado usted a *Sebastián*? —me preguntó Hitler.

Canaris hizo ademán de dar por su cuenta la contestación y el Führer lo calló con la mirada no de muy buen talante, y dirigiéndose a mí me dijo:

—Diga.

—Que me informe de todo cuanto sobre este asunto sepa con la mayor urgencia cerciorándose de la autenticidad del contenido.

—¿Podrá, cree usted, hacerlo *Sebastián* con la precisión que se necesita?

La palabra *Sebastián* la pronunciaba el Führer de una manera tan cómica que, de no haber en el ambiente la gran solemnidad que reinaba, me hubiese reído. Pero no lo pude hacer nada más que en mis adentros. En realidad, toda la figura del Führer respondía a la prosodia en el nombre *Sebastián* de su dolor de cabeza.

—Tengo plena confianza en este agente, mi Führer, aunque nunca en estas ocupaciones puede garantizarse la autenticidad de las informaciones por estar tan sujetas a la verdad como a la trampa.

Los ojos del Führer brillaron más penetrantes que en ningún momento. Se levantó y salió por entre nosotros para quedarse en pie frente a los tres. Como no se movieron ni Himmler ni Canaris, yo permanecí sentado.

—¿Quién es *Sebastián*? —preguntó algo descompuesto.

—*Sebastián* es corresponsal de Prensa y hasta ahora todas sus informaciones han sido confirmadas.

—¿No cree que puede haber sido descubierto y que el enemigo le haya informado falsamente queriéndolo utilizar en este sentido?

—Todo es posible, mi Führer. Sin embargo, no creo que le hayan descubierto, lo que sí es posible que el enemigo haya lanzado «secretamente» está información no porque dude de *Sebastián*, sino porque teniendo razones para saber que a nuestros agentes los tienen muy cerca, éstos la recojan y lo transmitan.

El Führer me miró profundamente sin contestar y se dirigió con paso ligero a su asiento en la mesa. Mis acompañantes se pusieron en pie y lo siguieron, yo tras ellos también me acerqué a la mesa. Cuando llegaba Hitler a la esquina del mueble, dio en él un puñetazo y se volvió hacia mí para decir gritando:

—¡Esa es la verdad!

Ninguno contestamos ni para aprobar o denegar. Esperaba que continuase, pero el Führer hizo un ademán con la mano derecha a Himmler y éste le acercó el folio sobre el que anotó con lápiz rojo alguna cosa. Volviéndose a mí me dijo:

—Siga esta información hasta el límite.

Se sentó.

Canaris preguntó si mandaba algo más, y el Führer sin levantar la cabeza contestó:

—No.

CAPÍTULO XXIV

O la explicación de por qué dejamos de actuar en Inglaterra pasándole al enemigo la molestia de castigar a un traidor por su cuenta y por la nuestra.

Acababa la primera mitad del año cuarenta y dos con la diaphanía en los síntomas por los que al Tercer Reich se le acababan las cartas fuertes en lo de ganar la guerra por el sistema «relámpago». Hacía tiempo se habían apagado las refulgentes ideas de no traspasar al Este. A medida de que Inglaterra supo ganar tiempo o se lo hicieron saber ganar mientras el poderoso aliado norteamericano preparaba publicitariamente a su pueblo, Alemania se perdía en la inmensa geografía rusa. Debido a ello comenzaron a menudear las dificultades irreparables. Dificultades que aun alcanzando a todos cuantos en Inglaterra componíamos el equipo de la Abwehr, a mí en particular llegaron a ponerme en una situación francamente insostenible. Canaris, con información de otra procedencia, estaba al corriente de ello y decidió. Una comunicación escueta como todas las suyas, me obligó a volver al continente. «Le queda el tiempo preciso para dejar las cosas en buena marcha y volver. No obstante —seguía diciendo— el tiempo de que dispone debe usted contarle por horas. “Rafael” no hará más travesía que la de esta noche y únicamente para traerlo.»

Deseándolo como estaba, sentí verdadera pena por el abandono del Servicio cuando la extensión del conflicto y sus imprevisibles complicaciones, prometía emociones insospechadas. Después

de descifrado el despacho del almirante, no llegaba a un día lo que me quedaba de estar allí y no sólo por la orden recibida sino porque si daba crédito a las informaciones de mis agentes, y debía dárselo, hacía ya tiempo que había transpuesto la raya de la prudencia. Disponía de horas. Eso sí; horas elásticas, con larguísimos minutos en los que meditar el momento.

Nadie podía dudar de que el Servicio inglés, de no haber tenido en cuenta el fuero diplomático que me asistía como agregado de Prensa, no me hubiera permitido permanecer y operar más de dos meses, o sea, hasta tener pruebas irrefutables de mi convivencia con el enemigo. Sin embargo, estuve dos años oficialmente y aunque después seguí yendo y viniendo no sólo con documentación falsa, sino con la faz trucada por la parafina que, bien modelada, hace milagros, no pasó de las horas precisas para la ordenación de servicios. Esto precisamente de estar sin estar, valiéndome de caracterizaciones varias y múltiples ardides, fue lo que hizo decidir al Intelligence Service acabar conmigo montando un sistema de complejos servicios de vigilancia por el que prácticamente se cubrió el litoral en todo su contorno. Sin embargo, hilamos todos tan fino que en realidad nunca aquel Servicio tuvo certeza de que yo fuese alguna de las tres personas que se buscaban, ni siquiera una de ellas, pues ni mis huellas me delataron nunca ni mi caracterización fue la misma.

Según el mensaje de Canaris, haciendo hincapié en que mi carta perdedora estaba sobre el tapete, decidió asegurar mi destino. Me alegré. No sólo peligraba yo sino las relaciones anglo-hispanas que ya habían dado un giro de muchos grados y esto era grave, sobre todo para mi escrupulosa conciencia. Por todo ello y porque también peligraba algo sagrado para mi concepto de la amistad, el que no podía malbaratar, el estímulo en los políticos contra mi mejor amigo. Tras razonar sobre esto, regresé al continente para no volver más a las islas, aun a costa de que se produjera la desbandada entre los agentes internos que nos servían y se perdiera el Servicio que tanto me había costado y el que consideraba de mi propiedad. No tenía opción que me permitiera barajar suerte. Recogí cuanto supusiera compromiso en los demás y me despedí de los poquísimos que podía hacerlo no sin advertirles que desde cualquier lugar del mundo estaba con ellos. Acudí a la última cita de mi ya familiar «Rafael».

Sentí amor por Londres al tenerlo que dejar atrás. Con Londres también dejaba a la espalda sus alrededores hermosamente nublados: deliciosos contornos de ríos y prados celosamente cultivados, queridos por los ingleses y por cuanto extranjero los contempla; escenario todo ello de mis humildes andanzas en una

guerra nada humilde, y no ya porque fuese destructora por ambas partes, como ninguna de cuantas hubo en la Humanidad, sino porque de ella salió la droga más perniciosa que los hombres descubrieran en su torvo cavilar para servirse de la inferior mentalidad de la especie: la más funesta droga para el hombre sin conciencia ajena: la maldita publicidad; veneno de cuyos efectos el mundo no sanará nunca, porque no le es posible al hombre rechazar el artificio considerándose en él de otra manera sometién-dose a la servidumbre de las voces e imágenes de quienes del gritar hacen oficio. El hombre, sin excepción, o tiene voluntad de esclavo o la tiene de esclavizador.

Apenas puse los pies en el submarino —en «Rafael», por última vez— comencé a arrepentirme de haber obedecido la decisión del mensaje tras lo que hube de abandonar aquello. Sentí deseo de seguir burlando al poderoso y científico Servicio inglés, más que por valarme de la burla por no dejar de ser yo. Aun sin terminar comencé añorando el peligro y el placer de sortearlo. No sé si podré volver como un turista cualquiera. No me resigno a terminar mis días sin tornar allá donde gocé la felicidad de las persecuciones y muchas tranquilidades amorosas. Volveré a Londres, aunque sólo sea a volverme a ver despacio entre lo que me vi con zozobra.

Llegué a Madrid vía Calais, Hendaya. Canaris me comunicó: «Espere a Wagner y Oberbeil el siete, en Lisboa, siguiendo el “paso anterior”.» O sea, ocupar la misma residencia a donde me debían llegar las instrucciones. Estaba claro que al Servicio se le iba a dar nueva estructura. Pensé que una vez más se trataba de confundir a los otros servicios especialmente al Intelligence Service movido por el cerebro de *Chik*, el agregado de Prensa en Lisboa, según mi experiencia uno de los que mejor trabajaron por aquellos tiempos. Visto en Lisboa, sin duda alguna se me esperaba una vez más en Inglaterra para darme lo mío, y lo mío en la Abwehr se sabía bien lo que era.

El día lisboeta sin hacer nada, se me hizo largo. Tomé notas de cuanto no debía fiar a la memoria y paseando en la tarde me fui a Campo Pequeño, la plaza de toros con tanto gusto taurino. Entré y ensayé la mueca de unos lances. Indiscutiblemente mi mundo de entonces —y el de después— era otro no ajeno a mí. El ajeno lo tenía vivido hasta el 1932.

El conserje del «Aviz» me dio dos paquetes enviados de distintos establecimientos. Uno eran unos cigarrillos, dos cajas de puros, tres encendedores y algunas otras pijadas necesarias al hombre que debe perder algo en una especie de alivio. Todo lo com-

prado por mí mismo. El otro paquete no era lo que esperaba. En él venían seis pares de calcetines y una inofensiva tarjeta de la tienda vendedora en la que se consignaba lo convenido: «Mr. Velasco.» Comencé por lo más elemental: revelé el dorso de la tarjeta apareciendo la dirección de donde debía comparecer: En Cascaes, a pocos kilómetros de Lisboa y menos de Estoril, el paraíso de los judíos de 1942 a quienes les gustó más esperar que seguir la ruta de las desesperaciones en la diáspora de embarcaciones frágiles. En la playa hervía el ánimo en las criaturas: algún que otro portugués nos miraba con envidia y deseo de servirnos en algo. El lugar era idóneo para gozar de los vaivenes de la guerra sin terror, sin sangre de que dolerse. Me gustó estar un par de días entre más de cien agentes enemigos y un número no menor de amigos desconocidos. Ambos sexos iban y venían a Lisboa y a Estoril. Allí me estaban esperando Wagner y Oberbeil, aunque acabados de llegar y hospedados no lejos de mí —nada había lejos y hubo noche en que en la misma habitación durmieron los agentes de uno y otro bando— hospedaje.

Dos días duraron las conversaciones en las que tratamos de la estrategia a seguir en Inglaterra donde todo quedó en manos de Williams o fiado al milagro tan pródigo en beneficios en todo quien navega en las aguas del secreto sea cual sea el bando al que pertenezca.

—El Gobierno inglés ha tenido demasiada paciencia —les dije a mis camaradas y lo confirmaron.

Volvimos a referir cuantas deserciones y pérdidas «naturales» se habían producido y por lo que los ingleses sabían muchas cosas del Servicio y de mí aunque ni todas ni las realmente decisivas. Entre otras razones, porque los detenidos nunca supieron nada más que lo concerniente a ello y no siempre por completo. En lo tocante a mí, pocas veces el Servicio Secreto inglés identificó a la misma persona no sólo por los ardides faciales de los que me valía para el despiste, sino por la deformación de nuestra propia leyenda en cuanto a las múltiples andanzas.

Pero la amplia y variopinta historia del Servicio inglés, había hecho crear en torno de cada uno de los componentes del Servicio conjunto, una aureola y un orgullo al que no se le podía seguir zahiriendo sin correr el riesgo de que se valiera de otros medios menos nobles —en la baraja de las posibilidades a los ingleses les sobraban cartas— y por los que nuestra Abwehr tendría mucho que perder y lamentar. A la delicadeza del trato que los ingleses nos venían dispensando no podíamos seguir dándoles «palo» tras «palo»: «palos» en el más inteligente sentido de la palabra. Debíamos facilitarles la oportunidad de una detención a la que los vuelos en la Prensa pondría en buen lugar a sus agentes. El buen

juicio aconsejaba facilitarles los mimbres para la cesta de la detención escandalosa de un «agente al servicio de Alemania». Para ello disponíamos de dos traidores. Un español y un malayo. Wagner fue tajante:

—Tenemos a *Luis Simpelo* para que nos resuelva el problema.

Me sonreí. Algo sabía de sus poco o nada claros pasos con agentes del «M5» sin que tuviera certeza de su traición por lo que me permití una pregunta que constituía una observación en su favor.

—¿Crees —pregunté a Wagner— que el volumen de su felonía es para tanto? Le pueden ahorcar.

—Nada íbamos a perder con ello —afirmó Oberbeil y continuó—: Sí, sin lugar a dudas por su delación has salvado la vida por cuestión de horas —y acercándome unas cuartillas me dijo—: lee.

Me dio un escrito en el que se decía que *Luis Simpelo* me había delatado al Servicio de Inteligencia, por lo que el almirante, al tener conocimiento de ello por el conducto del servicio en Francia, me había exigido la vuelta de Inglaterra sin la menor demora.

Al acabar la lectura y antes de que diese mi parecer, Oberbeil dio el suyo.

—Entregándolo, matamos varias aves con la misma perdigonada. Los ingleses no irán más allá de una detención a la que seguirá el aparato de un juicio con el que se distraerá la atención popular, preocupada con su penuria. No lo condenarán a más que a prisión mientras la guerra dure, puesto que en España nuestro amigo echará toda la carne en el asador para evitar que la sangre llegue al río —como así aconteció y seguro que de no haber empleado tanta energía, *Simpelo* hubiera sacado la lengua en la horca.

Acordamos que para evitar el quebranto moral en la red de los agentes que con nosotros trabajaban en Inglaterra a quienes comunicáramos con anticipación lo que a *Simpelo* le debía suceder. Esto es: que por nuestros medios se le iba a entregar al Servicio inglés y que cuando leyeran en la Prensa el que se pidiera el lazo para su cuello, no creyeran que ello obedecía a un fracaso nuestro.

—Mañana o pasado cuando estés en Madrid, le pones un despacho por tu clave directa con él, pidiéndole que haga las gestiones para venir a Madrid. Se pondrá muy contento y más al comprobar que los ingleses le facilitarán lo inasequible: la plaza en el *clipper*. A los ingleses les bastará seguirle para averiguar lo que desean saber acerca de si vuelves o no y en este caso la suplencia de la que te vales.

Por mi parte seguí obseso en su actitud y signifiqué que si nunca me había merecido entera confianza, no lo creía capaz de

semejante torpeza, a lo que Wagner contestó:

—Hemos hecho de él un estudio de sus últimos diez años. Toda la psicología en cualquier manifestación corresponde a su moral bochornosa. Hay que llevarle el aire de su vanidad y concederle la jefatura de la organización, que es lo que él ha prometido al Servicio de Inteligencia.

—Muy bien —aprobé—. Se le dará una cabal organización de lo que no existe. Ella nos permitirá el poder respirar mientras las investigaciones inglesas duren creando la confusión momentáneamente con buen número de sus agentes: después, y cuando descubran la falsedad de su Servicio, que los ingleses se entiendan con él.

El agente condenado, al recibir mi comunicación no hizo otra cosa que lo previsto en Cascaes por los tres hombres que decidimos su suerte. Esto es: solicitar pasaje en el *clipper* para venir a España y dar comienzo a su maquinación dirigida por los sabios: lo de sabios no es peyorativo del Servicio inglés. Como asimismo pensamos, su viaje a España no tuvo ningún retraso no obstante haber personalidades importantísimas esperando meses y meses la concesión de una plaza en el anfibio aparato.

Ya en Madrid, *Simpelos*, poseso de una vanidad sin límites, se hospedó en un caro hotel alardeando de un dinero que no podía poseer teniendo en cuenta un sueldo de corresponsal y algún otro pequeño ingreso por su prestación en un periódico londinense.

En sus contactos con los alemanes *Herman*, *Felipe* y *Federico*, a quienes se les encargó el trato con el petulante, intentó demostrar que sin su colaboración, yo a nada hubiese llegado en Inglaterra, prometiendo cuanto la ignorancia de las posibilidades permite prometer como si quienes le escuchaban fuesen lerdos o novatos.

—Es torpe en tres idiomas —me dijo Herman—. Pretende desprestigiarte entregándonos piezas de material aéreo e informaciones que tú ya nos tenías enviadas hacía meses.

Oberbeil y yo estudiamos las consecuencias que en el Servicio se iban a originar y los remedios aplicables. Se le nombró «jefe» del Servicio de Inglaterra y se le dieron nombres y direcciones con los que «debía trabajar». Sólo uno de los nombres era real, el del malayo que había denunciado a alguno de los agentes franceses introducidos en el cuartel general gaullista. A *Simpelo* se le dieron cincuenta mil dólares y cincuenta mil libras, naturalmente falsas junto a códigos y diminutas cápsulas de tintas secretas en una maleta construida y preparada para ese Servicio. Maleta que se le enseñó a desmontar en mi propia casa.

Pero la maleta era una copia de una invención del Servicio inglés para el empleo del mismo fin.

Con el bagaje de la maleta y su contenido, regresó a Inglaterra y ya en Lisboa y Estoril comenzó el despilfarro de su abundancia mineral ante las mismas narices de los Servicios de Inteligencia —Intelligence Service, Deuxième Bureau y el Office of Strategic Service— que le seguían no sólo los pasos, sino hasta en el sueño.

Al poner los pies en el aeropuerto inglés, un «amigo» a quien le había comunicado el arribo, le fue a dar la bienvenida acompañándole en la barcaza del *clipper* hasta la aduana. Abrió la maleta y sus ojos vieron lo que le parecía increíble. El funcionario, con una pequeña palanqueta de boca plana en la mano, fue desarticulando los laterales y el fondo del recipiente, quedando a la intemperie lo que suponía seguro en lo incógnito. Los agentes de Scotland Yard se hicieron cargo de él y su equipaje. La Prensa hizo de las suyas al dar la noticia del «descubrimiento» mientras nuestros diplomáticos se emplearon a fondo en el menester de informar al ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer, quien por tomarlo tan a pecho no durmió la noche subsiguiente a la detención. Al día siguiente me llamó para informarme, puesto que yo era el «Press Attaché» y en algo le podía ser útil. No fue él sólo quien demandó mi opinión acerca del episodio. Al día siguiente, todo el que por algo tenía que ver con el asunto, me preguntaba y recababa explicaciones.

—No debemos perder los nervios —sosegué a quienes se exaltaron—. Los ingleses saben bien quién es ese tipo y lo que deben comprometer por él. Lo que tiene hecho contra Inglaterra no es mucho y para lo que estaba dispuesto a llevar a cabo le faltó tiempo.

Hicimos las lógicas gestiones —más que por atenuar su situación, a nuestro juicio en ningún momento grave, para acentuar el interés que nos garantizase su internamiento hasta el fin de la guerra— y no pasó de ahí, de la detención y prisión hasta que el último cañón dejó de lanzar metralla. Nos propusimos que no le sucediese otra cosa que el susto y lo conseguimos. Claro que un susto de esa naturaleza en quien la valentía nunca tuvo vigencia, es castigo digno de tenerse en cuenta. Me dijeron que se quedó muy flaco. Como suponía, las autoridades inglesas reconocieron que no valía la pena llevar las cosas más adelante. En una de mis entrevistas con Sir Samuel Hoare por aquel incidente, ante la presencia del agregado de Prensa, terminó diciéndome con la peculiar irritación —e irresponsabilidad debido al cargo— que lo caracterizaba ante cualquier adversidad:

—Un toxicómano (al que si se le hiciera un análisis en busca de las secuelas del contenido de cuanto se inyecta, podía ponersele

como ejemplo de lo abominable) tiene poco precio. Viva tranquilo, que no lo pasará mal del todo.

—¿Qué es no pasarlo mal en este caso, señor embajador?

—Que como no se muera de vergüenza, lo que no creo, no morirá en la horca, aunqu se la merece.

CAPÍTULO XXV

En el que a colación traemos la noticia de la llegada o introducción de un nuevo agente con el oficio aprendido: su peripecia y su suerte y al mismo tiempo la suerte de muchos más camaradas en la gana de hacerle la guerra.

Para quienes tuvimos puesta toda la carne en las ascuas germanas el año cuarenta y cuatro no sólo fue el de la derrota en todos los frentes con el estrépito moral de lo inapelable, sino el año del fracaso en la entidad hombre. Fracaso en el más importante de los estados de cuantos el ser dispone para la clara visión del teatro de los tiros y los bombardeos: el estado psíquico. Aquella derrota anímica revistió caracteres desastrosos.

Precisamente la derrota psíquica fue la que más afectó a nuestro frente: el de los Servicios Secretos. No exageramos afirmando que a nuestra estructura informativa le «tocó» en toda la extensión y proporción de sus alcances y que, salvo excepciones, el cambio transitivo, del triunfo a la derrota, anuló la constancia del héroe en quienes la tenían mal afincada. Los héroes auténticos, a los que no les importó perder, aceptando la derrota como «fruto» natural de la consecuencia en el juego, se contaban con los dedos de la mano. De aquí que nuestros agentes fueron cayendo de muchas maneras: unas veces individualmente debido a su autodelación, otras en grupos porque bastaba la detención de uno para que los demás fueran localizados. Los hubo que cuando les fueron a detener se entregaron sin la menor resistencia. En cam-

bio quienes gozaban de espíritu por encima de las adversidades, no sólo se batieron en retirada, sino que años después, desarticulados, han seguido dándole golpes al enemigo esperando la mesiánica voz que les citase señalando el lugar desde donde continuar la lucha. Estos, los héroes, nunca perdieron la fe en la resurrección de las fuerzas selectas organizadas. Los primeros y los más, dejaron los lugares en los que se movían con tanto sigilo y premura que después nadie sabíamos en qué reducto se hallaban ocultos. Sólo de vez en cuando nos llegaban noticias de alguno de ellos, invariablemente pidiendo dinero e «instrucciones».

En mayo del año cuarenta y cuatro, seguros, lo que se llama seguros, no nos quedaban más que tres agentes —diplomáticos— y esto acabó en el mes de junio cuando sucedió lo que esperábamos de un momento a otro. Fue aquél el golpe de gracia contra el sistema general del Servicio o los servicios porque yo, por ejemplo, mantenía tres simultáneamente: el de Canaris ya en trance de rendir cuentas por la traición de la jefatura —concretamente la traición se produjo en el almirante Canaris y no en Lahousen, el segundo en el Abwehr—; el VIB de Schellenberg; en su sección científica VIG y el Servicio japonés, que fue aumentando de volumen con la incorporación de toda la red sudamericana capitaneada por Juan Perón, entonces agregado militar a la Embajada de su país en Chile y después «patriarca» del peronismo por la Gracia del Dios al que se le llamó Evita, Dios asesinado por un agente de la CIA mediante la inoculación de células cancerosas, quien tan buenos servicios prestó a los nipones y de quienes recibió cuanto dinero pidió.

Terminó de irse a pique todo nuestro sistema informativo debido a que el contraespionaje canadiense descubrió la segunda personalidad de un cónsul español en su tarea de darnos todos los movimientos bélicos de aquel país en apoyo del vecino.

Explicaremos la historia:

En la primavera del año cuarenta y tres me habló el embajador japonés, Yakichiro Suma, de que aprovechando la creación del consulado de España en Vancouver (Canadá) se había puesto al habla con el señor designado para el desempeño consular y que lo había «conquistado». Él iba a ser en nuestro Servicio quien nos informaría desde tan lejana región del planeta. El embajador estaba contento, pero yo no. Me pidió que mantuviera con él una entrevista para «ponerle en forma». Advertí al japonés que no debía hacerlo sin la previa información necesaria a la confianza dada a todo nuevo agente para no tener que lamentar fracasos irreparables. Insistió el diplomático apelando a su «buen ojo» y el incentivo de la cuantía con la que se le iba a remunerar, cuantía que él no había determinado y que yo no debía tacañear. Como

mi razonada insistencia debió de influir en lo que le iba a su responsabilidad en caso de revés, el embajador consintió en que como a los demás, de este señor se hiciese la debida investigación. Aprisa y corriendo, uno de nuestros agentes —y compañero del cónsul— nos facilitó una nota en la que, entre otras observaciones, nos dio ésta: «No lo creo capaz de ninguna traición, pero sí es capaz de cualquier tontería si su vanidad está por medio.» Respecto a quien lo acompaña, anotaba que «va con él una hija guapa y atractiva». Informé al embajador y sin decirle lo de la hija, que sin ninguna preparación por nuestra parte era peligroso. No obstante, y por carencia de tiempo, rogué al embajador me lo citase en el «Bar Cristales», frente a la plaza de toros de Madrid, donde en el primer piso había unos cuchitriles a modo de reservados para pobres, pintiparados a esa clase de conciliábulos.

Aunque al embajador le fastidiaban mis contradicciones, reconocía la responsabilidad asumida por el descubrimiento a un extraño de mi cometido en el Servicio, puesto que el embajador le había dicho que yo era quien debía instruirle, pagarle y de quien debía recibir las indicaciones y cuestionarios. Para curarme en salud, comuniqué al Alto Mando de la Abwehr y al de la RuSHA de Schellenberg lo que hube de disponer según la «orden» de Yachichiro Suma. Los de Canarias me contestaron que no importaba, mientras los expertos de la VIA (servicios generales) me dieron normas para en caso de tropiezo, dejar que la responsabilidad cayese toda en los Servicios japoneses y que debía aprovechar aquel evento fuera de programa para que nos quedase dinero con el que cubrir necesidades en los agentes que cubrían la fuente del dólar. No obstante, me obligaba a la más extrema de las precauciones, actuando de manera que el nuevo agente no supiese ni una sola coma más de lo incumbente a su actividad.

Previsto de aquel ánimo acudí a la cita no sin ocupar la manzana y el establecimiento de agentes elegidos, que todos juntos y en exposición hubiesen compuesto la mejor antología del indumento español de aquel tiempo: el de las restricciones. Desde el «señorito» tenorio ocupante de un reservado del primer piso con una amiga de las que entonces se ponían gafas para «ser desconocidas» hasta el paleta boinófilo que tomaba su vaso de tintorro en el mostrador con el albañil de la copa de aguardiente. Todos me vieron sin que ninguno pusiese atención en mí o en sus otros «desconocidos».

El cónsul, nervioso, de bigote bien recortado y tan bien vestido que delataba misterio en el lugar, acudió puntual. Nos saludamos. No era la primera vez. En el Ministerio le había visto y escuchado en varias ocasiones sin parar mientes en su diálogo, puesto que nuestras misiones eran incoincidentes y nuestro aire tam-

bién. Mi concepto de aquella persona era indiferente —desde cualquier punto de vista arbitrario por mi parte— debido a su atildamiento feminoide. En aquel reservado con sillas de anea y mesas de mármol hechas de lápidas sepulcrales (aquellas mesas en el dorso tenían trozos de la inscripción de quien habían tapado) se encontraba francamente a disgusto. Me gustó el que sospechase del camarero y de los que en el mostrador había visto reiterando su pregunta de si no serían agentes enemigos. Hablamos justo de lo que a la misión espíativa concernía, sin que entrambos hubiera diferencia alguna.

Tras entregarle códigos e instrucciones, le di dinero e insistí en lo delicado de la misión que voluntariamente asumía y de lo que sin apelación debía responder ante nosotros por una delación intencionada o lo que debía pagarle al enemigo por una simple negligencia.

Según el cuestionario que con las peticiones de Tokio y Berlín compuse, debía mandar un cierto tipo de información telegráfica —más interesante para los nipones que para los alemanes— con pocas dificultades si utilizaba los medios que le estaba dando.

Desde que comencé el «aprendizaje» del uso de la tinta y colocar la «cuadrícula perforada» para el amañamiento de escritos con doble texto, me di cuenta de que, aunque de otra manera, no era la primera vez que para la comunicación se valía de aquellos medios. La mitad del camino me la dio andado. Pero la facilidad de su sapiencia se hizo en mí pesadilla. ¿Cuándo, cómo y al servicio de quién había actuado? Dos días después supe que había hecho espionaje a favor del franquismo, razón por la que tan pronto se hizo cargo del empleo.

Conforme en todo menos en el dinero, que le pareció poco —cincuenta mil pesetas y diez mil dólares— nos despedimos «hasta la vuelta».

Nuestro cónsul y agente debía salir para la portuaria ciudad sudcanadiense y salió dos días después de nuestra entrevista, lo que nos sirvió para montar a su alrededor una amplia vigilancia que nos tuviese informado de las precauciones de los servicios enemigos y su conducta. Respecto a los primeros, todo fue normal y en lo tocante a lo segundo, hubo que anotar sino el pago de antiguas deudas de lo que, según los informantes, el adversario no se enteró y sí de algo por lo que distraía la vigilancia enemiga; esto es: la compra de mil dólares canadienses a un funcionario de la Embajada de aquel país.

—Ya lo he puesto en la besana de nuestro campo, señor embajador y no tengo ninguna otra tacha que la de su hija. Será por ese flanco por el que el enemigo lo ataque. De haber tenido tiempo, la hubiésemos instruido.

A la vista de cómo los frentes en Europa, tras el fracaso de Africa, declinaban, el embajador Yakichiro Suma meditó y sopesó mis observaciones, quizá porque era su conquista, quizá por el espíritu profesional que mi tozudez en la creencia de un posible fracaso le comenzó a mellar el entusiasmo.

—Sin embargo —asentó el japonés—, me ha garantizado hacer todo cuanto le hemos pedido si los elementos que para ello le hemos dado responden a la seguridad prometida —y como para tranquilizarme y tranquilizarse, me «descubrió»: en ocasión de la Guerra Civil española ha hecho servicios de esta índole y le salió bien.

—Le he dado todos los medios para la comunicación a mi alcance hasta ahora invulnerables, pero no debemos olvidar el tiempo transcurrido en guerra y que en los laboratorios del enemigo, como en los nuestros, se trabaja sin pausa en cuanto concurra el descubrimiento enemigo. No olvidemos que el norteamericano, hace unos días, ha hecho hablar a un muerto (1). Siguiendo su indicación le he dado más dinero del que debía haberle dado. No obstante, al quejarse de esto por parecerle poco, le he prometido pagarle por separado las informaciones según su valor, lo que no le ha disgustado.

A poco de tomar posesión del cargo, nos envió una completa información de cuanto pasaba en su distante y gélida demarcación, deteniéndose en lo que a las fuerzas japonesas más les interesaba, en los cargamentos de las embarcaciones y en el entrenamiento de hombres-rana en las aguas frías de aquellas costas y por lo que

(1) No es una simple y amañada frase la de que los norteamericanos (Agentes científicos del Office of Strategie, antecesor de la CIA) «hicieron hablar a un muerto». Sucedió que como todos los primerentrantes en el país durante la guerra debían pasar por una teoría investigativa, uno de aquellos sujetos no llegó a la cuarentena final de los inconvenientes. Los interrogatorios y los registros eran exhaustivos. Se desnudaba a los sospechosos y se les hacía permanecer ante rayos ultravioletas de frente, canto y espalda por si en la piel se llevaba escrito algún mensaje. El individuo de referencia, viajero por primera vez, era además cardíaco. Cuando ya había pasado por todo y le dijeron que debía entrar en cuarentena, no resistió más y murió. Como estaba muerto, a uno de los agentes se le ocurrió seguir haciendo pruebas con nuevas composiciones ácidas y lo que los rayos no delataron, lo puso de manifiesto el revelador que con el muerto se estrenaba. Fue aquello «hacer hablar a los muertos», o por lo menos así se dijo desde entonces.

dedujeron la prisa en conocer los nuevos aparatos electrónicos instalados en uno de los submarinos japoneses hundido en el estrecho de Bering. El entrenamiento de aquellos submarinistas indiscutiblemente era para inmersiones en aquellos mares. A continuación y con diligencia, según se le había dicho, nos transmitió cuatro despachos valiosos.

—Promete mucho mi agente —se regocijó el embajador, frotándose las manos.

Estaba ya dispuesto a rectificar cuando ocurrió lo que desde el principio esperaba y que debido a su manera de ser debía ocurrir, o sea, lo que acontece en quien tiene demasiada confianza en sí mismo y, sobre todo, el no querer valorar a los servicios contrarios.

Nuestro agente-enlace, entre sus comunicaciones y nuestra recepción, me envió esta nota : «Urge nos veamos. K. ha sido descubierto y aunque debe abandonar el puesto, lo más importante es que le han cogido claves y tintas.»

Sí, nos vimos con urgencia y repasamos la información al respecto. Sucedió lo normal. El Servicio canadiense comprendió que la creación del tal Consulado podía tener gato encerrado y al cónsul viudo le presentaron varias estupendas señoras —para que eligiese— con la misión de llevarle más allá de su despacho del que, según habían comprobado, no se separaba. Por fin una de ellas se lo llevó donde fuera. Mientras, con habilidad, aprovechó la gracia, simpatía e ingenuidad de la niña y en poco tiempo los canadienses estuvieron en posesión no sólo de la onda con la que transmitía y el conducto que empleaba. El Servicio enemigo, al que nuestro amigo daba poca importancia, supo lo que debía y quería saber.

Aquello fue la puntilla para la Abwehr y el Servicio japonés porque el cónsul se confesó contestando a todos los interrogatorios e incluso ayudó en lo imaginado por aquellos agentes sobre lo posible tras lo que a él se le dijo que fue lo menos de cuanto se le podía decir.

De aquel interrogatorio yo salí acusado con todos los elementos de causa de los tres Servicios —estadounidense, inglés y canadiense— en parte sincronizados y en parte, como siempre, individuales. Tenía un cuantioso *dossier* sobre mi persona y aquel accidente les dio material para atacarme en la propia España con todas las influencias de sus triunfos militares.

Poco tardaron los Servicios enemigos en actuar, a mi juicio, con la mejor táctica. Mandaron a Madrid agentes especiales representantes de cada uno de los Servicios —norteamericano, canadiense e inglés— quienes ya en Madrid, me localizaron en cosa de horas.

—Ángel, necesito verte. Me han traído para que lo compre si me interesa, un aparato de radio a pilas, inglés y, naturalmente, de contrabando. Antes quiero que tú lo veas porque me parece igual a uno del que tú me has hablado. Pero debe ser mañana, porque el contrabandista no puede esperar.

El que por teléfono me instaba a la visita presurosa, era Conrado Blanco, con quien acordé reunirme a las diez de la mañana. Al día siguiente acudí a la hora apuntada a su casa de la Colonia del Viso.

—Tenemos que esperar un rato a que el contrabandista traiga el aparato, porque ayer no me lo quiso dejar.

Nada de particular tenía aquello. Lo que ya no era lo mismo es que en cuanto le fue posible, me dijo:

—Me ha venido a ver Starki diciéndome que te convenza para que aceptes una entrevista con una comisión de agentes especiales de los Servicios canadiense, norteamericano e inglés...

Me sonreí y me pareció absurda una encerrona de tal naturaleza. Le contesté:

—Ahórrate el convencimiento, porque estoy presto para sentarme en una mesa con quien sea, escuchar y, como siempre, hacer lo que me dé la gana.

El teléfono me puso en contacto con uno de ellos a quien le dije siguiendo el estilo.

—Los estoy esperando.

En realidad la estrategia fue estúpida. En el Madrid de 1944 había poco que buscar que no lo tuviese buscado la Policía inmiscuida en la vida de cualquier ciudadano. De aquí que, como a mí, a mis compañeros adversos les diera risa al explicarles el acontecimiento del cómo se me había llevado allí cuando les hubiera bastado ir a casa o cualquier otro medio propio en quienes hechos al descubrimiento de lo más incógnito en el ámbito universal.

—Por fin, compañero —exclamó el representante inglés con afabilidad tan clara como la seriedad del canadiense quien con menos historia en la historia de estos azares, se sentía ofendido por lo de Vancouver.

El anfitrión nos puso whisky, hielo en un cazuelo de buen gusto y una tarta helada que ninguno quisimos probar por no ser fácil el control de contenidos extraños. Por el contrario, la copa de whisky sí lo es.

Nueve horas duró el diálogo en el que «repasamos» como yo quise que se repasase, toda la «obra» realizada en la guerra. Aceptaron mi condición de no revelar ninguno de los nombres de sus agentes dobles a espaldas de la dirección y no los di.

Nada me había servido en el curso del tiempo, tanto cuanto para cotejar las teorías de Machen cuando poníamos sobre el tapete la traición de alguno de sus agentes, el inglés saltaba:

—¡Será judío!

El norteamericano y el canadiense no sólo no menoscabaron la personalidad de los judíos en el Servicio, sino que visiblemente gesticulaban el disgusto.

El final fue un ultimátum por su parte; o abandonaba los Servicios o caía en su omnipotente poder sobre cualquier parte del Globo.

—Ni una ni otra cosa —contesté con la más firme de mis convicciones.

El norteamericano, sonriente, jactante, lo escuchó con la suficiencia si no de ganar batallas, si de verlas perder.

—Vaya por delante mi felicitación si lo consigue. De lo contrario, tendrá usted que responder de sus hechos.

No es éste el lugar en donde exponer mi comportamiento con aquellos tres genios de la investigación, ni reproducir cuanto elogio tuvieron para mí. Parecía que valiéndome del tiempo, estoy presumiendo de héroe. Pero lo cierto es que ni caí en sus manos ni me pasé al enemigo que tan amigo se me ofreció y tanto me estuvo dando para el disfrute de la amistad. Aquí estoy sano y salvo, por encima del bien y del mal. No obstante, pasar por delante de las narices de las escuadras aliadas, en un submarino a través del canal de la Mancha camino de Hamburgo.

Esto ocurrió el día 3 de julio de 1944

CAPÍTULO XXVI

La travesía desde las aguas de la Arosa gallega hasta el Norte alemán la había hecho en submarino y no puedo decir que sin sorpresas, porque las aguas del canal desde el golfo de Vizcaya se las veía virtualmente ocupadas por las flotas aliadas con sus cientos de naves auxiliares prestas al desembarco. Tan cubierta estaba la superficie que hubimos de sumergirnos a no muchas millas de que el litoral hispánico acabase y pasar por debajo de quillas enemigas sin que la emoción sobresaltada tuviese tregua. Por primera vez las aguas atlánticas fueron razón para que yo viese en ellas mi sepultura. Añoré la diferencia entre casi la impunidad de «Rafael» en sus travesías del canal eligiendo las rutas y tramos costeros para el desembarco y la fragilidad del *U-Boot* en el que navegábamos. La guerra de «Rafael» había quedado tan atrás que esto parecía otra guerra.

Ya en la fría tierra hamburguesa seguía con el vaivén revulsivo del oleaje en el estómago y aunque Wilhelm Oberbeil esperaba en Hamburgo mi llegada para acompañarme a Berlín en coche, puesto que las vías férreas, parcialmente destruidas en varios trozos, desaconsejaban el viaje en tren.

—No sabes, Ángel, qué elegías se han hecho en las oficinas de la Abwehr y la VI A donde se ha comentado tu actitud mandando al diablo tu propio bienestar y cuanto los aliados te prometieron, para venirte aquí donde todo lo que puedes esperar es malo —me decía Oberbeil cuando estábamos camino de Berlín—, más cerca de la muerte que de la vida.

—No me he detenido en valorar esta decisión y sí en recapacitar en mi juramento respecto a poner todo lo que tengo al servicio

del nacionalsocialismo se ganase o se perdiese como ha acontecido. Estoy rindiendo culto al juramento hecho por mí y para mí. Dios es todo; el triunfo y el fracaso.

—Así es. Aunque todavía no es mucho lo que falta para que nada nos quede que defender. Pero son no pocos los que incluso no lejos de las altas esferas de haber estado donde tú, no hubieran vuelto al teatro de la muerte. Es más, si hoy se les permitiera irse...

Nos detuvimos en varios lugares del camino no sin antes de salir del coche, hacer nuestro café de filtro en la cafetera exprés que yo llevaba por compañera con mi alcohol y algodón que es con lo que se calentaba. Lo hacíamos a escondidas y lo llevábamos en un frasco para que en el salón no lo notaran.

Con sueño y la resaca de lo azaroso del viaje mantenido a fuerza de alcohol y somníferos, el cuerpo lo tenía estragado. Entramos en la capital alemana el día 9 de junio de 1944 cuando una formación de sesenta y cinco aviones de la RAF terminaban el ataque. Aquello era bombardear y no lo que la Luftwaffe de Goering había hecho sobre Londres con sus bombas de cincuenta kilos mientras yo estaba en la capital británica. Cualquiera de los artefactos aliados acabados de lanzar sobre Berlín, no sólo habían reventado manzanas enteras, sino que los cráteres en las calles constituían obstáculo a la comunicación y quehaceres industriales no siempre de posible solución.

La entrada en Berlín la hicimos a las veintitrés horas, completamente a oscuras. No me suspendió el ánimo la falta de luz, que bien la conocía de Londres, sino los incendios infernales que desde cualquier lugar se les veía alzarse.

El día 14 en Berlín, al dirigirnos a la Abwehr, comprobé que la ciudad era otra a la que dejé la última vez y no sólo por la escombrera en la que estaba sumida, sino porque todas o casi todas las dependencias de los centros oficiales, incluso los que quedaban en pie, habían sufrido alguna alteración. La Abwehr, que mientras el almirante Canaris la jefaturó los aliados la respetaron como cosa suya, había cambiado hasta físicamente desde que Schellenberg la mandaba. En buena parte, Schellenberg se había deshecho de los colaboradores en la «obra» de Canaris en cuanto a ser la matriz del antinazismo (1). Ésta era la razón por la que todas

(1) «Matriz del antinazismo». ¿Qué había sucedido? Lo inevitable, porque no podía ser de otra manera. Consistió ello en que el día 5 de abril de 1943, a la vista de cargos irrefutables contra Canaris, la Corte Marcial del III Reich, nombró a un juez especial para investigar en la Abwehr y a su jefe el almirante Canaris. Este patrocinó la conspiración de buena parte de la Wehrmacht, incluido el Estado Mayor, constituyendo su verdadero enemigo del triunfo europeo y por lo que se perdió la guerra.

las caras de los custodios desde la entrada al último pasillo fueran nuevas y nuevo uno para todas las caras susceptibles del menor movimiento sospechoso o que lo pareciese. No obstante la compañía de Wilhelm, debía identificarme a cada paso.

Tampoco el despacho de Walter Schellenberg era el que ocupó el almirante, sino otro muy diferente al que disfrutaba en el 8 de la Printz la Albrechstrasse donde estaban las oficinas de la Inteligencia SS. De aquel despacho, el de Schellenberg, la gente se hacía lenguas por el buen gusto en la distribución de la riqueza en las joyas decorativas.

Schellenberg no nos hizo esperar más de dos minutos. Nos estaba aguardando con la impaciencia que supone el desequilibrio del Servicio en una nación como España confluyente en muchas otras que por añadidura era posta-enlace de la mayor parte del continente americano. Quería el jefe que oralmente le informase de lo acontecido en la entrevista acabada de mantener en Madrid con los enviados de la Inteligencia de los Servicios enemigos.

—Como vienes de otro mundo, querrás tomar café, ¿no es eso?

—Sí, quiero tomar café, pero del mío.

Le di el paquete con cinco kilos que le llevaba.

—Gracias, hermano —exclamó.

No obstante, él se había previsto de un buen café para amenizar nuestra larga charla informativa en la que yo me fui ayudando con las notas tomadas en el *U-Boot* entre sobresalto y sobresalto. A pesar de la grabación y una taquígrafa, él mismo anotó y me hizo repetir hasta las reacciones de mis interlocutores según yo las iba describiendo minuciosamente. El jefe se detuvo de manera singular en la reacción del representante del Intelligence Service cuando al decirle yo que las mejores informaciones recibidas por mí en Londres me las dio un inglés, exclamó:

Se le encomendó aquella misión a Manfred Roeder y éste, haciéndose acompañar de Sonderegger y dos SS más, ocupa el despacho objeto de la principal denuncia, el de Von Dohnanyi. Sin ir más allá, en la búsqueda de la mesa en la que Dohnanyi trabaja, de uno de los cajones saca la prueba irrefutable que facilita la detención del inquilino con otros testimonios delatores; allí estaba el cuaderno con los asentamientos de algunas conversaciones y contactos con los judíos mantenidos por él en distintos países y que eran quienes más pusieron en la conspiración antihitleriana. También estaban las notas de lo que el almirante habló con Donovan en el «Hotel María Cristina», de Algeciras, el día 7 de diciembre de 1940 y de lo que hemos dado noticia cabal en el capítulo 9. Con Dohnanyi estaban Müller, quien intentó el escamoteo de un documento, y Oster (estos dos fueron ahorcados con Canaris en la segunda semana de abril, de 1945, en la prisión de Flossenbürg). Sin aquella intervención de la Corte Marcial, el 20 de julio del 44, se hubiera producido un año antes. (N. del A.)

—¡Sería judío! —y a continuación Schellenberg comentó satisfecho: Es natural: el mismo enemigo nos ahoga —y aclaró: A pesar de todas las diferencias que nos separan, o que les han hecho que nos separen, los ingleses llevan nuestro linaje y comparten el agobio de la misma carga extraña.

—Así es —corroboré harto de haberlo comprobado en Londres en múltiples conocidos aparte de lo que el mismo *Lion* me declaró cuando le hice observar lo del antisemitismo alemán afirmándome que el antisemitismo en Inglaterra, aun sin cacarearlo porque ése no es el estilo del inglés, era el más arraigado en el mundo y que aun peor sería si ganase la guerra.

Tras algunos pormenores, Walter me aconsejó, a modo de mandato:

—Primero descansen usted bien para que después emprenda una nueva tarea de bastante peso: la de intentar restañar las fisuras producidas en nuestro Servicio en Sudamérica por la actitud del jefe en aquel Servicio, quien se ha negado a pagar a sus agentes desde hace tres meses «alegando» falsas dificultades de envío no obstante haber recibido puntualmente la mesnada. —Ya en el 1942, previendo las dificultades, la Abwehr y por su parte la RuSHA había depositado cierta fortuna en distinta moneda en las cuentas de tres industrias de alemanes en Buenos Aires quienes entregaban la cantidad mensual que la nómina de los agentes importaba. La retiraba un señor apellidado Ramírez, quien ya siendo Perón jefe de Estado al «irse de la lengua» desapareció sin dejar rastro—. También en España pondremos algún remedio a la desvinculación, volviendo usted allá en cuanto las condiciones lo aconsejen.

Pero camino de la deportiva y bellísima villa alpina, Garmisch Partenkirchen, quise una vez más recrearme en la majestuosa Munich, capital de los bávaros hasta entonces ignorada por la aviación enemiga.

¡Ignorada! La primera noche que duermo en el «Hotel Deutsche Kaiser» —la del 11 al 12 de julio— se produjo el ataque más bestial de lo que a lo largo de la guerra venía presenciando en uno y en otro frente. Las bombas, al estallar sobre nuestro refugio parecían el sonar de una Apocalipsis a dos pasos de la tierra. Poco o casi poco he leído acerca de los rostros de quienes en el búnker aguardábamos el silencio de la sirena. No era una amargura colectiva, sino un mosaico de diferentes presentimientos a cuál más trágico. La copa de coñac con la que se nos intentaba calmar y en parte lo conseguía debido al ingrediente que se le añadía, era el único lenitivo de que podíamos disponer.

Al salir del búnker, en Bahnhof Platz en el que como cada quisque hube de permanecer mientras las bombas caían, me encontré con que el hotel de mi hospedaje y los edificios colindantes, estaban ardiendo. ¡Maldición! A nadie le gusta quedarse con lo puesto y más si lo puesto, tras bajar de los pisos muertos y heridos entrándoles en las ambulancias, clamaba por la sustitución con lo que me cubriera limpiamente. Sin embargo, y a pesar de las manchas sanguíneas y de los yesos adheridos, no pude cambiar de traje —imposible la adquisición de ninguna prenda— hasta que la Embajada nipona en Estocolmo me envió un nuevo ajuar.

Garmisch Partenkirchen en el mes de julio ya no tiene carámbanos en los alares de las instalaciones deportivas y las viviendas decoradas a lo tirolés. La planicie intramontana estaba convertida en «ciudad-hospital». Los hoteles, que en los días brillantes de la Olimpiada, dieron albergue a los llegados del mundo entero, deportistas o admiradores, estaban ahora ocupados por los heridos de todos los frentes bajo la atención de un mundo maravilloso de enfermeras hermosamente descuidadas y un puñado de doctores no todos alemanes. No obstante la repajolera vida del requiebro a la feminidad, con frecuencia hacía viajes a puntos distantes para ver a mis amistades. Por esta razón, el 20 de julio lo pasé en casa de Wilhelm Oberbeil, en Holzkirchen donde con él, que también descansaba y su familia, llevaba unos días. De Berchtesgaden lo llamaron con la máxima urgencia para que se trasladase a Berlín antes de que la Radio diera la noticia del atentado.

—No te muevas de casa. Antes de volver a Garmisch espera a que yo te diga lo que debes hacer. La cosa es gravísima. Hitler está en peligro.

Con la radio puesta a todo volumen, con los oídos alertas, aún nos acercábamos a ella como si no nos fuésemos a enterar no obstante la locución natural. Toda una angustia alegre se producía ante la noticia. Podía no haberse salvado, pero ahí estaba. Aguardé impaciente y prevenido hasta su vuelta el veinticinco. Fue allí, en su casa, donde éste me informó de lo sucedido en el Cuartel General mediante la bomba inglesa que Claus von Stauffenberg puso bajo la mesa y de lo que todo el mundo tiene conocimiento. El treinta, una orden de la Jefatura nos pedía a ambos que nos personásemos en Berlín para un servicio de urgencia. Wilhelm me anticipó parte de la neomisión, no sólo porque de ella tuviese referencias sino porque sabía que el cometido se había comenzado con cierta premura antes de salir él de Berlín. Se trataba de las investigaciones y testificaciones acerca de los confabulados en la Abwehr que no llegaban a media docena pero eran los más decisivos.

En Berlín, atacado a todas horas en sus diversos sectores e instalaciones, estuvimos dos días esperando que Rudolf Wagner nos pudiera recibir. Él era uno de los encargados de seleccionar las piezas informativas para el estudio de cuanta comunicación se le había enviado al almirante Canaris sin que de ella hubiese dado ninguna cuenta al Gobierno y sí a determinados jefes de la Wehrmacht activos en la conspiración: informes secretamente utilizados para apuntalar la derrota elaborada desde el primer día. De aquellos despachos, uno a uno, hube de informar exhaustivamente, tras reconocerlos y memorizar sobre lo que hubiese de manipulación en ellos. Y lo había hasta extremos de que cuanto se le tenía emitido respecto a las conversaciones con los doctores Machen y *Werkaztvo* había pasado a conocimiento de los sediciosos y por ende fue fácil llegar al 20 de julio.

CAPÍTULO XXVII

En febrero del cuarenta y cinco, contra lo que el Alto Mando de la SS tenía supuesto, hubimos de abandonar el búnker del Cuartel General SS debido a que, en repetidos ataques, varias bombas americanas o inglesas que tanto monta, acabaron con el complejo sistema de antenas casi invisibles del que nos veníamos sirviendo con la misma precisión que antes de los bombardeos. Tras el último *raid* cesaron todas las operaciones con el extranjero. Schellenberg no se resignaba a la imposición de que los comisionados de diversa procedencia nos diéramos al ocio precisamente cuando más necesarios estábamos siendo.

En el búnker de la Cancillería se habían instalado los aparatos electrónicos o semielectrónicos más avanzados de entonces en los que se tenía a la mano todo el sistema de comunicación concerniente al Servicio por nosotros desempeñado. Por otra parte, el búnker de la Cancillería respondía con firmeza a cualquier ataque, lo que nos garantizaba el Servicio. Schellenberg tardó poco en conseguir que se nos habilitase hospedaje y que aquel gabinete, hasta entonces a medio rendimiento, comenzase a dar cuanto le era posible «hasta que el cuerpo aguante».

Hasta que el cuerpo aguante, porque el margen de confianza dado a Von Ribbentrop por todos, desde Hitler al último de las autoridades del Reichstag, ya se había esfumado y por entero nos estábamos dando al convencimiento de que la paz la impondría el último cartucho.

—Debemos ir al lugar desde el que reanudaremos las actividades por si hubiera necesidad de modificar las ubicaciones de máquinas allí instaladas. Es preciso tener a mano varios aparatos a la

vez, reduciendo el número de operarios y de movimientos en quienes debemos maniobrar sin restar agilidad a los servicios ininterrumpidos de veinticuatro horas.

Fue a mediados de marzo cuando se nos mandó ocupar definitivamente nuestros puestos en el «cubil catacumbico» o búnker de la Cancillería en la parte técnica en cuanto a transmisión destinada a Himmler y sus menesteres a quien ya se le comenzaba a no temer, por lo menos en las altas esferas. El propio Wagner, siguiendo indicaciones de Below, estaba prácticamente a las órdenes del Führer a través de éste, su ayudante.

La entrada al refugio hitleriano, custodiada por los más acrisolados de los SS, ante quienes no bastaron papeles sino que se hubo de telefonar a dos lugares antes de darnos entrada, me impuso de la realidad que aquel búnker era otra cosa no sólo con buena dimensión en la diferencia existente entre éste y los de la Abwehr y SS, sino que el haberles creído a los primeros el no va más de las fortalezas subterráneas era una solemne tontería. En los primeros tramos conducentes a las profundidades del subterráneo amazacotado de hormigón y acero (el mismo Speer, ministro de la Producción, «Niño mimado» del Führer y traidor a él, había proyectado y construido con teutona tozudez), comenzó a producirse un fenómeno psíquico-fisiológico de rara y desusada definición. A cada peldaño, sin saber la cuantía del grosor de cemento armado que la mole abarca, prejuzgué toda la suma de la fortaleza apretada y opresora comprimiéndome hasta el aliento. A medida de que el descenso iba siendo más hondo aun no variando la dimensión de la escalera, aumentaba la opresión en el organismo, pareciéndonos que se iba estrechando y alcanzando límites en los que el cuerpo carecía de holgura. Uno de los sentidos más allá del quinto, obraba el horrendo fenómeno de ponernos encima el cemento graníticamente duro amacizándonos a la forja másica de la obra. No fue sólo el presentir metros de dureza al palpo simple de poner la mano en la pared, sino que hasta en sueños sentía el peso a través de las diversas prolongaciones fantasmagóricas de lo insospechado de las visiones. Al tentarlo se me oprimía el pecho y los muslos, presumiendo el aplastamiento de tan informe tonelaje apisonado por vibración. Durante el tiempo que allí estuve dormí, sí, pero una y otra noche a lo largo de las onírico-vivencias era un estar continuo bajo la suposición de que encima y en derredor tenía el planeta en su fase muerta o ya sin sol, ya sin estrellas. No sé bien por qué me di a la idea de que aquel dormir siempre nervioso, no era diferente al que deben de dormir los muertos si los muertos duermen la sonámbula e ininterrumpida pesadilla del pecado.

No fue mucho lo que tardamos en la adaptación de los elementos ya de por sí bien instalados. La acogida por parte de los que que habían hecho habitáculo se acercó a lo anormal. No les gustaban los extranjeros ni nacionales que hicieran más opaca la vivencia. En realidad, aun siendo como era el búnker enorme, un pequeño mundo con ciento setenta y cinco mil metros cuadrados entre despachos y dependencias como el de Bormann, de nueve personas y once el nuestro (los «Himmler», como se nos decía a quienes algo teníamos que ver con la RusSHA n. VI en cualquiera de sus secciones. No obstante, a aquellas alturas Himmler carecía de autoridad moral para mantener el «tipo»: su tipo malquisto en todas las consideraciones) aun habiendo reducido a seis los operadores. El búnker de coches tenía ochenta chóferes de plantilla más las familias de algunos. Y, cómo no, los miembros del Gruppenführer de la Waffen-SS agrupaban a doscientas criaturas y quince apartamentos más.

Con la misma premura del caso, y el «caso» estaba en la retirada sin tregua de todos los frentes avanzados en el acoso al Ejército por el sabotaje continuo de la resistencia de la retaguardia en la que como a Napoleón le aconteciese, los «resistentes» actuaban sin precaverse de peligros acechantes, a las habitaciones iban llegando nuevos inquilinos evacuados de otros bunkers vulnerados. No sólo ellos, sino sus papeles en cajas que luego servían para ampliar armarios. A últimos de marzo, aquella Babel subterránea funcionaba sin tener que temer a las bombas aun oyéndolas caer y explotar encima o cerca del encima. Aun sintiendo el temblor, aun sintiéndolas caer y reventar asolando sin que nos pudieran alcanzar, el ánimo de cada uno se reducía a la menor expresión hasta alcanzar lo pequeñito y el mal agüero.

Ya cada cual en su *zimmer-atelier* (taller-alcoba) pensaba en morir pronto o en vivir siempre según el duende que le movía el talante. No es que el salir del hondón de acero y cemento estuviese prohibido. Podía hacerse a la debida hora y mediante el consiguiente permiso. Pero nadie osaba la aventura de sobrevivir al torrente de «lluvia» caída en cualquier parte de la ciudad. En el comedor nos encontrábamos los turnos cada vez más blancos, más pálidos y menos «mejor vistos». Cada uno portaba su rumor acerca de las ideas, la salud y el talante del Führer cada vez menos asequible a nadie. El rumor era el único alivio.

—Que sí, que se casa. Tres veces ha rectificado el texto.

—Pero a Eva le da lo mismo. Es el Führer el que desea morir casado.

Cada bien enterado aportaba su sapiencia en torno a la «ale-

jada» vida del Führer, en lo íntimo se entiende. En cuanto al ritmo de las operaciones, antes que él las sabíamos nosotros.

De sus pasos íntimos sólo se conocía lo que el «chisme» portaba. Aun teniéndolo a tranco de diez despachos, era tan difícil llegar a él como en la vida normal lo fue trasponer los pasillos y salones marmóreos de la vieja Cancillería y entrar en el gran estudio, cerebro del III Reich pretorianamente custodiado. Cuando Hitler salía al salón de visitas, se anticipaba Von Below para «limpiar» de camaradas el local. Para no tener que responder a los saludos. Ya el brazo se le negaba si intentaba la repetición. Aquí, en el interior del búnker, cuando Hitler pasaba camino de los jardines de la Cancillería, segados a bombazo limpio, o nada más pasaba en la antesala, junto a *Blondi* —con la que ya no jugaba—, los pretorianos eran más y más exigentes en el cuidado del hombre. Nadie debía salir de los despachos y si lo urgente imponía sus fueros, no era permitido el paso por donde el Führer estuviese. El orden observado por todos rayaba la precisión absoluta. Diría que era un orden demencial. Me informaron de que su despacho estaba cubierto de mapas: que en ellos podía apreciarse, hasta en pequeños detalles, toda la geografía de Europa colgada en los tabiques —¡y qué tabiques!— sin que cupiese en la mesa otro papel ni uno más de los cuatro teléfonos que había.

No obstante, y a pesar del aislamiento en el que quería y debía estar el Führer, nadie pudo evitar —ni nadie lo pretendió en ningún momento— el que entre Hitler y cada uno de nosotros hubiese amistoso «enlace». Enlace que todos los días traía noticias del ánimo y hasta la salud de su mejor amigo: el jefe o, dicho en idioma del búnker, el Führer. Todos los días, dos veces por lo menos, recorría los despachos cercanos al del canciller y uno por uno éramos visitados por *Blondi*; perra loba alsaciana quien en la cara llevaba el estado moral del dueño. Más que una perra era un mensajero con el mensaje en los ojos: tristes si en la mesa del hombre que ya no dominaba el destino de ningún *land*, la penuria hacía presa de la circunstancia. Uno de los últimos días de la veintena abriléñ, tras acariciarla con interrogadora mirada, le pregunté en voz alta: «¿Le has visto llorar?» Debió de entender la pregunta. Separó la cabeza y se fue visiblemente triste, apesadumbrada por el barrunto de lo que nos estaba deparado a todos a partir de cualquier momento.

El día 20 de abril de 1945, el refugio acorazado del Reich era más templo del nacionalsocialismo que nunca lo era de verdad y no aparente. Como en el ser humano, a quien la agonía lo está acabando, la luz de la fiebre lo alumbraba unas horas antes al ester-

tor final, en el búnker de la Cancillería, donde estaban muriendo las raíces del nacionalsocialismo con su secreta proyección a las mentalidades superiores de todas las razas, apareció una tipificación de la esperanza sin catalogación en el pensamiento. Aun sabiendo que todo estaba perdido dejamos de creerlo mientras la ceremonia tuvo lugar. Era la luz de todos los finales cuando el pabilo que termina se alza aluzante como para dar fe de su refulgencia pasada. Aquel día veinte, nubo al mirar de cualquier lontananza, Hitler remataba los cincuenta y seis años de vida y comenzaba otro año sin que él llegase más allá de unos días, concretamente once incompletos. Todo se condensaba en la trágica solemnidad del instante histórico de la fecha en conjugación con el fin de la guerra en la que intervinieron casi todas las monedas corrientes de la fiducia en el mundo con las que sufragar armamentos mecánicos y cotizar voluntades decisorias en los hombres con algún peso en la balanza del desastre. «La guerra ha terminado», se decía con la expresión del rostro aunque hubiese quien, creyente en el milagro, barruntara que lo que acababa era la primera campaña de la guerra racial comenzada a las cuatro cuarenta y cinco del día uno de setiembre de mil novecientos treinta y nueve cuando la transición de la actual guerra secreta creada por Seat Cohen y puesta en práctica por el cerebro del Gran Kahal, haya servido todos los alcances de la actual revolución consistente en la agresión de la astrosidad feísta. O sea, cuando el belicismo de los malos modos y el mal gusto carezca de necios a quienes reclutar al través de publicidades dedicadas a la infección de epidemias liberatorias.

El veinte de abril de mil novecientos cuarenta y cinco, en el búnker hitleriano de la Cancillería, todos los rumores o noticias contrastadas en la estación de radio y telecomunicación en el contiguo despacho al nuestro, corrían de boca en boca como pólvora. Pero la más urgente, por acariciadora, fue aquella orden del portaestandarte SS, Wilhelm Zander por la que el que lo desease, y lo deseamos todos, podía salir al jardín de la Cancillería y formar para que el Führer nos pasase revista. Era un homenaje onomástico y aunque Zander no dijo que el último, todos sabíamos que lo era. La noticia fue una traca encendida corriendo, explotando en cada uno según llegaba y celebrando la artificialidad pirotécnica.

—Se irá subiendo por secciones —dijeron cuando ya lo estaban haciendo los Reichssicherheitsdiensts.

Tardamos lo que un suspiro en salvar las cuatro docenas de peldaños que nos separaban de la superficie antes verde y sin violentas escoriaciones en el césped. Sí, la doraba el sol abrilero color limón de Berlín, entonces limón agrisoso no obstante producirnos la dicha del reencuentro con la naturaleza aunque fuera por el fugaz instante de ponernos en doble fila a la espera de que el Füh-

rer apareciese por la puerta norte acorazada donde los Reichssicherheitsdiensts se disponían a instrumentar la ceremonia marcial propia al rango de quien esperábamos. Volaban a todo volar las sirenas diciendo «miedo». La primera en salir saltando fue *Blondi*, más que corriendo la alegría del poder oler el campo, lo hizo lenta, precediendo una neocostumbre, como lo pudiese hacer la haya del ciego. Tras ella apareció Hitler seguido del Führerbeilekmando, Zander, otros oficiales todavía prestantes en la apariencia.

Sin ninguna demora, más bien con prisa, el Führer pasa revista a todo el que abajo y a su alrededor estábamos. Después lo hizo a quienes en las diversas casamatas enmascaradas custodiaban la tumba gigantesca de la que diez días después todos saldríamos hacia un punto fijo —el nuestro el de Rottag Am Egern—, pero siempre, siempre con el rumbo a merced del adversario.

Es temprano y claro el amanecer. A juzgar por el infierno de explosiones que a Berlín tapiza, una ciudad como aquélla tiene mucho que guerrear antes de ser tomada.

Ya Hitler no era todo él, sino la mayor parte del otro, del vencido. Llevaba en el búnker sin haber salido los quince días anteriores sin más descanso que el justo para sostenerse. Indudablemente aquella salida debió de sentarle bien.

Comienza a recibir las felicitaciones y reconoce a alguno que no conoce mientras desconoce a otros que conoce bien. Le estábamos rindiendo homenaje a sus cincuenta y seis años rotundos de patriotismo, de fe en la victoria de la inteligencia. No cumplirá más: los nervios y calambres en pugna con su tranquilidad le han hecho viejo sin serlo. No ha perdido energía su tenaz orgullo de alemán honrado que abomina de lo que los demás abominábamos: de la degeneración de la especie a la que —clarividente lo tenía presentido y dicho— hemos llegado para que la superación de la mejor parte sea posible.

Va lento y hay en él una tardía mueca de reflexión sobre los juramentos que le hicieron incluso sin haberlo pedido. El juego lo ha decidido la plutocracia y el bolchevismo que es la misma cosa. Una vez más la decisión impone que el europeo sea el que pierda. Las palabras «Estado Mayor» y «Gobierno» en aquellos instantes nos sonaban a irónica referencia de un pasado.

Terminada la ceremonia o parodia ceremonial, el hombre del sueño libertador de Europa, vuelve a la caverna a la que le obliga la conjugación de maleficios y vuelve con el mismo paso, con la misma *Blondi* pegada a su rodilla derecha... Lento en el bajar, desaparece en el descenso el último punto de la sobrevisera de la gorra militar. Tras un prudencial lapso bajamos los demás ya comenzando a llegar los otros a quienes les alumbraba la misma mortecina flámula; los componentes de uno y otro estamento, jefes de

una u otra gran misión. Treinta y dos en cuestión, llegan para marcharse. Felicitar o pesadumbrar, que la diferencia es poca. Numancia germana, la moderna Numancia a extensión nacional y en ella estamos porque lo quiso el Destino siempre propicio a nuestros bienes.

Con las mejores caras, caras para la circunstancia, se produjo el rápido cumplimiento de la felicitación. Aquella especie de zaguán receptante está lleno. Martin Bormann, Himmler, Goering, Ribbentrop, Mackaburgo, Speer, los jefes de la Marina y la Wehrmacht, Dönitz, Keitel y dos oberkommandos más que no recuerdo; otros de rango inmediato y su más fiel, el de incomparable lealtad: el nunca tratante en la feria de los parabienes: el ministro de Propaganda, Goebbels quien, después de la ceremonia, lanzó la noticia de que la guerra acababa sin mencionar las palabras *Smerch Vragan*. Y mientras la presencia jerárquica celebra, la centralita telefónica acumula angustiosas noticias sobre la llegada a los arrabales de Berlín de las tropas del mariscal ruso Zhukov, quien dispone el ataque final menos fácil de lo que debió de creer no obstante no contar casi con otra fuerza que la imberbe de los «*Volkssturm*» o, lo que es igual, los chavales de la juventud hitleriana a quienes se les habilitó de soldados. Noticias, creo yo, que Wagner no las entregó a Below y en cualquier caso, éste no se las pasó al Führer porque ya ni era posible ponerles ningún remedio ni había quien lo quisiese poner.

El primero en salir del reducto fue Keitel por haber recibido una llamada telefónica. Marchó a su Cuartel General en Plön a prisa y corriendo, creemos que por la inoportuna llegada del mariscal Zhukov al perímetro defensivo de Berlín quien inmediatamente ordenó el ataque de toda su artillería lo que comenzamos a saber ya no por la Radio sino por las explosiones de los obuses sobre el concreto acorazado de nuestro techo que en realidad no era un búnker, sino una aglomeración de búnkers entre los que se contaban: uno por ochenta chóferes apiñados, otro para la parte de la guarnición SS en descanso, otro para el personal civil y toda una vasta red de despachos impresionantemente extensos, comunicados entre sí para la emergencia improbable de que un proyectil, por fortuna aún no creado, entrase o deteriorase una parte.

Se habla casi nada del enemigo y de los frentes que en aquellos momentos ninguno sabe dónde están. Se habla de la postura y actitud de los militares que le facilitan al enemigo el avance siguiendo en sus puestos para que el desorden no dificulte la ocupación del invasor o, como en el caso de Von Paulus, se entregan.

Con la mirada desesperanzada en cuanto a nuestra vida le atañe y pálido el rostro, amanecimos el día veintiuno acuciados por la intensidad del ataque artillero. El ánimo ante aquel bombardeo sin ninguna diferencia en ninguno de los habitantes del búnker, lo teníamos a la espera de que aquella mole habitáculo en el subsuelo reventase lanzando la Cancillería por el aire y que la onda explosiva nos aliviase la muerte en la angustia prolongada de aquel morir frenéticamente horroroso. A las bombas aéreas se les habían agregado los cañonazos de gran alcance con el fino ruido silbante a lo largo: silbido de tiralíneas puntiagudo (el de las bombas aéreas era silbido vertical). Unas y otras azuzaban los sentidos de la desesperación con el retemblar sin fin al parecer.

No obstante, al comienzo de la mañana, algo ocurrió que nos hizo olvidar en lo posible el acoso de las explosiones.

La voz apagada, cuchicheandera vino de mesa en mesa y de éstas cada usuario se levantó para hacer corro, oír, comentar y dar su opinión al respecto.

—La Geilerth, Elsa Geilerth, ha enloquecido.

Esta fue la noticia y el comentario lo demás. No sé si la razón estaba en aquel día; la artillería soviética llegaba con más precisión en el disparo a nuestro búnker. Los «acomodaban» todos.

Elsa Geilerth estaba en la secretaría del Reichsführer SS Herr Himmler como taquígrafa y ya había dado en varias ocasiones muestras de irritación cuando su jefe le dictaba. Pero esta vez sucedió de otra manera. Estaba con sus dos compañeras cuando en pleno techo del búnker estalló un artefacto que se hizo sentir más que los otros. Tras aquello, Elsa Geilerth empezó a disparatar y a tirar de la mesa en la que trabajaba, los elementos que en ella había. La intentaron sosegar con palabras y fue peor. Hubo que sujetarla sin que fuera fácil. Una compañera, Gisela, recibió un puntapié en el tobillo derecho y al soltarla se dio cuenta de que le era imposible poner el pie en el suelo. Llamado al dispensario acudió personalmente el doctor Morell, quien le inyectó y calmó en seguida.

Apenas acabado aquel incidente, nos llegó la orden de evacuar el búnker siguiendo con rigor las indicaciones que se dieron al respecto. Wagner, que había sido requerido por Bormann, volvió con la nota de cómo debíamos disponer la marcha en el propio «tren» en el que Bormann debía partir hacia Rotach Am Egern, lugar en el que se debía proyectar el futuro. Los papeles de mayor importancia debían salir la noche del 21 al 22 y nosotros la noche del 23 al 24.

La selección de los documentos se hizo con celeridad y no estoy

muy seguro de que todo se hiciese bien.

Poca atención pusimos en el informe que urgente para el Führer nos llegó horas después sobre la gran ofensiva del segundo frente bielorruso contra Stettin.

—Por mucha prisa que se den —apuntó Oberbeil— pasado mañana está «ahí mismo» y no creo que lleguen antes.

Sin embargo, apenas cinco horas pasadas, las emisoras volantes nos informaron de que los «panzer» rusos habían rebasado las ciudades de Zossen, Erkner, Hoppegarten, Lichtenberg, Niederschönhausen y Fronau.

—Hoy es domingo veintidós y mañana nos vamos.

El que así hablaba era Bernard, el mejor operario en las emisoras del búnker. Uno de los tres que sostenían contacto con el exterior en cualquier lugar en el que los frentes estuviesen. Lo celebramos todos, pero sólo él, Bernard, bailaba de gusto.

Como todos los días cuando Dönitz, Keitel y Jodl llegaban a reunirse con Hitler, el veintidós se nos pidieron todos los despachos fuese cual fuese su procedencia. En los «radios» de frentes, frentes en retirada, se nos urgió el que según llegara la información, Wagner la entrase en el despacho del Führer, donde estaba reunido el generalato sin anuncio previo. Para hacerlo mejor, Wagner permaneció en el antedespacho y Oberbeil servía de mensajero entre el gabinete y la antesala del antedespacho.

Todo eran sorpresas ininterrumpidas. Llega la información de que las tropas soviéticas están operando en el canal de Teltow. Wagner, que antes de dar nada lo veía, sintió la tormenta. Se la entregó a Keitel quien se puso lívido. Hitler, al enterarse de ello entra en una crisis de nervios y cuando calma, dirigiéndose a los presentes: «Este es el resultado de las traiciones.» Hitler acusó con serenidad, lo que dio a la conferencia más dramatismo. En vez de violento, estuvo reflexivo.

Quando terminó la reunión, Wagner volvió a nuestro cubil descompuesto. Había escuchado las justas e inapelables acusaciones que Hitler hizo contra los generales traidores —que fueron más de un sesenta por ciento: en algunos obedecía a lo ineludible del ajetreo bélico; trabajo al que en toda su carrera militar habían hecho— por quienes se había llegado a aquel estado. Tanto Dönitz como Keitel reconocieron la verdad de la acusación y hasta añadieron algo no menos tundente para los felones. Las palabras «todo está perdido» fue Hitler quien primero las pronunció y no Jodl como dice un autor en no sé qué libro.

Nadie dormimos aquella noche y no sólo por dedicarnos a recoger lo poco que nos quedaba, sino porque tampoco al orgullo le quedaba ninguna oportunidad.

El día 23, para facilitar la evacuación, Bormann ordena algunas medidas que debía ejecutar la SS, sin consultar al omnipotente y, a la hora de la verdad, inútil Himmler. El que el «Metro» dejase de funcionar aquella mañana parece que no fue a causa de la presencia de los rusos en los alrededores del Este berlinés, sino por orden de la SS, según el mandato de Bormann con quien lo tenían discutido.

A las nueve de la mañana entró en el despacho del Führer el general Weidling, a quien Hitler había llamado con premura. Lo nombra comandante en jefe de la zona de Berlín e inmediatamente, con su cuerpo de combate lo intenta contraatacando o sosteniendo las vanguardias enemigas. Se agolpan los informes de nuevos avances enemigos o menos retirados.

Hay calma total en el gran salón de espera en el búnker. Según dice Heinz Linge a Wagner, Hitler está rectificando el testamento político que había dado por concluido el mes anterior. Además agrega algo que nos agrada, puesto que todos sabíamos o presumíamos lo de su suicidio:

—Hitler trabaja mucho en las cláusulas de su matrimonio con Eva. Desde que comenzó la guerra nunca le había visto ni más tranquilo ni más obseso en su quehacer.

Se nos informa de que a pesar de los riesgos adherentes al asedio esporádico al que está sometido el aeropuerto de Gatow, es posible que podamos trasladarnos a Baviera. El día anterior salió un «tren aéreo» de 16 unidades y llegaron a su destino nueve. En uno de los aparatos iban Johanna Wolf y Chris Schroeder, secretarias de Hitler. También iba Arndt, uno de los criados del Führer, lo que nos daba a entender que se estaba intentando sacarlo del bunker y llevarlo a Baviera, a lo que se venía oponiendo.

Todo transcurría en el búnker «normal» hacia la «liberación» o la escapada que debía producirse a las veinte horas, cuando vimos llegar a Speer, el más nefasto de los tenidos por Hitler como leales. No sé quién dijo haberle oído decir que a despedirse. Al salir de mi despacho con el último parte del ejército de Kesselring para llevárselo a Wagner, me lo topé de cara. Me irritó su presencia y nubló la alegría producida por la proximidad de la salida del búnker camino de Gatow. Me repugnaba. No podía ocultar en su cara el contento por cuanto estaba aconteciendo. Según me enteré, parecía que le dijo a Hitler que le había sido fiel en todo y que lamentaba el no arrasar los bienes que al enemigo le comenzarían a servir desde el primer día de ocupación.

¡Contraorden!

Gatow ya no lo podíamos utilizar. Quedaba para urgentísimos

asuntos y personajes de alto relieve. Esto fue el primer síntoma de desobediencia a Hitler. Saldríamos en una caravana de coches que nos debía conducir a Rotach Am Egern. En ese tren iríamos todos los de la sección de comunicaciones de la SS y los del despacho de Bormann.

A las ocho y media de la noche, Schaub dio la orden de que lo debíamos seguir sin hacer ninguna pregunta y advirtiendo que quien se desviase o rezagase no se le podría recuperar. Apretados y cargados salimos a los jardines de la Cancillería. Desde allí en pelotón nos dirigimos a la primera boca del «Metro». En la estación, un tren que nos esperaba, nos llevó a no sé dónde.

Antes de penetrar en el «Metro», siguiendo la línea de «panzers» que nos protegía, una voz española y en español, dirigiéndose a otro que debía de ser también español, o entender nuestro idioma, dijo:

—Tráete a los letones que están resguardados ahí detrás. Tráelos como sea. Aunque los tengas que arrear a punta de pistola. ¡Hijos de puta! En cuanto ven un «olivo» [tanque] se van a él.

La estación del «Metro» estaba materialmente ocupada por gentes femeninas de todas las edades y niños, huidas del Norte. El espectáculo era doloroso a extremos de la más inevitable conmiseración emotiva. Caras hambrientas y aterradas. Niños de ojos más grandes que lo normal y mujeres sin leche en los pechos con que ayudarlos a no morir. Ya ni para llorar tenían aliento. Ningún otro drama en la guerra me produjo tanta angustia.

El veinticuatro, a las primeras horas mañaneras rendimos viaje. Estábamos en Baviera, en Rotach Am Egern, ya pasado Munich. En aquella selva lacustre, verdinegra y calma, después de tanto tiempo, escuché a un pájaro su canto mañanero. Era un canto duro, con algo en él de magia negra. En el lago había unas embarcaciones con cajas y soldados que las protegían. Me parecía irreal el estar en aquel lugar donde, de no ser por las disposiciones defensivas, no por enmascaradas inadvertentes, la guerra no se notaba aunque se sentía a muchos metros de altura el paso cansino y el ruido de las legiones aéreas camino de los últimos objetivos y los penúltimos muertos.

CAPÍTULO XXVIII

Para el relato cabal de cómo los refugiados españoles en Suiza, procedentes de la Alemania derrotada tras trotar por diversos campos en el este del país helvético, fueron a dar con sus maltrechos huesos a la villa de La Plaine en el Cantón ginebrino, donde los gusanos que de las letrinas escapaban, entraban en barracones haciendo la repugnancia menos tolerable. Tampoco la manta contra el frío paliaba el mal gusto del rancho y el interrogatorio de la Comisión Interaliada para la Repatriación, inquirendo exhaustivamente no sólo en la busca del porqué de nuestra presencia en la Alemania de Hitler, sino de pormenores susceptibles de haber o no acontecido en nuestra dilatada vida.

La repatriación de los extranjeros en Alemania, a más de incierta recorriendo caminos y campos nevados agresivamente fríos, pasando por pueblos sin pan y sin cobijo, era la prueba más dura que contra la voluntad de vivir se produjo en la guerra. Era como el colofón del dolor y para los menos fuertes aquel doliente peregrinaje, la muerte fue la salvación.

«Suiza», «Suiza»; aquella palabra mágica salida del aquelarre en el que las brujas de todos los tiempos y razas se concentraron haciendo alegoría del martirio, desde los primeros días de abril, la veníamos escuchando más que como la nominación de un país

como el mítico Edén terreno al que sólo los justos podríamos pasar. Pero, ¿quién de cuantos en fila hormiguera nos orientábamos al Sur se sentía injusto? Porque todos nos creíamos dignos de entrar en Suiza, la única puerta por la que los no alemanes podíamos salir de Alemania camino de nuestras patrias.

Sin embargo, aquella puerta, las puertas germano-helvéticas, no eran ni mucho menos francas a todas las nacionalidades y hasta en la misma nacionalidad eran —en principio— tan grandes las diferencias en la admisión y en el trato que entre los españoles, franceses e italianos hubo dos especies de admisión: la roja y la otra. La bien tratada, la primera; la segunda en todo, la otra.

Como el resto de los refugiados, los españoles intentamos el paso por donde primero llegamos: en el paso de Bregenz. Comenzaron por rechazarnos a quienes no teníamos una clara documentación de trabajadores. La peregrinación no acababa. Particularmente a nosotros se nos ocurrió el paso a Liechtenstein desde Feldkirch atravesando el Rin por un trecho helado difícil y oyendo roncar la nieve a nuestro paso. Anduvimos, anduvimos hasta que nos salieron a recibir.

Liechtenstein se levanta en lo alto de una arruga de los Alpes con nieve casi perpétua y no lejos de glaciares de la misma edad que la Era en la que estamos viviendo. Si el minúsculo principado (ciento cincuenta y siete kilómetros cuadrados) carece de un ejército regular y sólo nueve policías tenía entonces para su defensa, contaba, sin embargo, con un «ejército» de perros sabuesos capaces de los más efectivos rastreos y de la más delicada manera de detener a quienes se les tenía ordenado. Un bocado sin dentellar la carne en el vuelo faldero de la señora o en la manga de la chaqueta masculina era suficiente para tirar del detenido —sin la menor molestia— y llevarle a presencia de quien se le haya mandado.

Quizá por esto, al príncipe y su Gobierno le importaba poco que custodiasen o no hombres uniformados el perímetro de la raya fronteriza separando las pertenencias de lo suyo y lo ajeno. No sólo en tiempos de paz, sino en los de diáspora como la producida por el derrumbamiento de la guerra entrando en el país en una hora más seres que los que el principado había tenido en todo el siglo contando también los muertos, los perros eran suficientes.

No, allí no podíamos estar. Debíamos ir a Suiza pero ya no seríamos rechazados porque en este paso de Vaduz la manga era más ancha y a él nos llevaron y en él unos y otros nos entregamos con equívoco optimismo a las autoridades helvéticas, por en-

tonces y ante la verdadera «invasión» que la avalancha suponía, con muy malas pulgas.

Más que caritativamente, en la frontera se nos recibió con una sopa de puerros y la seria advertencia de que no podíamos movernos más allá del reducidísimo espacio que se nos tenía acotado con una alambrada de pinchos. Los puerros en sopa hirviendo con «ojos» risueños de mantequilla flotando, al calentar el cuerpo le dan al alma una vivificación que aun durando poco el aliento del calor, es, sin embargo, punto desde el que la esperanza da un saltito a lo que por liberación entiende.

De nada sirvió el alegato de los pudientes de permanecer en el país a nuestra costa en el hotel que se nos designase mientras se producía la autorización para nuestra marcha. Para tratar de esto nos comisionaron a tres, los demás en iguales condiciones.

—¡Váyanse! —nos gritó el que debía de ser jefe de recepción—. Todos ustedes irán al campo de concentración que se les designe hasta que la Comisión Interaliada diga quiénes son o no criminales de guerra.

El panorama se nos puso más oscuro que lo que de suyo tenía la alpina región.

Los rusos que venían a uña de caballo desde la propia Rusia para que sus paisanos triunfantes no les dieran alcance, se quedaron estupefactos.

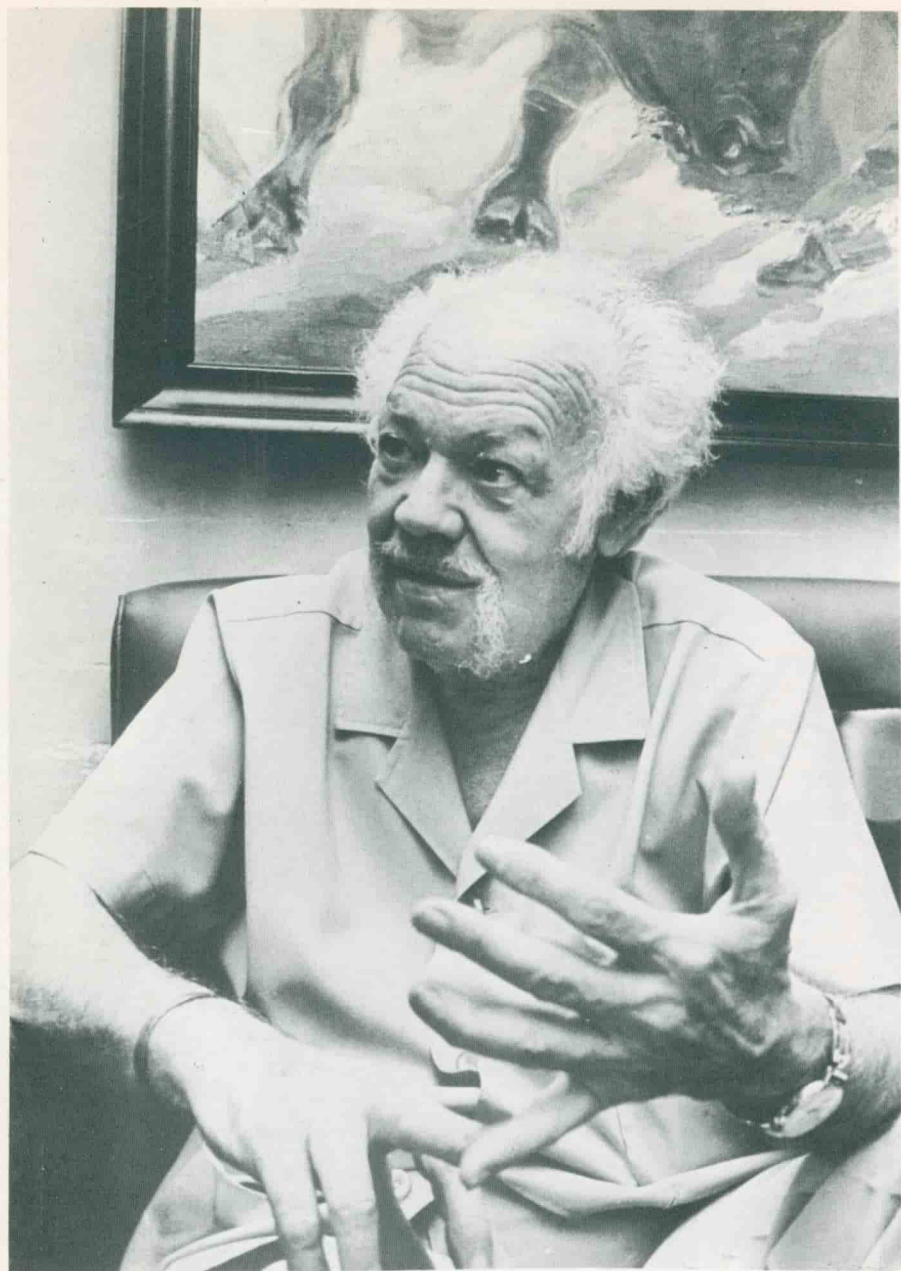
Apenas acabamos la última brizna de la lilácea planta, hervida y condimentada con mantequilla la ya olvidada, se nos llevó cerca de Appenzell en una arruga alpina donde los propios refugiados cavamos el campo para la instalación de casernas y en donde se hizo la clasificación de quienes habíamos llegado con el porte de nuestros diversos lenguajes dando al improvisado lugar rango de Babel a ras del suelo compuesta de barracones sobre un océano de barro entre el que debíamos esperar bajo la lluvia el acomodo de un trecho sobre pajote con que se intentaba la ilusión de un habitáculo humanizado.

Los griegos, los turcos, los franceses, los italianos y españoles éramos no sólo peor tratados, sino a quienes con desaforada exigencia se nos obligaba al trabajo forzado de cargar con los paneles de madera con los que las casernas se armaban; las pacas de paja y distribuirla; cargar con paquetes de diverso contenido api-lándolo en el almacén sin que ninguna reclamación fuese atendida.

Tres días después, los helvéticos hicieron la primera separación. A los súbditos de la URSS, ciudadanos de un país vencedor, se les dio prioridad en la salida del campo clasificador e igualmente en el reparto de los paquetes de viandas que la Cruz Roja, con generosidad envidiable y envidiada, les entregaba solícita



Ángel Alcázar de Velasco ayer...



...y hoy.

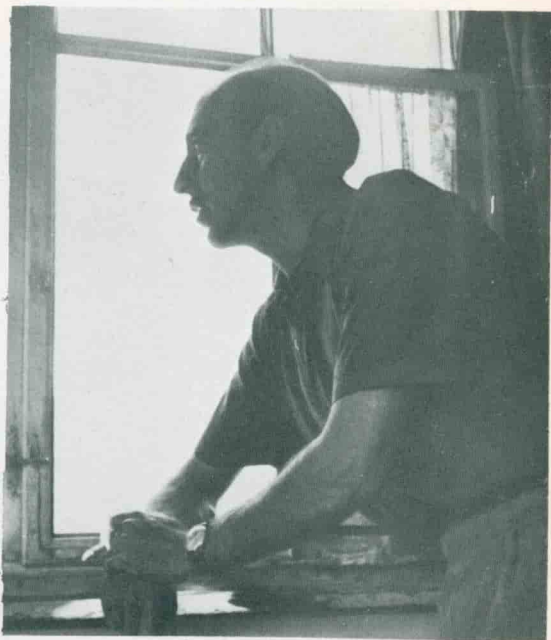
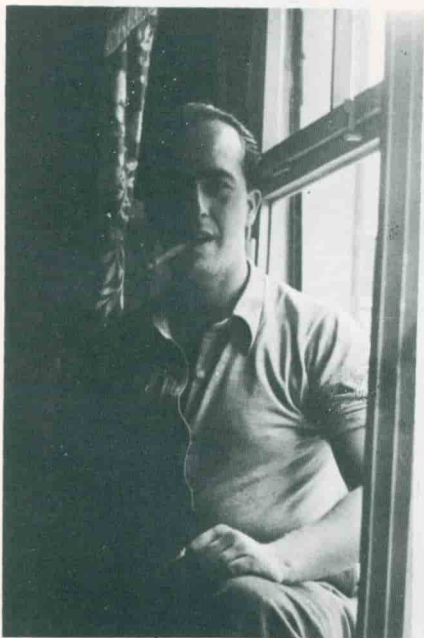


Foto para la posteridad. Boda de Alcázar de Velasco
(San Sebastián).



Alcázar de Velasco en prisiones militares de Salamanca.

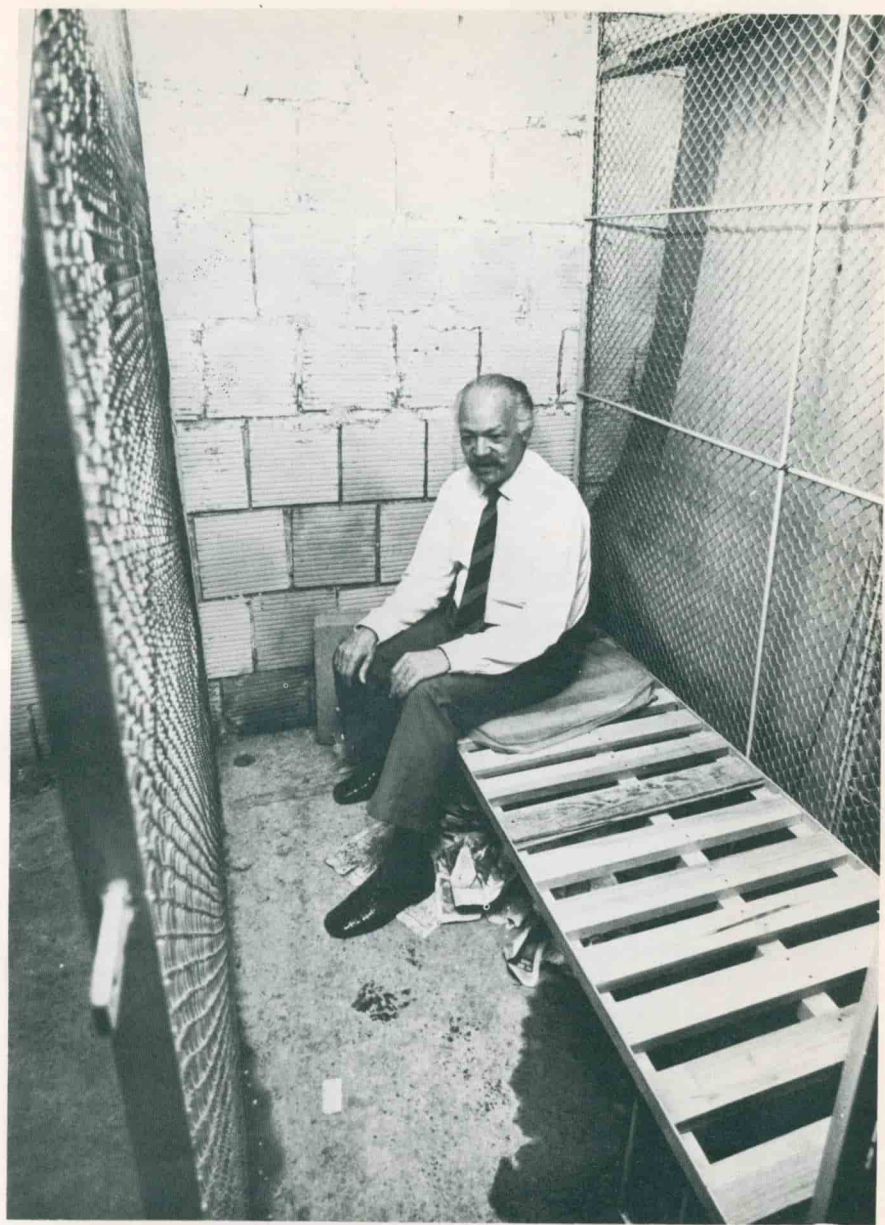




Algunos de los españoles (aquí cuatro médicos) que, en Appenzel (Suiza), esperaban la repatriación después del asalto al tren de repatriados en la estación francesa de Chambery.



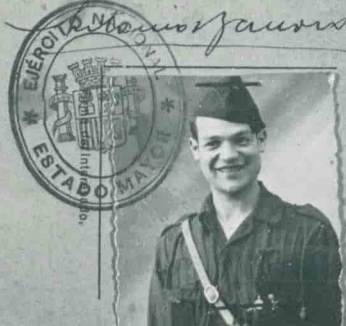
Alcázar de Velasco entre los embajadores de Italia y del Japón durante una recepción.



Alcázar de Velasco visita la «cárcel del pueblo», en Montevideo. Para llegar a ella tuvo que recorrer cien metros de cloaca. Era el primer periodista que lo hacía.

D. Angel Alcázar de Velasco Este documento ha sido expedido por la
de nacionalidad Española
carnet FE
y pasaporte núm. 3 expedido en San
Sebastián el 19 de septiembre de 1936
con el núm. 111 de registro,
el 1 de noviembre de 1936.
El Jefe de E. M.,
P.O.
El Comandante de S. U.
El Comandante de S. U.
El Comandante de S. U.
El Comandante de S. U.
Literario
Fotográfico
Cinefotográfico
es corresponsal (1) Noniudad
de (2) Noniudad
y queda autorizado para ir a los
frentes de guerra, vi-
sitar el frente a com-
pañados de un Ofi-
cial de Prensa, per-
manecer en Madrid man-
do de la autorización de 1936.

(1) Táchese la profesión que no ejerza.
(2) Nombre de la entidad representada.



Carnet de periodista, expedido por el Estado Mayor del Ejército, que autorizaba a Alcázar de Velasco a visitar los frentes.

COMITÉS DE ACCIÓN PARA
LA UNIVERSALIDAD DE ROMA

Los Comités quieren ser el
medio práctico donde pueden
encontrarse, coordinarse y co-
laborar todos los que en cada
país y patria, estén dispuestos
a trabajar juntos para un prin-
cipio y una espiritualidad co-
mún y para una obra de paz,
de progreso y alta elevación
moral de que puede sacar
provecho toda la humanidad.

EL PRESIDENTE GENERAL
E. Losely

NOMBRE Y APELLIDO ANGEL
ALCAZAR DE VELASCO
DOMICILIAD EN S. SEBASTIAN
ESTA INSCRIT EN EL C.A.U.R.
DE ESPAÑA
FIRMA DE ADHERID
EL PRES. DEL C.A.U.R. DE



Alcázar de Velasco, miembro de la Universidad de Roma.

mientras a quienes aún no habiendo perdido la guerra nos consideraron «derrotados», se nos daba un maldito plato de rancho. Y siendo como eran los rusos en todo los primeros, a ellos fue a quienes antes que a nadie se les puso tantos trenes cuantos fueron necesarios para que retornaran a su país. Aquella diligencia helvética sólo tuvo un pequeño contratiempo: el de que los súbditos de Stalin en su mayoría no quisieron volver a Rusia. Sus airadísimas protestas entre las que discurrían las frases de «derechos humanos», «queremos nuestra libertad» y algunos otros tópicos, fueron una gran sorpresa para las autoridades suizas. La negativa los confundió. Primero lo tomaron a chacota no queriéndolo entender. Después, muy en serio, dictaminaron:

—No tienen ustedes opción. Su Gobierno ha pedido la repatriación de todos los soviéticos llegados a la confederación helvética y tenemos que obedecer —ésta y no otras fueron las razones que los suizos dieron al «Comité» formado por ocho rusos elegidos entre la mayoría de los miles y miles allí llegados.

Los rusos refugiados no sólo no admitieron las explicaciones sino que se negaron rotundamente a salir del campo si no era hacia un país del continente americano. Un ruso en los tres días que estuvimos juntos, me preguntó cómo era Argentina y yo traté de darle la cara noble del hermoso país. Le hablé de la psicología, el carácter y la hospitalidad del pueblo platense. Al nórdico se le hacía la boca agua.

Desconozco lo que las autoridades discurrieron acerca del asunto pero sí sé —lo vimos cuantos allí estuvimos— que al día siguiente decidieron la partida de los sesenta mil rusos haciendo uso de todos los medios a su disposición entre los que sobresalió la fuerza bruta cuando la astucia les fracasó. Tan rotunda fue la decisión de los refugiados rusos de no volver a sus pagos, que los suizos optaron, para deshacerse de ellos, por decirles que en vista de su actitud se les había habilitado un campo especial en otro Cantón en donde todos reunidos podrían esperar sin impaciencia ni preocupación a que los visados de los países que les quisieran admitir, estuviesen dispuestos. Arguyeron que el campo de Appenzell se había establecido para la recepción y clasificación por nacionalidades y que «mañana» se les trasladaría al nuevo campo.

No todos lo aceptaron de buen grado. Los rusos temían hallarse solos, sin testigos presenciales. Por otra parte, algo notaron en la manera de exponerles el «paternal» proyecto que les movió a solicitar más claridad en las explicaciones según apreciaron, en algunos extremos contradictorias. Se las prometieron para cuando, instalados en la nueva «residencia», estuvieran más calmos.

Como se les había dicho, al día siguiente, en pequeños grupos

se les trasladó no al campo sino a la estación de Saint Gall y nada hubieran intuido si al «encajonarlos» en los vagones no se les cerrasen las puertas con cerrojos sonantes. Sospecharon: Por una estrecha apertura que en la ventanilla se había dejado solicitaron razones para semejante procedimiento. Los ferroviarios no supieron darlas y sí que estaban cumpliendo órdenes. A los desafueros vociferantes no se les escuchó y mientras los dimes y di-retes se acentuaban, el tren partió. Pero apenas el convoy había dado cima a la aceleración, los rusos rompieron las ventanillas y despreciando la velocidad se lanzaron por ellas, prefiriendo el trauma del zarpazo contra el suelo a la vuelta a su tierra de lo que se creían liberados.

En la liberal Suiza, sólo dos periódicos —que nosotros se-pamos— de Zürich salieron al paso de la malquista decisión del Gobierno helvético mandando a la fuerza a quienes se negaron a regresar, no obstante tener allí enterrado el ombligo de todas sus generaciones. Algunos cayeron entre vagones prefiriendo morir en el trance de la decisión a la vida que les esperaba y de la que tenían amarga experiencia. Tras los dos primeros reportajes los dos periódicos súbitamente enmudecieron porque, según se nos dijo, democráticamente les hicieron callar según la convivencia política. Por «deslenguados» en palabras del *press attaché* de la Embajada rusa. Aquellos profesionales de la pluma fueron seriamente advertidos.

Los temerarios saltantes, el que no murió, curados primero y amonestados después fueron saliendo de la acogedora Suiza sin que sepamos la suerte que cada quién corrió en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas:

Los franceses, haciendo uso de mil atajos, habían logrado dar con Lindau o Breguenz y pasar la frontera de la «libertad». Menos a Francia les daba igual a donde se les despachase. Canadá, México o Argentina... no les importaba. Cada cual se hizo sus cuentas contando con el inalienable derecho de vivir en donde le gustase.

Los griegos, los turcos, se quejaban de la tiránica obligación de trabajar a la que se les sometía cimentando y armando barracas, lo que dio lugar a frecuentes dificultades y si nunca fueron graves, se debió a las amenazas que constantemente se les hacía. Una de ellas, la más «convinciente», era la de devolverlos a Alemania.

Los españoles no fuimos pero —cómo no— en seguida apareció el que lo achacaba a un supuesto abandono por parte de nuestros representantes diplomáticos. Nada más infundado e injusto.

Nos consta el esfuerzo activo y tenaz de los diplomáticos hispanos en busca de lo mejor para nosotros. Aparte que el español es dado a negar cuanto por él se hace y cuando la evidencia no le deja lugar a dudas, lo hecho le parece poco, en aquella ocasión hubo, si no reconocimiento colectivo, sí una extraña manera de callar cuando se nos aseguró que se nos iba a trasladar a uno de los mejores campos de cuantos para el menester se habían instalado y, además, el Gobierno español, a pesar de tener la faltriquera de su hacienda en precario, nos concedía ocho francos suizos diarios de los que la «masita» daba con holgura para el tabaco y la cerveza.

Una mañana se nos avisó de que tuviéramos listos nuestros escasos equipajes porque en la noche íbamos a ser trasladados a un campo junto a la frontera francesa. Cundió la alegría esperanzadora. Se nos dijo que todos, sin más excepción que la de los rojos españoles, volveríamos a nuestro país. Ellos quedarían en Francia donde el cuartel de «resistentes» los tenía en palmitas.

Sobre las nueve de la noche, en la estación de Saint Gall comenzó la operación de embarque. Con lentitud desesperante pasaban y pasaban las horas sin que nuestro tren se moviese. Ya con el alba sobre los picos alpinos partía el convoy llegando a Ginebra antes de las once de la mañana.

En la estación ginebrina se nos prohibió el descenso. Se nos dio un café y hubo un momento en el que hasta asomarnos a las ventanillas se nos prohibió. Como reses en jaulas, tundidos por la elasticidad de toda una noche, viaje que normalmente se hacía en menos de cuatro horas, tardamos seis y como añadidura hubimos de esperar en el tren más de hora y media a que los autobuses vinieran para trasladarnos a La Plaine donde llegamos un espléndido día de sol cuando la tarde comenzaba a declinar.

Entre la vía del ferrocarril que desde Ginebra entra en Francia y la carretera por la que llegamos a la misma dirección, entre medias de aquel alpino paisaje, el campo de concentración se agazapaba en un espacio vertiente de unos cien mil metros cuadrados. Frente al campo de Mont Blanc nevado, hierético al sol de aquella mañana rebrillaba argentino prometedor de quimeras venturosas. Los camiones frente a la entrada se detuvieron en fila india sin que se nos permitiese el descenso ni para menesteres físicos. En disposición de apuntar los soldados que no entendían una palabra de español, entendían correctamente los ademanes suponiéndose lo que se iba a organizar. Cada camión dio principio a la descarga de humanos y equipajes. A los primeros

se les volvía por enésima vez a constatar la filiación, el porqué había ido a Suiza sin aguardar a que las tropas de ocupación los detuvieran y toda una serie de inquisiciones a cuál más capciosa. En los segundos se registraba de tal suerte que algunas prendas las descosieron sin miramientos. A cada refugiado se le hacía invertir un tiempo de quince minutos y éramos lo menos cuatrocientos refugiados, por lo que de haber seguido así, al último le hubiera costado estar a bordo del camión cuatrocientos cuartos de hora, o sea, cien horas; cuatro días largos. No fue así. El alboroto que se armó por tan arbitraria reclusión adquirió caracteres de suma violencia. Desobedeciendo cualquier indicación de los soldados que nos custodiaban, comenzamos a saltar a tierra.

—No —gritaron—. No pueden hacer eso...

—¿Que no podemos? Miren si podemos.

Las puertas se abrieron con violencia y en menos tiempo del que en contarlos tardamos, se vaciaron los vehículos no sin que mediaran algunos culatazos por parte de la soldadesca y algunas bofetadas repartidas con buen acierto por los cautivos.

Uno de los oficiales acabó con el incidente no sólo poniéndose de nuestra parte, sino condenando el procedimiento que con nuestro albergue se llevaba.

—Toda vejación es criminal —proclamó el mlite ante el que parecía ser el jefe.

Reunidos los responsables se nos ordenó pasar al campo y ocupar provisionalmente las barracas que cada una albergaba a cuarenta seres: veinte en el suelo y veinte en la litera.

El primer rancho nos lo dieron en una bolsa de papel. Los que habíamos dicho que éramos cocineros (pensé que era el mejor oficio al que me podía apuntar por aquello de que estando en la cocina algún crédito aportaría al haber de mi estómago) fuimos llamados con prisa poniéndonos a preparar la cena pelando patatas porque los cocineros o condimentadores eran suizos. Lo de pelar patatas no es una ganga.

Cerca de las doce de la mañana del siguiente día, el viejo Aldasoro, cónsul de España en Ginebra, con el secretario consular llegó donde estábamos. Nos informó de que el convoy en el que vinimos varió tantas veces de horas a la comunicada oficialmente que de no estar haciendo guardia en la estación cuando llegamos, por lo antes apuntado, no le hubiese sido posible acompañarnos al campo. Tras un cambio de impresiones con los militares, un cambio de consideraciones en nuestro beneficio. Gracias a la presencia del valedor, señor Aldasoro, dejó de ser menos triste nuestra situación. Que en honra a la Historia se le abone por cuanto nuestro recuerdo lo desea.

CAPÍTULO XXIX

Imprescindible a la explicación de cómo la Comisión Interaliada para la Repatriación, no nos autoriza la salida de Suiza para España con los demás refugiados en el tren especial que al pasar por la estación de Chambèri fue por los rojos asaltado y en el asalto más de una dentadura de oro en las encías de los viajeros españoles, fue a parar a los bolsillos de los criminales, no sin hacer uso de una piedra cuando la prótesis se resistía a los alicates con los que a la estación fueron prevenidos. Gracias, digo, a la negativa de la tal Comisión, no fui lapidado ni hube de hospitalizarme como nuestros compatriotas fueron.

El campo de concentración para españoles en las cercanías de La Plaine, villa del cantón ginebrino a un tranco de la frontera francesa, lo componían dieciséis filas de barracones, este-oeste y en cada una de las filas doce unidades de madera en las que la paja suelta nos servía de colchón y de abrigo puesto. Una manta, la que se nos dio, era insuficiente si tenemos en cuenta el que por la combustibilidad del cobijo nos estaba prohibido encender ninguna lumbre.

En aquella penuria con el Mont Blanc por barrera, o la espalda nevada y en la altura su glacial refulgente al sol de junio, bu-

llíamos y rebullíamos la totalidad de quienes buscábamos llegar cuanto antes a donde los nuestros nos estaban esperando. En los dos más aislados barracones, unos días después se improvisaron las oficinas ocupadas por los miembros de la Comisión Interaliada para el estudio de la repatriación devolviendo a cada uno a su lugar de origen o la entrega a los jurídicos aliados en Alemania para que en Nüremberg dispusiesen del que la Comisión acusase.

Naturalmente que todos no éramos españoles, aunque por uno u otro procedimiento los no españoles tenían documentación española. Los había franceses, alemanes, dos griegos, un ruso. Los españoles, realmente iberos, una parte de ellos de la División Azul, otra estudiantes o ya doctores en Medicina, muchos obreros empleados de fábricas y entre éstos buen número de rojos procedentes de Francia que en aquella repatriación no quisieron volver a España donde habían dejado la huella de algún crimen. Éstos aun viniendo como refugiados, eran simples confidentes ya preparados por algunos miembros de la Comisión.

Cuando por primera vez llegaron al campo los comisionados a organizar sus respectivas mesas, desde el quicio de un barracón vi que entre ellos estaba Stanley, el agente del Intelligence Service con quien en Madrid lidié una operación que en otro capítulo hemos relatado. Aumentaron mis palpitaciones. Yo había destruido en Feldkirch toda la documentación de la que en Alemania me había servido y me hice la que debía servirme. Pensando en la natural incomunicación con Madrid, me «expedí» un pasaporte a nombre de Angel Doñate Reca, apellidos muy conocidos en casa por lo que en cuanto tuviesen noticias del tal Angel Doñate Reca, sabrían que era yo el corresponsal remitente. Estudié si me convenía o no mantener la falsa identidad del pasaporte cuando fuera requerido o si presentarla como documentación para mi estancia en el vecino país. Opté por lo primero.

La precisión interrogadora en cada uno, fue minuciosa, tanto que no se limitó al porqué habíamos ido a Alemania durante la guerra, sino que alcanzaba a lo que habíamos hecho, nuestras relaciones y lo que habíamos oído. Las barracas, con la comisión en ellas, era el mejor taller inquisitivo en el que toda fantasía y lucubración, producto del miedo en el declarante, o el bajo deseo de caer bien, se le daba rango testificativo.

Debido al espíritu delator que reinaba en una minoría, desde el primer día la Comisión dispuso de un dossier completísimo de «lo que cada uno habíamos sido en la guerra» no obstante y acabarnos de ver.

Los trabajadores, tras dos o tres interrogatorios «pasaban» a la gaveta de los que iban a ser autorizados para repatriarse.

A los de la «División Azul» se les amplió la «tira» de preguntas y la pormenorización en ellas tardando un poco más. Con los franceses fueron implacables. Como primera medida se les decomisó la documentación española y, según el criterio de los comisionados del país galo, deberían primero pasar por el tamiz de Francia. O, lo que es igual, como sucedió, que tras juzgarles, casi todos fueron fusilados.

Yo mismo, siendo español —y no fui el único— no sólo tenía documentación falsa, sino que estaba acompañado por la esposa falsa a quien la documentación la acreditaba como María Pinto Moliner (María Dannwerth), casada con Angel Doñate Reca, quien no llegaban a seis las palabras que sabía pronunciar en español y, claro está que el afirmar a los inquisidores que había permanecido toda su vida con sus padres en Alemania, no sirvió de nada.

Cada cual salía contando la feria según le había ido y ya eran muchos los que se veían en España después de un viaje en tren patrocinado y custodiado por auxiliares de la Cruz Roja. Los había «tan listos» que dando por heroica su presencia en el campo, contaban con que desde la salida de Ginebra se les daría un sueldo y que nada más llegar, Franco les diría: «Decidme de lo que queréis vivir, vosotros, mártires de la incompreensión.» Otros, los no «listos», simplemente se conformaban con atravesar Francia sin dificultades, llegar a la frontera de España e irse a su casa aunque fuera a pie. Pero los había que no decían nada. Quienes con sorna escuchaban y con sorna a todo decían que sí. Eran aquellos los que de una manera o de otra, se informaban de las alhajas en posesión de cada uno y si era de oro el reloj, y si entre los pliegues de las bragas escondían tesoros las hijas de los hacendados fruteros valencianos y mallorquines residentes en Polonia o cualquier otro lugar esloveno, familias todas que al llegar el ruso abandonaron la plaza.

Los interrogados cada día iban disminuyendo hasta que sólo quedamos María y yo. Un día, otro sistema de averiguación y todos los días ante los cuatro triunfadores (Rusia, USA, Inglaterra y Francia) con sus triunfalistas secretarios... dispuestos a ser más papistas que sus jefes.

—¿Qué te han preguntado hoy —quería saber María apenas ponía los pies en el barro del campo.

—En realidad, preguntarme nada. Al montón de fotografías que viste el día que entramos juntos han añadido otras que ciertamente parecen más —explicaba a María para que los demás lo oyesen.

A la curiosidad de los circundantes alemanes, ella misma contestó:

—Se empeñan en que es Angel un señor llamado Angel Alcá-

zar de Velasco y que los apellidos de Doñate Reca los ha adoptado hasta llegar a España.

Una mañana de los primeros días de julio, tras haber preparado durante dos fechas a toda la población recluida para que tuviese el equipaje listo, a la hora de abordar el convoy nos reunieron e imperativamente los milites guardianes nos ordenaron que, según se fuese leyendo los nombres, el individuo debía acercarse con su hato al talud que separaba nuestro campo de la vía férrea. El tren llegó procedente de Ginebra lento hasta detenerse. Nuevamente por orden alfabético, fueron subiendo todos los huéspedes del campo de concentración de La Plaine, en donde los barracones con paja y piojos, las letrinas con gusanos coprófagos así de gordos, quedarían solos, quizás a la espera de que fuesen otros inquilinos en la misma situación que la nuestra. Según se iba nombrando iban subiendo a los vagones. Sucedió lo que ya reservadamente se nos había comunicado que iba a suceder. María Dannwerth y yo, éramos los únicos que quedábamos allí acompañados de un español que «por estar enfermo aquella mañana» no podía tomar el tren sin que tal «indisposición» sorprendiera a las autoridades.

Inmediatamente que el tren arrancó me fui al comandante del campo y le rogué un permiso de dos horas, quizá tres, para ir a ver al señor cónsul en Ginebra y hablarle de mi situación y de la que como esposa había quedado conmigo. Aquel comandante, germanófilo como yo, hombre que adoraba a Suiza y a Europa, que había soñado con una Europa gobernada por europeos y no por los que durante cinco siglos la venían invadiendo subyugando a los nativos mediante la usura, nos concedió el permiso y al darnos el papel nos dijo lamentándose:

—Como no tienen otro medio para llegar a La Plaine que el de ir paseando, voy a mandar para que les acompañe un soldado —y añadió la preocupación de su sospecha—. No creo que ese tipo que ha quedado en el campo esté enfermo. Pudiera aprovechar esta circunstancia para hacerles algo malo.

—Esa misma idea tengo de su enfermedad y creo que su misión no va más allá que la de vigilarnos.

—Cualquier gestión que los diplomáticos españoles hagan para que se le conceda libertad vigilada, tendrá mi mejor informe —nos prometió el jefe del campo.

Los dos, con el soldado fuimos a la villa apacible de La Plaine en donde un tren nos condujo a Ginebra.

Lo vi preocupado, lo que aproveché para hablarle con claridad. Le dije que estaba harto intranquilo por la suerte de mis compa-

fieros. Que por el contrario me gustó el haber sido rechazado por la Comisión Interaliada y que no estaría de más el que se le tuviera informado del viaje de estación en estación.

No es que yo me creyese adivino, es que sin ninguna concreción me había llegado el rumor de que a los franquistas se les iba a recibir en Francia «con todos los honores».

Desde nuestra llegada al lugar barraconero el cónsul me vio e hizo como si no me conociera, le tenía informado de cualquier acontecimiento entre los refugiados y con más dedicación en los últimos días de gestión interaliada. Le tenía dicho que algunos de aquellos presuntos trabajadores dispuestos a quedarse en Francia por ser enemigos del régimen franquista, habían dado a entender la posibilidad de realizar el atentado lo que, impunes, era fácil llevar adelante la cobardía de una agresión antes de llegar a la frontera española, por lo que el diplomático estaba con «la mosca en la oreja».

Repasamos algunos de mis informes y terminamos por acordar no perder el contacto.

Aldasoro era un diplomático con una experiencia profesional parecida o superada a todos los que desde los despachos diplomáticos habían sorteado la guerra. Valdría la pena decir algo referente a aquellos señores que tanto hicieron por España y los españoles en dificultades como la nuestra en Suiza, y que yo sepa, no se lo han agradecido públicamente ni tiros ni troyanos.

Aldasoro no solamente me dijo que estaba en contacto directo con las autoridades de los ferrocarriles suizos, sino que me enseñó algunos de los partes que taquigráficamente habían tomado en el despacho. No obstante y a pesar de que todo iba bien, me afirmé:

—Mientras no lleguen a Gerona no puedo estar tranquilo como no lo está usted.

—En el lugar en donde almuerce me llama y me da la dirección. Si necesito de usted alguna cosa le avisaré.

Salimos y después de un paseo a orilla del lago Ginebra, pasamos a un restaurante desde el que le hablé.

—De no llamarme el señor Aldasoro, es que todo va bien. En este caso desde aquí volveré a La Plaine a dormir entre mi paja y mis gusanos letríneros que, menos hablar, esos arácnidos lo saben todo.

La vianda nos fiaba placeres al paladar sin vigencia en la cocina del campo. Apenas si habíamos llegado a los postres, cuando se presentó en nuestra mesa un enviado a decirnos que de parte del señor Aldasoro fuéramos al Consulado lo antes posible.

Fräulein Dannwerth, a quien yo le había enseñado algunas palabras en español para que le fuese menos pesada la permanencia

en España, después de escuchar al mensajero, pronunció estas dos solemnes palabras:

—¿Nos halamos?

La palabra «hala», empleada cuando al acabar alguna función, quería decir que ya nos íbamos, ella la interpretaba a su manera convirtiéndola en verbo. No tuve tiempo del comentario jocoso. Pagamos con prisa el cubierto y ante el asombro del camarero que se esforzaba en querer saber qué era lo que nos disgustaba, hubimos de decirle que se trataba de una intemperancia familiar. Lo lamentó y hasta salió a la puerta para ayudarnos en la busca de un taxi; el que en diez minutos nos puso en el Consulado.

—Sí; como nos habíamos supuesto, el tren ha sido asaltado y la cosa es grave —acentuó.

—¿Dónde ha ocurrido, Aldasoro?

—En Chambèri.

Y tan grave. Las noticias oficiosas que continuamente llegaban al despacho consular, coincidían en que los rojos españoles, al llegar a la estación chamberilera, no solamente despojaron de todo lo que llevaban a quienes a España volvían, sino que las dentaduras de oro, a los que las tenían, se las sacaron tundiéndoles con una piedra a unos, a otros con las tenazas que para el caso llevaban como trebejo de su menester. Quedaba la esperanza de que, siendo como eran las noticias que llegaban confusas (dependía de la oficina informadora) la verdad del crimen no fuera tanta a la hora de hacer balance. Unas que si habían matado a tres, otras que sólo eran los muertos media docena y quién afirmaba que efectivamente los había gravísimos, muy graves y otros pronósticos pero no muertos.

Con unos y otros informes, de lo único que estábamos seguros era de la masacre que no sólo estuvo premeditada por los rojos españoles infiltrados entre los auténticos refugiados, sino que entre la multitud asaltante abundaba la intervención de muchos franceses quienes ninguna revancha podían reivindicar. Sin embargo, como la misma Prensa suiza dijo, fueron franceses quienes más se lucraron con el botín de las propiedades de los españoles indefensos a merced de la voluntad vengante del «resistente» que entonces fue alias para su gusto.

Por fin oficialmente se informó al Consulado de que una vez que la Gendarmería francesa controló la situación y para evitar que en estaciones siguientes volviera a repetirse, quizá con peor suerte puesto que las noticias eran de que esperaban al tren con medios más agresivos que los empleados en Chambèri, el tren desandaba lo andado y volvía con su carga de quejidos, sangre y

miedo, con la capacidad en los seres tundidos reducida a la impotencia, a Ginebra, en donde mientras llegaba se improvisó hospitalización a quienes de este menester necesitasen y tristemente la necesitaron muchos.

Tras una gestión consular por la que se me autorizó a no volver al campo puesto que en la ayuda éramos necesarios, con Aldasoro y un secretario nos fuimos a la estación a esperar al tren que fracasó en el intento de devolver a cuantos desde su arribo al convoy, se prometían la felicidad de llegar a sus casas y los suyos a contar «su guerra» que también es otra manera de gozar no sólo por lo que le ilustrasen de lo que la guerra de innoble tiene sino por lo que inventaran en pro de su «heroísmo» discutido y nunca creído como es norma en el oyente.

Apenas comenzó el descenso, todo el personal del Consulado con los de la Cruz Roja, unos y otros por igual denodados, trabajó quizá como en su vida lo tenía hecho porque al esfuerzo físico se unía el del dolor. Lo sorprendente era que nadie se cansaba.

Cuando las ambulancias acabaron su tarea, hubo de buscárseles alojamiento a los ilesos y los menos graves y una vez albergados se impuso la visita a las clínicas en las que estaban. Quién acudió a este hospital, quién acudió a otro, mientras nosotros, Fräulein Dannwerth y yo, tratando de ayudar con lo que podíamos a los maltrechos y sin más posesión que lo puesto, visitábamos todos los lugares en donde fueron repartidos tomando nota de lo más necesario.

Ésta fue otra de las tareas a las que el Consulado hubo de someterse. La de vestirlos mientras las gestiones oficiales cundían en prosperidad.

CAPÍTULO XXX

Urnach, en la región alpina de Appenzell, forma con la ciudad de Herisao, la capital del Cantón, un complejo de habitaciones para esquiadores de toda la Confederación helvética asiduos afluentes a la práctica de ese deporte. Deporte fácilmente disfrutable casi todo el año sobre las laderas imponentes del Sentis, glaciar de dos mil quinientos cuatro metros de altura. Con ser eso mucho en las virtudes del paraje, no lo era todo. En el verano, Urnach, al sentarse en la ribera del Thur, afluente del lago Zurich, tiene carácter de veraniega estancia natatoria por lo que las habitaciones, digamos públicas, no suelen disfrutar descanso.

Tras el chamberilazo, los repatriados españoles fuimos divididos en dos grupos. En uno, el de Urnach, estábamos los repatriados «de primera» y no concentrados en estancia comunal sino ocupando habitaciones individuales en los varios hoteles de la plácida villa. Al otro grupo, el de obreros, lo alojaron en aprisco; establecimiento barraconero como el de La Plaine o cualquier otro de los prefabricados para la misión urgente de cobijar seres. En éste, en el de los españoles de la pala y de la espuerta, habían estado los griegos hasta días antes. No quedaba lejos de nuestro pueblo. Pero sólo una vez me autorizaron los militares de los que ya dependíamos, para ir a ver a mis compañeros los más sufridos, no obstante tener más necesidades por ser quienes más perdieron en el atentado.

Entre nuestros guardianes los había germanófilos de sangre pura y aliadófilos de pura sangre. Aunque eran más los primeros que los últimos, se les oía menos. Callando lamentaban el que Alemania hubiese perdido la guerra mientras el contrincante se go-

zaba de haberla ganado vociferando el triunfo. Solapadamente entre ellos existía una pugna antagónica de la que yo comencé a beneficiarme. Por los primeros, los germanófilos, supe que estaban «dando» la consigna a los que entre nosotros se mostraban nada adictos —tres comerciantes de los veintisiete que había— y sí a la «causa» aliada, para que hicieran correr la voz de ser yo miembro de la Gestapo, lo que no era verdad aunque a última hora colaboré con la RusSHA. Que mis auténticos apellidos distaban mucho a los de la documentación presentada por lo que estaba en lo cierto y que María Pinto Moliner era Fraü Zimmermann, esposa del que fue figura importante de la SS, general Zimmermann, suicidado cuando ya todo perdido y todo quemado en Rotach Am Egern, el único que faltaba por desaparecer era él y con él acabó una minúscula cápsula de cianuro (1). Pero fracasó el intento de crear a nuestro alrededor la rara atmósfera pretendida. Por el contrario, nada les salió a la medida. Los médicos y los universitarios ninguno se recataron en las afirmaciones de que un intento de sacarme a la fuerza de entre aquella «familia en la desgracia» les costaría lo suyo. Así se lo comunicaron al Consulado que era lo deseado para dar más firmeza a sus alegatos ante la autoridad helvética respecto a nuestra situación.

Estaba claro que, por el momento, habíamos salido ganando con no ir en el tren y con que el tren fuese asaltado, pero también lo estaba a tenor del talante de algunos guardianes que en cualquier otra expedición nosotros no íbamos a salir aunque los compatriotas protestaran. Pero también era cierto que a medida de que los días pasaban mis recursos defensivos se enriquecían en influencia. Mediante la adhesión incondicional de unos frailes marianistas, dados generosamente a la ayuda del perseguido sin discriminación social o racial —Eichmann era judío como lo era Bormann— me puse al habla con el general de brigada, Arsenio Martínez de Campos, conde de la Seo de Urgel, que en el Servicio de Información militar español seguía siendo importantísima autoridad y me previó de lo que carecía para maniobrar removiendo resortes: dinero.

Dinero con el que poder moverme en un país en el que el dinero descerraja todas las puertas allanando caminos obstaculizados en aquel caso más que por el volumen de la derrota, que lo fue catastrófico, por la confusión creada entre los ganadores, que no todos compartían el espíritu de Yalta ni la soberbia del «yo más» entre ellos mismos.

(1) En mi libro *Martin Bormann dit not die in Berlin: I took him to South America*, París, 1960, divulgado por Dalmas en la Prensa del mundo entero, doy detallada noticia de aquel dramático trance. (Nota del Autor.)

Por otra parte, y ateniéndonos a la Comisión repatriadora, tanto el asalto al tren de refugiados de Chambèri cuanto el retorno a la fuerza de los rusos que no deseaban volver a su patria por el régimen opresor, fueron derrotados en los que, se quisiese o no, el peso de ellos invalidable el derecho a caprichosas imposiciones y todo lo que menguara la actualidad triunfalista de los ganadores aumentaba la posibilidad de exigir y conseguir otras transigencias.

Stanley, que hacía dos años era en Madrid base fundamental del Servicio de Inteligencia inglés, con el que tuvimos encuentros «profesionales» y ahora en la Comisión repatriadora, nos vino a ver al pueblo.

Fue una bomba para unos y otros. Todos habían pasado por ante su mesa y respondieron a su interrogatorio. «¿Qué es esto?» Y después los amigos me preguntaron.

—Estarás contento de mi intervención como «enemigo» en la Comisión.

Creyó y acertó el inglés al suponer que lo estaba.

—Ciertamente contento y agradecido. No esperaba otra cosa de ti. No obstante, cuando te vi por primera vez pasar hacia la oficina en La Plaine, tuve un momento decadente que menguó mi espíritu. Pero me rehíce pronto, Stanley, y pronto me di a la idea de que tu presencia en aquel sanedrín repatriador, era para mí un aval.

—Gracias: en cuanto a lo de sanedrín no te equivocas. En lo que quizá te hayas equivocado, puesto que no me era posible decirte, es en mi actitud respecto a la decidida interferencia para que fueras en la expedición colectiva.

Stanley hablaba con cierto tipo de meditación. No quería dejar de enterarme ni que yo creyese que su favor me lo quería cobrar.

—Sin embargo, Stanley, el no haber ido...

—Eso es lo que quiero que sepas, que si no fuiste se debió a mi tenaz oposición a tu visado repatriador aduciendo el que tu intervención espíativa prácticamente la habías desplegado sobre la Gran Bretaña —y continuó—: No te sorprenda. Estaba bien informado de que el tren sería asaltado, aunque no en Chambèri sino en Marsella.

Ya sin whisky en la botella, Stanley me invitó a pasear para seguir conversando. Conversación larga y prolija sin que su caballería tuviese doble fondo. Al hablar de Zimmermann y de Insbruk, me pidió permiso para grabar las respuestas si no tenía inconveniente.

No lo tuve. Y no sólo autoricé la grabación, sino que le dije:

—Graba lo que desees y pásame el texto para añadir lo faltante.

Así lo hizo y en la grabación se escuchó esto:

«Rottach Am Egerm, ciudad umbrosa como lo es toda la Baviera austríaca, puede decirse que ha sido el último Cuartel General de los restos del III Reich. Aquel reducto estaba dando albergue a la jerarquía derrotada mientras se intentó organizar la desbandada de quienes debían o querían salvarse.

»El 29 de abril de 1945, hacía una semana que no se dejaba de quemar documentos o realizar cuanto menester encaminase a la ocultación de lo quemable. Wagner y otros a quienes no conocía, con la misma nerviosidad hacían —deshacían— algo y digo yo que también recelaban de lo que cada uno pensaba respecto a la manera de salvarse puesto que la información recibida en la VI y la Abwehr de los proyectos en el vencedor, era tan fidedigna que no sucedió de otra manera.

»Un soldado le trajo a Wagner una orden oral para que fuese al despacho del general Zimmermann y salió para volver al poco:

»—Sígueme, debemos hablar en la calle.

»Ya fuera, bajo los árboles centenarios de un tronco robusto, casi negro, me anunció:

»—Buena noticia, Gometz. Debes volver a Madrid, reponerte y con los dos mejores agentes de tu organización estar preparado para ocultar a un camarada de la máxima importancia.

»—¿Quién es y cuándo llegará? —pregunté.

»—Eso es lo que no puedo decirte. En realidad no lo sé, aunque me lo suponga como tú quizá ya lo hayas supuesto. Todo lo que me es posible decirte es lo que me han dicho, que si el nazismo sobrevive, y sobrevivirá, se deberá a esta persona. En Madrid recibirás instrucciones en su momento oportuno. Debemos ahora mismo acordar una consigna para la identificación de quien te vaya a ver para ello.

»La consigna: “Los gansos están en celo.”»

«Poco después y cuando hacía lo imposible para lograr alguna gasolina con la que llegar a Suiza, el mismo general Zimmermann, por igual procedimiento que Wagner, me llamó y acudí a su mesa junto a la que estaba también su esposa.

»—¿Qué va usted a hacer inmediatamente?

»—Buscar gasolina que no tengo ni para diez kilómetros y debo llegar a Suiza.

»Me preguntó si todo lo quemable había ardido. Con mi satisfactoria respuesta cambió de tema y me presentó a su señora. Después le prometí continuar en España mi servicio.

»—El mío ya ha acabado o acabará esta noche. Y, a propósito, ¿puedo contar con usted para una obra de caridad?

»Me dejó un poco alelado y tardé en contestar.

»—Para eso, general, estoy siempre dispuesto como para lo que sea si lo que sea es justo.

»—Quizá, sí sea justo, puesto que se trata de mi destino —contestó como alegrándose del trance al que se había dispuesto—. Pero quiero que después ayude a una persona que de nada es culpable en caso de que a alguien se le pueda culpar de que el hombre sea como es.

»Y alargándose el brazo por encima de la mesa, ya sin papeles, continuó su charla con indiferencia:

»—En Feldkirch debe usted entregar esto —me estaba dando un sobre con buen contenido— a Otto Grosso que no por este apellido es italiano. Él, si tiene suerte, podrá ayudarles directamente y si no le aconsejará lo mejor para el salto a la frontera según mis noticias, cerrada —y sin intervalo, añadió—: Saque la gasolina de su tanque, no lo mande hacer porque tendremos menos y póngala en mi coche. Mi esposa y yo le vamos a acompañar hasta la frontera.

»—¿Puedo preguntarle por la persona de referencia, general?

»Me contestó con el ademán mostrándome a su esposa.»

«Con la gasolina de los dos coches y algo que nos dio un SS sacándola del suyo, llegamos a Garmisch-Partenkirchen en donde nos fue imposible la adquisición de una gota más. En el "Hotel Post" comimos algo y tomamos una infusión a la que le llamaban "té", aunque supiera de otra manera. Allí estaba con su frac, no muy curioso el viejo almirante Nicolás Horthy de Nagybanya, hasta dos meses jefe del Gobierno de su país, Hungría. Estaban también ministros rumanos y políticos de toda Europa.

»Comenzó el calvario, la verdad de que todo estaba perdido. Cargando los bultos y las maletas y yéndonos a la estación a la que llegaban trenes casi sin interrupción pero repletos.»

«Innsbruck, ocho de la noche del treinta de abril. Hemos llegado desde Garmisch-Partenkirchen, en un tren lento cargado de soldados de todas las nacionalidades europeas. De todas las nacionalidades y de todas las jerarquías. A pesar de la prisa, un día hemos tardado desde Rottach An Eggerm a Innsbruck, trayecto que normalmente se haría en cinco horas en coche o tren normal, pero a nuestro "Mercedes" le faltó la gasolina aun habiéndola reforzado a la salida de la derruida Munich, la de las tantas historias y en

tantos tiempos, con cinco litros, dádiva de un buen amigo.

»Esta es la última de las estaciones a las que el tren llega —en tiempo de derrota, se entiende—. Veníamos apretados, pero no suponíamos que fuesen tantos los que en él cupiesen. Voces, alguna que otra en español, y ya se sabe; lo de la hostia y eso. La derrota es la derrota.

»Al salir de la estación y llegar al río parece como si le hubiese atraído. Cuando atravesamos el puente nos dice que descansemos. A la derecha, algo más allá, hay una pasarela y se va a ella. María, la esposa, lo sigue porque teme lo peor. Vamos. Nieva sobre la nieve del abril alpino con su frío implacable para los que tienen frío aun no siendo frioleros. Uno y otro lado de la ribera están poblados de árboles. Mira y nada nos dice. María le coge del brazo y lo lleva hacia el equipo de pertrechos masticables y un par de maletas con trapos que vestir.

»El hotel al que hemos venido es una especie de cuartel volante de la SS. De la SS y sus bultos, verdaderas cargas. A muchos también les acompañan sus familiares. No es que todos se hospedasen en el hotel es que, como si fuese lugar de cita, allí se congregaron con sus nervios desesperados y su voluntad guerrillera para seguir al monte. Sólo tres o cuatro caras me son conocidas. Una de ellas bastante estimada por mí y no porque a Schellenberg le cayera bien, sino porque me hizo pasar muy buenos ratos en el búnker. Le gustaba hablar en español y contarme su "corrida de toros". No es que hubiera estado en España es que el español lo había aprendido en clase y los toros en un libro: una novela de Insua al que admiraba.

»Si yo conozco a pocos, Zimmermann conoce a muchos, pero no tantos cuantos a él le conocen. Su entrada, y la nuestra tras él, produce la atención de todos. Saludos brazo extendido. Voluntarios para recoger nuestros bultos y llevarlos en volandas a la habitación que se nos destina.

»Estamos fatigados, más que del esfuerzo físico de la angustia reinante.

»No creo que ninguno de aquellos soldados, jefes y oficiales, supiesen nada de que se iba a suicidar ni en dónde. Tampoco yo lo sabía, aunque me suponía que en la frontera.

»Aún no me había dicho si su esposa presenciaria el suicidio. Subimos escaleras arriba sin que yo acertase a entender la verdad de que se había perdido la guerra. No una guerra entre pueblos, aunque éstos fueran pretexto y materia para que se realizase, sino guerra racial con odio ancestral. Una más en la historia de los tiempos.

»En el zaguán del primer piso había un piano y algo más allá una habitación que era la del matrimonio y a continuación la mía.

En la de ellos dos camas y sobre las camas algunas prendas. En el suelo tres maletas y en la otra cama nada. Pronto estarían en ellas una saca de lona y una cuerda nueva, gruesa, de cáñamo nuevo lo que delataba que lo que iba a hacer estaba premeditado.

»María me llamó y me rogó que no los dejase solos en toda la noche. Ni ella decía una palabra ni yo tampoco. En situación así es difícil saber lo que se dice, aun gozando de normal cordura.

»—¿Querrás cenar —le preguntó a María—. Queda pan y queso fuera del bulto.

»Como una autómatas sacó el pan y el queso helado, petrificado como nunca quizás estuviese.

»—Venirlo a comer aquí fuera —y dirigiéndose a mí, me dijo—: Quiero que sepas que sé tocar el piano y deseo que me oigas.

»—¡No! —gritó la mujer.

»El que me hablase por primera vez así, confianzudo, me dio mala espina. Tanto cuanto confuso, estaba yo atolondrado. Viendo una pesadilla suavemente patética, increíblemente dramática, trágicamente real.

»En el ancho espacio que antecedía al pasillo al que las habitaciones tenían salida en un testero había un piano y en los dos restantes dos tresillos. En las dos mesitas dos jarrones floreros. Flores de invierno tirolés en día de derrota. En uno de éstos estaban cuatro jefes de la SS que, al ver al general se levantaron marciales y saludaron con el brazo extendido, quizá más que nunca terso, macizo. Quizá como nunca con tanta razón —ya sin fuerzas— como en aquellas horas en las que la razón se había perdido en todas partes.

»—Seguid, seguid, no os levantéis —pidió el superior a sus hombres ya innecesarios. Dio media vuelta y con nosotros volvió a la habitación. Escribió algo en un papel de su bolsillo, lo miró y lo rompió.

»Como si María hubiese sentido mi deseo de preguntar por qué había gritado cuando el general dijo que iba a tocar, me ilustró ella:

»—Es que, Hans —yo era Hans Gometz—, temo que lo vaya a hacer en el piano.

»En aquellos momentos tales cosas se oían si no con naturalidad, sí como irremediables, ¿qué le íbamos a decir a un hombre ante un momento que desde el origen de la causa se tenía previsto?

»El queso y el pan estaban sobre el edredón.

»—Guarda eso, María, que os hará falta mañana.

»Con el mismo sin saber por qué que lo había sacado, lo guardó.

»El general salió a la puerta y al no ver a nadie en la estancia, nos llamó con el ademán de la mano y él, enérgicamente marcial,

se fue al piano y se sentó. María en mi hombro, lloraba. Los dedos sobre las teclas, y Wagner apareció en el antepasillo, vibrante, heroico y nibelungo. Pasó tres pentagramas. Se desplomó. Cayó con la cara teñida en malva bien morada. Cuando intentamos alzarlo ya lo morado era violáceo oscuro. Negros los labios tenía y negros los dedos también.

»Tirando de él lo pasamos casi arrastras a la habitación para evitar que alguien entrase o saliese y nos viera y se enterara. Justamente lo que él no quiso. Ya en la alcoba, mientras cerré la puerta, se desplomó María en la cama tapándose los ojos.

»—Llorando todo es más dificultoso y el momento es para tener serenidad o hacer lo que él ha hecho.

»Calló sin callar con la cara encharcada —yo estaba con la bolsota de lona y con la cuerda—. Me vino a dar ayuda.

»Entre los dos lo encogimos lo que nos fue posible. Ya dentro le enfardamos, bien atado haciéndole aparecer como otro fardo de los cientos que en el *hall* había esperando las espaldas del dueño. Acabé sin ninguna fuerza y me senté sin poder dejar de mirar lo que parecía una huaca india.»

«Con el envoltorio del general a cuestras, mis pasos los daba menudos y rastreros. Ochenta kilos, lo menos, eran muchos kilos para andar de prisa sobre la nieve helada. Cuando al lugar llegamos me lo descargué apoyándome en el árbol. Nunca tuve tanto cuidado con cosa alguna. Respiré y María, que ya no lloraba, me acercó la piedra que dos horas antes la había sopesado el general y la dejó bien puesta junto al árbol. Con las manos casi heladas, até la piedra y ya, sin tiempo que perder, entrambos lo adelantamos al centro de la pasarela: lo empujé y el golpe con el agua sonó en todas partes. ¡Y cómo sonó!

»Volvimos al hotel para recoger los bultos y seguir hacia Feldkirchen. ¡María lloraba inconsolable! A la vuelta nevaba copiosamente como si al dolor le faltase más nieve y más frío con lo que dar al paisaje y al coraje sensación de lejanía telúrica.

Stanley lo escuchó contento y al terminar asintió su satisfacción con estas tres palabras:

—Buena recíproca, amigo.

CAPÍTULO XXXI

Como en mi penúltimo día de permanencia en Rottach Am Egern teníamos convenido con el general Zimmermann y Wagner, en enero del cincuenta y seis recibí en mi casa de Madrid la visita de una persona elegida y estudiada por mí para llevar a cabo el compromiso contraído. Era uno de los alemanes de la Abwehr en España, quien desde el primer día mejores servicios nos tenía prestados. Tras cambiar conmigo impresiones a mi regreso de Alemania, siguiendo mi consejo, se mantenía poco a la vista de los muchos tipos dedicados a la denuncia de la presencia de los perdedores. Denuncia miserable que la venían cobrando con la repugnante moneda de que los norteamericanos e ingleses les dieran los «buenos días» incluyéndoles en el fichero de la Embajada a la que se les invitaba en los días conmemorativos. Nunca la feria de la bajeza agrupó tantos y tan chistosísimos huéspedes, ni los ganadores de la guerra tuvieron adeptos más falsos que aquéllos; por eso los despreciaron una vez que de ellos supieron lo que deseaban saber.

Mi visitante, Federico, estaba inquieto. No ignoraba que mediante aquel servicio algo gordo podía acontecer, pero no lo barruntaba y andaba en ascuas queriéndolo saber. Me traía dos sobres en su cartera de piel de puerco y, según las órdenes recibidas, me entregó primero el más pequeño, y por el que tras conocer el contenido, debía o no darme el segundo. El sobre venía dirigido a «Juan Gómez» —mi nombre en Alemania— y en su interior una octavilla con estas cinco palabras escritas a lápiz indeleble: «Los gansos están en celo.»

—Perfecto, Federico. «Los gansos están en celo.» Claro, los gan-

sos del lago Tegan. ¿Y lo demás?

Sin responderme, sacó de su cartera otro sobre más grande y tieso con el inequívoco estilo de los que mandábamos y recibíamos en la VI.^a de la RusSHA. El sobre estaba virgen, y no debía tener ningún cuidado. Nadie lo podría haber abierto sin romperlo. Corté un extremo porque el pegamento —fusión de celulosa— lo exigía y saqué el mensaje de dos folios apretados, casi sin márgenes, en el que se me daban instrucciones: adjuntos dos pasaportes argentinos «expedidos» por la representación consular del país paranoplatense en San Sebastián. Lo leí. Aparte lo que el contenido en los dos folios decía, me sugería la suposición de que Bormann estaba en Italia o Suiza y que cualquier día, a partir de entonces, lo tendría en Madrid puesto bajo mi custodia.

—¿Puedes anticiparme algo acerca de su llegada? —pregunté a Federico que miraba con la avidez de la insaciabilidad.

—¿Su llegada? Que yo sepa, en Madrid no tenemos fecha fija y no sabemos de quién se trata. Sé, sí, que tras las órdenes privadas recibidas, Felipe está a la expectativa de la localización de emisiones submarinas y que tiene orden de poner en práctica las debidas preparaciones para cuando llegue el momento.

—¿De cuántos submarinos podéis disponer? —pregunté al amigo.

—Disponemos de una treintena, pero debido a las precauciones y a la variación de ondas y posiciones, no es fácil su determinación en fecha fija.

—El que yo voy a necesitar para poner a salvo a nuestro jefe debe disponer de buen número de torpedos.

—Esa es otra. Los hay con el arsenal vacío, indefensos.

—¿Qué más sabes, Federico?

—Sé que son dos quienes deben embarcar en una costa española, puesto que para dos se está preparando la salida de España, pero nada más.

Me despidió y ya solo en mi despacho, leí el contenido con verdadera atención. Sobre todo en las correcciones a mano hechas por el propio Oberbeil. Según el texto, la persona era la misma que en Rottach Am Egern, sin pronunciar su nombre, habíamos aludido: «Martin Fleischmann» o sea, Martin Bormann, de raza judía, y quizá por esto el único de los altos cargos que desde el primer instante se quiso poner a salvo; y por eso, por su raza, uno de los fugitivos con más ahínco buscados de los desaparecidos con predicamento en el III Reich, y en torno al cual se había desatado toda una teoría especulativa con extensas secuelas en lo arbitrario de la información. Tan arbitraria como cualquiera de las existentes sobre las personas y memoria de quienes están seguros de que la mística no puede caer ante la injuria porque jamás cayó. Antes bien, prevalecería al sofismo y demás falsedades.

Decía el documento que a «Fleischmann» debía acompañarlo yo en su travesía atlántica, pero mientras esperaba hasta la fecha en la que fuera posible la disposición del *U-Boot*, debía ocultarle en España, de manera que no sólo las autoridades españolas lo ignorasen totalmente sino que los Servicios enemigos no debían albergar la menor sospecha para evitar su influencia en la búsqueda y aclaración objeto de la sospecha.

Dejé las conjeturas para después y me puse a revelar los pliegos. Apliqué los dos reveladores últimos y nada en su interior. A continuación hice lo mismo con el sobre y en el exterior de la cubierta encontré ocho huellas dactilares diferentes, lo que teniendo en cuenta que quien primero lo manipuló no podía dejar ninguna de las suyas por ser experto en el manejo de esta preparación, al sobre, a lo largo del viaje, lo habían tocado ocho personas diferentes —dos de ellas de hacía más de un mes— o, lo que es igual, que había sido traído a mí por mensajeros intermitentes establecidos en lugares fijos o eventuales en los caminos europeos.

Según el texto de aquel comunicado, el viaje estaba claro: Yo lo debía acompañar hasta dejarlo en manos de *Jaime*, un cervecero bonaerense quien nos esperaría en un lugar elegido por él, al siguiente día del desembarco. Partiríamos de la ría de Arosa en un local hasta alcanzar el submarino. De no ser esto posible lo haríamos en la misma forma en Póvoa de Varzin, en la costa occidental portuguesa dirigiéndonos a la ría de Coig en la Patagonia argentina. Lo pensé bien. Coig está en el extremo sur, casi en la Tierra de Fuego, lo que me daba a entender que Bormann, con quien se debió de estudiar la ruta, no tenía ni la menor idea de a donde iba y que el elector del lugar era argentino de la Abwehr o alemán con buen conocimiento del Servicio que en Argentina nos había proporcionado durante la guerra valiosas informaciones. Yo sólo había estado una vez y el paraje era frío, prácticamente deshabitado. El «puerto» Coig, el de nuestra toma de tierra era un embarcadero de madera al servicio de un hacendado español, dueño de aquellas latitudes (asturiano y de Avilés, por más señas). Cierto: durante la guerra había sido Coig el último «punto» informativo del hemisferio occidental, servido por un español empleado en la hacienda quien diligente y con celo encomiable, había registrado cualquier movimiento de barcos con entrada o salida de las Malvinas.

—Veremos si vamos allí o a otro lugar —me dije pensando en la buena comunicación que aún tenía con dos de los mejores agentes argentinos.

Mientras lo decidía proseguí el estudio del comunicado meticulosamente. Y según él, debía preparar en España y con urgencia el lugar en donde «Herr Fleischmann» estuviera seguro, puesto

que su llegada no se haría esperar y debíamos aguardar la disposición del submarino que nos recogiera. No me preocupaba lo del escondite. En Madrid —como en todas partes— tenía muchos sitios donde esconderlo con cierta seguridad de que la Policía no fuese a meter las narices en el asunto. En todos los Ministerios hay un desván o una bodega a donde sólo accede un empleado tan de tarde en tarde que nada induce a la sospecha de que allí se guarde algo indebido. También podría hacerlo en una iglesia, un cuartel, un instituto y cuantos edificios oficiales albergan instituciones a las que la Policía no puede entrar sin la previa notificación; pero esta «previa» es alarma más que suficiente para maniobrar con el elemento sin ninguna falta de tiempo y con escaso riesgo. Era cuestión de dinero para propinar en la medida que fuese al sujeto que lo albergase. Yo lo tenía en oro acabado de recibir en napoleones de todo tamaño y por lo que me aficioné a la numismática enfermizamente.

—¿Madrid? —me pregunté a mí mismo dando vueltas a la idea; y me contesté con un «¡No!» decisivo.

Preferí llevarlo a un lugar que anteriormente nos había servido para lo mismo. En él tuvimos a un inglés al que hube de canjear por uno de nuestros agentes caídos en sus manos. El sitio era incómodo, pero seguro. Un castillo de la costa levantina al que al habitarlo por primera vez lo hicimos privadamente una operación en el paso subterráneo con salida en la muralla poniente. Aquel subterráneo, con el tiempo, en un trozo se había hundido y nosotros limpiamos y entibamos y por aquel escape, caso de que Martin fuese descubierto en el lugar que ocupaba en la plaza de armas, pudiese evadirse por sus propios medios yéndose al pasaje de referencia que lo tenía a tres pasos y que yo conocía muy bien.

Unos días más tarde, sin haber terminado de pensar el plan definitivo, Federico, como teníamos acordado, se presentó para anunciarme la llegada de «Herr Fleischmann». Provisionalmente estaba en casa de uno de los amigos y yo debía hacerme cargo de él precisamente cuando se cumplía un año de nuestra estancia en el búnker.

—Ángel, somos amigos de mucho tiempo y hemos pasado por vicisitudes en las que sin necesidad de especificar creencia en la casta de nuestra ideología, nos debemos tratar cual hermanos porque la vida nos ha hermanado. Por ello tengo derecho a exigirte que me aclares si este señor, el que te traeré en cuanto digas, es Martin Bormann o no. Es por simple curiosidad, puesto que sólo a Bormann le he visto en la Prensa. Este que tengo en casa me lo parece. ¿Estoy equivocado?

—Federico —contesté al verdadero amigo con la más completa de las sinceridades—, mientras no le tenga delante no te lo puedo asegurar.

Le conté «ce» por «be» cuanto había concurrido en mi compromiso de Rottach Am Egern acerca del hombre a quien debía salvar conduciéndolo hasta Argentina, con lo que se quedó conforme. Como yo, abundaba en la certeza de que era Bormann el sujeto y, efectivamente, dos horas más tarde, guiñándole de soslayo el ojo, le estaba diciendo que sí; que quien tenía delante era el Reichsführer en sustitución de Hitler o el Reichsführer de un idealismo en fuga francamente.

—¿Cómo estás, Juan?

Me abrazó y saludó Bormann como si fuéramos, desde siempre, compañeros de una partida de mus. Le seguí en la fórmula confianzuda que expresaba y hasta bromeamos. En realidad, yo no había hablado con él ni media docena de veces y siempre como trámite de algún menester. Sólo lo conocía serio, grave y poco dado a la comunicación. Ahora era todo lo contrario: demacrado —había perdido veinte kilos—, con la huella del miedo en el rostro y el rastro de la desventura se esforzaba en caernos simpación.

Ya en casa, hablando de todo con él, no sólo lo encontré sin ninguna solemnidad aparatosa, sino más «melosamente» amistoso: más camarada a como en el búnker se mostraba con quienes hablaba o mandaba directamente; yo nunca había departido con él. Con ser esto mucho no lo era todo. Martin se entregaba sin reservas a nuestras ideas, y como si las suyas fuesen un feto en la matriz abstracta del que esperaba el parto nebuloso de una vida sin hazaña, las dejaba para otro momento en el que la tranquilidad se lo permitiese.

No obstante, y a pesar de la confianza en su entera seguridad, que yo intentaba transmitirle, Martin nunca llegó a creer el que mi rudimentaria manera de esconderlo fuera tan eficaz. Me dio una lista de los específicos farmacéuticos que deseaba (padecía inflamación en la rodilla derecha y dolores en las vértebras cervicales) y me rogó precaución al gestionar con mi médico las equivalencias de la farmacopea española con los nombres alemanes, porque el enemigo estaba a la expectativa de este detalle.

Lo invité una noche a salir a cenar a las afueras de Madrid y no quiso so pretexto de unas anotaciones. Le advertí que el exceso de precaución era imprudentemente pernicioso. Meneó la cabeza sin definición de creencia aunque entendí que quiso asentar su ignorancia sobre lo mejor y lo peor en su caso.

Antes de partir para Valencia, camino de Gandía, en los días que le tuve en casa, con tranquilidad le expuse mi plan en cuanto al lugar de desembarco, diferente al que se me había enviado.

—No me explico el porqué de la elección de la ría de Coig, distante de Buenos Aires más de un par de millares de kilómetros, señor Oleaga —le dije dándole el apellido con el que en el pasaporte figuraba para que fuera familiarizándose con él—. Ya en tierra, deberemos recorrerlos por trochas deshabitadas o caminos angostos lo que me parece un sacrificio innecesario.

A lo que replicó:

—Comprendo bien tus ideas, pero esto no lo podemos discutir hasta que no conozcamos el contenido de un sobre que debemos abrir en alta mar.

Antes de emprender el viaje a Levante le entregué su documentación argentina. Pedro de Oleaga y Urizar. Le gustó el nombre y se lamentó de que la fotografía empleada fuera de antes a como ahora había quedado tras sus andanzas fugitivas. En la foto aparecía gordito y ahora estaba flaco. Según él, esto podía levantar la liebre en cualquiera de los que decidiesen examinarlo.

—Pedro —le dije—, el pasaporte no se necesitará nada más que para la burocracia de funcionarios de poca monta. De esos de ventanilla. Si aconteciese un caso extremo, la diferencia facial importa poco porque cuando estos casos se presentan da igual una fotografía que otra. Lo primero que el inspector advierte es la falsedad del documento.

Bormann a todo decía que sí, no sé si por tener en mí excesiva confianza o por haberse dado por entero a merced de la suerte y de quien interveníamos en ella.

Con la salida del sol en los últimos días de abril partimos hacia la región levantina, que le entusiasmó. No creía que aquel paisaje fuese así, tan rico en belleza cuanto en fruto.

Los castillos alemanes y especialmente los cimeros sobre las crestas de la montaña a lo largo de la ribera renana, son de un corte tan distinto a los castillos ibéricos que en poco la silueta se asemeja. Por ende el Cóndor al ya Pedro de Oleaga y Urizar, le causó dos impresiones a cuál más interesadas y a cuál más diferentes. La impresión mayor se la produjo el corte alcazareño, macizo y el abandono en el que se hallaba la vetusta joya.

Tras un rato en la casa de la señora María, la encargada de asistirle ya probada por nuestro Servicio en tres ocasiones y en misiones paralelas, entramos en el espacioso almenar. Se extasió viendo el Mediterráneo al que el castillo se asomaba como retando a quien con mala uva intentase aproximarse.

—Este sí que es un castillo al que el trovero no debe faltar una sola noche sin venir a regalar canciones —me dijo apenas puso los pies en la parte media de la fortaleza.

Sin embargo, todo cambió cuando lo llevé al cuartucho en el que debía permanecer sobre el camastro que la señora María le tenía preparado según había prevenido un enviado días antes. Se le debió de caer el alma a los pies. Aquel hombre cuyo poder en la Europa germana hacía unos años era excepcional, se veía reducido a lo menos que a un ser se le podía dar. En su apogeo le hubiera bastado quererlo para que a este castillo y otros se les remozase aun para estar en él o en ellos un ratito nada más. Ahora debía habitacular en un cuarto que ha siglos pudo ser confortable y quizás el de alguna doncella maja lanzando suspiros por sobre las almenas, pero al paso del tiempo, sin que nadie se ocupase de él, sólo las ratas y los lirones lo tenían por nidal o madriguera.

—Aquí no hay ninguna seguridad y en cuanto a confort esto es parecido a lo infrahumano —me dijo malhumorado y convencido de su afirmación.

—El que a usted le parezca así en principio lo justifico, pero yo sé bien que éste es el lugar más seguro de España, don Pedro y no sólo porque hasta aquí no puede llegar nadie más que la señora que usted ya conoce y quien vendrá todas las mañanas con un borrico al que atará a ese almendro —uno de los tres o cuatro que en la plaza de Armas sin lograr ningún medro, se estaban haciendo viejos— le hará la cama y le proveerá de viandas. En el anochecer hará lo mismo para llevarse el pollino y traerle lo necesario. Por lo demás, los judíos aquí no lo barruntan. Nadie más que esa señora y yo entrará a este recinto.

—¿Y si entraran? —preguntó el huido con inconfundible temor—. ¿Por qué me dejas solo?

—En el caso remoto de que se le descubriese, quien sea no puede entrar sin ir a por la llave y requerir la compañía de la señora. Entonces, antes de salir de su casa, pulsará un botón y sonará este timbre —le mostré el que bajo el camastro entre unas piedras se había instalado para el Servicio de otro no precisamente refugiado—. Entonces usted sale de aquí y pasa ahí —le señalé una especie de cabañuca donde tenía la entrada el arcaico pasadizo que terminaba fuera de la muralla no lejos de una barraca a la orilla del naranjal igualmente a nuestro Servicio.

Le invité a recorrerlo y reconocerlo en todas sus particularidades. Tomamos las linternas y Martín, digo don Pedro, me siguió. Apenas pasamos la entrada, estaba preparada la linterna con la que se debía aluzar el camino en caso de no darle tiempo a recoger lo que para el menester tenía en el cuarto. Más adelante, y no lejos de la salida, teníamos puestas dos trabancas sostenidas por cinco puntos entibando el hundimiento que antes de ponerlo nosotros en uso impedía el paso. Aquellos palos cumplían dos funciones: la de sostener el techo próximo al desprendimiento y mediante un

petardo colocado entre el techo y una de las trabancas, caería y obstruiría el paso a los persecutores. Lo examinó todo y concluyó diciendo que lo aprobaba, aunque confesó:

—Lo mejor es que no sea necesario valerse de ello.

Me despedí de él prometiéndole acudir a su llamada —por conducto de la señora María— si era necesario. Yo esperaba en el hotel en donde por distintos conductos estaba en contacto con Madrid. En el coche tenía cuanto debíamos llevar al embarque definitivo en el momento que se nos mandase partir.

Seis días más tarde, cuando le fui a decir que nos íbamos, que la fecha en la que debíamos abordar la nave justo en la otra parte de la geografía española, era «pasado mañana», se emocionó y se puso algo nervioso. Una botella de champaña nos reconfortó el ánimo.

Al anochecer, siempre acompañado de María y su marido, salió del majestuoso castillo y partimos: dos noches sin dormir no obstante acostarnos unas horas —aun sin pegar ojo— antes de entrar en el puerto de Villagarcía de Arosa. Después, todo ordenado, nos acercamos al muelle y allí subimos en un bou que nos condujo cuatro millas mar adentro donde el periscopio del navío bajo el agua nos estaba viendo ir y ya cerca emergió para recogerlos con prisa.

CAPÍTULO XXXII

Me parece que la entrada en el sumergible —el *U-Boot* llevaba aquella mañana el 313— le era más extraña a Bormann que a mí. Por la manera de tantear los pies vi que si alguna vez los tuvo puestos en un vehículo de esta naturaleza debió de ser un ratito con cómoda pasarela y en puerto donde el peligro está lejos. Por mi parte sentí alegría deportiva al volver al *U-Boot* y sin propósito de aventuras especiales la fantasía comenzó a entretejer lucubraciones adelantándome lances que después se produjeron a medias y en forma diferente. Recordaba mis viajes en «Rafael» de costa a costa en el canal y el contento de la marinería al referirme hazañas realmente fascinantes.

Cierto que el capitán de la nave a nuestra espera no tenía el mismo talante del que los submarinistas disfrutaban en los primeros meses bélicos cuando eran ellos los perseguidores y no los seguidos, los que hundían naves y no los hundidos. Se debía, claro está, a que la circunstancia era el reverso y no la natural personalidad. No obstante, apareció el capitán en la bordilla de cubierta con parte de la tripulación tras él, saludando militarmente nuestra entrada como en los mejores tiempos de la marina guerrera del III Reich, cuando en los mares tuvo tanto que decir, que a su voz temblaron todas las quillas. Tras el saludo ritual vinieron los abrazos y los parabienes también rituales. Uno de los hombres de la tripulación llevó nuestros trebejos a las literas que nos tenían apañadas, digamos que con cierta coquetería debido a que se nos puso un frasco de colonia a cada uno según se nos dijo, por surtirse en bases clandestinas de países a los que el rigor de la penuria no había llegado o por pertrecheros igualmente secretos, quie-

nes no sólo llevaban lo necesario sino que también lo superfluo acompañaban.

Cargada la impedimenta, aumentada por cuanto desde Madrid se nos había enviado y dada la última propina al dueño del bou y el adiós correspondiente, vino la jocosidad del capitán Karl Jui y un oficial llamado Bernard, rico en los relatos de acciones submarinas en el Atlántico oeste donde había hecho casi toda la guerra en tres *U-Boot* diferentes.

—Estamos en el mejor sumergible que aún resta a la Marina del III Reich. Lo único que en él nos falla es el que el enemigo tenga suerte y nos vea —decía convencido de que tarde o temprano lo tendríamos delante.

Una vez que la proa del sumergible rompió las primeras aguas, Jui, el capitán, ordenó la inmersión y me gocé en ello porque aun habiéndolo experimentado varias veces, es siempre emocionante. En seguida el *U-Boot 313* desapareció de la superficie con nosotros en su interior cuando al día siete de mayo aún le faltaban unas horas para cumplirse en él el año de la ominosa rendición.

—No es que haya peligro a la vista —explicó el nauta Karl Juli, uniformado impecablemente—, es que el peligro en el mar no suele verse hasta no tenerlo encima. No importa si está lejos todavía y estas aguas son las más vigiladas —y agregó—: Bajaremos sólo tres brazas.

En realidad, peligro para una nave pirata lo hay siempre y más si como entonces, se le está buscando por todos los mares y por todos los cielos con cuantos candiles disponía el enemigo. El número de submarinos faltantes era impreciso, pero considerable.

Ya en nuestra cabina, Bormann, sin pronunciarse palabra, ante la minuciosidad con la que estaba estudiando todo provecho en la nave, no salía de su asombro. No sólo nada en el sumergible estaba ocioso sino que todo cumplía una función de urgencia.

—Un submarino es la imagen del buen orden —le dije y proseguí—: Ni sobra la cosa en apariencia innecesaria ni falta la cosa que cuando menos lo pensamos es precisa.

Bormann lo corroboró y llevó la idea al extremo de su preocupación.

—Si en la aplicación de la autoridad gubernamental se estableciese un sistema por el que todo estuviese a la mano como aquí ni lo innecesario estorbaría ni lo necesario dejaría de producir el máximo rendimiento y provecho.

La puerta plegada, las literas con la cuantiosidad en minúsculo, sobre todo la lámpara adherente a la mesa, el testero de las literas en el que tantas cositas podían ponerse, el pequeño lavabo, nos hacía a la idea de que el cuerpo del navío era un ensayo de futuras naves, quizá para empleos aún no imaginados. Desde cual-

quier ángulo que se mirase, aquello era la apología de la falta de lo sobrante y la conjugación de cuanto es preciso teniéndolo a mano.

A la entrada por la escotilla al interior del sumergible, sin que pueda decir que llevaba la imagen hecha se me antojó percibir los efectos del abominable búnker y asimismo sin proposición se lo dije a Bormann.

—Volvemos al bodegón, don Martin —a lo que contestó con el esbozo de una sonrisa y seguimos bajando.

Pero la impresión se borró del todo cuando apareció un rato después el que hacía de paje trayendo el desayuno copioso en viandas: café, mantequilla, galletas y jugo de tomate, tan caro a mi apetito de siempre, lo que me obligó a rectificar.

—Me había equivocado; aunque no lo parezca, estamos lejos del búnker, don Martin. ¿Recuerda usted cuando en él apareció pletórico de salud el gusano de la falta hasta de lo más elemental? —le hice observar con la amargura de la memoria imprecisa.

—Sí, esto —señaló la bandeja— nos lo está diciendo. Pero, oye: ¿cuándo me vas a hablar de tú, de camarada a camarada? Al tratarme de usted me siento en algo tu prisionero —y no lo dijo del todo en atención a la broma.

Justamente prisionero era lo que yo me estaba sintiendo de él y la circunstancia. Quizá porque la naturaleza anormal del evento predisponía en cada uno la suspicacia hacia ver en el otro al antágonico. En lo tocante a mí, y en los momentos en los que daba la razón al capitán respecto a las dificultades que en el lugar en el que debía realizarse el desembarco serían ineludibles, me sacaba de quicio. Tanto Jui como Bormann sin otra razón que la de obedecer al estudio de Rottach Am Egern donde según ellos debían saberlo mejor que yo, suponían que en los dos mil kilómetros de costa patagónica no había nada mejor y yo trinaba.

Terminado el desayuno nos pusimos a separar los papeles que debíamos revisar en el curso del viaje para discurrir la manera de interpretar el sentido de lo que en la documentación se exponía en atención a la proyección del nazismo clandestino. Sin embargo, los efectos psíquicos de navegar bajo el agua, a escondidas, me parecía que el tiempo era otro y a mi compañero, que tardó más que yo en hacerse al medio, las horas se le pasaban sin que le cupiese el cálculo del quehacer. Miraba con fijeza al acero y los remaches de enfrente abstraído quizás en reflexiones ya sin posible rectificación, y de vez en cuando repetía la misma pregunta.

—¿Cuánto ha dicho el capitán que yendo bien tardaremos?

—Dieciocho o veinte días.

Y proyectaba una mueca con la que daba a entender que aun-

que prolongado lo peor sería un encuentro con el enemigo o que el enemigo nos descubriese.

Entre las cosas que se habían cargado en Arosa procedentes de Madrid, consignadas a «Pedro de Oleaga y Urizar» —Martin Bormann o Martin Fleischmann— venía una cartera grande repleta de papeles y lacrada, con una cuerda que cubría las cuatro partes. Bormann la reclamó y tras desatarla fue sacando y observando papel por papel, acotándole las márgenes de algunos sin hacer conmigo ningún comentario.

Yo asimismo me puse a estudiar los mapas de la Argentina, sobre todo un fragmento en el que con trazos rojos de Coig al Neuquen señalaba algunos puntos en los que en caso necesario deberíamos acudir al individuo que en la carta se mencionaba. Había otra carta con otro rumbo de Coig a un lugar cercano a Bariloche ya en las estribaciones andinas. Lo encontré absurdo.

—Vamos a ver, Martin: aquí tenemos dos cartas con dos derroteros o, lo que es igual, que somos nosotros los que debemos decir por dónde. Yo entiendo que separadamente se han debido mandar a la Argentina haciendo observar a *Jaime* lo que se nos hace o no salvar para evitar de que si ahora somos abordados, con nosotros caiga toda la trama en Sudamérica.

—Tengo entendido que estas cartas no han podido ser enviadas a Argentina. Por eso están aquí y en caso de que el enemigo nos ocupase, antes de ello tú las debes destruir.

Unas seis horas llevábamos de navegación aproximadamente sin que hubiéramos terminado la saca de los maletines y cabases de la documentación próxima a utilizar, cuando sentimos que el estómago se nos bajaba. Era el clásico movimiento ascendente.

El capitán Jui se acerca a nuestra puerta al parecer animado al diálogo e informarse de cuanto en los últimos meses había acontecido en Alemania que era de lo que realmente no tenía ninguna cabal idea. ¿Quién podía informarle mejor que el designado jefe nacional del nazismo por decisión de Hitler, el nato Reichsführer? Al capitán en su querer saber le asistía toda la razón porque como comenzó diciendo:

—Yo sé únicamente lo que el enemigo dice a través de todas las emisoras del mundo; sé que en todo miente o por lo menos en el fundamento de la mejor parte —y continuó diciendo—: Sin ir más allá se ha proclamado en todos los idiomas y todos los acentos que Martin Bormann había muerto en las proximidades de la Cancillería y, sin embargo...

—Está en su nave —le ayudó Martin a terminar la frase.

En el momento en que la conversación estaba más en auge

entró el segundo de a bordo, el de la risa en los ojos y la barba larga que parecía de oro, anunciándonos alegremente.

—Caballeros, con sol espléndido estamos frente a la costa portuguesa.

A lo que el capitán agregó a modo de alivio:

—Estaremos aquí el tiempo necesario para la carga del avituallamiento que hemos de necesitar hasta que en la «41» (base en las Antillas) nos sigan facilitando medios.

—¿Puedo salir a cubierta? —inquirí gozoso.

—¿Por qué no, si está usted en su casa? —bromeó el segundo quien tomándome del brazo me llevó a la escalerilla.

El aire natural, la brisa todavía ibérica, olía a mundo amigo y pacífico. Mundo al que yo voluntariamente renunciaba. Aquel viento me sentó como el mejor de los lenitivos. Próximo al borde vi cómo de una barcaza cubierta todo el derredor con neumáticos para que ningún golpe del oleaje produjese el menor daño a nuestro sumergible, se estaban subiendo presurosamente viandas entre las que figuraban legumbres de primavera, e ininterrumpidamente nuestros marineros cargaron dieciocho cajas de madera del tamaño parecido al de las cajas de zapatos, las que a juzgar por el esfuerzo empleado por los cargadores, cada una pesaba más de veinte kilos. No quise preguntar por qué aquella mercancía, como ocurría con la hortaliza, por ejemplo, no se detenía en cubierta sino directamente se pasaba al departamento destinado. También se transbordaron otras cajas herméticamente cerradas de más bulto y menos peso no obstante ser de hierro o grueso latón.

Terminado el faenaje, sin un minuto de pérdida, partimos en superficie más de media hora: hasta que la lejana presencia de «una vela», y otra más cercana, debido a su velocidad: unos aviones al parecer «rastreado» zonas, aconsejaban la prudente inmersión y lo que desde entonces, más o menos prolongado el lapso, iba a ser lo principal de nuestra vida en el *U-Bott 313* a través del Atlántico durante dieciocho días en los que la mayor parte del tiempo, Bormann y yo —y no por preferencia— permanecemos encerrados en nuestras cabinas, aunque ocasionalmente hablábamos con los miembros de la oficialidad o jugábamos al ajedrez. Jui nos solía acompañar en alguna comida en la que indefectiblemente hablaba de las hazañas de sus otros compañeros de arma y nave sin darle excesiva importancia. Según Jui, hundir o ser hundido era lo normal en el oficio. Oficio que llevaba puesto con la impronta en el rostro que la vida imprime a los actores de azares tan heroicos como los que él y sus náuticos hermanos durante cinco años habían llevado.

Antes de que la guerra acabase, o mejor dicho, antes de la rendición, había recibido estando en alta mar, instrucciones espe-

ciales por las que debía guarecer su barco en una de las bases secretas de cuantas aún les permanecían fieles. Nuestro barco y nuestro capitán «dormían» en una isla costera de la ribera hispanoamericana hasta recibir la orden de la nueva misión, la que llevándonos cumplían. Sabía que no era el único y «sabía» que no todo estaba perdido, aunque lo pareciera porque el espíritu de la mística con el que éstos procedían se reencarna en quien años o siglos, después mueven a los hombres que hacen a los pueblos. Se sentía orgulloso de que su barco se había convertido en la sede del IV Reich, porque en él iba el Führer aunque eso sí, en el mayor de los secretos.

Nuestro contacto con el mando disperso a lo largo de cualquier jornada, se encaminaba a aquella base y de ella se transmitía con estudiado tacto a quienes aún quedaban con recursos para la huida.

Según nos acercábamos al continente, más mensajes nos llegaban informándonos de cómo se nos esperaba en el puerto patagón.

—¿Por qué mediante un radio o los que sean menester no variamos el punto de desembarco, Martin? —pregunté.

—Sería triste —contestó el jefe— que tal intento nos llevara al fracaso después de haber logrado la travesía lo que debido a la búsqueda a la que estamos sometidos, ya es un triunfo de épicas magnitudes. ¿No es mejor dejar las cosas como han sido determinadas desde un principio que alterarlas en ruta?

No sé si porque le asistía la razón o porque en caso de fracaso me iba a costar demasiado caro, no insistí, pero la Patagonia, tierra que conocía y su leyenda —«inhóspita tierra del diablo»— me producía pavor.

En los primeros días, Bormann se me mostró un excepcional estudiante del español tomando numerosos apuntes y repitiendo frases que yo le dictaba. Mi especial dificultad residía en enseñarle la fonética argentina no sólo en los giros de su diferente pronunciación respecto al español que a mí me escuchaba.

A medida de que pasaba el tiempo y la seguridad en la profecía del capitán se iba solidificando, Martin recuperaba toda su antigua autoridad en el aire jerárquico del hombre que con precisión sabe exactamente lo que quiere y a donde debe encaminarse para el logro, sin prisa, de lo que ha proyectado. Durante una conversación me aseguró que el nazismo se inmortalizaría y que se haría causa en quienes la tozudez del enemigo convierte en anverso lo que da como revés.

Habíamos tenido una noche espléndida: noche de las muy pocas que en aquel furtivo viaje, en su totalidad la pasamos a flote

sin que nada alterase el rumbo. Nos levantamos tempranísimo para algo que en nosotros, en Bormann y en mí, se estaba convirtiendo en rito: la contemplación de la presencia del alba en el océano ya traspuesto el trazo ecuatorial. Era aquél un delicioso amanecer. Estábamos en la cubierta al igual que en cuanto nos era posible, fuese la hora que fuese, esto es, cuando flotábamos. En aquel momento el comentario discurría sobre el agresivo fulgor del rojo en los rayos solares por aquellos acuáticos parajes. Sin el abandono del tema Martin oteando con los prismáticos lejanías, según decía «limpias», sin nada a qué temer, cuando, no recuerdo quién de la tripulación, con gravedad miedosa subió diciéndonos que algo de suma consideración se acababa de descubrir en la sección de baterías eléctricas y que de no poderse solucionar con los medios a bordo, nuestro viaje no pasaría más allá de donde un enemigo nos intercediese la mayor parte de la carga energética careciéndose en aquel momento de suficiencia para la plena sumersión cuando a lo largo de las costas brasileiras topáramos con toda clase de embarcaciones cuyos capitanes debían informar de nuestra presencia a las respectivas comandancias y éstas, indefectiblemente, a toda máquina, saldrían a pedirnos cuentas.

Nos miramos el uno al otro con el calofrío de la novedad. Confusos, escotilla abajo fuimos a donde el capitán, que evidentemente excitado, escuchaba al ingeniero-electricista dictaminar sobre la posible solución para mientras tanto. Al sentirnos llegar, Jui nos comunicó:

—Sí. Es cosa muy grave, pero no gravísima. Confíemos en los hombres que nos acompañan y en el barco que, si en dos ocasiones el mismo acaso en distintas averías, nos puso en dificultades no menores, nunca nos ha llevado a la ruina de no poder cumplir la función para la que el barco fue pensado.

No obstante su confianza en el buen auspicio, nos estaba hablando con seriedad a la que no nos tenía acostumbrados. Por su parte el ingeniero evidentemente no las tenía consigo y yo por primera vez perdí fe en mis buenos hados, lo que nunca me había fallado.

A la pregunta de si nos sería posible volver a sumergirnos contestó:

—Debemos realizar una reparación de suma emergencia no tan difícil que no sea soluble; y si lo fuera... Pero no teman. Llegaremos a donde debemos llegar.

Bormann preguntó con el ansia de saber si todo cuanto se tenía ganado en el destino de su seguridad estaba perdido en aquel momento.

—Pero, ¿qué es, en qué consiste el percance que nos impida hacer la travesía como lo venimos haciendo?

—Se ha rajado uno de los acumuladores. Al parecer, la avería es muy seria, pero a mi juicio no tanto que estos camaradas —señaló al ingeniero-electricista y sus dos mecánicos— pierdan la batalla que la adversidad nos ha planteado con los elementos de los que la nave se vale.

Estaba mostrando uno de aquellos enormes acumuladores e indicó la abertura por la que se estaba perdiendo la «sangre» del sumergible, la energía con la que bajo el agua y sin hacer ruido detectable, podía navegar leguas y leguas marinas sin que se le viese más que el periscopio, lente rotativo por el que podíamos saber lo que en la superficie de nuestro derredor nos acechase.

El rajón tenía una longitud a lo largo de toda la cubierta o tapa por la que afloraba el líquido-factor de lo que suponía concentración eléctrica. Explicó el capitán que esta lamentable circunstancia, al provocar un serio efecto en el sistema de recuperación eléctrica del que se servían los motores, ocasionaba en la moral de su gente una gran defección. Y que las dos cosas; buena moral y energía eléctrica eran precisas. Mientras se reparaba no se interrumpiría el viaje a flote a impulso de las también cansadas máquinas «diesel» llegando hasta donde fuese posible.

Acompañándonos a nuestras cabinas, el capitán Jui hizo la apología del navío dándole por tan bueno que de no ser así no hubiese aguantado, tras cuatro años de guerra, un viaje como el que estábamos realizando. Presumía de contar con aparatos ultramodernos, pero el sónar y el radar le quitaban el sueño.

—No se preocupen. Hemos estado en situaciones más difíciles que ésta. Creo que la causa, sin ser simple, es dominable. Los acumuladores están excesivamente trabajados y todos los excesos son perniciosos.

No obstante el grado de la avería, apenas un par de horas después de comenzar el arreglo, el ingeniero, acompañado del capitán, nos vino a congratular con que la grieta abierta, de lo que se nos tenía advertido, se la había chapuceado y el peligro estaba del todo, aunque por el momento, eliminado. Las caras de todos cambiaron de geografía y el ánimo de soltura.

El encuentro con la barrera continental, aireado por brisas que suenan a maraca, es uno de los alivios confortables en la idea de haber llegado. A cuatro millas de la costa, contemplar el trazo recto, festoneado por trechos lacustres, de aquella playa que desde Santos, en el Brasil, llega a Punta del Este en Uruguay sin que la menor altura le estorbe. Playa suave como la harina y de su mismo color. Pero al mismo tiempo, cuando en el cuarto de máquinas persiste la amenaza de los elementos tratando de impedirnos la

gracia del haber llegado, se siente el imponderable que sólo quienes lo hemos vivido lo entendemos como derrota de la fortuna que tras sernos propicia, nos volvió la espalda. La travesía, salvo las precauciones y sobresaltos del barco que viene y el avión que vuela, agravado por el aviso de los acumuladores que, si bien cedieron en su gana de no querer servir más, no puede decirse que en el trayecto se produjeran dificultades por las que se hubiese tenido que poner a prueba el grado de valentía en cada uno de los allí presentes. El crucero tuvo toda la pesadez de lo continuo en el tiempo y en el rumbo: tuvo la pesadez de la claustrofobia de la que nadie —ni los avezados— pueden librarse. Por esto la visión de trozos de continente más allá de Pernambuco era la proclamación de haber vencido lo más difícil.

El estuario y el mar del Plata quedaron atrás y el constatar que nuestro paso se estaba haciendo por frente al golfo de San Matías, o sea ya casi en las inmediaciones de la Patagonia, nos hicimos la idea de que con poco más de que se sostuviese la avería en el arreglo dado el escaso navegaje que por allí surgía dábamos por seguro el arribo.

Pero las baterías nos dieron otro disgusto cuando estábamos por frente a Santa Rosa y sólo a unas ciento diez millas de Coig.

Nos llegaba a cubierta el frío cortante, helado de aquellos mares semiantárticos envuelto en un aire recio y redondo. No sabíamos si procedía de la banda patagónica de la Antártica o de la corriente afromalaya. Era igual. En cubierta el hálito atería y hasta en el interior de la nave aún sumergida no se sentía calor, el calor que hubimos soportado antes, desde que partimos de Arosa.

—Estoy viendo que tenías razón, que no hemos debido ir tan largo —me dijo Bormann con la impaciencia de llegar y la que las baterías ponían con su particular pausa.

—Claro, ya te dije que no merecía la pena porque la seguridad no hubiera menguado si en vez de ir hasta donde vamos nos hubiéramos quedado en cualquiera de los mil parajes propicios que a lo largo de esta tierra hay.

—Sin embargo, por algo habrá sido.

Y el algo lo supe en Buenos Aires cuatro días más tarde cuando se me ilustró sobre el tema: todos los agentes establecidos en esa costa con sus respectivos «puntos», habían desaparecido al acabar la guerra. El único que quedaba incólume era el de Coig, asturiano, y quien me consta que no quiere él que demos su nombre por militar en la actualidad en las filas de los tacuaros.

Volvieron a renquear las baterías cuando sólo nos faltaban veinte millas para llegar a la boca de la ría de Coig a la que con una embarcación nos fueron a recibir nuestros amigos. Pero ya el

temor al fracaso no tenía vigencia en los dos «viajeros». Por el contrario, en la tripulación el temor no estaba en la llegada sino si podrían arribar a la base nodriza en donde el barco podía repararse a la perfección.

—Lo hemos vuelto a apañar valiéndonos de la artesanía. La técnica ya la he descartado —nos dijo el ingeniero con cierto tono desesperado.

Ante la imposibilidad de llegar a la base secreta más cercana en la que el *U-Boot* podía repararse, comenzó cierta y zozobranante preocupación, en Bormann más que en nadie, de lo que se debía hacer con la nave cuando ya no pudiese navegar aunque nosotros estuviésemos a salvo en tierra. Se llegó al acuerdo de no hundirla y entregársela al Gobierno argentino, amigo de la Alemania nazi por si como chatarra le serviría. Por otra parte, la internación de los hombres en un país en donde los intereses alemanes eran importantes, por mucho que la influencia enemiga fuese, nunca llegaría más que al trámite normal del internamiento. El campo sería menos agresivo al que Washington les deparase en caso de ser apresada la nave por otra gringa.

Mientras se celebraban estos concilios entre Bormann y los cinco más responsables de la tripulación, nos acercó tanto el punto de destino que a las cuatro de la madrugada del seis de junio se dio la noticia:

—Hemos llegado.

Esperamos que aclarase un poco. La oscuridad ambiental en la Patagonia, unida al cielo nublado descolgado de la cordillera, la oscuridad gélida del paraje era realmente viscosa. Dolía desembarcar allí donde sólo había un casón con grandes naves.

Cuando la conveniencia aconsejó el desembarco, lentos nos acercamos a la ría en la que estaba el embarcadero (que es para lo que servía, para el embarque. Nada o muy poco se llevaba allí destinado a consumo de los reducidos habitantes del contorno bucólico y en cambio se embarcaban millares de toneladas de lana y carneros) y vimos cómo bullían una media docena de hombres en derredor de dos camiones y un automóvil.

Ya a la vista unos de otros, una barca remera se nos aproximó con Jaime, dos alemanes y tres paisanos. Conocía a los cinco, aunque el de mi entera confianza era Jaime. Cambiamos las primeras impresiones y gratitudes. Por nuestras radios sabían lo acontecido y desde hacía cuatro días desesperaban. Con ayuda de la marinería se desembarcó todo lo que con nosotros venía y se comenzó la carga de carne y algunas otras viandas para reponer lo faltante.

—Ya estamos en tierra, Pedro. La responsabilidad de tu escondite la asume ya Jaime y nuestros otros amigos. Sin embargo, me escuece el alma dejar a estos hombres aunque sea poco tiempo

sobre un barco en el que ya sólo pueden ser presa...

—Estos hombres van a proceder, según acuerdo, al abandono de la nave puesto que lo que debían hacer está hecho. Tu plan no varía. Volverás a España; y durante cuatro meses no tendrás noticias más. Ahora, como tenemos acordado, seguiremos viaje distinto, tú a Buenos Aires, yo donde me lleven nuestros amigos que no lo sé ni tú debes preguntarlo.

Abrazos en las despedidas a quienes cada cual en su menester, nos había traído solícitamente, y cuando el aprieto de la circunstancia era manifiesto, buscaban su pirueta verbal para quitar importancia al acaso.

Uno sabía que los náutas de nuestra compañía eran seres humanamente magníficos que ningún esfuerzo ni temeridad regatearon a su compromiso de guerra: que su fidelidad a su patria y sus patricios carece de precedentes. Eran quienes nos habían ayudado en el llevar adelante la proeza prometida de arrebatar a las garras de la sevicia enemiga el logro de una presa más para la fiesta de la venganza contra la virtud espiritual de intentar hacer el mundo de otra manera: manera más humana, más igual para los hombres iguales a los que se llegaría tras el estímulo de su mentalidad. Uno sabía que los marinos dejados ahora a la deriva nos tenían enseñado a esperar sin desesperar, a sentir el mar en la profundidad de las cavilaciones como matriz a la que estábamos prendidos; uno sabía que ellos eran seres a los que nadie les recompensaría su agotador esfuerzo ni siquiera con el reconocimiento verbal del haber hecho una guerra en el anonimato. Uno sabía que ningún viento les traería la gloria más allá de lo recóndito de su alma, su autorreconocimiento del hacer por el placer del hecho.

Ya todos reembarcados se balanceaban en una nave en la que entre otras cosas esenciales le faltaba el brío de la novedad en la reciente botadura para luchar en un mar frío como en el que estaba, de vientos horrisonos con olor a pingüino y a marsopa, a lobo de mar y soledad blanca en la próxima nieve de la Antártida. ¿Hasta dónde podrían llegar con la nave rota? Antes de que ellos zarparan fuimos nosotros los que salimos camino del destino que se nos tenía previsto. Después, una semana más tarde, la Prensa bonaerense desplegaría imaginación para titular la noticia cara y no del todo comprensible: «UN SUBMARINO ALEMÁN A DOS MILLAS DE LA COSTA EN EL MAR DEL PLATA, SE HA ENTREGADO A LAS AUTORIDADES NAVALES ARGENTINAS.» Después, en el texto informativo, explicarían que, según confesión del capitán de la nave, sus viejas baterías habían dejado de funcionar. Nunca se hizo público el misterio de por qué año y pico de la

guerra acabada, una nave de esa magnitud podía estar a flote no obstante la tenacidad con la que se le estaba buscando. La «sordina» oficial comenzó a borrar la leyenda y nadie supo que aquel submarino había traído al país un hombre con la eterna diáspora en sus bíblicas espaldas.

En la localidad de Campo del Castillo Bormann, mis amigos y yo nos separamos. Era precisamente aquí, en Campo del Castillo donde las flechas que desde Coig habían indicado una línea, comenzaba la bifurcación. Aunque nadie me lo dijo, supe que se dirigían con Bormann a Zapala, en plena cordillera andina. Un trazo hacia Zapala y el otro hacia Buenos Aires en donde nadie sabría que había llegado un «nuevo argentino» al que nadie podría ver y quien sin fija residencia, cambiaría de huellas dactilares y de rostro tantas cuantas veces lo requiriese la premura del enmascaramiento.

CAPÍTULO XXXIII

En el que damos cuenta de un informe procedente del extranjero y llegado a manos del Excelentísimo señor fiscal del Tribunal Supremo, don Fernando Herrero Tejedor en el que se le dieron pelos y señales de la otra cara del magnicidio cometido en la persona esclarecida del almirante don Luis Carrero Blanco, acaecido el día 20 de diciembre del año 1973, en la madrileña calle de Claudio Coello frente a la casa número 104.

En los años inmediatamente anteriores a su trágica muerte, mis contactos con Fernando Herrero Tejedor, entonces fiscal del Tribunal Supremo, se habían reducido a un diálogo sobre la marcha de un proceso por el que yo sentía un gran interés y una viva preocupación. De ahí que me pusiera a cavilar al recibir el aviso de que me había llamado, rogándome que fuese a verlo lo antes posible. Ni por un momento pensé en la razón de tanta prisa, a pesar del ambiente secreto en el que me movía y que había hecho que durante algunos años la relación entre los dos hubiera sido frecuente.

Una vez en su despacho, me dijo:

—Por favor, Ángel, en tus medios y por tus medios, investiga el contenido de este informe que me ha llegado de fuente acreditada y sin ninguna reserva por mi parte.

Tomé el documento y lo leí con atención.

—No lo conocía —le dije—, pero me importa más de lo que puedas imaginar.

—Me lo suponía, y como hay puntos gravísimos que creo deben ser confirmados por persona hecha a estas investigaciones y de toda mi confianza, a ti te lo encomiendo.

Y señaló con el dedo aquellos cinco folios que anunciaban el ir y venir de quienes han hecho oficio del matar.

El despacho de Herrero Tejedor en el Tribunal Supremo tenía, y supongo que seguirá teniendo, una acústica tan perfecta que a varios metros de distancia se oía sin ninguna dificultad aun hablando en voz baja. Aquella mañana el silencio lo envolvía todo y la voz tenía toda la nitidez con la que el jurista hacía comentarios a los puntos clave del documento, cuyos matices estaba yo dedicándome a analizar.

—Sé, Fernando, que no me vas a dar el nombre del informante, pero aun así dime si estoy equivocado al suponer que este informe procede de la rue du Mont-Thabor, de París.

Como el fiscal asintió con la cabeza, al día siguiente por la mañana estaba yo en París.

Herrero Tejedor, devoto de la jurisprudencia, era sobre todas las cosas político, y estaba convencido de que un político sin información no lo es. Esta era la causa de que, desde su paso por la Vicesecretaría del Movimiento se viniese enterando de cuantos informes traía yo de los países por los que pasaba en mi peregrinación periodística. Por aquella comunicación informativa y porque coincidí con él en la boca del cráter que la mina antitanque produjo en la calle de Claudio Coello número 104, donde tuvo lugar el asesinato de Carrero Blanco, y donde cambiamos impresiones, suponía el fiscal que yo podía darle alguna luz sobre lo que no quería creer, pero sí creía.

El documento decía textualmente:

«INFORME ERICTAMENTE PRIVADO PARA EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR FERNANDO HERRERO TEJEDOR, FISCAL GENERAL DEL REINO.

»En los últimos días de setiembre del pasado año [1973], el Servicio de Inteligencia francés, SDECE, envió a Madrid al eterno "Monsieur Duval" —éste es el que ha sustituido a Pierre Lacombe—, con órdenes apremiantes para sus agentes en la base de Torrejón (1), instándoles a la urgente información de cuanto supieran acerca de la llegada a la base madrileño-americana de diez minas terrestres antitanque procedentes de Fort Bliss (Norteamérica), de donde salieron con el más extremado de los sigilos para

(1) Los dos son «chicanos» (de origen mexicano). Uno de San Antonio (Texas) y el otro de Las Cruces (Nuevo México). (N. del T.)

llegar a la base entre las fechas 17 al 21 del mismo mes.

»Precisamente porque este tipo de armas no tenía precedente en Torrejón ni en ninguna otra base americana de la Península Ibérica, se les pidió a estos dos agentes que informaran no sólo del lugar en el que se las tenían depositadas, sino de la TEMPERATURA EN ÉL Y LA ACÚSTICA. El SDECE quiso sin lugar a dudas VALORAR LA SENSIBILIDAD DE LAS CÉLULAS ELECTROSONORAS Y ELECTROTÉRMICAS (1) ya que el extremo de la integridad de los artefactos, determina no sólo la eficacia del empleo, sino el lugar o elemento desde el que se utilizan, aproximando el posible cálculo a las circunstancias que van a producirse. Asimismo en el rol sometido a los agentes en cuestión, se les pedía precisa información sobre el funcionario norteamericano a quien se le había confiado la custodia en la base de estas complicadísimas armas; e igualmente las personas en número y jerarquía que de una u otra manera tenían conocimiento de la secretísima existencia. Igualmente se les daban instrucciones para la provocación de comentarios entre los sabedores de la peligrosa mercancía, rogándoles (a los agentes) anotasen la más insignificante conjetura que por cualquier conducto les llegase referente al asunto.

»Por otra parte, para completar aquella preciosa información en el rastro y empleo de las minas, con el mismo apremio se ordenó a los agentes "civiles" (2) que dedicasen el máximo celo a "quienes tienen la custodia del Príncipe y si es posible el contacto (*sic*) con alguno de los agentes destinado a esta protección". En caso de hacer esta conexión, el servicio galo apremiaba por parte de estos funcionarios, sobre si se abriga el temor de algún atentado contra la persona de Su Alteza. El Servicio francés en relación a la seguridad del Príncipe hace hincapié (3) porque desde siempre en París se presume un atentado.

»A la urgente solicitud francesa, los "chicanos" de la base contaron con este decepcionante informe: "que no eran diez las minas terrestres llegadas de Fort Bliss, sino seis; que desde el avión

(1) Con detonador electrónico similar a las empleadas en la defensa de Quang-Tri (Vietnam), pero con versión celular reformada capaces de ser manejadas a control remoto mediante determinado calor, olor o sonido. (*N. del A.*)

(2) Estos agentes «civiles» por tener misiones no militares dependen del administrador de una institución privada francesa, que no sólo es el pagador de los agentes sino el receptor de todos los mensajes que la red emite.

(3) En el SDECE dudan de que desde que Muñoz Grandes dejó de ejercer su acostumbrada autoridad en los servicios de esta sección, que estuviese bien informando al Caudillo, y menos al difunto Carrero. Por el contrario, se da por seguro que el laboratorio de «tergiversación informativa», manipulación por la CIA es lo que prevalece en la información al Gobierno.

fueron cargadas en un 'Pikut' con el sargento que las hubo acompañado en el avión sin que dejaran rastro". Que en la base nadie supo nunca de aquellas armas, y que el sargento era un práctico en electrónica de los empleados en la neotécnica de los controles por radio y que nada averiguaron de su estancia en Madrid, ya que de la base salió la "Pikut" apenas se hizo el transbordo.

»Respecto al segundo cuestionario, a París han llegado un centenar de notas de la más confusa naturaleza. Una información situó dos minas en la calle de Apodaca. Las cuatro restantes en una casa del comienzo de la Castellana donde se asegura que se instruyó a un especialista en artillería científica, pero unánimes en la coincidencia de que el destinatario de aquellas armas era el Príncipe, y que se trataba de "colocarlas" en el avión del Príncipe o en el helicóptero (1). En otro informe de los enviados a París, dos de esos artefactos los destinaban contra el Caudillo, pero ninguna de las informaciones señaló al señor Carrero Blanco.

»Tras el atentado y muerte del jefe del Gobierno, el SDECE destacó en Madrid a sus mejores agentes. Unos y otros redundan en la certeza. Primero: Que las cargas no fueron detonadas mediante cables desde ningún lugar como se hizo público, y que si realmente la conducción alámbrica existió sólo fue para desorientar en las investigaciones no sólo a los investigadores oficiales sino a los investigadores privados pertenecientes a otros Servicios. Parece ser que importa el que estos señores sigan creyendo en lo de los cables evitando el que se sepa que esas cargas pueden ser explotadas por "simpatía" sólo con impregnar en la víctima una minúscula gota (2) de un perfume —un olor imperceptible al más fino de los olfatos normales— que a su vez ha sido puesto en la célula electrónica olorizante.

»Actualmente hay en España varios agentes siguiendo los pasos a las cuatro minas sobrantes sin que de momento pueda informarte de su paradero. No obstante, confío en poderlo hacer cuando sepa algo.

»Cuanto se me había prometido respecto al dossier de los "emes" —M5 y M6— ingleses aún no me lo han dado. Lo que de ese Servicio conozco difiere poco de lo anterior que en su mayor parte procedía del intercambio con Francia.

»Respecto al tema, uno de nuestros agentes, tuvo ocasión el año 1971, en Trípoli (Libia), de desmentir informaciones secretas

(1) No es ocioso señalar que en el SDECE desde el año 1960 se ha reunido la más copiosa información acerca de un posible atentado contra el príncipe. Debido a ello en París se han barajado las más maquiavélicas hipótesis. (N. del A.)

(2) Estas gotas se disparan a distancia con una jeringa de presión sin que lo advierta la víctima. (N. del A.)

sobre las supuestas intenciones de Franco respecto a la vida de Su Alteza. Aquella información procedía del general Ufkir que con el M5 inglés colaboró estrechamente, aunque al mismo tiempo también lo hiciera con los Servicios francés y norteamericano. El agente inglés estaba convencido de que la eliminación del Príncipe se produciría en el momento en que España cambiara de rumbo, lo que el Caudillo tenía previsto —decía el informe— para el 1975.»

Salvo los defectos de la traducción y el zurcido de los «retazos» con que está hecho, el documento es casi perfecto y dice lo que tiene que decir.

Indiscutiblemente el informante al Servicio del señor fiscal del Supremo, aun perteneciendo al segundo despacho del Servicio de Contraespionaje francés, estaba muy cerca o muy dentro de la sección que en la CIA se ocupa de la extinción de Kennedy y Trujillo a sartenazo limpio, o de Evita Perón, De Gaulle, Stevenson o Foster Dulles y cuantos políticos caen de «muerte natural» tras serles inoculados bacterias o ingerir compuestos letales que ninguna terapia de urgencia puede contrarrestar.

¿Qué luz aporté yo a la veracidad del documento de un agente español al servicio del francés y del que se daba cuenta al ilustre jurista? La luz de cotejar las andanzas en cuanto a la gestión realizada por el Servicio francés. La certeza de que los franceses han tenido siempre el mejor conocimiento de cuanto en España viene aconteciendo desde el año 1945 y de que el magnicidio cometido en la persona del señor Carrero Blanco se venía estudiando desde que la CIA creó las guerrillas de la ETA con la etiqueta vasca, a cuyos intereses creen servir sus componentes.

CAPÍTULO ÚLTIMO

En los pocos episodios de mi vida que hasta aquí he escrito y se han editado en las páginas anteriores, he destacado un nombre: el del muniqué Wilhelm Oberbeil haciéndolo al paso de los acontecimientos en los que a mi lado estuvo y yo me moví durante esos cinco años de guerra europea, la segunda mundial bastante menos mundial y dura para la Humanidad que ésta en la que la contienda, de otro estilo está acabando con la personalidad de millones de seres sin que éstos lo noten y los que lo notamos no podamos hacer lo nuestro para evitarlo. Además de Oberbeil pocos más he destacado en mi consideración debido a que aun siendo casi todos los a mi paso y en mi trato ciertamente inteligentes, pocos superaban el máximo de la inteligencia que es lo que admiro y con quien «hago buenas migas» apenas mutuamente nos descubrimos el uno al otro.

Ante esto, y porque los temas no nos ofrecían ocasión para la debida mención a quienes se la merecen por su real importancia ora por una frase genial ora por un gesto o ademán que olvidar no es posible, me he dejado en la poza de los recuerdos, los nombres de Curzio Malaparte, hombre que puso al fascismo a su servicio trayéndolo y llevándolo por donde los enemigos quisieron que fuese y sin que los amigos lo notasen. Después, cuando el fascismo acabó, Curzio mostró al mundo páginas literarias de las que ningún historiador puede desechar si no quiere caer en la desdicha de no conocer a los pueblos que trata en el momento de abrir o cerrar la historia de la primera edición de un régimen que volverá con el nombre de «Antifascismo».

A Malaparte lo conocí en Roma; después estuve con él en Stutt-

gart donde hablamos extensamente de lo que estaba ocurriendo (1942), de lo que ocurrió en el 1945 y de lo que ocurriría en el 1985, lo que no lleva traza de ser de otra manera. Luego, con más sosiego, hablamos de lo mismo en Helsinki reforzados por el genio y la premonición de Foxá. Desde entonces no le volví a ver.

Otro de los seres olvidados o de referencia a desmano es Pierre Lacombe, agente secreto del Servicio francés que, un día del año 1964, desapareció a manos de los agentes de Ufkir —el que por todos los medios quiso asesinar a Hassan II— y con el visto bueno del general De Gaulle o sin ninguna vista en su defensa por lo que aquel Grande Hombre, de clarividencia excepcional, murió en una de las mazmorras marroquíes. Tanto me dolió esta pérdida cuanto celebré el acierto con el que se le dio a De Gaulle la pócima por la que su corazón dejó de latir, sobre la mesa en donde se disponía a seguir la crónica de su «historia» aunque él la llamase «Historia de Francia».

Otro de los seres de mi predilección —Marcos Jabonero, director del penal de Burgos— dice poco a los demás y no le traería a estas páginas si no hubiera generado un suceso que me ha sido imposible olvidar. Nada del otro mundo, aunque el sujeto perteneciera a un mundo diferente al mío y al mundo en el que viven y se inspiran los bien nacidos. Los que al hallar en el semejante amor se descubren como seres en la cabalidad de la especie.

Y, naturalmente, aparece aquí uno de los genios más grandes que nuestra generación tuvo. Agustín de Foxá, conde de Foxá, del brazo de César González Ruano. Uno y otro son mis otros; y después este epílogo se cierra con una jota y un fado que escuché en el Oriente, en plena India cuando estaba meando en una tapia.

César González Ruano.

Cuando a Rafael, *el Gallo*, le preguntaban sus amigos por qué daba «la espantá» o, lo que era igual, por qué aun no yendo el toro ferozmente tras él, corría despavorido por el ruedo hasta ganar la barrera saltándosela con evidente pánico en la cara, el gitano matador, solemne en su particular jacaranda ceremoniosa, contestaba inevitablemente:

—Doy la «espantá» porque la «espantá» es otra suerte en la faena, suerte que quien no sabe «haserla» se «desgrasia» en ella. Lo chillan mientras a mí me aplauden.

Como la «espantá» en *el Gallo*, en César González Ruano tenía su «espantá» en el «empeño». Parte de su vida bohemia, ejemplar para quien decida vivir en libertad a su manera, lo del Monte de Piedad era con lo que César contaba para ser enteramente ca-

bal en su gozar placeres particulares.

César González Ruano en su *Diccionario íntimo*, pág. 1.098, dice: «Vuelve al "Teide" Ángel Alcázar de Velasco, que ha estado dos años en Madagascar. Me trae una enorme máscara de madera. Ángel, que hizo todo en la vida, me dice que ahora hace escultura. Conozco historias fabulosas de Ángel que ha tenido tiempo hasta para ser buen amigo. Pertenece a aquel tipo de españoles del siglo XVII. Como Aranda, hubiera podido ser un capitán de la época americana.»

Lo que César no dice es que cuando le entregué la careta de ébano, con aquella su religiosidad de la pignoración, la primera exclamación que hizo fue ésta: «Ángel, es preciosa; pero por esto no dan un duro de empeño.»

El «empeño», en César, como la obsesión sexual a través de las contemplaciones sin codificación en tratados, fue una de sus concurrencias notables en su condición de lúcido visionario. El «empeño» en él, la pignoración de todo cuanto el tasador del «Monte» ofrecía algún dinero, más que necesidad económica fue la economía de otra necesidad. Le fastidiaba no tener carencia para justificar el empeño de algo y Mery, su yo en versión femenina, lo conoció tan perfectamente que llegó a considerar el empeño como parte de lo que César entendía; picaresca sin picardía, como la otra suerte de la faena gallinera: la «espantá». Que yo sepa, César no ha escrito nada de esto y debió hacerlo como glosa de un ser sin parangón. Lo debió hacer como debió escribir una teoría de cinismo soñador con lo que hubiera hecho una escuela original de la disciplina capaz de destruir lo que se ha dado en llamar, refiriéndose al cínico, «desvergüenza» o, lo que es igual, el revés del cinismo y sobre todo del cinismo de César tan diferente a todos los cinismos, que gustaba admirarlo porque con esa admiración nos admirábamos a nosotros mismos.

Por mi parte, al cinismo lo considero como una gracia divina condenada por el cinismo mediocre, por la gazmoñería escolástica, oficial, que ve en la cobardía de su pecado, una faceta en quien tiene otra conciencia ajena a la catequística de unas «virtudes» agónicas.

Nadie como César sentía en el fuero de sus andanzas el gusto de haber participado en la conquista de una región de la América incógnita a condición de que le atildasen el caballo, le hicieran la cama y ya, en ella, con la ella de su compañía, le entrometiese el mosquitero entre el colchón y el catre y, si como se sabe, el mosquitero no existía, con buen abanico, una mujer desnuda le espantara el volátil molesto. Como a la conquista no fue, se quedó en la grata acogida de los hoteles en Viena, Wiesbaden, París y Roma donde el confort del mosquitero no es menester.

Conocí a César González Ruano en la Granja de San Ildefonso, el año 1932. Nada nos hacía suponer que no tardando viviríamos juntos en la misma pensión en Tánger y menos que Viena y Berlín, París y Roma iban a ser capitales en las que compartiéramos dichos y disparates y con él siempre Mery, esa mujer de la que nadie ha escrito nada siendo la heroína de una situación, un hombre y una quimera.

César, en Viena, tenía cara de César González Ruano y la misma cara tuvo en París no obstante llevar puesto por montera el Louvre todavía con el ruido de las carretas que en piezas lo transportaron desde Atenas, desde Alejandría y Tebas, de Creta y Bengasi y cuantos lugares en el Mediterráneo ofrecieron a la requisa gala las obras con las que hoy alimentan su turismo. El Louvre por montera y bajo el sobaco Montmartre, la plaza en donde los pinceles sin ocio estampan visajes, algunos tan maravillosos que César se los trajo en sus maletas. Recuerdo cuando uno de todos los días que en el «Teide» nos reuníamos a las nueve de la mañana a escribir, llegó Tico Medina y le preguntó:

—Maestro, ¿qué es literatura para usted?

César, casi sin levantar la cabeza del folio en el que escribía, contestó:

—Literatura es coger una mosma, atarle unos papeles de colores en el rabo y echarla a volar.

Tico no rió y no sé por qué presumo que se le pasaron por las mientes las fallas valencianas cargadas de justicia vieja.

Su mejor colección de disparates César la guardó olvidada en el cajón de la conciencia que en *Tánger* intentó vender a un moro al parecer mudo de boca y dicarachero de ojos que le siguió a todas partes. Lo recuerdo bien. Gestaba entonces *La alegría de andar*, su mejor obra y su mejor «yo» aunque no todo el «yo» apareza en ella.

César ha sido uno de los líricos que las épocas nos regalan para que sepamos que la Naturaleza puede hacer dioses flacos con su cadáver en el color y en el aliento, pero tan dioses, tan divinos que hagan de la convicción fonética soles para los vestidos de encajes de las duquesas a las que los Goya de cada generación cacen moscas, las pongan unos papeles de colores en el culo y las dejan en la cuneta cuando se van a Burdeos. Dioses para que las echen a volar mientras los otros no se lo explican del todo.

**Don Marcos Jabonero y lo que por su causa
hubimos de no callar ante el verdugo.**

El que don Marcos Jabonero, director del penal de Burgos en el año 1938 fuese hijo natural de la ciudad alcarreña de Pastrana, ejerció en mí un especial atractivo. Nací yo en una ermita en campos aledaños al municipio de Mondéjar y a uno o más kilómetros de lo que fue «Puerta de la Villa» cuando al pueblo le rodeaba la muralla. La ermita estaba a pocas leguas de Pastrana, lugar del que a mi padre le había oído hablar sin mesura grandezas de rancio señorío lo que después, con la celebridad del encuentro de los tapices aumentó en mi fantasía el volumen del mito. Por esto y por la natural consideración del paisaje me parecía normal en la condición del señor Jabonero su trato paternal para con los penados. En él —y lo decían también los presos comunes— la bondad para con el recluso, fuese cual fuese su ideología o su delito. Era impropia de las viejas costumbres en esos lugares.

—Desde que un condenado traspone el umbral del rastrillo, todos son acreedores a la piedad de quienes los custodiamos.

Aquella paternidad me afianzaba en la creencia de que si no era su talante otro, se debía a su cualidad de alcarreño, región asimismo en mi particular idea mitificada. Mito y no conocimiento (aún hoy la Alcarria es lo que menos conozco en el mundo a excepción de Albania, donde nunca me dieron visado para entrar en ella). Como si el alcarreño no pudiera ser innoble, todo cuanto don Marcos disponía en el penal me pareció justo. Justo hasta que una noche cambié de opinión.

Fue una noche, ya tarde cuando un ranero no lejos de los muros o quizás en el foso de la prisión, también callaba.

Se impone, para el mejor entendimiento de la secuencia en relato, que yo, en el presidio de Burgos gocé, desde mi entrada a la salida, del mejor trato por parte de los funcionarios todos del establecimiento. Había dos celdas especiales: una la ocupaba yo y otra la ocuparon Luis Sánchez Guerra y el fiscal del Supremo, Luis Cornúdez. Nunca para mí hubo régimen penal. Me levantaba y acostaba cuando quería y tenía una biblioteca considerable, una mesa donde escribir y una lechuza que entró una noche por voluntad espontánea.

De aquí que don Marcos Jabonero, acompañado de varios oficiales de rango diferente, me solía visitar en la noche sentándose y contando lo más saliente en la jornada del frente. El día a que me refiero fue diferente. Llegó a mi celda y con su habitual buen modo, pidió permiso, entró en ella y tras saludar y darme las últimas noticias, me dijo:

—Ángel... hoy vengo... vengo a pedirle un favor. Desgraciadamente mañana hay una ejecución y yo le ruego, si no tiene inconveniente, traerle aquí con usted hasta la hora fatídica que la justicia...

No le dejé acabar. «Adivinándole el pensamiento» me anticipé asintiendo y ofreciéndole la hospitalidad que me era posible en donde estaba:

—Sí, don Marcos, ni una palabra más. Tráigale aquí —señalando la cafetera, le dije—: Eso es lo que puedo darle y se lo daré para que el tiempo de espera le sea menos triste.

—Gracias, gracias —agradeció la persona de quien mi comodidad dependía—. Sinceramente se lo agradezco. Me da pena que esté solo y helándose en la habitación destinada a su estancia mientras tanto.

Salió con los demás de la celda y yo me quedé pensando en qué debía decir a un hombre al que horas después lo agarrotarían la garganta. Antes de que llegase ya le veía con la lengua colgando por encima del tornillo estrangulador. Poco después vino un oficial acompañando a un hombrico así de pequeño, de indumentaria raída y provincialismo cabal en todo. Tras presentarme: «Aquí fulano de tal...» «Ya le ha dicho el señor director. Vendré por él cuando sea...» Salió.

Salió el funcionario y yo quedé con el ser al que más respeto he tenido en mi vida hasta que hube de perdérselo y abominar de la madre que le parió.

—Siéntese, señor, siéntese —rogué al hombre al que, según mi creencia, le quedaban unas horas de existencia en virtud del fallo que el Tribunal Militar había emitido y Franco tenía dado por justo con su firma.

—Bueno, señor..., no sé qué ofrecerle —le dije—. Sólo tengo café, ¿quiere que le haga una jícara?

—Muy bien, lo que tenga. No se preocupe.

Como si de alternar en tertulia o en el mostrador tabernero se tratase, el pequeñajo admitió el café sin muestras de ninguna preocupación, de esa última preocupación que comprende todo un repaso del ámbito en el que se desarrolló nuestra vida. Sin apearme de la piedad con la que lo contemplaba, pensé en que su entereza era tanta porque ya todo le estaba dando lo mismo y mientras hacía el café inquirí en él y sobre su situación.

—Créame que no sé cómo condolerme, pero las cosas son así y no podemos cambiarlas.

—Así es —contestó con seca conformidad.

Sin saber bien lo que decía, seguí con vaguedad:

—Vivimos una guerra civil sin que nadie sepamos el porqué de nuestra actitud.

—Así es; pero no crea que se pierde mucho con los que están cayendo. Algunos, si me fuera posible, les daría antes por mi cuenta.

Como si todos los revulsivos del mundo me hubieran caído en el estómago, violentamente agresivo le hice esta pregunta:

—¿Acaso usted es el verdugo?

—Sí.

—Yo creía que era el reo a quien estaba atendiendo, pero es usted el verdugo, el asesino al que en el penal todo el mundo odia. Me cago en su padre. Salga de aquí —le dije mientras apretaba el timbre que a modo de alarma no podía pulsarse sino por causa importante.

El tipo se levantó asustado. Le volví a increpar:

—Venga, al retrete —estaba entre las dos celdas mencionadas—, métase los dedos en la boca y devuelva el café que le he dado. Usted es el asesino que...

Al abrir la puerta para ir al retrete llegó apresurado el guardián.

—¿Qué pasa?

—Pasa que yo creía que para el que don Marcos me pidió posada era el reo y lo que me han traído es el verdugo; el alma más deleznable que una mujer pariese.

—Silencio —ordenó el guardián quien lo comprendió—. Salga usted —le ordenó y desapareció con él.

Le vi atravesar el jardín que ante mi celda había. Le vi salir por la puerta hacia el patio y pronto volvió el director a darme disculpas.

—Yo creía que usted sabía que era el verdugo. No me dejó terminar y por ello no se lo dije. Sin embargo, téngale usted lástima en vez de odio. Ningún funcionario de servicio nocturno le quiere tener en su oficina mientras espera las dos horas. El lugar destinado para este ser hasta que la ejecución llegaba es un cuarto por demás frío. Dijo al llegar que se encontraba algo enfermo y que...

—Bueno, pues así y todo, don Marcos, perdone pero no me disgustaría el que prosperase la enfermedad que dice que tiene y que él y cuantos como él se dedican a matar en nombre de la ley o lo que sea, para no tener que verles morir mejor es que no nacieran.

Max Asolin, el de la visión sin errores.

Uno de los hombres que más certeza de la visión inteligente me han aportado a lo largo de mi vida, fue el judío Max Asolin.

Bueno, lo de Max Asolin es un decir. El día de mi referencia éste era uno de sus nombres, el que usaba entonces porque él era hombre con buen equipo de nacionalidades y mejor idea de empleo de estos papeles a los que con caudal de razones no tenía ningún respeto, entre otras cosas porque al respetar al papel y lo que en él hubiese escrito, se deja de respetar al ego natural; al hombre y lo que el hombre dice cuando el hombre lo es cabalmente.

En uno de mis viajes entre Nueva York y Bogotá —la capital colombiana—, en el año 1959, coincidí con un señor en los asientos contiguos; no muy alto, anchas las espaldas y la inconfundible impronta de una descendencia sin simiente nueva en la sangre desde ha siglos. No tuve inconveniente en decirme, asegurarme a mí mismo de que la raza de mi vecino tenía la raíz política, religiosa y hasta moral en el Viejo Testamento y que lo de estar cargado de hombros le venía de cuanto hubo de participar en el levantamiento del Becerro de Oro hasta situarlo en el plinto en el que se le iba a adorar.

El asiento de la ventanilla lo tenía yo ocupado por entrar primero al departamento. Él en el pasillo remoloneaba antes de sentarse. Y aun sin hacerlo, agachando un poco la cabeza, me preguntó:

—¿Qué nacionalidad es la suya?

—Española.

—¿De origen?

—Sí.

—¡Hombre, español! —lo celebró y siguió hablando, pero en ladino.

—Mire —me hizo observar—. Yo tengo costumbre de viajar en avión junto a la ventanilla, ¿quiere que cambiemos de sitio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

—Siendo así...

Se sentó y se puso el cinturón evidentemente molesto, pero no tanto que le privase seguir investigando.

Ya en el aire, me ofreció un cigarrillo y se lo rechazé. Pero cuanto más peyorativamente le trataba más le interesaba mi lacónica personalidad y para obviar dudas me confesó su origen.

—Mi nombre es Max Alosin. Soy judío.

—Ya lo sé.

—¿Por qué lo sabe?

—Porque sólo un judío es capaz de sacrificar a un semejante en pro de su comodidad o su ganancia.

Le halagó. El judío se enorgullece hasta de sus vicios.

—No negará que es una buena táctica —celebró—. Si usted no

pensara así me habría dejado la ventanilla.

Asentí y hablamos nuevamente, olvidada mi tajante negativa a darle facilidades.

—¿Qué oficio es el suyo?

—Escritor y periodista. ¿Y el de usted? —pregunté seguro que del todo no me diría la verdad—. O los de usted, porque tendrá tantos oficios como pasaportes, claro.

Volvió a reírse y a justificarse.

—Me crea o no, ahora sólo tengo uno y una nacionalidad. Soy vendedor de islas.

Fue aquélla la primera vez que escuché la proclamación de un oficio como ése. Había conocido a un italiano en Paraguay que vendía unos polvos para matar hormigas, con lo que, de haber sido verdad, se hubiese hecho multimillonario.

—¿Islas? Pero, ¿hay quien compre islas?

—Hay quien compra y hay quien vende. Todo comprador es un vendedor en potencia. Y no sólo islas. Todo se compra y se vende. Para lo que sea, si no hay comprador, se hace como se hace un tintero o un armario.

Asolín me desgranó toda una intachable teoría sobre el arte de vender una isla con la misma facilidad que un paquete de gilettes en la Quinta Avenida neoyorkina.

Paramos en Puerto Rico, donde me dijo que aquella plaza la tenía muy trillada y que continuaba a Colombia, donde nunca había estado.

Me pidió información sobre el país y le di la que sabía sin que ello le aportase satisfacción alguna a juzgar por las reacciones mutativas del rostro.

—¿A qué hotel va usted? —inquirió.

—Al «Granada». Tengo reserva.

—¿Será buen hotel? —preguntó el judío.

—El mejor.

—Iré a él. En el mismo hotel me darán alguna pista. Si no he reservado es porque nunca sé dónde me voy a dirigir. Es el secreto de mi buena racha. Si usted y sus amigos saben de algún rico, dígamelo.

—Lo haré encantado si la ocasión se presenta, Max.

En el aeropuerto bogotano, aunque el «Hotel Granada» tenía un *limousine* para el traslado de sus clientes, yo tomé un taxi y Asolín lo aprovechó para llegar juntos.

En el mostrador de conserjería, tras los trámites, nos despedimos, puesto que yo debía cenar con amigos que me esperaban.

En la mañana siguiente, yo me desayunaba en el comedor, cuando Asolín entró frotándose las manos.

—¿Suerte, Max?

—No. Pero celebro encontrarle para despedirme porque me marchó hoy mismo.

Me sorprendió que en la noche hubiese descubierto lo posible de realizar, aunque sólo fuesen gestiones para su comercio.

—¿Cómo así?

—Aquí mi mercancía no tiene consumidor —prosiguió—. Después de cenar salí a dar una vuelta por lo más céntrico de la ciudad. Lo que llaman la Séptima Avenida y Giménez Quesada. Y en la calle está presente lo negativo a mi pretensión. Las aceras son anchísimas y las calzadas estrechas. Los bares venden un café al que llaman «tinto», muy malo —teniendo tan buen café— a cinco centavos. Está claro que aquí hasta los ricos son pobres, que nadie paga el placer de vivir en la abundancia aunque la haya. Nadie será capaz de gastarse un maravedí por gozar de la incomodidad de una isla.

Como escuché al parecer no entendiendo bien su tesis, añadió el judío a su teoría:

—Si hubiera tráfico rodado propio del porcentaje en la población rica que a su número de habitantes corresponde, las aceras serían dos partes menos de lo que son y triple de ancha la calzada. Mientras el café siga valiendo cinco centavos todo estará a la misma altura. Y el comprador de islas precisa vivir donde el derroche haga vicio en el ambiente por el que se mueva.

Por si la ilustración ya dada fuera insuficiente, la reforzó con estotra teoría.

—No he visto un escaparate en el que se muestren objetos superfluos de alto costo. Ni un solo aparato «Contax» o «Leica» he visto en las vitrinas.

La lección psicológica del amigo (a quien sólo volví a ver años después en Kuwait, celebrándolo mucho) Asolin fue en mi condición de observador, periodista y escritor, un gratuito maestro a quien nunca agradeceré cuánto su enseñanza me valió para después andar catando lugares en los que sin la molestia de hablar con quienes habitasen en ellos o por alguna razón algo supiesen, mi información fuese precisamente equívoca. Gracias a la práctica de Asolin pude saber quiénes vivían en un barrio por el solo hecho de fijarme en la suciedad y objetos desechados en las aceras para que el basurero los recoja, qué bienestar o malestar el de quienes allí viviesen y, en resumen, tratar con el alma que está a la espalda sin el deslumbre de la apariencia.

Agustín de Foxá, conde de Foxá.

Conocí al conde de Foxá y a Jaime, su hermano, cuando los tres éramos recién mozos en el 1932. Desde entonces me vi con Agustín como con su hermano en cuantos lugares estuvieron el Yugo y las Flechas proclamando nuestra voluntad de ser y construir la patria por entonces ya en vías de destrucción. Desde siempre su genio, como el de Mourlane Michelena, decidor de mensajes inequívocos, comenzó Agustín a ser sorna cara, sorna que sin propósito por su parte, no tardó en tomar posesión de largos alcances entre la aristocracia socializada al parecer dispuesta a llegar a Moscú aunque en el momento preciso Carrillo no les permitiera pasar por Paracuellos.

Sus frases geniales se solicitaron en toda reunión. Quizá las prodigó entre gentes de escasa capacidad para el entendimiento rápido, fuese cual fuese su categoría social.

—No vengas si no traes al conde —exigía cualquier «Salsipuedes» o cualquier otro ofrecía:

—Llevaré al conde.

Después de la guerra coincidí con él en Salamanca, Burgos, Pamplona, San Sebastián y en todas partes discutimos lo que comenzó siendo un problema: el Régimen y su conductor. Convini-mos en muchas acerca de lo que en el franquismo no iba a tener remedio como la idolatría forzada a lo que ni él ni yo estuvimos dispuestos. Los dos necesitábamos abiertas de par en par las puertas de la libertad real, la libertad natural en el hombre y su contorno. Durante la guerra pertenecía a la Delegación de Prensa para la que escribió con entusiasmo y veracidad como todos cuantos estábamos junto a Vicente Cadenas y Gaceo quien por cierto murió en la División Azul sin editar una antología de frases pronunciadas por Foxá y recogidas por quien fuera. En el presidio de Burgos las estaba poniendo en orden y me las leía.

Después de la guerra nos topamos a menudo en Madrid y en Roma. Después en Finlandia y en Buenos Aires donde con Merry del Val sumaban el mejor servicio que a Areilza se le pudo prestar en su estreno de embajador. Coincidimos más tarde en Perú en viaje de ver aquello. Fue allí, en aquel foco de cultura irreductible donde mejor pude conocerlo o donde nos conocimos mutuamente por entero. En Cuzco, la ciudad ciclópea que fue centro del Tahuantinsuyo, Agustín se asombraba no tanto de su magnificencia pétrea como de los llaneros quechuas aunque con su rebaño, al salir de la ciudad, de hinojos ante ella, oraban estas palabras: *Ccoscco, su-mac llacta, ñapayquin* o, lo que es igual, «Cuzco, tierra grande, yo

te saludo». O después ante los restos de la cultura inca, las calaveras de los seres multiformes en cuanto a la diversidad de modelos que mediante tablas y vendajes opresores hacían de las cabezas desde su nacimiento otra humanidad no sólo cerebral sino masquiática. Foxá explicó su emoción así:

«¿Lograron así fabricar sacerdotes y guerreros, o acaso esclavos diabólicamente embrutecidos, para que no sintieran el dolor de su servidumbre y fueran bestias mansas sin ninguna rebeldía?

»No se sabe —me contesta el director—, pero en todo caso pasma pensar que la Humanidad haya llegado a estas atrocidades.»

«¿Cree usted —le respondo— que estamos tan lejos de ellas?

»No lo crea. Nuestra humanitaria civilización también deforma los cráneos; pero lo hace desde dentro. No coloca unas tablillas en los tiernos parietales del recién nacido, pero apenas ha comenzado a discurrir, ya trata de deformarlo.»

Luego en Cuba, ya con el no querer vivir en la cara y en alma, hablamos mucho de lo que a él le venía importando: de España y lo que de España fuese si la Monarquía no se apresuraba al orden de otra estructura. De sí no quería —o no sabía— hablar. Estaba conforme, quizá contento con no curarse.

La verdad, según mi visión de su suerte, no fue un sola cosa la que derrotó su entusiasmo. Fueron muchas y entre las muchas enhiesto sobresalía el hombre, cualquier hombre envidioso, vacío de inteligencia y de verbo. El hombre quien ofreciéndole la copa y el halago lo comenzó a matar cuando por primera vez le escuchó aquello que los demás celebraban y en la ocurrencia del miserable no tuvo asiento.

Por último estuve con él en Manila cuando ya virtualmente no vivía o sólo vivía para morir. Le tengo presente, flaco, sin garra en el mirar, en una bata de seda y, tras apurar un trago, casi sin fuerza para llevar la pluma, escribir en un bloc apretado de notas:

«Yo sé que me estoy muriendo.»

«Sé que comienzo a vivir.»

Después, sin volverlo a leer, con trabajo arrancó la hoja, la arrugó e intentó romperla después. Pero su fuerza, ya escasa, no le permitió hacerlo. Lo rompí yo. Luego, como yo debía seguir para Tahití, donde De Gaulle probaba explosiones nucleares, me dijo enlazadas nuestras manos sin pizca de tristeza, sin importarle el no volver a dialogar ni conmigo ni con nadie.

—No volveremos a vernos, Ángel.

—¿Crees, Agustín, que me va suceder algo a donde voy?

—No. Tú tienes lo que a mí me falta: suerte. Que Dios te la conserve toda y a mí me dé la fuerza necesaria para seguir muriendo hasta que llegue a España y a los míos bese.

Tuvo razón. No le volví a ver. Regresé a Manila y ya no estaba. Llegué a Madrid meses después de su entierro y en su casa vivo todavía, donde quizás en ella muera, ¡qué más da!

¿Quién era Agustín de Foxá? ¿Se sabe ya? Por lo que a mí respecta no estoy seguro de saberlo. Se ha dicho que González Ruano y él han sido la pareja del siglo en la literatura. Sin embargo, entre César y Agustín abundaba una diferencia: la misma que hay entre el recamado de canutillo de oro viejo y la lentejuela relumbrante. Agustín de Foxá, en su mentalidad mediterránea, con fábrica de sillar castellano, de granito labrado no entraba la baratija relumbrante de la frase pulida. Precisaba el oro ya rancio, ya sin brillo, pero de tanto peso como sus decires hecho ya historia de su bullanga trascendente y con ella quienes a diario tenían que sentirse menguados convirtiéronse en algo parecido al enemigo. No era sólo que dijera bien lo que quería decir, sino que lo situaba tan acá que todos lo llevábamos puesto.

Lo inadvertido en los demás en Agustín de Foxá era una manera de soñar hábitos con los que ornamentaba las ideas propias del conjunto luciérnago mental en donde la forja del dicho tenía la mejor fragua de la que salía el entendimiento de cuanto había existido o podía graciosamente existir.

Para hallar cierta semejanza en Agustín con algún otro genio de cualquier tiempo en el que el genio tuvo principal presencia en la sociedad, tendríamos que remontarnos a Quevedo; Agustín de Foxá fue el Quevedo del siglo xx en pugna con este otro conde duque sin rey y sin olivares. Y no son menos de temer los humores desavenentes del conde duque del tiempo de Foxá que las de Franco de Quevedo quien, como Foxá, fue perseguido sin que nadie lo notase. Como su salud no era buena a los menos propicios lugares se le mandó a cumplir con el oficio. Ni eso le amedrentó y a las vacas flacas las cantó con genio y desenfado: más genio y más desenfado para relatar bellezas hasta su encuentro con una «Isla de Ceniza» en donde darle al amor blanda placidez para visiones muelles. Descanso y cansancio, que al amor todo le gusta si nada en la holgura de la esperanza.

No es sólo la espontaneidad de la ocurrencia genial. Es también la docta meditación del escrito para la Prensa rica en ofrecer inmortalidades junto a lo corriendo y de raro esmero. Escribe aún más para el libro, para el teatro con su mimo oriental de *Cui-Pin-Sing* o su *Baile de Capitanía* con charreteras doradas y espadines romos, de salón para el salón de los bailes donde también se conspira.

Sus versos, ¡ay, ay!, sus versos. ¡Con qué gusto los leerán los

nietos de nuestros nietos cuando los treinta y cinco años de paz no sean más que referencial

La jota y el fado en la India donde el despertar no acierta a despertarse.

Goa, posesión portuguesa por entonces, en mayo vístese de verde oriental, verde esmeralda reverberante de luz nocturna, limonera en diafanidad de matices. No es de Goa la imagen de nuestra glosa, sino el acontecimiento fugazmente vivido en el arrabal de Pangín, capital del dominio luso, emergente del plantío en donde como aderezo en la gama verdiaúrea, nos llega la brisa breve del naciente portadora del perfume y el polen de muchas plantas. Pangín, las calles del Pangín olían también a tiempo y trajín ininterrumpido, a convulsión geológica, a temblor sísmico de lo que la isla suponía un resto.

Era aquél mi último día y mi última noche de estancia en el país flotante y a última hora de la tarde me dediqué a la adquisición de los inevitables regalitos, tan de la artesanía milenaria oriental que siempre nos es difícil el acierto en la adquisición. Elefantes de marfil con la trompa de tal o cual traza; caracolas como punzones en espiral, conchas de muchas luces en el nácar interior y algunas otras rarezas como flores fósiles o caparazones de tortugas propias de aquellos mares y aquellas playas a las que el turismo aún no ha profanado. Figuras de malaquita. ¡Ay, del que vuelve de Extremo Oriente sin una pieza escultórica de esta piedra verdibruja! La leyenda dice que quien tal error cometa nunca volverá allí donde el oxígeno también huele.

Cuando con mi preciada carga regresé al hotel una a una todas las casitas las volví a ver. Reenvolviéndolas esperé la llegada del amigo funcionario portugués quien me tenía invitado a cenar para despedirme.

Salimos hacia un restaurante de las afueras en el que el plati-condumio indostano era todo un festín de sorpresas y sabores. Terminó, pero no el diálogo. Para acabarlo, mi amigo eligió el paseo por una carretera aleadaña, estrecha y flanqueada a la izquierda por arboleda majestuosa en altura y fronda de la que sobresalía la canoricidad de aves entre las ramas cada una con su repertorio gorgóreo a cuál más decidor, a cuál más fantasía acabada de urdir.

A la derecha se levantaba un muro de unos tres metros casi en su totalidad tapado por plantas trepadoras feraces y lustrosas.

Aunque por nuestra parte nos llenaba el diálogo la referencia a la trama político-colonial y lo difícil que a Portugal le iba a ser

seguir manteniendo su mandato en la región gaota y las demás posesiones, la naturaleza de mi organismo, que no debe de saber de eso, me avisó de que el esfínter de mi vejiga no estaba dipuesto a resitir no sólo a la vuelta al restaurante sino ni un solo minuto más. Me acerqué al muro y entre unas hojas irradiando lustre, me puse a mear. Antes de que el fisiológico menester concluyese, aconteció lo que jamás un español puede esperar en la India, a más de veinte mil kilómetros de donde el cantar tiene el origen.

Tras el muro, con voz bizarra de reto a la distancia, un hombre en correcto español y con el mejor acento baturro, lanzó al aire estos cuatro versos que en el cantar son cinco:

*Por el Ebro a Zaragoza
la Pilarica llegó
por el Ebro a Zaragoza
y dicen que se quedó
porque oyó cantar la jota.*

Apenas terminó el jotero, un lusitano, también con el todo de su Portugal, entonó lo suyo y a su aire, digo yo que le oí, a su buen aire:

*Si el mar tuviera barandas
iría a verte al Brasil.
El mar no tiene barandas.
Di, amor, ¿por dónde tendré que ir?*

Lo más asombroso es que este fado me lo había recitado Eugenio Montes una noche en el casino de Estoril no hacía mucho tiempo. Tras la voz bravante del que con la jota llenó de pueblo los alrededores, el fado arrulló los placeres de la noche indocostera dando armonía quejumbrosa a la noctambulidad caliente y radiante en la lujuria geográfica de los trópicos. Miré al Norte, de donde las voces venían e, incrédulo, pensé en las teorías védicas y la universalidad del karma.

—Te he traído por aquí por si teníamos suerte y la hemos tenido. Éste —señaló el muro y lo que detrás había— es un convento de religiosos en el que los hay portugueses y españoles y, entre ellos, quienes cantan como has oído. Son clérigos que no pueden desprenderse de su tierra o de su alma y con el alma dicen de dónde son.

—Quizá también digan lo que quieren —agregué.

¿Qué es una jota y un fado, cómo suenan en la noche indostana, rodeado de mares sobre los que las incipientes quillas llevan-

do rostros de mil generaciones y muchas razas perdidas navegaron?
¿Qué son la jota y el fado donde hálito funde el mar, tierra y cielo
siendo telurio callar cuando los pájaros no dicen y las ramas bus-
cando acomodo es el único ruido de la noche? ¿Qué son esas dos
coplas milenarias e ibéricas en un país en el que Zaratustra sem-
bró el espacio de palabras e ideas?

Como si toda la Península Ibérica se me hubiera puesto delan-
te, dejé de oír los pájaros, sentir el bosque y dejé de estar allí.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona